KELLY BOWEN



El jardín de los secretos perdidos

Un castillo. Una familia. Un misterio
que puede cambiar la historia.

Planeta

Kelly Bowen

EL JARDÍN DE LOS SECRETOS PERDIDOS

Planeta

Contenido

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Agradecimientos
Nota de la autora
Nota histórica
Lecturas adicionales

Acerca de la autora
Créditos
Planeta de libros

Los padres solo pueden dar buenos consejos a sus hijos o ponerlos en el camino correcto, pero la formación final del carácter de una persona está en sus propias manos.

ANNE FRANK

Para mi mamá y papá, quienes me ofrecieron su sabiduría y apoyo incondicional en todos los caminos que elegí y, más importante aún, me enseñaron a hacerme responsable de cada una de mis decisiones. Por eso, siempre les estaré agradecida.

1

Stasia

Ruan, Francia
8 de junio de 1935

El muerto no tenía botas.

Cuando vio los pies desnudos y sucios que apuntaban hacia las sombras de un estrecho callejón, Stasia Niemec se quedó paralizada con las manos sobre el manubrio de su bicicleta. Desde luego, había visto gente muerta antes, pero esa gente había sido querida en vida y tratada con consideración. A este hombre, en cambio, evidentemente no lo querían. Lo dejaron abandonado en la calle y a Stasia le parecía insoportable que pudiera ocurrir algo así.

El hombre murió en una posición torcida, apoyado contra una pared de ladrillos derrumbada, rodeado de basura y vidrios rotos. Era difícil saber cuántos años tenía, pero su barba gris enmarañada y su cabello ralo sugerían que tenía, por lo menos, la edad del padre de Stasia. Estaba vestido con los restos de un uniforme de soldado de hacía dos décadas; el abrigo azul era casi irreconocible, poco más que un harapo gris opaco, sin botones.

Un grupo de peatones con cestas y bolsas del mercado pasó junto a Stasia, pero aceleró el paso frente a la entrada del callejón, ignorando al muerto o solo eligiendo no verlo. Stasia abrió la boca con la intención de llamarlos, pero luego la cerró, sin saber qué les diría o qué podría pedirles. Los muertos ya no pueden recibir ayuda de nadie; sin embargo, ella no podía marcharse así como así.

Stasia dejó su bicicleta en la entrada del callejón y avanzó hacia el cuerpo, ignorando el hedor a basura podrida y orina. Se agachó y observó los dedos que, incluso en la muerte, se aferraban como garras al cuello de una botella de ginebra. Los estragos del contenido de esta

botella, y sin duda de cientos anteriores a esta, estaban escritos en su rostro escuálido y demacrado, pálido e inmóvil bajo la barba.

Por lo menos tenía que cubrirlo con algo, quizá con su abrigo, hasta que lograra conseguir que alguien lo recogiera. O tal vez en el callejón hubiera algo que pudiera usar para…

—Déjalo. No lo toques.

Stasia recibió la orden como un regaño y se levantó de inmediato, casi perdiendo el equilibrio.

Un muchacho, que no podía ser mayor que los quince años que tenía ella, la empujó con el hombro al pasar y se agachó frente al cuerpo. Era alto y delgado, con músculos enjutos que se marcaban en sus antebrazos, bajo la raída camisa arremangada por encima de los codos. Su cabello era rubio y lo tenía muy corto; su rostro era un conjunto de ángulos amargos y exasperados.

—¿Lo tocaste? —Los fríos ojos grises del chico la inmovilizaron.

Stasia por fin pudo hablar.

—No, solo estaba…

—¿Tomaste algo?

Stasia miró fijamente al muchacho.

—Solo iba a cubrirlo. ¿Crees que le robaría a un muerto?

Él retiró la mirada y se puso a hurgar en un morral de cuero desgastado que llevaba cruzado sobre el pecho. Sacó un paquete envuelto en papel.

—No está muerto —murmuró.

—¿Qué?

El muchacho puso el paquete sobre el regazo del hombre e intentó quitarle la botella vacía a la que se aferraba la mano sin vida.

—Que no está…

El hombre que Stasia había dado por muerto volvió a la vida de repente, abriendo los ojos con pánico ciego y la boca en un grito silencioso. Lanzó un golpe violento con el brazo que sostenía la botella, esta golpeó al muchacho en un costado de la cabeza antes de romperse en pedazos. El chico se desplomó a un lado y el hombre del abrigo se puso de pie tambaleándose, solo para dar dos pasos y colapsar de nuevo.

Stasia permaneció inmóvil durante un instante, casi sin poder respirar y demasiado sobresaltada para reaccionar. El hombre ahora estaba encogido en el suelo, gimiendo con las manos sobre la cabeza. El muchacho había logrado apoyarse sobre sus manos y rodillas; una herida profunda encima de su ojo izquierdo sangraba de forma abundante, dejando brillantes manchas color escarlata sobre el cuello y hombro de su camisa, de esa manera tan dramática en que suelen sangrar las laceraciones del cuero cabelludo. Tenía los ojos cerrados con fuerza, las manos apretadas en puños y murmuraba maldiciones para sus adentros.

Stasia ignoró al hombre y caminó hacia él.

—Mírame.

El chico se llevó una mano a la sien y sus ojos se abrieron grandes al ver sus dedos ensangrentados.

—Mierda —gruñó.

Stasia le puso una mano en el hombro y se agachó para verlo.

—Mírame —repitió con la voz que su abuelo usaba para dirigirse a los pacientes difíciles: directa y firme, pero no severa.

Él alzó la mirada y la vio directamente a los ojos, furioso.

—No me toques —respondió con brusquedad y se separó de ella.

Stasia vio satisfecha que las facultades del muchacho parecían estar en orden, así que se levantó y dio unos pasos hacia atrás, observando de reojo la cortada.

—Necesitas que te cosan esa herida —le dijo. Y era verdad. Stasia ya le había cosido heridas menos graves al caballo cascarrabias de sus abuelos.

Él la ignoró y se puso de pie despacio, presionando la herida con la manga de su camisa.

—¿Me escuchaste? Necesitas que…

—No necesito nada y menos de ti. Esto es culpa tuya.

—Yo solo quería ayudar…

—No necesito que me ayudes más —replicó, enojado, el muchacho—. Ya hiciste más que suficiente. —Miró la manga de su camisa e hizo una mueca al ver la mancha de sangre—. Mierda —gruñó de nuevo.

Stasia devolvió su atención al hombre mayor que seguía encogido en el suelo. Se agachó muy despacio a su lado y le habló con voz suave, como lo habría hecho con un niño aterrorizado. Con mucho cuidado, le quitó el cuello roto de la botella de la mano y lo apartó antes de que pudiera dañarse a sí mismo o a otra persona.

—¿Puede sentarse? —le preguntó al hombre con la misma voz que había usado con el chico.

Al oír su voz, el hombre dejó de gemir y se incorporó para alejarse de ella. Se puso a temblar y se tapó las orejas con las manos.

—Los oigo —murmuró—. Siempre los oigo. Siempre, siempre. Están regresando. Los aviones.

—No hay ningún avión —le aseguró Stasia.

—Te dije que no lo tocaras. —El chico interpuso su cuerpo entre ellos; luego, se dio la vuelta, obligando a Stasia a retroceder un paso más—. Vete y déjanos en paz.

Stasia negó con la cabeza, confundida por la reacción del muchacho. Habría esperado que él dirigiera su furia hacia el hombre que lo había golpeado o, cuando menos, que se fuera para atender su herida; por el contrario, la ignoró y se interpuso entre el hombre y Stasia, como si la amenaza fuera ella.

—No era mi intención que…

—Vete.

La forma en que lo dijo sonó desesperada, así que Stasia dejó de hablar y se alejó.

Se detuvo cuando llegó a donde había dejado su bicicleta, no siguió más allá. Por el momento, respetaría los deseos del chico, pero no lo iba a abandonar. No hasta que se asegurara de que estaba bien. A fin de cuentas, no estaba equivocado cuando dijo que había sido su culpa.

Observó al muchacho ayudar al hombre a sentarse de nuevo contra la pared, le hablaba en voz baja. Sin prestar atención a la sangre que cubría un lado de su cara, el chico comenzó a buscar el paquete que había salido rodando cuando recibió el golpe. Al encontrarlo, lo desenvolvió y se lo puso en las manos al hombre, quien lo rechazó de un manotazos e hizo que el muchacho alzara la

voz en protesta. Parecía una rebanada de pastel o, tal vez, un trozo de una hogaza, era difícil saberlo desde donde Stasia estaba parada.

Ese hombre, después de todo, no estaba abandonado. Stasia desconocía las circunstancias que lo habían llevado a ese momento y lugar, y no estaba segura de qué o quién era para el chico, pero aún tenía a alguien que se preocupaba por él a pesar de sus acciones. De alguna manera, ese conocimiento hizo que se sintiera aún más triste.

La interacción entre ellos continuó durante un tiempo. La conversación subía y bajaba de volumen, mientras los hombros del muchacho se encorvaban o enderezaban al compás. En un momento, el chico se puso de pie y alzó las dos manos. El hombre, que estaba en el suelo, le gritó algo ininteligible y retiró la cara, encogiéndose más contra la pared. El chico se dio la vuelta, con el rostro inexpresivo, la postura rígida y la mirada fija en el suelo. Avanzó hacia donde estaba Stasia, deteniéndose al percatarse de su presencia. El sangrado encima de su ojo se había hecho más lento, pero la piel de alrededor empezaba a amoratarse e hincharse.

—No lo puedes evitar, ¿verdad? —la increpó y miró con desdén—. ¿Tenías que quedarte a ver el espectáculo?

Stasia parpadeó.

—No entiendo…

—Te dije que nos dejaras en paz.

—Necesitas que te atiendan la herida.

El chico le respondió con un ruido grosero y siguió caminando. Stasia dejó que se adelantara antes de tomar su bicicleta y caminar con ella para seguirlo a la distancia. El muchacho se dirigió al oeste, lejos de las tiendas y los cafés, y cruzó el Boulevard des Belges hacia el *hôtel-Dieu*. Bien. En el hospital, alguien atenderá su herida.

Sin embargo, no parecía que fuera a entrar al hospital para buscar un médico. Más bien, pasó muy deprisa frente a las puertas del edificio, agachando la cabeza y limpiándose de nuevo la sangre del rostro con la manga de la camisa. Dos mujeres, vestidas muy elegantes con atuendos veraniegos y tacones, se desviaron de la banqueta empedrada para evitarlo. Ambas apretaron su bolso con más fuerza

bajo el brazo; aunque, si él se dio cuenta de eso, no dio ningún indicio. Stasia frunció el ceño, incrédula y resentida con esas mujeres por su insensibilidad. Seguramente, se dieron cuenta de que estaba herido, ¿no? A alguien tenía que importarle, ¿verdad?

El chico dio la vuelta en la esquina y siguió caminando por el lado noroeste del hospital; solo se detuvo cuando llegó a un par de puertas de servicio maltratadas que había en la pared del largo edificio. Afuera de estas puertas, contra las paredes de piedra, había pilas de desechos que parecían equipos averiados. El muchacho se puso a buscar algo entre los residuos abandonados. Desde el otro lado de la calle, Stasia observaba, desconcertada, cómo sacaba un trozo de alambre de la parte superior de un montón de cables enredados y lo enrollaba con cuidado para luego deslizarlo en su morral.

De otra pila, recogió varias piezas y componentes pequeños, la mayoría de los cuales Stasia no pudo identificar, y todos los objetos iban desapareciendo en su morral con la misma entrenada eficiencia. Cuando llegó a la última pila, hizo una pausa antes de sacar una pequeña lata encajada entre el montón de escombros y el edificio. Una vez que la extrajo, le dio la vuelta en sus manos y sonrió, aunque casi de inmediato su sonrisa se convirtió en una mueca de dolor y se tocó el costado de la cara.

De repente, se abrió una de las puertas; el muchacho se dio la vuelta y saltó con agilidad a un lado. Un hombre corpulento salió a tropezones, gritando y agitando el puño. Stasia no alcanzaba a escuchar lo que decía, pero era obvio que estaba furioso y, claramente, se dirigía al chico ensangrentado, quien ahora se aferraba a su morral con firmeza mientras se alejaba corriendo de esa calle. Sin mirar atrás, se escabulló detrás de un vendedor de periódicos y sus pilas de papel, luego salió disparado rodeándolo, lo que, sin complicación, dejó rezagado al agitado empleado del hospital que lo perseguía sin aliento.

Stasia se subió a su bicicleta y siguió al chico hasta que, finalmente, disminuyó la velocidad y, libre de la persecución, empezó a caminar hacia el sur a lo largo de la suave curva del Sena. Por un breve

instante, Stasia se preguntó si debía dejarlo en paz. Él había dejado más que claro que su ayuda y presencia no eran bienvenidas; no obstante, al instante siguiente, supo que no podía, ni quería, abandonarlo. Estaba herido, en parte, debido a sus acciones, además avanzaba en la misma dirección en la que estaba la granja de sus abuelos. Satisfecha de haber encontrado la justificación que necesitaba, Stasia dirigió su bicicleta hacia el camino.

No fue difícil seguirlo, aunque le daba gusto tener la bicicleta porque no hubiera podido seguirle el ritmo a sus largas zancadas de otra manera. Lo alcanzó pasando el puerto donde, a su izquierda, la superficie del río brillaba como un diamante bajo el sol de junio. Cuando dejó la ciudad atrás, sus pasos empezaron a levantar pequeñas nubes de polvo que se elevaban y dispersaban en la brisa, dejando un ligero aroma a tiza en el aire, el cual ya estaba impregnado del fuerte olor de la espesa vegetación que bordeaba la orilla del río. Stasia disminuyó la velocidad lo suficiente para mantener el paso con él, esperando que respondiera a su presencia.

No lo hizo.

De cerca, Stasia pudo ver que la herida estaba sangrando de nuevo. La inflamación era peor, tanto que dudaba que pudiera seguir viendo con ese ojo durante más tiempo. La sangre seca se le había incrustado en el cabello y por encima de la oreja. Si la herida le dolía, no lo demostraba, pero Stasia sabía que seguro le punzaba con cada paso que daba.

—De verdad necesitas puntos —le dijo por fin.

El muchacho no le respondió nada, solo aceleró el paso.

—No tomará mucho tiempo —señaló Stasia, intentando convencerlo—. Y sanará más rápido.

—Vete. —El chico pateó una piedra en el camino—. Déjame en paz.

—No —respondió ella con calma.

—Entonces, ¿no vas a dejar de seguirme? —le preguntó, todavía sin voltear a verla.

—No, hasta que aceptes que te atiendan la herida.

Al chico se le escapó una risa seca y sin humor.

—¿Que me atienda quién? ¿Tú?

—Sí.

Eso pareció llamar su atención. Volvió sus ojos grises y helados hacia ella, aunque el efecto quedó bastante atenuado porque uno de sus ojos estaba casi completamente cerrado por la hinchazón.

—Claro, porque eres doctora —declaró con tono cargado de burla e incredulidad.

Stasia estaba acostumbrada.

—Todavía no.

—¿Qué significa eso?

—Significa que mi madre murió de polio cuando yo tenía seis años. Por eso, en cuanto tenga la edad suficiente para asistir a la universidad, aplicaré para entrar a la facultad de medicina y convertirme en doctora. Descubriré cómo evitar que las madres, las hermanas, los padres y los hijos de otras personas mueran de lo mismo.

El muchacho cerró la boca de golpe y retiró la mirada.

Stasia también estaba acostumbrada a esa respuesta. Con los años, había aprendido que era mejor dejarle claro a la gente esto desde el principio. De todos modos, siempre se lo cuestionaban y de esta forma evitaba la predecible serie de comentarios sarcásticos que, de otra manera, habría recibido acerca de sus ambiciones.

—Mientras tanto, he aprendido algunas habilidades básicas, por ejemplo, coser heridas que podrían dejar cicatrices desagradables si no se atienden a tiempo.

Stasia esquivó un hoyo con su bicicleta, tratando de mantener en equilibrio unos paquetes envueltos que llevaba en la cesta. Junto a su mochila tipo *satchel*, había un paquete de botones de madera, pinzas nuevas para la ropa, dos latas de tabaco y papel de liar, un bote de azúcar de un kilo y tres jabones con aroma a lavanda. Todos esos artículos estaban en la lista de compras que sus abuelos le habían dado. Habría entregado sus encargos mucho más rápido si este chico obstinado fuera un poco menos impertinente.

—Me llamo Stasia —se presentó—. ¿Y tú?

—No sabes quién soy.

Era una afirmación y una pregunta a la vez, cargada de desconfianza.

—¿Debería saber? ¿Eres un príncipe o algo así? —le preguntó Stasia con tono despreocupado, pero recordó la imagen de las dos mujeres que lo habían evitado con urgencia y el hombre del hospital que lo había perseguido.

—Está claro que no eres de aquí.

Stasia resopló.

—¿Llegaste a esa conclusión únicamente porque no sé quién eres? Eso es demasiado arrogante, ¿no crees? De verdad debes ser un príncipe —comentó, luego dijo por lo bajo— o quizá un político.

El muchacho miraba con atención el río.

—Tal vez llegué a esa conclusión porque tu francés no es tan bueno como para engañarme.

—No quiero engañar a nadie. —Stasia se esforzaba mucho para perfeccionar su francés porque ser suficientemente buena en algo nunca fue bastante para ella, así que no le gustó el recordatorio de que no había dominado el idioma por completo—. Vivo en Róterdam. Durante el verano, vengo de visita con mis abuelos: los Moreau. ¿Los conoces?

—No. —Quitó la mirada del río y se enfocó de nuevo en ella. Stasia intentó no hacer una mueca de dolor; la inflamación de su ojo empeoraba con cada minuto que pasaba—. ¿Dónde viven? —preguntó.

Ella señaló con la mano hacia el espeso bosque que, desde donde estaban, junto al río que continuaba serpenteando hacia el sur, era solo una mancha oscura a la distancia.

—Del otro lado del bosque. Tienen una granja de trigo y verduras. También crían conejos, algunas vacas lecheras y dos docenas de cerdos.

—¿Por qué te quedas con ellos?

—Mi papá diseña y administra puertos. Vivimos en Róterdam, pero seguido viaja por trabajo a puertos de todo el mundo. A veces

voy con él, excepto en los veranos, que vengo con mis abuelos porque necesitan ayuda. —Stasia hizo una pausa—. Esto no es justo, ¿sabes? Yo ya te conté mucho sobre mí y tú todavía no me has dicho ni tu nombre.

El chico pateó bruscamente otra piedra y no dijo nada.

—¿Quién era el hombre al que trataste de ayudar? —preguntó Stasia de repente—. El que pensé que estaba muerto.

Él permaneció en silencio.

—Fuiste muy amable, incluso después de que te golpeó.

El muchacho emitió un sonido ahogado, pero no respondió.

Stasia contó hasta veinte antes de suspirar, desesperada.

—Bueno. Entonces, yo te voy a decir Thomas.

—¿Qué?

Stasia señaló la lata que el chico había recogido detrás del hospital y que todavía llevaba en la mano. Era una lata de tabaco con colores azul y dorado que decía «Usines Thomas Philippe, Culdessarts» en la tapa.

El chico al que llamó Thomas gruñó.

Continuaron en silencio durante otros tres kilómetros; Thomas la ignoraba a propósito y Stasia lo observaba desde su bicicleta. Se preguntó si llegarían hasta Le Havre así, él siendo demasiado terco para reconocer su presencia y ella demasiado obstinada para dejarlo…

Sin algún tipo de advertencia, él salió corriendo por un camino lleno de maleza y bordeado de árboles y arbustos que necesitaban una poda urgente, y desapareció. Stasia lo siguió, preguntándose cómo era que no había notado ese camino antes, pero sus reflexiones se vieron interrumpidas cuando se vio obligada a seguir a pie para no golpearse la cabeza contra las ramas bajas y colgantes. Caminó rápido con la bicicleta, mientras las ramas y enredaderas le rasguñaban las pantorrillas y se le enganchaban en el dobladillo de la falda. Llegó a un punto en el que el camino se bifurcaba en otros senderos sombríos y ninguno daba señales de ser el que podría haber tomado Thomas. Murmuró entre dientes, segura de que para cuando

terminara de dilucidar ese laberinto cubierto de hierba, él ya estaría lejos. Sin duda, esa era la idea.

Eligió la ruta que mejor le acomodaba a su bicicleta y aceleró el paso lo más que pudo; finalmente, salió del tupido dosel de sombra y parpadeó bajo la repentina y deslumbrante luz del sol.

Se encontró cara a cara con un ángel.

Eternamente congelado en el tiempo, el ángel había quedado capturado en pleno vuelo sobre un pilar de piedra, con las alas desplegadas hacia el cielo detrás de su agraciado cuerpo. Su rostro, esculpido con una inmensa tristeza, miraba hacia abajo y tenía las manos de piedra extendidas como si desearan alcanzar algo que jamás podrían tocar. La escultura era inquietante y hermosa a la vez; Stasia estaba segura de que nunca había visto algo tan conmovedor. En especial, considerando el extraordinario jardín en el que el ángel vivía.

No se parecía para nada al ordenado huerto de su abuela. Este jardín estaba rodeado por muros de piedra desmoronados color crema, cubiertos de brillantes flores amatista que brotaban de una cortina esmeralda. Alrededor de un tumultuoso arcoíris de flores, se elevaban árboles altos que daban sombra a una miríada de misteriosos caminos empedrados, los cuales terminaban en pequeñas islas de radiante sol como en la que ella estaba. Stasia reconoció algunas de las flores porque su abuela también las cultivaba, como el helenio carmesí y mandarina intenso o la salvia violeta y azul violáceo, pero había muchas otras que no conocía. Oculto en un rincón, entre las copas de dos hayas enanas, había un pequeño edificio de piedra del mismo color que los muros del jardín. El óxido del pesado picaporte de hierro teñía la parte inferior de la puerta descolorida, mientras que persistentes manchas de pintura de cobalto aún se aferraban a la madera.

Stasia bajó de su bicicleta una vez más y la apoyó contra la corteza rugosa de un árbol, sacó su mochila de la cesta y se la colgó al hombro. Cautivada, se aventuró dentro del jardín. Rodeó dos enormes urnas de piedra, agrietadas y despostilladas, pero todavía rebosantes de vegetación, como para compensarlo. Los árboles se

elevaban por encima del muro más distante del jardín, un denso bosque lleno de sombras frescas.

Se acercó al ángel y lo rodeó pausadamente. Era el tipo de lugar en el que Stasia no podía evitar imaginarse a hermosas princesas con vestidos plateados vaporosos, caminando con unicornios mágicos de melenas plateadas y ondulantes. Podía imaginar elfos y hadas en este mundo oculto, bañado por el sol, y, si escuchaba con atención, le parecía oír el tintineo de sus alas bajo el zumbido de las abejas en busca de flores y las canciones de las alondras en las ramas. Se moría por sacar sus lápices de la mochila y empezar a dibujar las visiones que danzaban en su mente…

Una maldición en voz baja la sacó de su fantasía. Stasia estaba tan absorta que no se había dado cuenta de que Thomas estaba sentado a la sombra del ángel de piedra, casi invisible entre la hierba de la base. Volvió a maldecir, rompiendo el encanto por completo; Stasia vio que él inclinaba la cabeza en renovada concentración. En silencio, se quedó observándolo y, después de un rato, se percató de que estaba inclinado sobre la lata de tabaco robada, intentando forjar un cigarro. Luego de mirarlo a escondidas un rato, viéndolo batallar, le quedó claro que nunca había forjado uno antes.

—Si quieres, te puedo enseñar cómo se hace —le ofreció.

Thomas se puso de pie de un salto, el papel salió volando y el tabaco se esparció en el suelo como copos de nieve arrugados y cafés.

—Jesucristo —refunfuñó.

—No, soy yo.

—¿Qué hice para merecer esto? ¿Qué tengo que hacer para deshacerme de ti?

—Déjame atender tu cortada y luego me iré.

—Ya te dije que no necesito ni quiero tu ayuda, en absoluto. —Se alejó más de ella.

—La verdad, no me importa lo que creas que no necesitas —respondió Stasia, sacando una pequeña bolsa de su mochila.

—¿Qué demonios es eso?

—Un botiquín médico. Puedo limpiar y suturar tu herida aquí mismo.

—Eres completamente idiota, ¿verdad?

Stasia ignoró su hostilidad.

—Mi abuelo fue camillero en la guerra —comentó—. Muchas veces los primeros auxilios que prestaba a los soldados en el campo de batalla, antes de llevarlos a las ambulancias, eran la diferencia entre la vida y la muerte.

—Yo no me estoy muriendo —dijo Thomas con tosquedad.

Stasia volvió a ignorarlo.

—Ahora siempre lleva a todos lados botiquines como este, por si acaso. Y me recomendó hacer lo mismo. Te sorprendería con qué frecuencia algo «idiota» se convierte en algo «útil».

Stasia dio un paso hacia él.

—Que no me vas a poner un dedo encima, carajo —protestó y dio otro paso hacia atrás, como un animal herido a punto de huir.

Stasia se quedó quieta. Luego, muy lentamente, devolvió el botiquín a su mochila.

—Está bien. No te voy a tocar. —Se apartó—. Me iré, pero primero voy a dibujar al ángel.

—¿Primero qué?

Stasia señaló la escultura sobre la cabeza del chico.

—Voy a dibujar al ángel.

—¿Por qué?

—Me gusta dibujar y escribir historias —dijo con confianza. Que él siguiera hablando con ella significaba que no huiría. Estaba decidida a mantenerlo así.

—¿Sobre ángeles de piedra?

—Sobre todo tipo de cosas; además, este ángel se ve triste.

—Es un pedazo de piedra —dijo Thomas con voz áspera—. Las piedras no tienen sentimientos.

Stasia caminó hacia el otro lado de la escultura, buscando el mejor ángulo. Se detuvo cuando, sobre la explosión de vibrante vegetación, vio un techo de tejas y una fila de ventanas rectangulares.

—Oh —exclamó—, estamos detrás del castillo de Montissaire.

—Gracias a Dios que tu plan es ser doctora y no detective —dijo Thomas con sorna y Stasia se rio, lo que pareció sorprenderlos a

ambos.

Ya había visto el mismo tejado y las ventanas del último piso muchas veces desde el camino, pero estaba distraída y no se había dado cuenta de que estaba tan cerca de su casa. La granja de sus abuelos estaba del otro lado del bosque que bordeaba la parte trasera de este jardín. De hecho, el castillo de Montissaire era su vecino más cercano, aunque nunca había estado dentro de la vasta propiedad.

El castillo lo construyó a mediados del siglo XVIII, en la cima de una colina, un antiguo conde de Cossé; supuestamente, para su amada novia, que murió antes de que el castillo estuviera terminado. Por lo menos, esa era la historia que le habían contado a Stasia. El castillo de Montissaire se encontraba ahora todavía en manos de lo que quedaba de la familia De Cossé y se alzaba por encima del río y los alrededores, presidiendo como una reina triste, solitaria y antaño grandiosa sobre sus súbditos. Si Stasia hubiera sabido que existía ese jardín, lo habría visitado desde hacía tiempo.

Se acomodó sobre un pedazo de hierba, en el ángulo perfecto donde los rayos del sol acariciaban la escultura. Abrió su mochila, consciente de que Thomas todavía la observaba, y sacó su cuaderno de dibujo.

—Es en serio. Todavía no te vas a ir.

—Después de que termine mi dibujo —le aseguró Stasia—. Lo prometo.

Se quedó en silencio durante cierto tiempo y luego preguntó:

—¿Qué más tienes en tu mochila?

—Mis lápices, unos recibos para mi abuela, mi cantimplora.

—¿Tienes algo de comer?

—Una galleta.

—¿Solo eso?

—Sí.

Él suspiró ruidosamente como si fuera un descuido imperdonable por parte de Stasia.

—¿La quieres? —Stasia sacó una galleta envuelta en un pañuelo y se la ofreció, pensando en el pedazo de pastel que le había dejado al

hombre del callejón—. La verdad yo no tengo hambre.

Thomas vaciló y luego la aceptó, tomándola con cautela, como si esperara que ella se la arrebatara. Se apartó y se metió la galleta a la boca.

—Es una tumba —afirmó de pronto.

—¿Qué?

—El ángel que estás dibujando. Si quitas las enredaderas, se puede ver la fecha debajo. La chica muerta tenía más o menos tu edad. —Hizo una pausa—. Murió hace unos sesenta años y la enterraron justo aquí —agregó con la boca cubierta de migajas.

—¿Ah, sí? —Stasia tomó su lápiz.

—Y hay otra.

—¿Otra qué?

—Otra tumba. Justo al lado de la del ángel. Tiene una pequeña marca plana, pero no se puede ver porque está cubierta de pasto. Esa es de una anciana.

—Ujumm…

Ella mantenía el lápiz suspendido sobre el papel, pero las líneas que darían forma a la hermosa escultura no se revelaban aún. Después de un momento, quitó la mirada del ángel y su lápiz empezó a realizar trazos rápidos y seguros.

—Además está embrujado. Este jardín.

—Los fantasmas son cosas que la gente inventa para mantener a los demás lejos y fuera de sus asuntos —le respondió Stasia.

—Claramente, no está funcionando muy bien —murmuró él.

Stasia se rio de nuevo.

Thomas hizo un gesto de frustración con las manos y se agachó para recoger el papel de liar que había quedado entre las largas hojas de pasto.

—Estás invadiendo propiedad privada, ¿sabes? —comentó.

La imagen en la hoja tomó forma.

—Tú también.

—No, yo no.

—Por supuesto que sí… —El lápiz de Stasia se quedó inmóvil.

Stasia alzó la vista despacio y vio que Thomas se había vuelto a sentar debajo del ángel. Otra vez estaba tratando de forjar un cigarro, con menos éxito que la primera vez.

—No eres un príncipe —dijo ella en medio del silencio.

Él hizo un ruido tosco, pero, por lo demás, la ignoró.

—No eres un príncipe —repitió Stasia—. Eres el conde de Cossé.

2

Nicolas

Ruan, Francia
8 de junio de 1935

Hacía mucho que el conde de Cossé había muerto.

Por supuesto, todo el mundo lo sabía, excepto esta chica de Róterdam. La idea de que ella creyera, realmente, que él era el conde de cualquier cosa fue suficiente para provocarle una carcajada desde el fondo de su cuerpo.

Una vez que hubo escapado ese primer sonido, le siguió otro, más burbujeante aún, que se derramó por sus labios hasta que quedó doblado en dos, jadeante y con el ojo bueno lleno de lágrimas.

Solo el dolor punzante que sintió en el rostro interrumpió su risa, además del cálido chorro de sangre que se deslizaba por el costado de su cara, donde el corte se había vuelto a abrir. La sangre salpicó el borde del papel de liar que seguía apretando entre sus dedos.

—Mierda —murmuró limpiando el borde del papel. La risa desapareció tan rápido como había llegado, dejándolo con un vacío miserable por dentro. Cerró el ojo bueno y se frotó la sien con el talón de la mano.

—A ver. —Unos dedos largos le quitaron el papel, lo que sobresaltó a Nicolas, sin darse cuenta de que la chica de ojos color brandy caro, cabello oscuro como la canela y que llevaba un sencillo vestido azul cielo de verano, se había sentado junto a él en el pasto—. Estás desperdiciando tu tabaco.

—No te pregunté, ¿o sí? —murmuró Nicolas, pero su respuesta carecía de verdadera animosidad porque estaba demasiado distraído observando los rápidos y capaces dedos de Stasia alisar y luego plegar el papel con eficiencia y sin esfuerzo.

Ella le extendió la mano.

—Pásame la lata.

Sin decir una palabra, Nicolas obedeció.

Ella se puso el papel sobre la palma y luego tomó una medida de tabaco, acomodándola con esmero a lo largo del pliegue del papel.

—El truco es apretar el tabaco dentro del papel, enrollándolo, antes de doblar el papel para cerrarlo —explicó Stasia con el cigarro nuevo entre los pulgares e índices, haciendo eso precisamente—. Y el pegamento tiene que quedar frente a ti en la parte superior. —Deslizó el borde inferior del papel por debajo de la parte superior, lo enrolló con habilidad, lamió el borde engomado y pasó el pulgar a lo largo del pegamento—. Listo. —Le ofreció el cigarro.

—¿Cómo aprendiste a hacerlos? —Nicolas tomó el cigarro con cuidado.

—Le forjo los cigarros a mi abuelo. Él me enseñó.

—¿Él no puede hacerlos por sí mismo? —Se arrepintió tan pronto como pronunció esas palabras desdeñosas.

—Perdió los dedos de la mano izquierda en la guerra, así que es más fácil para mí.

—Oh. —Nicolas sostenía el cigarro con torpeza.

No pasó por alto la forma en que los ojos de Stasia se dirigieron al costado de su cara, aunque no lo miraba con lástima, sino con consideración. Además de con una generosidad persistente que no había vacilado desde que apareció en el callejón; sin embargo, ya no seguía insistiendo en atender su herida.

—¿Vas a fumártelo? —le preguntó.

—Quizá.

Ella metió una mano en el bolsillo de la falda y sacó un encendedor. Lo abrió y la llama saltó, al igual que Nicolas.

—¿Me permites? —ofreció Stasia extendiéndole la llama.

—¿Tu abuelo también te dio ese encendedor? —Intentó, sin éxito, ocultar la envidia en su voz.

—Mi abuela. —Stasia encendió el extremo del cigarro de Nicolas —. Ella también piensa que es necesario que una mujer siempre esté preparada.

—Tú no eres una mujer. —Una vez más, se arrepintió al instante de haber dicho eso, porque era falso. Su edad no tenía nada que ver.

Stasia meramente se guardó el encendedor en el bolsillo, sin comentar nada, y se echó hacia atrás, descansando a gusto contra el pilar de piedra y el ángel flotando sobre su cabeza. Su rostro apuntaba hacia el sol; tenía los ojos cerrados y sus oscuras pestañas proyectaban largas sombras curvas sobre sus mejillas, que estaban cubiertas con una tenue constelación de pecas. Una sonrisa le arqueaba los labios.

¿Acaso nada la ofendía?

—No soy un conde —murmuró Nicolas—. Y mucho menos el conde de Cossé. No soy nadie. —Dio una fumada tímida al cigarro y tosió de inmediato. Siguió tosiendo.

—Toma un tiempo acostumbrarse —aseguró Stasia con tono divertido.

—¿Perdón? —Nicolas jadeó mientras apagaba el cigarro, no estaba dispuesto a seguir avergonzándose.

—Yo casi escupo un pulmón la primera vez que fumé. —Todavía tenía los ojos cerrados y estaba sonriendo; un hoyuelo, que él no había notado antes, apareció en la mejilla izquierda—. Así que, por favor, no te detengas por mí, Thomas.

—Nicolas —dijo él de repente—. Me llamo Nicolas Navarre.

—Oh. —Stasia abrió los ojos y se enderezó—. Es un placer conocerte entonces, Nicolas Navarre. Podría haberte llamado Thomas por siempre.

Nicolas esperó, pero el malestar y la burla que acompañaban, por lo general, la mención del apellido Navarre se mantuvieron ausentes. En cambio, el silencio se prolongó, interrumpido solo por el canto agudo de un pájaro en algún lugar del jardín.

—Mi padre es Etienne Navarre.

Stasia le dirigió una mirada de curiosidad.

—No estoy segura de qué intentas decirme.

—Era el hombre que conociste en el callejón. El que me dejó así. —Se tocó el ojo hinchado y esperó la reacción de Stasia.

—Ah, me lo preguntaba —respondió, sin decir nada más.

—Tu abuelo perdió los dedos en la guerra, pero mi padre perdió la razón. Cuando yo era niño, él siempre tenía muchos dolores de cabeza. No dormía durante días. No podía recordar ni siquiera las cosas más sencillas. A medida que yo crecía, él iba empeorando. Ahora, si no está en la cárcel, vaga por las calles de Ruan con cualquier demonio imaginario que esté bailando en su cabeza, destruyendo todo lo que toca. —No tenía idea de por qué le había contado todo eso.

La chica sentada a su lado no dijo nada.

—Mi madre trató de ayudarlo, pero murió en el intento. Yo tampoco puedo hacer nada.

Stasia siguió sin decir nada.

—Es un hombre débil e inmoral. —Las palabras seguían saliendo y parecía incapaz de detenerlas—. Al menos, eso es lo que dicen de él. Porque el resto de los hombres que lucharon en esas trincheras y sobrevivieron, volvieron a su casa y fueron lo bastante fuertes como para seguir con sus vidas; incluso los que regresaron con heridas horribles. Mi padre salió de esa guerra sin un rasguño. —Se detuvo para tomar aire—. No sé por qué te estoy contando esto, pero, si no te lo digo yo, alguien más te lo contará de todos modos…

—¿Y por eso estabas decidido a hacer que me fuera? —lo interrumpió Stasia, sonando simplemente… reflexiva.

—Hay un proverbio alemán que dice que la manzana no cae lejos del árbol —repitió la frase que había escuchado una y otra vez.

—Ah.

Stasia lo observó un momento antes de arrastrarse por el pasto para recuperar su mochila, el cuaderno y el lápiz; luego, se sentó de frente a Nicolas. Empezó a dibujar de nuevo, alzando la mirada ocasionalmente.

Nicolas, frustrado, apretó los dientes. Era como si ella no hubiera escuchado una sola palabra de lo que le había dicho. Esta chica de Róterdam, que se había inmiscuido en su vida como un rayo cegador de impresionante belleza y extraviada compasión, no podía saber nada de él porque venía de un mundo que no se parecía en lo

absoluto al suyo y regresaría a su realidad para ir a lugares a los que él jamás podría seguirla. Ella no estaba entendiendo lo que trataba de…

—Mi abuelo todavía se despierta gritando algunas noches —dijo Stasia, interrumpiendo los confusos pensamientos de Nicolas—. Lo único que mi abuela puede hacer para calmarlo es cantarle en voz baja, hasta que él se pone a llorar y se queda dormido otra vez. Nunca hablamos de lo ocurrido en la mañana. Dos veces a la semana, él me pide que cargue, dispare y limpie sus pistolas; la urgencia y el rigor con los que espera que complete esas tareas no forman parte de una simple lección de armas de fuego.

»También están los botiquines médicos… —Se quedó callada un momento—. Estoy casi segura de que una parte de él cree que los alemanes volverán; aunque nunca lo haya admitido conmigo. Tampoco hablamos de los alemanes. —Frunció el ceño mirando su página y se inclinó para hacer una corrección—. Así que, según tu lógica, él también es débil e inmoral. Al igual que yo, pues comparto la misma línea familiar y según tu proverbio.

—Tú no eres débil ni inmoral. —La firmeza de sus palabras lo tomó por sorpresa.

—No lo sabes. En realidad, no me conoces.

—Sé que eres amable.

—A lo mejor soy amable, débil e inmoral.

—Qué ridículo.

—Sí, ¿verdad? —Siguió dibujando.

Nicolas abrió la boca y luego la cerró de nuevo.

—Ya sé lo que estás tratando de hacer, pero, en realidad, tú t-tampoco me conoces —tartamudeó por fin.

—Es cierto —admitió Stasia—. Pero un hombre inmoral no intenta proteger a una completa extraña con una lógica noble, aunque idiota. Ni un hombre débil llega a un jardín y le cuenta a una completa desconocida verdades difíciles sobre sí mismo, como lo hiciste tú.

—Tal vez te lo puedo contar, justamente, porque eres una extraña.

—Quizá tengas razón —respondió ella entornando los ojos—. Pero ¿qué va a pasar cuando nos hagamos amigos? ¿Vas a seguir

diciéndome la verdad? ¿O entonces empezaremos a mentirnos?

Nicolas le dio vueltas en su cabeza a esa afirmación: «cuando nos hagamos amigos». Se sintió como si lo hubieran dejado a la deriva, inseguro de cómo seguir adelante en este mar de brutal y franca honestidad que no esperaba y que no estaba seguro de querer.

—Yo no tengo amigos.

—Es posible que nunca puedas ayudarlo, ¿sabes? —comentó Stasia, como si él no hubiera dicho nada—. A tu padre. Está herido de una manera que ni tú ni yo podemos ver, tampoco siquiera imaginar. Sin embargo, sé que él no es el único, solo es menos hábil para ocultarlo. Lo único que puedes hacer es quererlo, aun cuando a veces parezca imposible.

—Más que nada, lo odio. —Se le escapó esa confesión.

—Si de verdad lo odiaras, no te importaría. —Stasia dejó el lápiz a su lado en el pasto, después arrancó la hoja del cuaderno y se la ofreció—. Toma.

Nicolas tomó el dibujo y le dio la vuelta lentamente, incapaz de quitarle los ojos de encima. Mirar la imagen era un poco inquietante. Era como mirarse en un espejo, pero la persona que aparecía en el retrato no era él. Stasia había dibujado su torso y cabeza de perfil, así que el lado de su cara hinchado y en carne viva era invisible. Su camisa manchada de sangre había sido sustituida por una capa que volaba al viento; el cigarro robado que tenía en la mano, por una espada reluciente.

Tocó la esquina de la hoja con el dedo.

—No entiendo.

—Te representé como un príncipe.

—¿Por qué?

—Porque no eres un don nadie, Nicolas Navarre.

Nicolas no fue capaz de responder, ya que una extraña emoción le oprimía el pecho y la garganta.

Stasia guardó el lápiz y el cuaderno en su mochila y se puso de pie.

—Y dibujarte a ti fue mucho más satisfactorio que dibujar una piedra. —Se colgó la mochila al hombro—. *Bonne chance*, príncipe

Nicolas.

—¿Adónde vas? —logró decir él con tosquedad.

—Te prometí que me iría cuando terminara mi dibujo. No creo que romper una promesa sea una buena forma de empezar una amistad —declaró y se dirigió hacia su bicicleta.

—Quédate —le pidió, sin importarle que esa única palabra pudiera sonar desesperada.

Stasia se detuvo en seco y se volteó despacio.

—Me quedaré si me dejas curarte la herida.

—De acuerdo.

Nicolas era vagamente consciente de que quizá acababan de manipularlo, pero, por alguna razón, no le importaba. Siempre y cuando ella se quedara.

—Bien.

Se miraron el uno al otro en medio del claro bañado por el sol.

Ella fue la primera en apartar la mirada.

—¿Tienes una silla o un banco? Sería mejor que tú estuvieras sentado y yo de pie.

Él se levantó con cuidado para no arrugar el dibujo.

—En el cobertizo, voy por él.

Rápidamente, fue al pequeño edificio de piedra, empujó con fuerza la antigua puerta de madera y entró. Tenía un banco de jardinería que sería útil.

—¿Vives aquí?

Se dio la vuelta. Stasia lo había seguido y estaba parada cerca de la larga barra que ocupaba un lado de la habitación, frente a una pared en la que había un catre desvencijado, el cual estaba metido entre una colección desordenada de palas, rastrillos, tijeras y azadones viejos; todas las herramientas estaban cubiertas de plateadas telarañas.

—Tal vez —contestó y dejó con cuidado el dibujo en una repisa vieja, donde no se maltrataría; luego, se inclinó para tomar el pequeño banco.

—¿En el castillo a nadie le importa que estés aquí?

—Nadie vive en el castillo, así que no, a nadie le importa.

—Entonces, ¿por qué no vives en el castillo? —preguntó ella—. Si está vacío…

Él cargó el banquito.

—Un empleado de la ciudad viene cada semana a revisar. El año pasado hubo trabajadores aquí durante un mes, estaban arreglando el techo porque se suponía que alguien se mudaría. Nunca se mudaron, pero no quiero que me descubran. Es más fácil que me quede aquí. Nunca entra nadie al jardín.

—¿Alguna vez has estado dentro del castillo?

—Sí.

—¿Me lo muestras?

—No.

—Oh —murmuró, sin parecer ofendida—. ¿Qué les pasó a las personas que vivían en el castillo?

—Todos están muertos. Escuché que ahora les pertenece a unos parientes.

—¿Y no lo quieren? —preguntó incrédula.

—No lo sé. No lo han vendido, así que, aunque realmente no lo quieran, tampoco quieren que lo tenga alguien más, supongo.

—Es tan triste que ya nadie lo quiera. —Stasia inclinó la cabeza—. Se merece algo mejor.

—Es solo un edificio —afirmó Nicolas—. En cualquier caso, puedo guardar mis cosas aquí y nadie me molesta. —Señaló con la cabeza hacia una mesa de trabajo.

—¿Son tus cosas? —preguntó ella, distraída. Tomó un libro destrozado de la parte superior de una pila cercana al borde de la mesa y pasó los dedos por el título—. *Electricité, A. L Guyot, Applications Domestiques et Industrielles, Conseils Pratiques, Formules, Plans et Devis* —leyó—. Suena complicado.

Nicolas dejó el banco y le arrebató el libro de las manos.

—No lo es. —Con reverencia, devolvió el libro a la pila. Se sentía igualmente dividido entre el alivio de que ya no estuvieran hablando de cuestiones familiares y la inquietud de que ella estuviera tocando sus cosas.

Con expresión impávida, Stasia dirigió su atención a una caja de madera pulida que tenía una esquina rota y rasgada, además del interior expuesto, colgando como entrañas, por la parte de atrás.

—Un radio —dijo dándole la vuelta.

—Sí —se lo quitó de las manos—, todavía no lo he arreglado. —Y lo dejó a un lado.

—¿Puedes arreglarlo?

—Sí.

Ella pasó los dedos por la parte superior de una tostadora a la que le faltaba una puerta.

—¿Qué otras cosas arreglas?

—Tostadoras, planchas, cafeteras, ventiladores. Lo que encuentre.

—¿De dónde sacas las piezas y partes?

—De lugares —respondió y se dio cuenta de que sonaba a la defensiva.

—¿Quieres decir que las robas?

—A veces.

Era mejor que le recordara qué tipo de persona era exactamente.

—¿No te sientes mal por eso?

—¿Qué clase de pregunta es esa?

Stasia se encogió de hombros, pero no contestó.

—No tengo el lujo de sentirme mal —declaró con un tono burlón.

—¿Qué haces con todas estas cosas cuando las arreglas? —preguntó ella, esta vez con auténtica curiosidad.

Nicolas frunció el ceño ante su aparente indiferencia por la admisión de sus robos.

—Sobrevivir. Los vendo o cambio por comida y ropa.

—¿Cómo aprendiste a hacerlo? ¿A arreglar cosas?

—Desarmé algunas y lo fui averiguando. También hay libros que te dicen cómo funciona la electricidad y dibujos que muestran dónde van las piezas. No es difícil.

Ella le dirigió una larga mirada.

—Si no fuera difícil, todo el mundo lo haría. Te subestimas.

Nicolas se encogió de hombros, incómodo, sin querer discutir y consciente de que la conversación había virado, una vez más, hacia un

territorio desconocido.

Stasia giró despacio sobre su propio eje, examinando el resto del cobertizo.

—De noche ha de estar muy oscuro aquí.

Él se encogió de hombros de nuevo.

—La oscuridad no me molesta.

—Toma. —Stasia buscó en su bolsillo y sacó el encendedor, ofreciéndoselo a Nicolas—. Quédatelo.

—¿Por qué?

—Por si se pone demasiado oscuro y necesitas luz. —Stasia lo presionó contra la palma de su mano y lo soltó hasta que los dedos de Nicolas se cerraron a su alrededor.

Él miró el apagado brillo del encendedor de peltre que tenía en la mano.

—No quiero tu caridad.

—No es caridad, sino sentido común. —Alegremente, Stasia agarró el banco y salió del cobertizo—. ¡Apúrate! —le gritó volteando por encima del hombro.

Nicolas la siguió, apretando el encendedor en la mano. Él nunca habría regalado algo tan valioso, sobre todo a un desconocido.

—¿Por qué eres tan amable conmigo?

—No soy amable, soy práctica. Ahora, siéntate. —Señaló el banco y dejó su mochila en el suelo.

Nicolas se sentó.

—¿Eres igual de amable con todo el mundo? —Su voz sonaba más dura de lo que pretendía, pero la chica lo estaba haciendo sentir… vulnerable, expuesto. No sabía qué hacer al respecto.

Ella se agachó para buscar algo en su mochila.

—No sé. Nunca lo había pensado.

—¿Cómo puedes vivir así? ¿No es agotador? Estar feliz todo el tiempo. ¿Siempre piensas lo mejor de la gente? —Seguía siendo innecesariamente rudo, pero no podía evitarlo.

Stasia todavía estaba agachada, hurgando en su mochila.

—Mi abuela dice que el alma es como una cubeta vacía y que uno elige con qué llenarla. Puedes llenarla de felicidad y bondad, que son

emociones ligeras; o de ira y tristeza, que son emociones pesadas. Ahora, nadie puede ser feliz todo el tiempo porque a todos nos pasan cosas tristes, pero una cubeta ligera siempre aguanta un poco de tristeza sin arrastrarte hacia abajo.

—Es lo más estúpido que he oído en mi vida.

Stasia alzó la mirada y le sonrió brevemente antes de seguir buscando en su mochila.

—Me hiciste una pregunta y esa es mi respuesta. No necesito tu aprobación.

En ese momento, Nicolas se dio cuenta de que nunca se había sentido más mezquino.

—Creo que voy a escribir un cuento acerca de ti —dijo ella y sus palabras sonaron algo apagadas.

Nicolas casi se cayó del banco.

—¿Qué?

—Detén esto. —Stasia se enderezó y puso el botiquín que había estado buscando sobre las piernas de Nicolas.

—Yo no… —empezó a hablar, pero no siguió haciéndolo porque las manos de Stasia se deslizaron sobre su cuero cabelludo, suaves y seguras a la vez, y le inclinaron la cabeza hacia atrás.

—Cierra los ojos y no te muevas —le indicó.

Cerró el ojo que no estaba hinchado, pues el otro ya estaba cerrado. Sintió que ella sacó algo del botiquín que él tenía en las piernas; después, le pasó algo suave y húmedo alrededor de la piel de la herida. Un aroma intenso y acre asaltó su olfato.

—Sí —murmuró Stasia mientras trabajaba—, creo que serás un muy buen príncipe para mi cuento.

—Yo no quiero estar en un cuento —replicó él—. Pensé que ibas a ser doctora.

—Ser escritora y doctora no son excluyentes. —Stasia se rio—. Escribo e ilustro cuentos porque me gusta; especialmente los cuentos de hadas. Te voy a incluir en un cuento que será algo parecido a *La Bella Durmiente*. Es mi favorito.

—Ni siquiera lo conozco.

Stasia dejó de dar toques suaves a la piel alrededor de la herida.

—¿Qué?

—El cuento de *La Bella Durmiente*. ¿No estás un poco grande para los cuentos de hadas?

Stasia volvió a dar toquecitos.

—Los cuentos de hadas están hechos para recordarnos nuestra humanidad. Nuestros principios y nuestra moral.

Nicolas puso en blanco el ojo bueno

—El cuento de *La Bella Durmiente*, o *Rosa Silvestre*, narra la historia de una princesa que es víctima de la maldición de un hada malvada, pues la sumerge en un sueño de cien años. Al final, un príncipe la despierta con un beso, se enamoran profundamente y viven felices para siempre —contó Stasia—. Esa parte es mi favorita. Además, nadie es demasiado grande para tener un final feliz. ¿No es eso lo que quiere todo el mundo? ¿La felicidad?

—Si tú lo dices…

Le apartó la tela de la piel y, una vez más, rebuscó en el botiquín que él tenía en las piernas.

—Esta parte puede arder un poco —advirtió Stasia y él percibió su calor en el hombro. Al sentir cómo sus dedos exploraban con cuidado la piel alrededor de la herida, Nicolas se tensó.

Ella no pareció darse cuenta.

—En fin, esa es la versión de los hermanos Grimm —dijo mientras trabajaba—. La versión antigua es más larga y macabra. Sospecho que esa te gustaría más.

Un piquete intenso sobre el ojo, seguido de un tirón cuando ella hizo la primera puntada, lo hizo tragar saliva. Sus dedos se tensaron alrededor del encendedor que todavía sostenía en la mano.

—Después de que el príncipe despierta a la princesa con un beso —continuó Stasia desenvuelta, como si estuviera sentada en un elegante salón bebiendo coñac y no en un jardín abandonado cosiendo una herida—, se enamoran perdidamente, se casan en secreto y tienen dos hijos. Pasa el tiempo, el príncipe se convierte en rey y lleva a su familia a su castillo. Cuando la madre del príncipe, que

en realidad es una ogra, se entera de lo ocurrido, le ordena a su cocinera que mate a los niños y se los sirva guisados.

Contra su voluntad, la boca de Nicolas hizo una mueca.

—Eso es repugnante.

—Sí, pero se pone mejor. La cocinera, que es una mujer generosa, sustituye a los niños por carne de ganado para engañar a la reina. Entonces, la malvada reina ordena la muerte de la princesa. —Stasia inclinó suavemente la cabeza de Nicolas.

En este instante, él resistió el impulso repentino y urgente de recargarse contra la calidez que emanaba el cuerpo Stasia. ¿Cuándo había sido la última vez que alguien lo había tocado con tanto cuidado? ¿Cuándo había sido la última vez que le había importado a alguien?

—La cocinera una vez más traiciona a la reina y salva a la princesa, pero no por mucho tiempo. La reina descubre el engaño de la cocinera y prepara una tina gigante de víboras y otras criaturas mortales con la esperanza de que, por fin, pueda deshacerse de la hermosa princesa.

Nicolas sintió otro piquete intenso jalando su ceja, pero lo ignoró.

—Suena bastante extremo, ¿no?

—Tal vez. —El aliento de Stasia le hizo cosquillas en la mejilla, pero luego se movió.

Oyó el chasquido de unas tijeras y después el silencio.

—¿Entonces qué pasó? —preguntó con tono demandante.

Ella se rio discretamente.

—El príncipe llega justo a tiempo para ver la verdadera naturaleza de la reina. La ogra, al verse descubierta, se lanza a la tina y enfrenta el sombrío destino que había planeado para la princesa.

—¿Se supone que debo creer que el príncipe no tenía ni idea de que era una ogra? ¿Durante toda su vida?

—No frunzas el ceño —lo reprendió Stasia—. Estás arrugando mis puntos.

Nicolas se obligó a relajar la expresión de su cara; hasta entonces, no se había dado cuenta de que estaba frunciendo el ceño.

—No quiero ser el príncipe de ningún cuento si todos los príncipes son así de estúpidos.

—Tienes razón. Escribiré una historia diferente con un príncipe inteligente —le aseguró ella—. Aunque, también podrías considerar que la madre del príncipe era muy buena ocultando su verdadera naturaleza.

Nicolas notó que Stasia se alejaba de él.

—Nadie puede ser tan bueno en eso.

—Mmm, quizá. De cualquier forma, ya terminé.

—¿Qué? —Abrió el ojo bueno y la vio observando su frente con actitud crítica.

—Ya terminé, solo se necesitaron cinco puntos. Creo que se curará muy rápido.

—¿Cinco? —Nicolas alzó la mano hacia la herida, pero ella se la apartó de un manazo.

—No la toques.

—Me contaste el cuento solo para distraerme.

—¿Funcionó? —Stasia sonreía con aire travieso.

—A lo mejor.

—Entonces sí te gustan los cuentos de hadas —declaró ella, sonando muy arrogante.

Nicolas intentó ocultar una sonrisa, una sensación extraña y desconocida para él.

—A lo mejor.

—Te puedo contar otro si me acompañas a la granja y dejas que te ponga hielo en la inflamación —le propuso Stasia—. ¿Vienes?

La sonrisa de él se desvaneció.

Stasia se encogió de hombros y su expresión se ensombreció.

—Valía la pena preguntar. —Tomó el botiquín y lo cerró; luego, recogió su mochila del pasto y caminó hacia su bicicleta.

Nicolas se quedó inmóvil, sentado en el banco debajo del ángel, incapaz de decir cualquier cosa. Las palabras estaban atrapadas, rebotando en su mente, y una emoción desconocida lo envolvía.

—¿Quizá nos volvamos a ver? —le preguntó Stasia mientras levantaba su bicicleta del árbol donde estaba apoyada—. ¿Tal vez vuelva aquí en unos días? ¿Por lo menos para revisarte los puntos?

Él todavía no encontraba las palabras correctas.

—Bueno, fue un placer conocerte, príncipe Nicolas. —Stasia metió su mochila en la cesta y empezó a avanzar por el sendero que la llevaría de regreso al camino—. Gracias —dijo repentinamente, deteniéndose para mirarlo.

Lo que dijo no tenía ningún sentido, porque ella le había dado su comida, su encendedor, su dibujo, su cuidado y su generosidad, mientras que él no le había dado nada. Menos que nada.

—Gracias —repitió—. Por la confianza.

A Nicolas, le dio un vuelco el corazón y, finalmente, encontró la palabra correcta.

—Sí —dijo.

—¿Sí? —Stasia lo miró de forma inquisitiva.

—Te acompañaré.

Y la chica de Róterdam sonrió.

3

Isabelle

Ruan, Francia
8 de noviembre de 2021

Isabelle Lange sintió que el corazón le daba un vuelco al contemplar el castillo.

O, más bien, al ver el letrero que clavaban en el pasto crecido que bordeaba el largo sendero frente al castillo. Giró bruscamente el volante de su camioneta, salió del camino y se detuvo. Apagó el motor y bajó de un salto, subiéndose la capucha para protegerse del viento de noviembre y de las nubes bajas que vaticinaban más llovizna.

Con brillantes y adornadas letras rojas, estaba escrito «Se vende» en el letrero blanco, encima de la estilizada firma «Patrimonios de lujo y propiedades excepcionales». Justo abajo, con letras elegantes, aparecía el número y nombre de una agencia en París que Isabelle no reconoció; sin embargo, sí reconoció al hombre que retrocedió para echar un vistazo a su trabajo.

—¿Luc? —preguntó Isabelle con alegre escepticismo mientras sus botas crujían sobre la grava cubierta de maleza.

Luc Legassé apartó la mirada del letrero y una sonrisa familiar y desenvuelta, que no había cambiado desde que tenía cinco años, se extendió por su rostro bronceado.

—Izz —dijo, dejando caer el martillo en la caja de herramientas que tenía a sus pies, y en dos pasos ya la había envuelto en un abrazo aplastante.

Isabelle se dio el lujo de entregarse a su fuerza por un breve momento, inhalando el aroma a humo de leña, lana y tenues matices de jabón.

De forma abrupta, él se hizo hacia atrás para mirarla con sus brillantes ojos cafés y la sonrisa todavía firme en su rostro.

—Esperaba encontrarme contigo pronto. Te ves maravillosa.

Isabelle sintió que se le sonrojaban las mejillas al ser objeto de tan descarada calidez.

—No me veo maravillosa, estoy hecha un desastre —aclaró mirando su ropa cubierta de manchas de grasa y polvo de yeso de su último trabajo—. Además, estoy sucia.

Luc hizo un gesto de indiferencia.

—Igual, maravillosa. —Se pasó una mano por su rebelde cabello café oscuro, adornado con un lápiz detrás de la oreja, que caía sobre el cuello de su áspera chaqueta de lona que usaba para trabajar—. ¿Cómo has estado?

—Ocupada —le respondió. No era mentira—. No sabía que habías regresado.

—Regresé el fin de semana pasado —comentó.

—¿Dónde fuiste a trabajar esta vez? Todavía estás bronceado.

—En un par de resorts, uno en Bali y el otro en Bora Bora. Moví un barco a Palaos para un cliente.

—¿Y regresaste a esto? —Isabelle alzó la mirada hacia el cielo plomizo y melancólico, hacia las ramas húmedas y desnudas de los árboles—. ¿Voluntariamente?

Él se encogió de hombros.

—Es la temporada de ciclones. La mayor parte de los turistas regresan al norte y se llevan el trabajo con ellos. —Se metió las manos a los bolsillos de la chaqueta—. Además, no quería que mi papá pasara las vacaciones solo. —Sus ojos oscuros se detuvieron en ella—. Lamento lo de tu papá.

Isabelle asintió, pero sabía que el movimiento se veía tan rígido como se sentía.

—Gracias, ahora ya está mucho mejor. Se necesita más que un infarto para derribar a Richard Lange.

—Me da gusto. ¿Cómo está tu mamá?

—Bien. —Algunos días.

—¿Y tu her…?

—¿Y ahora qué estás haciendo? —interrumpió Isabelle antes de que él pudiera terminar la pregunta. No quería quedarse ahí parada hablando de su familia.

Él se encogió de hombros de nuevo.

—Lo que se necesite, donde se necesite.

Esa respuesta, después de todos los años que Isabelle lo había conocido, resumía perfectamente la vida inquieta y el espíritu libre de Luc Legassé.

—¿Cuánto tiempo vas a pasar aquí esta vez?

—Tengo pensado quedarme un tiempo.

—¿Ah, sí? —expresó ella, sin molestarse en ocultar su satisfacción —. Me da mucho gusto.

—¿No necesitas un carpintero extra en alguna de tus obras?

—Ah, por eso querías verme. Necesitas trabajo.

—No. —Luc puso una expresión de terror—. Dios, no. Para nada…

Isabelle se rio.

—Estoy bromeando, Legassé.

—Ya sé.

—Ajá. —Ella siguió sonriendo, se sentía bien. Hacía mucho tiempo que no se reía tan despreocupadamente—. ¿Entonces no vendes patrimonios de lujo y propiedades excepcionales? —le preguntó, señalando el cartel.

Ahora fue Luc quien se rio, arrugando las comisuras de los ojos.

—Para nada. Un amigo de un amigo conoce al agente inmobiliario y me recomendó para que le ayudara. Me contrató para poner los anuncios y arreglar el terreno; quiere que se vea más atractivo para los posibles compradores.

De su caja de herramientas, sacó un portapapeles con varias hojas, todas con el logotipo de la agencia en la parte superior.

—El agente sabe que el castillo no está, eh… en condiciones para recibir a alguien. Me han dicho que el precio lo reflejará; sin

embargo, la esperanza es que con cortar el pasto y despejar la fachada se vea menos desastroso. Podría atraer a un comprador extranjero.

Isabelle apenas lo escuchaba.

—Muéstramelo.

—¿Qué?

—Muéstrame el castillo.

—¿Qué, lo vas a comprar? —preguntó con un tono divertido.

—Sí. —No era verdad del todo. Érase una vez dos hermanas que habían prometido que, si el edificio alguna vez se ponía a la venta, lo comprarían juntas. Érase una vez dos hermanas que habían hecho grandes planes para el castillo abandonado. Emilie, jefa de su propio y galardonado estudio de arquitectura; e Isabelle, con su pequeña pero solicitada empresa de restauración. Eran el equipo perfecto para reconstruir el castillo. Érase una vez—. Es una propiedad catalogada —insistió—. Lo que significa que cumple los requisitos para recibir subvenciones e incentivos tributarios.

—Estás hablando en serio. —Luc la miró fijamente.

—Sí, siempre y cuando pueda conseguir el financiamiento.

—¿Lo restaurarías?

—Sí.

—¿Y luego qué harías con él?

—Lo convertiría en un destino turístico. Un lugar donde visitantes de todo el mundo puedan vivir la experiencia del castillo de Montissaire y toda la historia que lo rodea. Experimentar lo increíble que es Normandía… —Hizo una pausa—. Me estás viendo como si estuviera loca.

—A lo mejor sí estás loca. —Luc miró el portapapeles—. «Construido en 1730, con daños extensivos en 1789». —leyó y golpeó el papel con el lápiz—. Ya sabes «que coman pasteles» y eso…

—Estoy al tanto —respondió Isabelle secamente—. Las revoluciones son destructivas.

Luc continuó leyendo.

—«Reparaciones hechas en 1791. Trabajos de remodelación registrados en 1840 y 1874». Quién sabe qué significa, probablemente nada bueno. «Reparación del techo en 1934 y, de nuevo, en 1970.

Daños por incendio en el lado noroeste de la planta baja en 1944, que siguen sin repararse. Desocupado y vacío desde entonces». —Luc la miró. —¿Sabes cuánto trabajo requerirá un lugar como este?

—No sé, Luc. Toda mi carrera profesional ha sido aquí en Normandía, restaurando edificios históricos; mientras que tú has estado dando vueltas por el Mediterráneo, el Caribe, el Pacífico y sabrá dios dónde más, construyendo muelles, chozas estilo tiki y bares de sombrillitas para turistas. Pero, por favor, dime, ¿cuánto trabajo requeriría un proyecto como este?

—*Touché*. —Luc levantó las manos.

Isabelle se mordió un labio y suspiró.

—Perdón, fui grosera.

Luc iba y venía como las estaciones, pero trabajaba más duro que cualquiera que ella conociera, salvo, quizá, ella misma. Sus palabras hacían que sonara como una arpía celosa de Luc y su libertad. Por otro lado, Isabelle todavía vivía en la misma casa de campo familiar en la que había crecido. A lo mejor sí estaba celosa.

—No —respondió, sonando despreocupado de nuevo—. Me lo merecía. Fue una respuesta adecuada para una pregunta estúpida.

—No fue una pregunta estúpida para nada. Fue razonable. —Isabelle bajó la mirada; seguía sintiéndose tonta y avergonzada—. Daría cualquier cosa por ver los lugares en los que has estado. ¿Son tan mágicos como se ven en los anuncios y las películas?

—Las películas ni siquiera les hacen la más mínima justicia. Te los mostraría todos en el orden que quisieras; solo tienes que decirlo. —Se escuchaba sincero, pero Isabelle se sintió tonta de nuevo. Como si le fuera posible dejarlo todo para explorar playas del otro lado del mundo.

—Tal vez —contestó, sabiendo que su respuesta era una posibilidad remota—. Mientras tanto, ¿me enseñarías el castillo, por favor? —preguntó.

—Por supuesto —confirmó Luc. Se agachó, recogió su caja de herramientas y se acomodó el portapapeles bajo el brazo—, solo que no tengo la llave. La agencia va a enviar un equipo esta semana para

hacer un avalúo antes de que lo pongan oficialmente en venta y esté a disposición para visitarse. Seguramente, el agente querrá mostrarte el interior en persona, pero, por ahora, podemos ver el exterior si quieres.

—Sí, mucho.

—¿Alguna vez has estado adentro?

—No, nunca, pero he imaginado un millón de veces cómo podría ser por los detalles que mi bisabuela escribió en sus historias sobre él. —Isabelle sintió que la emoción vibraba a través de su cuerpo mientras caminaba a la par de Luc para dirigirse hacia la entrada.

—Se supone que tengo que tomar fotos para documentar los daños que haya en el exterior. Qué bueno que estás aquí —añadió—. Sin duda, tú sabrás mejor que yo lo que hay que arreglar y cuánto costará. Me imagino que no hay muchos bares de sombrillitas en el terreno, así que no estoy en mi elemento.

Se lo merecía. Isabelle sacudió las puntas de un arbusto que estorbaba la entrada con sus ramas.

—Qué gracioso.

—También lo pensé.

—¿Sabes quién lo vende? —preguntó ella, apresurándose para seguirles el ritmo a las largas piernas de Luc.

—Creo que sí. —Tomó el portapapeles que llevaba bajo el brazo y consultó la esquina superior de una página—. Jacques Neville Brodeur. Con dirección actual en… Tokio. ¿Has oído hablar de él?

Isabelle negó con la cabeza.

—No.

—Quizá fue la última parada del tren en la herencia de la familia De Cossé. De cualquier manera, no lo quiere. —Hizo una pausa cuando llegaron a la entrada del castillo, esta se alzaba frente a ellos por encima de un mar revuelto y desordenado de arbustos, matas y enredaderas descuidadas. El viento sopló con fuerza, generando un remolino de hojas muertas.

Los dos observaron el edificio.

El castillo no era grande, no se comparaba con Chambord o Chantilly. Se había construido por funcionalidad más que por lujo, aunque no era menos hermoso por ello. Puede que eso lo hiciera todavía más atractivo, porque era un lugar que uno podía imaginarse más como un hogar que como un monumento. Carecía del desorden habitual de otras piezas arquitectónicas: no tenía torretas dramáticas, columnas ni parapetos; además, había escapado de la cantería escabrosa y contrastante que a Isabelle a menudo le parecía vertiginosa por su geometría. Ella siempre había pensado que este edificio largo y rectangular, con sus dos pisos de ventanas altas y equilibradas, cinco a cada lado desde el centro en ambas plantas, había sido diseñado y construido por un alma que apreciaba lo sutil. Los detalles, tanto naturales como manufacturados, hablaban por sí mismos.

La fachada de piedra color crema exudaba una calidez majestuosa, aun en la penumbra de noviembre. La elegante y refinada mampostería, amplia y ornamentada, enmarcaba los arcos de las dos puertas de madera al centro de la planta baja y alrededor de cada ventana. Dos enormes chimeneas flanqueaban el castillo y sobresalían del techo de tejas de pizarra; asimismo, unas chimeneas más pequeñas se intercalaban entre ellas. El extremo norte y sur del techo tenían un par de buhardillas que habían contemplado el ir y venir de amaneceres y atardeceres por siglos.

De frente, el castillo era un pintoresco homenaje histórico, dañado solo por los tablones desgastados que cubrían las dos últimas ventanas del lado noroeste de la planta baja y la piedra ligeramente descolorida de alrededor. Por lo menos, alguien se había preocupado lo suficiente para sellar la ventana y mantener las fuerzas de la naturaleza a raya. Entonces, el deterioro exterior no parecía grave, aunque el interior podría contar una historia diferente.

—Daños por incendio, sin reparar, 1944. —Isabelle no se dio cuenta de que había hablado en voz alta hasta que Luc le respondió.

—De cuando los nazis ocuparon el castillo en 1940. Estuvieron bastante cómodos aquí durante esa época —comentó—. Luego, presas del pánico tras el Día D, intentaron quemarlo para destruir

documentos y otras pruebas, y salir huyendo. Mientras los nobles y valientes luchadores de la Resistencia los perseguían, por supuesto.

—Claro. —Isabelle hizo una mueca—. Creo que he escuchado todas las versiones que existen de esa historia.

—Creo que todos —afirmó Luc irónicamente—. Es curioso que, dependiendo de quién la esté contando y con qué frecuencia se repite, la historia cambia.

—Así como cuánto alcohol influye en el recuento —añadió Isabelle poniendo una mano en la cadera—. Me molesta.

—¿Qué parte?

—El mito romantizado, perpetuado por las películas y los libros, de que Francia se llenó, desde el inicio de la guerra, de partisanos guapos y valientes que acechaban en los bosques con rifles de francotirador, armas y explosivos. La idea de que toda Francia estaba unida contra la hostilidad y represalias de los ocupantes nazis.

—Oh, estoy contigo. El noventa por ciento de la población colaboró con los nazis y el gobierno de Vichy, ya fuera por elección o porque estaban demasiado exhaustos o aterrados para no hacerlo. Las pequeñas facciones de la Resistencia, por lo menos al principio, muchas veces estaban desorganizadas, mal equipadas y eran vulnerables a las muy superiores capacidades de inteligencia de las SS y, obviamente, la Gestapo. Fue así hasta que se involucró la SOE. Además de que, por supuesto, el gobierno de Vichy adoptara el Servicio de Trabajo Obligatorio, es decir, el trabajo forzado de franceses, lo que reforzó las filas de la Resistencia, pero eso ocurrió hasta 1943.

Isabelle lo miró fijamente.

—¿Sabías que la Resistencia afirmó haber matado a más de seis mil soldados de la 2.ª División Panzer de camino a Caen después del Día D? Aunque los historiadores piensan que la cantidad rondaba los treinta y cinco.

—Eh… no —dijo Isabelle lentamente—. Me impresionas.

—Es mi pasatiempo, siempre me ha interesado. La ocupación de Normandía, digo.

—Luc sonrió—. Leo en la playa entre una bebida y otra, relajado en chozas tikis.

—Nunca lo vas a olvidar, ¿verdad?

—No pronto —respondió él con una sonrisa.

—Ni hablar —replicó Isabelle e hizo una pausa, pensativa—. De vez en cuando, en algún trabajo, llego a un edificio o con personas cuyas historias familiares estuvieron relacionadas con actividades de la Resistencia. Ocasionalmente, quedan restos de evidencias, pero solo eso. Restos. Porque los verdaderos luchadores, los que se arriesgaron a la captura, la tortura, el encarcelamiento y la ejecución, no hablaban ni se jactaban de sus hazañas. Nunca hablaron. Estuvieron en silencio, incluso décadas después.

—Entonces, supongo que no tienes planes de usar la leyenda de Rosa Silvestre, mujer fatal e intrépida luchadora de la Resistencia que acechaba en estos mismos bosques con armas y explosivos, como un atractivo turístico cuando abras el castillo…

—No —Resopló Isabelle—. De ninguna manera, porque esa historia es solo eso: una leyenda. No voy a fomentar la romantización de los mitos. Ese tipo de leyendas exageradas son producto de uno de dos escenarios, ya sea de la desesperación de la gente por encontrar esperanza en un momento oscuro, o por mitigar la culpa que sienten por no haber hecho nada.

—Qué severa.

—Tal vez —respondió encogiéndose de hombros—. La Resistencia estuvo activa aquí antes y después del Día D, sin duda, pero no hay evidencias que demuestren que Rosa Silvestre haya existido. Me apegaré a los hechos y dejaré las leyendas y los cuentos de hadas para los cineastas.

—Pero es una leyenda grandiosa, ¿no lo crees? —Luc le dio un codazo—. Además, ¿no dicen que las leyendas nacen de algún aspecto de la realidad? O sea, ¿a quién no le gustaría creer que un ángel vengador apareció de repente para liderar a las tropas cuando más lo necesitaban y ayudó a expulsar a las fuerzas del mal de su hogar?

—Creo que la estás confundiendo con la Doncella de Orleans.

—Para nada. De hecho, escribí un trabajo de historia sobre ella en la secundaria. Acerca de Rosa Silvestre, no Juana de Arco.

—¿Tus fuentes fueron comentarios de la taberna?

Luc fingió ofenderse.

—Tal vez. Los comentarios de los sobrios, obviamente. ¿Recuerdas al señor Dubois? ¿El que era dueño de la taberna La Rosa Silvestre en Val-de-la-Haye?

—Todavía lo es —aseguró ella.

Luc se quedó atónito.

—¿Qué? ¿Todavía vive?

—Vive y se niega a ceder su lugar detrás de la barra. —Isabelle se rio—. Aunque ahora su turno termina después de la cena y no a las primeras horas de la madrugada. Todos saben que a veces se queda dormido en su lugar de trabajo.

—Debe tener más de noventa años.

—A lo mejor. El año pasado le ayudé con una ventana de la taberna.

—Qué bien. —Luc sacudió la cabeza—. Bueno, si le preguntas, como lo hice yo cuando escribí ese trabajo, te dirá que él era un niño cuando los nazis ocuparon el castillo. En realidad, mi trabajo era sobre la operación Jedburgh y sus implicaciones en Normandía, pero sus historias hicieron que cambiara de tema. Me contó que él acompañaba a sus hermanos mayores cuando estaba organizándose la resistencia aquí, antes de junio del 1944, y que actuó como recadero y vigilante. Además, dice que conoció a Rosa Silvestre en persona.

Isabelle puso los ojos en blanco.

—También dice que conoció a Arletty.

—Pues nombró su taberna en honor a ella —insistió Luc—. A Rosa Silvestre, no a Arletty.

—También hay restaurantes y bares que se llaman Juana de Arco, pero nadie asegura haberla conocido.

—Qué incrédula eres.

—Solo me cuesta creer que el señor Dubois realmente conoció a una persona de la que no hay rastro de su existencia, pero te sigo el

juego. ¿Qué te dijo sobre la legendaria Rosa Silvestre?

—Que era fría, despiadada y astuta. Le daba un poco de miedo, pero que también era hermosa.

—Ay, por favor, ¿por qué en todas las leyendas tienen que ser hermosas? —refunfuñó ella—. ¿Despiadada y astuta no era suficiente? Es como si la belleza fuera un requisito o algo así.

—Tal vez deberías preguntarle tú sobre Rosa Silvestre.

Isabelle, exasperada, exhaló.

—No. No lo voy a alentar.

—Pero…

—No.

—Bueno. —Luc levantó las manos en señal de derrota—. Entonces, cuando compres este lugar, lo restaures y lo comercialices, omitiremos la publicidad de guerreros míticos de la Resistencia. ¿Tal vez podamos encontrar a alguien de la Revolución? Seguramente, hay un héroe o heroína genial esperando a que lo conviertan en un folleto.

Isabelle miró al cielo y sacudió la cabeza.

—Haznos un favor a todos y no dejes la carpintería para dedicarte a la mercadotecnia, por favor.

—Ay, mujer de poca fe. —Seguía sonriendo mientras dejaba su caja de herramientas en los anchos y estrechos escalones que conducían a la puerta, protegiéndola de la humedad bajo el alero arqueado—. Luego de la nota alegre, ya que no podemos ver el interior del castillo, ¿por cuál parte del exterior te gustaría empezar?

—Por el extremo oeste, donde están los daños —señaló Isabelle y, con sus palabras, sintió un alivio peculiar que la hizo detenerse. Evaluar el exterior era lo que hacía habitualmente para cualquier proyecto que emprendía: hacer una evaluación cuidadosa de la estructura exterior y los terrenos. Una valoración de las ventanas, los aleros y los tubos de desagüe de los techos; de los cimientos, la mampostería y las tejas.

Sin embargo, a pesar de su deseo por ver el interior del castillo, la hizo sentir aliviada que no pudieran hacerlo ese día. Había algo que la hacía desear que sus primeros pasos dentro del castillo se

prolongaran, como si no quisiera renunciar a la emoción y el entusiasmo que preceden al conocimiento. Como si aún no estuviera lista para que se perdiera la magia dentro de los muros de su imaginación al ver la realidad dentro del edificio.

—Claro. —Luc se encogió de hombros con amabilidad, como solía hacerlo, y tomó el lápiz que tenía en la oreja—. Tú haces comentarios y yo tomo notas.

Isabelle salió de la grava cubierta de maleza y se adentró en el patio, donde la hierba había crecido sin orden ni límite. Ignoró las gotas aferradas a las ramas y la vegetación muerta que le dejaba manchas oscuras en los pantalones de mezclilla, porque su atención estaba fija en el castillo. En el camino, examinó el alféizar de la primera ventana de la planta baja, miró los dinteles y las esquinas entornando los ojos; se sintió complacida con lo que veía.

—Controla el agua y controlarás el noventa por ciento de los problemas —murmuró—. Los albañiles de antaño sabían lo que hacían. Su habilidad salvó más estructuras de las que te puedas imaginar. Gracias a los dioses que salvó este castillo.

—Este lugar es importante para ti, entonces.

—A mi bisabuela le encantaba este castillo. Solía escribir historias acerca de él. Emilie y yo crecimos con esos cuentos; definitivamente, creo que nos transmitió su amor.

—¿Como qué tipo de cuentos? —preguntó Luc secamente, mirando el edificio abandonado—. ¿De asesinatos misteriosos?

—Cuentos de hadas. —Isabelle pisó con sus botas unas hierbas cafés y siguió abriéndose camino con cuidado a lo largo del edificio —. Creo que para ella era como un castillo mágico, en el que valientes caballeros y princesas guerreras luchaban contra brujos malvados y dragones que escupían fuego. Sus héroes y heroínas siempre encontraban al final su «felices para siempre». También ilustraba cada una de sus historias. —Extendió una mano para pasar un dedo sobre una veta descolorida en la piedra y se imaginó el fuego que la había dejado. Esas llamas no habían sido de un dragón, sino de algo mucho más malvado.

La mirada de Luc había seguido su movimiento.

—¿Tu bisabuela escribió algo sobre el incendio? ¿O sobre la ocupación alemana? Seguro fue difícil ver cómo saqueaban y dañaban un lugar que amaba tanto.

Isabelle frunció el ceño.

—Nunca escribió ni dijo nada al respecto. Pasaba los veranos en la granja de sus abuelos, mis tatarabuelos, pero era neerlandesa. Ella no estuvo aquí durante la guerra. Regresó a Francia después.

—Entonces, supongo que nunca conoció a la esquiva Rosa Silvestre, pese a que era escritora de cuentos de hadas. Tal vez colaboraron.

—Ya. —Isabelle hizo un gesto de desagrado—. No, mi bisabuela no conoció a una mujer que nunca existió. De haberlo hecho, no habrían tenido nada en común. Ella era completamente lo contrario a fría, astuta y despiadada. Era la persona más dulce, gentil y amable que he conocido en mi vida. —Le arrebató el lápiz de los dedos y se lo metió en el bolsillo de la chamarra—. Y si mencionas a Rosa Silvestre de nuevo, voy a tener que buscar a otro carpintero; uno que tenga una mejor relación con la realidad.

Luc arrugó los labios.

—Perdón, es que la mención a los cuentos de hadas y todo…

Ella le aventó el lápiz con desesperación, pero él lo atrapó en el aire con agilidad.

—Bueno, tu bisabuela seguro tenía algunas historias que contar. O sea, sobre la guerra. —Su tono se había vuelto más sobrio.

Isabelle abrió la boca para responder, pero, en un instante, vaciló.

—No —contestó al final—. La verdad es que le pregunté unas cuantas veces cuando vivía, pero ella siempre… No sé, ponía una expresión dura y me decía «hay que mirar hacia adelante», luego cambiaba de tema. Nunca insistí. Tal vez debí hacerlo.

Luc se golpeó ligeramente el muslo con el borde del portapapeles.

—O tal vez hiciste lo correcto al respetar su silencio.

—Puede ser. —Isabelle arrastró la punta de la bota sobre las hojas secas que había bajo sus pies—. Ella era muy especial. Era la persona a la que acudía para pedirle consejos o con quien hablaba de situaciones difíciles para mí. Solo… Pienso que ojalá yo también

hubiera sido su confidente. Ser esa persona con la que ella hubiera compartido sus dificultades.

—Quizás no quería ser una carga para ti.

—No habría sido una carga. Era mi heroína.

—Bueno, si estuviera aquí y viera a su bisnieta pensando en devolverle la magia a su castillo mágico, sospecho que te diría «hay que mirar hacia adelante», ¿no?

Isabelle sonrió con tristeza y miró a Luc.

—¿Cuándo te volviste tan sabio?

—A la sombra de las chozas tikis, estoy seguro.

Isabelle negó con la cabeza, sin dejar de sonreír.

—Oye, si Emilie sigue tan cautivada por este castillo como tú, ¿lo restaurarían juntas?

La sonrisa de Isabelle se desvaneció con la mención de su hermana.

—Pues ese siempre ha sido el plan. —Intentó dar una respuesta neutra, sin estar segura de que fuera cierta.

—Pero ella sigue viviendo en París, ¿no? ¿Volvería para trabajar en esto…?

—Si no volvió cuando mi papá tuvo el infarto, quién sabe qué la haría volver…

—Frunció los labios. Luc no se merecía recibir su amargura e ira. Se aclaró la garganta y dio un paso hacia atrás, mirando críticamente la esquina dañada del castillo—. Aparte de sustituir las ventanas, por aquí hay algunas zonas que necesitan restaurarse.

Podía sentir la mirada de Luc, pero la ignoró.

Después de un momento, él inclinó la cabeza e hizo una anotación en el portapapeles.

—«Restaurarse» —repitió.

—Se necesita que un albañil competente haga una buena excavación —continuó ella— e iguale la argamasa tanto en el color como en contenido histórico para que estabilice y mantenga la integridad de la piedra.

—¿Tú?

—Yo no soy albañil.

—Pero conoces a uno bueno.

—Dos, de hecho, y son tan buenos como caros. —Miró a Luc—. Esto debería considerarse en el precio de venta.

—Debidamente anotado. —Luc hizo otra anotación en el portapapeles y sacó su teléfono para tomar una serie de fotos de los daños—. ¿Continuamos?

Isabelle asintió y siguieron recorriendo el castillo, deteniéndose ocasionalmente para conversar y tomar fotos. En la parte de atrás, se pararon frente a un área infestada de maleza que separaba el castillo del jardín trasero. La entrada al jardín estaba marcada por dos columnas de piedra desmoronadas, cubiertas con retorcidas enredaderas muertas. Entre las dos columnas, un estrecho camino de piedra se alejaba del castillo y desaparecía en la maraña de arbustos cubiertos de hierba, a la sombra de las ramas delgadas de antiguos árboles.

—¿Querías una visita guiada por los jardines? —preguntó Luc dubitativamente.

—He estado ahí muchas veces —respondió Isabelle—. Hace mucho tiempo.

Cuando eran más jóvenes, Emilie y ella se escabullían por el bosque entre las propiedades y pasaban horas a escondidas en esos jardines. Tramaban la restauración de ese paisaje mágico que ocupaba un lugar aún más destacado que el castillo mismo en los cuentos de hadas de su bisabuela. En ese jardín, rodeadas por la ignorancia de la juventud, los colores, el sol y los sueños, Isabelle alguna vez había creído que los finales felices, amorosamente confeccionados, eran posibles.

—Dicen que está embrujado, ¿sabías? —mencionó Luc—. El jardín. Ya que rechazaste mi sugerencia sobre incorporar a la restauración la leyenda de Rosa Silvestre, quizá te interese la del fantasma de los jardines de Montissaire.

—«Los fantasmas son cosas que la gente inventa para mantener a los demás lejos y fuera de sus asuntos» —replicó Isabelle—. Al menos, eso era lo que decía mi bisabuela.

—Pues, parece que funcionó —dijo Luc mirando hacia el muro de vegetación y maleza, en apariencia impenetrable—. Podríamos intentar verlo rápidamente. Hay otra…

—No, sigamos —interrumpió Isabelle, entusiasmada—. Prefiero ver el resto del exterior antes de que se acabe la luz o el cielo decida caerse de nuevo. —Como respuesta, el viento sopló con fuerza, lanzando gotas de lluvia y hojas secas contra su espalda.

Una vez más, sintió la mirada de Luc.

—Como tú quieras —respondió él.

Ella lo miró con intensidad, pero él ya se dirigía hacia la parte trasera del castillo. Isabelle lo siguió y continuó su evaluación, mientras Luc tomaba múltiples fotos en el camino. La parte trasera del castillo era un reflejo exacto de la parte delantera. Tenía una entrada amplia que daba al jardín y otra más pequeña y estrecha hacia el sur, que seguramente se habría utilizado para los sirvientes y las entregas.

Los dos se detuvieron en la esquina este. Un montón de metal retorcido y oxidado yacía justo afuera de las murallas del jardín, visible bajo los tallos desnudos de las enredaderas. Justo detrás, el muro de piedra tenía una decoloración ennegrecida similar a la de la ventana noreste.

—¿Qué crees que fuera eso? —preguntó Isabelle.

Luc se encogió de hombros.

—No tengo idea. No quedó mucho. —Estiró el cuello—. Parece que se quemó.

—¿Quizás fuera otra de las cosas que destruyeron los nazis cuando se retiraron?

—Es posible.

Isabelle se dio la vuelta para mirar la parte trasera del castillo.

—Parece que aquí también hay que cambiar las ventanas. —Al igual que las dos ventanas del lado noreste en la parte delantera, las de este lado también estaban tapiadas, pero, a diferencia de aquellas, estas no tenían rastros que sugirieran daños por fuego.

Luc hizo otra anotación.

—El exterior está en muy buen estado, tomando en cuenta las circunstancias —consideró Isabelle. Se dio cuenta de que le costaba trabajo enfocarse debido a la oleada de vibrante emoción que danzaba por su cuerpo. Esto era más que una capilla, una cabaña o una taberna. Era el castillo de Montissaire.

Luc se metió el portapapeles bajo el brazo y volvió a ponerse el lápiz detrás de la oreja. Tomó otra foto de los aleros que tenían encima antes de guardarse el teléfono en el bolsillo.

—¿Sabes qué? Este castillo te merece.

—¿Perdón? —Isabelle lo miró.

Él la observaba fijamente.

—Se merece una segunda oportunidad.

—Todavía no lo he visto por dentro —respondió Isabelle con ligereza, inquieta por la expresión de Luc—. A lo mejor después de cuatro pasos salgo corriendo y gritando.

Luc resopló.

—Desde que te conozco, nunca has huido de nada.

Isabelle supuso que era cierto. Nunca había huido a ninguna parte. Jamás. No tenía ni idea de adónde iría.

—Siempre hay una primera vez.

—Ay, por favor. —Luc se abría paso entre la vegetación enmarañada mientras miraba al cielo, que se había oscurecido y amenazaba con más lluvia.

Isabelle lo siguió; ambos regresaban a la entrada.

—¿Vas a llamar a Emilie? —le preguntó por encima del hombro—. Si las dos piensan en restaurar el castillo, probablemente quiera verlo contigo, ¿no?

Isabelle agradeció estar detrás de él, porque, sin duda, el descontento que ensombreció inmediatamente su entusiasmo se reflejaba en su rostro. Y lo odiaba.

—Sí, debería.

—¿Deberías? —Él ya había llegado a los escalones donde habían empezado el recorrido y donde estaba su caja de herramientas.

—La voy a llamar. —La realidad era que Isabelle no podía asumir ese proyecto sola. Ni económica ni logísticamente—. La voy a llamar

—repitió—. Voy a llamar a mi hermana, claro. —Suspiró y bajó la mirada hacia las puntas de sus botas gastadas—. A ver si el castillo de Montissaire es suficiente para que vuelva a casa.

4

Stasia

Ruan, Francia
8 de junio de 1938

Lo vio desde el momento en que bajó del tren y pisó el andén.

Stasia se paró en seco, ignorando las expresiones de molestia de los pasajeros a su alrededor que chocaban con ella y la empujaban. El hombre que la esperaba era Nicolas, pero, al mismo tiempo, no lo era. Se veía tal vez un poco más robusto y un tanto más alto; sin embargo, eso no era lo que había cambiado. Su cabello era más largo, su ropa más nueva, pero tampoco era eso. Quizá era la silenciosa confianza que irradiaba sin el menor esfuerzo o, tan solo, la forma como estaba parado, apoyado tranquilamente contra un poste con las manos en los bolsillos. Era la imagen perfecta de la despreocupación, excepto por sus ojos, que miraban con ansiedad a los grupos de pasajeros que desembarcaban del tren.

Tardó un momento en posar su mirada gris hielo en ella. De repente, se enderezó con brusquedad, sacó las manos de los bolsillos y curvó los labios en una sonrisa tímida. Stasia sintió que el estómago le daba un vuelco delicioso y vertiginoso.

Corrió hacia él, con las mejillas adoloridas por la sonrisa ridícula que, sin duda, llevaba en los labios, y en un impulso dejó caer su mochila al suelo para abrazarlo. Nicolas la rodeó con sus brazos y la apretó con fuerza. Stasia cerró los ojos, deseando que ese momento, esa sensación de alegría, idoneidad y hogar, durara para siempre.

—No sabía que ibas a venir —murmuró ella contra su pecho—. Pensé que nos iba a recoger mi abuelo. No sabía que te habían ascendido a chofer.

—No me ascendieron —corrigió Nicolas, luego se rio y ese sonido retumbó en su pecho contra la oreja de ella—. Más bien, tu abuelo y yo apostamos para ver quién vendría por ustedes.

—¿Y ganaste o perdiste?

Nicolas no respondió de inmediato.

Stasia se alejó de él, reticente, para poder mirarlo, pero Nicolas la tomó de la mano, como si él tampoco estuviera dispuesto a soltarla.

Su mirada se encontró con la de ella, intensa y directa.

—Gané.

Stasia sintió que le ardían las mejillas; estaba segura de que se había sonrojado hasta los dedos de los pies.

—¿Y qué, eh… apostaron? —Le costaba trabajo pensar cuando él la miraba de esa manera.

Nicolas sonrió.

—Ya verás.

Stasia asintió, porque le fallaban las palabras. Deseó tener su cuaderno de dibujo para capturar la sonrisa devastadora de Nicolas; esa sonrisa que era solo de ella para que la acompañara durante los largos meses que tenía que pasar a un país de distancia de él.

—Entonces, él debe ser el famoso Nicolas Navarre. —Escuchó detrás de ella con una pronunciación lenta y acento extranjero.

Stasia se dio la vuelta y sintió una punzada de vergüenza y mortificación. En la prisa que tenía por ver a Nicolas, casi había abandonado a la amiga que la acompañaba.

—Lo siento mucho. Margot, permíteme presentarte a Nicolas Navarre. Nicolas, ella es mi muy querida amiga Margot Kaufmann.

Margot, de cabello rubio como la miel, ojos azul mar y esbelta altura, hacía girar las miradas a dondequiera que iba. Se acercó a Nicolas y le ofreció la mano, echándole una mirada analítica y franca.

—Es un placer conocerte, por fin. Si no fuera por todas las cartas que llegan sin cesar de Francia, habría sospechado que eras un invento de Stasia.

—¿Un invento? —Nicolas le dio la mano a Margot.

—Un amante francés imaginario es una forma muy efectiva de mantener a raya a los pretendientes holandeses —repuso Margot con

una sonrisa.

—No es mi amante —señaló Stasia, evidentemente sonrojada; casi se atraganta al oír esa palabra. Margot era solo un año mayor que ella, pero su experiencia hacía que pareciera que le llevaba más años—. Y fue un comentario bastante malicioso —murmuró.

Margot se rio echando la cabeza hacia atrás.

—Sí, ¿verdad? —Soltó la mano de Nicolas—. Yo tengo suficiente malicia para ambos —le dijo a Nicolas en un falso susurro—. Que es lo mejor, me parece. Tu brillante amiga, con toda su generosidad, felicidad y bondad, no debería estar tan afligida.

La cara de Stasia se calentó de nuevo.

—No estoy…

—Soy bastante real —respondió Nicolas, despreocupado, antes de que Stasia pudiera balbucear algún tipo de defensa—. También soy culpable de la excesiva correspondencia. —Le dirigió una sonrisa a Stasia que hizo que ella apretara los dedos de los pies—. Y estoy de acuerdo en que es brillante. —Volvió a mirar a Margot—. Bienvenida a Ruan, señorita Kaufmann.

—Vaya, también es un caballero —murmuró Margot, codeando a Stasia—. Ahora entiendo por qué estás fascinada.

—No estoy fascinada —protestó Stasia débilmente.

Margot resopló.

—Eres pésima para mentir. —Le dio una palmada cariñosa en el brazo—. Es una de tus mejores cualidades.

Stasia miró a Nicolas, preguntándose cuánto habría oído, pero él había desviado su atención hacia la niña pequeña parada detrás de Margot. Tenía los mismos ojos azul mar y el mismo cabello rubio color miel, aunque sus delicados rasgos estaban contraídos por la preocupación.

—Tú debes ser Minna —dijo Nicolas agachándose para quedar a la altura de sus ojos—. Supe que te mudaste a Róterdam desde Berlín para vivir con la señorita Niemec y su papá. Y que estas son tus primeras vacaciones en Francia con tu hermana.

Minna miró a Margot, quien repitió las palabras de Nicolas en alemán. Minna asintió tímidamente con la cabeza.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó él. Margot volvió a traducir.

—*Funf.* —Minna levantó cinco dedos y lo miró fijamente, luego le hizo una pregunta a Margot.

—Quiere saber si eres un príncipe de verdad —tradujo Margot con tono divertido.

Nicolas parpadeó.

—¿Un qué?

—Un príncipe. Stasia le lee todas las historias que escribe sobre ti y también le enseñó todos los dibujos. —Margot miró a Stasia con alegría burlona mientras, por encima de la cabeza de Nicolas, articulaba la palabra «fascinada».

Stasia miró al cielo y deseó que se la tragara la tierra.

—¿Ah, sí? —Nicolas tuvo el descaro de sonar tan divertido como Margot.

Stasia se atrevió a mirarlo de reojo, pero él no la estaba mirando. Seguía inclinado hacia la niña.

—Sí —respondió él en voz baja, asintiendo. Minna abrió los ojos de par en par tras la confirmación, que no necesitó interpretación—. Pero no le puedes decir a nadie —susurró y se llevó un dedo a los labios.

Minna tampoco necesitó que le tradujeran eso y asintió en señal de que comprendía. Se llevó un dedito a los labios.

—*Geheime.*

—Sí. *Geheime.*

Stasia sintió su corazón apretándose tan intensamente que dolía.

Minna sacó algo del bolsillo de su falda y se lo mostró a Nicolas. Era un papel plegado, con los bordes maltratados y enrollados, que Stasia no reconoció hasta que la niña lo desdobló por completo. Era un dibujo que ella le había hecho una tarde, con la esperanza de distraerla, no mucho después de que huyeran de Berlín. Minna estaba inconsolable, así que Stasia la dibujó como una princesa de las hadas,

con una corona muy adornada y alas sutiles, posada sobre la espalda de un delicado colibrí que volaba sobre un mar de lirios.

No se había dado cuenta de que la niña lo había guardado y, con toda seguridad, tampoco de que lo llevaba con ella.

Nicolas observó el dibujo con mucha seriedad.

—Pregúntale cómo domesticó al colibrí —le pidió a Margot y esperó a que tradujera su pregunta.

Minna escuchó a su hermana y luego se rio.

—Pregúntale si puede enseñarme —dijo señalando el dibujo y luego a sí mismo.

Minna se rio de nuevo tras escuchar la traducción de su hermana y, entusiasmada, asintió mientras volvía a guardar el dibujo en su bolsillo.

—Excelente. Los miembros de la realeza tenemos que permanecer unidos.

—Nicolas se puso de pie y recogió las maletas de Stasia y Margot; luego, le hizo una reverencia a Minna, que gritó de alegría—. Hasta entonces, su majestad.

Sin una buena razón, Stasia descubrió que luchaba por contener unas lágrimas que amenazaban con derramarse.

Nicolas empezó a caminar y Stasia necesitó un suave empujón de Margot para seguirlo. Su amiga tomó a Minna de la mano y empezó a caminar detrás de ambos al tiempo que él las guiaba por el andén hacia la enorme estación de altísimo techo.

El día que Stasia llevó a Nicolas a la granja de sus abuelos de ninguna manera tenía la expectativa de que se quedara; sin embargo, se quedó permanentemente. Sus abuelos dependían de sus manos fuertes en la granja y su mente perspicaz. La amistad de Stasia y Nicolas floreció ese verano y los que le siguieron. Extensas cartas reemplazaban las largas horas que pasaban juntos durante los meses que estaban separados.

El julio pasado ella había estado a su lado, tomándolo de la mano, cuando su padre, finalmente, sucumbió a los demonios que no había podido ahogar en la bebida. Cuando lo enterraron, solo Nicolas, Stasia y sus abuelos asistieron al cementerio. Poco después, Nicolas la

había acompañado cuando su abuelo sufrió un ataque de neumonía; estuvo a su lado por las noches junto a la cabecera del enfermo y asumió las responsabilidades de la granja hasta que su abuelo se recuperó.

Stasia pasó horas contándole a Nicolas acerca de todos los lugares del mundo que había visitado con su padre y él la escuchó con atención. Él pasó horas enseñándole a Stasia cómo arreglar cosas simples en la granja y ella aprendió con rapidez. Ella le enseñó primeros auxilios básicos. Él le enseñó teoría eléctrica básica. Nicolas había sido su compañero, su amigo, su confidente; la honestidad con la que había comenzado su amistad jamás vaciló.

Sin embargo, la situación se sintió diferente desde el momento en que pisó el andén en el que Nicolas la esperaba. Después, Margot lo había descrito con la palabra *amante*, en broma, por supuesto, pero ahora no podía dejar de pensar en ello ni de imaginar todo lo que esa palabra representaba. Todo lo que sugería y evocaba se había alojado en la mente de Stasia, donde ardía, se retorcía y le hacía sentir sensaciones escandalosas al resto de su cuerpo tan solo con mirarlo.

Si era completamente honesta, hacía tiempo que se mentía a sí misma. Había conseguido hasta ahora, con razonable éxito, negarse a admitir, ante sí misma u otros, que lo que sentía por Nicolas era algo más que amistad. No obstante, la amistad no le revolvía las entrañas. La amistad no abrumaba su conciencia ni la consumía en un anhelo peculiar y doloroso, tan novedoso como aterrador. En algún punto del camino, en un momento que no podía precisar, la amistad con Nicolas Navarre había dado paso a algo completamente diferente.

Stasia sintió la boca seca y tragó saliva con dificultad. Pensó en algo casual e inteligente que decir.

—Gracias —logró expresar, haciendo una mueca. Para nada era algo inteligente, pero lo decía en serio.

—¿Por qué?

—Por lo que le dijiste a Minna. Creo que es la primera vez que la oigo reír.

—Ser un príncipe de vez en cuando tiene sus beneficios —respondió y parecía que estaba reprimiendo una sonrisa—. Tu dibujo está hermoso.

—Es cualquier cosa.

—No es cualquier cosa, Stasia. Lo digo por experiencia.

—Mmm… Bueno. —Stasia se aclaró la garganta—. Ha sido muy difícil para ella. Para toda su familia. —Miró a la niña por encima de su hombro; iba tomada de la mano de Margot y miraba con asombro las paredes de la estación, sus largas ventanas y arcos de catedral—. Ya sé que te he contado un poco sobre eso en mis cartas, pero lo que está pasando en Alemania no está nada bien. No es justo.

Nicolas asintió.

—Tus abuelos también han estado hablando de eso y todo el tiempo escuchamos las noticias en el radio.

—Los Kaufmann se quedaron en Berlín lo más que pudieron, pero comenzó a darles mucho miedo quedarse más tiempo. Dejó de ser seguro para cualquier familia judía. —Stasia miró hacia atrás una vez más, pero Margot se había rezagado y le señalaba a Minna algo en lo alto de las ventanas de la estación.

—Entonces, qué bueno que pudieron venir contigo —repuso Nicolas.

—Sí. —Stasia aceleró el paso—. Róterdam no es Berlín, menos mal. Estarán a salvo; además, siempre quise tener una hermana y ahora tengo dos.

—¿Cuál es la relación entre sus familias?

—Nuestros papás fueron juntos a la universidad. Los dos son ingenieros, aunque el señor Kaufmann diseña edificios en lugar de puertos.

—¿Y en Alemania no había nadie que pudiera ayudarlos?

—Es que no fue una multitud anónima la que los acosó y amenazó, Nicolas. Fueron sus vecinos, personas que conocían desde hacía años que, de repente, decidieron que su religión los convertía en el enemigo porque se los dijo un hombre pequeño con mucho poder. No podían confiar en nadie. Todo el país se volvió loco.

—Suena aterrador.

—Los obligaron a abandonar sus negocios, a sus amigos, toda su vida. Por eso Margot está más enojada que temerosa.

Nicolas suspiró pesadamente.

—La entiendo. Estar enojado es mucho más fácil que sentir miedo. ¿Qué van a hacer ahora?

—Se van a quedar con nosotros todo el tiempo que sea necesario. Minna vuelve a la escuela en otoño y Margot ya se inscribió conmigo en la universidad de Ámsterdam. Seremos compañeras universitarias como nuestros padres; creo que eso nos da gusto a todos. Ella quiere estudiar Derecho Internacional y trabajar algún día en la Sociedad de las Naciones.

Nicolas sujeto mejor las maletas cuando salieron de la estación a la luz del atardecer.

—Impresionante.

—Ella es impresionante —aclaró Stasia, negándose a reconocer un atisbo de una emoción horrible parecida a los celos—. Es segura de sí misma, inteligente y franca; aunque, probablemente, ya lo habrás notado. Será una abogada formidable.

—¿Pero puede coser una herida sangrante? —preguntó Nicolas y le dio un empujoncito a Stasia con el codo mientras navegaban entre la multitud que se dispersaba afuera—. ¿O encontrar la forma de curar a un paciente enojado que se niega a recibir atención?

—Ella odia la sangre.

—Pues, entonces, qué bueno que yo me encontré contigo. —Nicolas se detuvo abruptamente y dejó caer las maletas—. Su carruaje, mi señora.

Stasia chocó con él y puso una mano en su pecho y la otra en su brazo.

—Perdón —se disculpó, pero no hizo ningún movimiento para alejarse.

—No pasa nada —La miraba de una forma intensa y fervorosa, lo que dispersó, una vez más, los pensamientos de ella.

La mirada de Stasia se dirigió a la boca de Nicolas. Una incipiente barba rubia cubría su barbilla y la piel debajo de su nariz; además, suaves líneas de expresión enmarcaban sus labios. Soñadoramente,

Stasia se preguntó cómo se sentiría besarlo. Cómo se sentiría deslizar los dedos por su cuello y a lo largo de su mandíbula, enredarlos en el cabello de su nuca…

Un silbido largo y bajo la sacó de sus fantasías y se sobresaltó. Desvió la mirada y quitó sus manos de Nicolas, pero él permaneció inmóvil.

—¿Estás seguro de que tienes una granja y no un castillo? —lo cuestionó Margot con deleite—. Ahora, de verdad, podría creer que eres un príncipe.

Stasia se obligó a concentrarse.

Margot rodeaba un magnífico auto Renault y deslizaba los dedos sobre la pronunciada curva de la defensa delantera. Era un auto cuadrado color azul medianoche que brillaba bajo la luz del día; el cromo de la parrilla y los faros redondos estaban tan pulidos que deslumbraban.

Stasia sintió que la boca se le abría de par en par.

—¿Es el Reinastella de mi abuelo?

—Sí. —Nicolas parecía orgulloso.

—Cómo… cuándo… por qué… —balbuceó Stasia, intentando tranquilizarse para ordenar sus pensamientos—. Este auto no funciona, o sea, nunca había funcionado. Mi abuelo hizo hasta lo imposible por repararlo muchas veces. —Se acercó al vehículo y tocó las líneas rectas y suaves del techo—. Solo lo había visto en el granero bajo una lona.

—Ahora funciona perfectamente.

Stasia se inclinó para mirar el interior impecable.

—A mí ni siquiera me dejaban tocarlo. Cómo lo hiciste… —Se enderezó—. ¡Esta fue la apuesta!

Nicolas abrió la puerta del copiloto y acomodó con cuidado las maletas en un rincón del asiento trasero.

—Me dijo que, si lograba hacerlo funcionar, podía conducirlo. —Su voz se escuchaba apagada desde adentro del auto. Volvió a salir y apoyó un codo en el marco de la puerta—. Y que podía usarlo para venir a recogerte a la estación, así que lo arreglé.

—Haces que suene sencillo.

Nicolas se apartó el cabello de los ojos; se veía casi plateado a la luz de la tarde.

—Créeme, no fue para nada sencillo, pero estaba bastante motivado.

De reojo, Stasia podía ver que Margot le sonreía alegremente.

—En la guerra, mi abuelo le salvó la vida a un teniente coronel —le dijo Stasia a Margot de la manera más casual que pudo, evitando a propósito la mirada de Nicolas—. Hace seis años el oficial falleció y, en un giro inesperado, le heredó su Reinastella a mi abuelo. Nunca funcionó bien, pero mi abuelo no se atrevía a venderlo.

—Ah. —Margot seguía sonriendo con picardía—. Me imagino que solo necesitaba el… toque adecuado.

Stasia se esforzó para no sonrojarse de nuevo, pero fracasó estrepitosamente.

—Vámonos ya —pidió con una voz demasiado alta—. Sin duda, mis abuelos están ansiosos por darles la bienvenida.

Nicolas rodeó el auto hacia el lado del conductor y les abrió la puerta a Margot y Minna, en apariencia, ajeno a los descarados comentarios de Margot.

—Dos semanas. Eso fue lo que me tardé en conseguir que esta belleza me revelara sus secretos. Ahora ronronea.

Margot le ayudó a Minna a subir al auto y le dirigió a Stasia una mirada de complicidad.

—Ay, apuesto a que sí —recalcó antes de deslizarse en el asiento trasero.

La noche estaba sumamente quieta, ni una suave brisa perturbaba los cantos y los correteos de las criaturas que habitaban la oscuridad. El aroma a almizcle de las glicinas perfumaba el aire, que aún se sentía denso por la humedad del día. Stasia miró el manto de estrellas sobre su cabeza; había tantas en algunas zonas que el cielo se veía casi plateado. El brillo de la luna llena bañaba todo con un resplandor pálido y etéreo. Debería estar cansada. El viaje en tren había sido

largo y la bienvenida de sus abuelos fue efusiva y prolongada; también, había instalado cómodamente a Margot y Minna en su habitación antes de retirarse a la suya. Sin embargo, su mente no se serenaba y el sueño la eludía. Inquieta, salió en silencio de la casa, atravesó la espesura de los árboles y los muros de piedra desmoronados hasta que apareció frente a ella la silueta muda del ángel de piedra, que bloqueaba la luz de las estrellas con sus alas.

Stasia apoyó la palma en la escultura, todavía cálida por el sol del día. Apartó la maraña de enredaderas que había cubierto la lápida y recorrió con las yemas de los dedos las letras y los números del grabado.

—¿No podías dormir? —Escuchó a sus espaldas.

Sus dedos se detuvieron, pero no se sobresaltó. Quizá lo estuviera esperando.

—No. —Stasia se estremeció, aunque no tenía frío—. ¿Cómo supiste que estaba aquí?

Nicolas salió a la luz de la luna, junto al ángel.

—Porque te conozco. —Hizo una pausa—. Yo tampoco podía dormir.

Stasia separó los dedos de la piedra.

—Te extrañé, Stasia.

Le pareció que el aire se espesaba a su alrededor y que algo innombrable ardía sobre su piel.

—Y yo a ti. —El momento era bastante aterrador, aunque, junto con el miedo, había una frágil sensación de expectativa. Stasia se sentía como si fuera en un tren en movimiento hacia el borde de un acantilado, incapaz de detenerse y dejando atrás la seguridad de la amistad y familiaridad.

»Tenía dieciséis años cuando murió. —Stasia señaló el grabado en la piedra. Necesitaba detener el tren, aunque fuera por un momento antes de que llegara a un punto sin retorno. Necesitaba una oportunidad para respirar, un momento para pensar. Todavía no había volteado a verlo.

»Siempre me he preguntado si tuvo arrepentimientos. Las cosas que no pudo hacer o los momentos que no pudo vivir.

Nicolas se acercó y se paró a su lado; no llegó a tocarla, pero estaba lo suficientemente cerca como para que Stasia sintiera el calor de su cuerpo. Una sensación eléctrica le recorrió la espina dorsal.

—A lo mejor no se arrepintió de nada.

—Quizá.

—¿Y tú?

Stasia se volvió hacia él.

—¿Yo qué?

—¿Tú de qué te arrepentirías? —Nicolas la miraba con los ojos ensombrecidos por la luz de la luna—. Si hoy fuera tu último día de vida.

Stasia trató de formar una oración, pero no pudo hacerlo. En medio del aturdimiento, comprendió que podía marcharse del jardín en ese momento, detenerse a sí misma e impedir que ambos cayeran por el borde del acantilado. Lo único que tenía que hacer era alejarse. Permaneció inmóvil.

—¿Te digo de qué me arrepentiría yo? —preguntó Nicolas.

Stasia asintió.

Nicolas se paró frente a ella. Alzó la mano para apartar un mechón de cabello de la cara de Stasia; sin embargo, después de hacerlo, no dejó de tocar su piel, recorrió suavemente su mejilla con los dedos y rozó su labio inferior con el pulgar. Luego, inclinó la cabeza y posó sus labios sobre los de ella, en un beso suave y lento.

—Me habría arrepentido de no haber hecho eso —susurró contra su piel.

Stasia cerró los ojos; respiraba de forma agitada y sentía que cada terminación nerviosa de su cuerpo estaba en llamas.

—¿Qué estamos haciendo, Nicolas? —logró decir.

—Tú dime.

—No sé.

—Sí sabes.

Stasia abrió los ojos.

—¿Esta es la parte en la que empezamos a mentirnos?

—No. Nosotros nunca vamos a mentirnos.

Ya tampoco podía mentirse a sí misma.

—Entonces, dime la verdad —pidió Nicolas, pero ahora su voz sonaba tensa.

Stasia tomó la mano de Nicolas y la apretó contra su propio pecho, sobre su corazón. Luego apoyó la palma de su otra mano sobre el pecho de él; sentía la piel caliente bajo el lino de su camisa. Debajo de sus palmas, sentía sus corazones latir al mismo ritmo.

—Había una vez —susurró— una chica de Róterdam que conoció a un chico de Ruan en un jardín secreto. El chico de Ruan era muy honesto e inteligente, así que lo llevó a su casa para que conociera a sus abuelos, quienes lo recibieron en su familia.

Deslizó su mano hacia arriba para rozar la línea de la mandíbula de Nicolas, como lo había hecho él. Acarició el contorno de su labio inferior, como lo había hecho él. Nicolas inhaló bruscamente y se estremeció; por primera vez, Stasia comprendió que ella también tenía poder sobre él. Que ella lo afectaba tanto como él a ella.

—El chico de Ruan vivió en la granja de los abuelos durante muchos años —continuó Stasia—. La chica de Róterdam lo visitaba cada verano y observaba cómo se iba convirtiendo en un hombre que se mantenía honesto e inteligente. Un día la chica de Róterdam llegó a casa de sus abuelos con una amiga y esta la acusó de estar fascinada por ese hombre. No obstante, su amiga estaba equivocada. La chica no estaba fascinada.

—Stasia…

—Shhh. —Stasia calló sus labios con los dedos antes de deslizarlos por su mejilla, recorriendo la cicatriz que tenía sobre el ojo izquierdo —. No estaba fascinada —suspiró—, la chica estaba enamorada de él.

Nicolas soltó un sonido ahogado y la besó de nuevo; Stasia le devolvió el beso, solo que esta vez no tuvo nada de suave. Fue un beso ardiente, febril y desesperado; lleno del amor y el anhelo por fin reconocidos.

Stasia perdió la noción de cuánto tiempo permanecieron bajo la luz de la luna, inmersos el uno en el otro, antes de que él se apartara con la respiración entrecortada.

—Quiero mostrarte algo —susurró Nicolas en su oído.

—¿Qué? —Apoyó la cabeza bajo su barbilla, tratando de recuperar la compostura y el aliento.

—Ven. —La tomó de la mano y la condujo a través del jardín hacia el cobertizo. La soltó solo el tiempo necesario para empujar la puerta y abrirla.

—¿Me vas a mostrar que armaste un coche aquí? —bromeó Stasia mientras él cerraba la puerta, sumiéndolos en la negrura—. ¿O un avión?

—No exactamente. —Se oyó el ruido de un encendedor al abrirse, seguido por el destello de la llama.

—Todavía tienes el encendedor que te di —Se sentía maravillada.

—Por supuesto. —La llama se transformó en un suave resplandor cuando Nicolas encendió una lámpara de queroseno que descansaba sobre la mesa. Volvió a meterse el encendedor al bolsillo, alzó la lámpara y le ofreció la mano libre—. Ven conmigo.

—¿Adónde? —preguntó desconcertada.

—Confía en mí.

Stasia tomó su mano y dejó que la llevara a la parte trasera del cobertizo. En un rincón, donde antes estaba una cama plegable, había ahora un enorme agujero y una estrecha escalera de piedra que descendía hacia la oscuridad. La puerta abierta de una trampilla, similar a las que cubrían las tolvas de carbón, estaba apoyada contra la pared.

—¿Qué es esto? —Stasia lo miró.

Nicolas apretó su mano.

—Es lo que te quiero mostrar.

La condujo escaleras abajo; los dos tuvieron que bajar agachados antes de poder enderezarse en la parte inferior. Stasia se dio cuenta de que era un túnel que avanzaba en la oscuridad por debajo del jardín. Siguió a Nicolas y su luz, apretándose cuando el túnel se estrechaba y agachándose cuando se hacía más bajo. Finalmente, llegaron a una puerta de madera baja y pesada; las marcas de raspaduras en el suelo de tierra delataban que la habían abierto recientemente.

—¿En dónde estamos? —preguntó Stasia, pero él solo le sonrió.

Deslizó un pesado cerrojo, empujó la puerta hacia adentro y la invitó a seguir adelante.

Stasia entró a una cámara que se sentía fresca, pues las paredes estaban construidas con pesados bloques de piedra. Sobre su cabeza, había unas vigas de madera con filas de ganchos y canastas de alambre que colgaban. Dos de las paredes estaban tapizadas por repisas y armarios antiguos, pero había otros estantes independientes al centro de la habitación. Frente a ella, más escalones de piedra conducían a algún lugar fuera de vista.

—¿Es un almacén? —preguntó; luego, vio las escaleras—. ¿Estamos debajo del castillo?

—Debajo de las cocinas para ser exactos. —Nicolas cerró la pesada puerta detrás de ellos y Stasia observó, sorprendida, cómo se mimetizaba. Del lado en el que se encontraban, la puerta estaba disimulada con la misma madera y repisas del mismo tamaño y forma que el resto de la pared.

—¿Cómo descubriste este lugar?

—Hace años que lo encontré.

—¿Está bien que estemos aquí? Es decir, estamos invadiendo…

—No hay nadie. No ha habido nadie desde hace mucho tiempo. Solo quiero mostrarte algo.

—¿Qué…?

Nicolas la besó e interrumpió lo que fuera que ella iba a decir.

—Solo ven conmigo.

Stasia asintió. Subieron juntos las escaleras y él la guio rápidamente por las cocinas. En el oscilante halo de luz de la linterna, Stasia vislumbró largas barras que rodeaban una enorme tabla de carnicero, así como las formas fantasmales de ollas y sartenes que emanaban un débil resplandor desde sus clavijas. Después, Nicolas la condujo por un pasillo largo y amplio; los ojos de una docena de retratos que colgaban de las paredes los observaron pasar. Cruzaron un gran vestíbulo, donde el verde oscuro del tapiz de los muros hacía que la enorme escalera de piedra a su izquierda pareciera un sendero pálido y etéreo que condujera al cielo.

Stasia se habría detenido a observar, pero Nicolas la seguía jalando hacia adelante, tomándola con fuerza de la mano. Atravesaron otra serie de puertas altas y redondeadas, llegaron a otro pasillo y, por fin, Nicolas se detuvo en el segundo umbral de la derecha. Con cuidado, empujó la puerta, cuyas bisagras protestaron ligeramente, y entraron.

El resplandor de la linterna no era suficiente para iluminar los rincones más distantes de la habitación, pero no importaba. Stasia ahogó un grito y miró boquiabierta los cientos de libros que cubrían las paredes; las estanterías llegaban hasta el techo. El aire quieto y denso estaba impregnado con la fragancia del polvo, la madera, el cuero y el olor inconfundible, así como ligeramente mohoso, de tinta y papel que ella asociaba con los libros antiguos. Stasia soltó la mano de Nicolas y caminó hacia los libros para tocar los lomos. Él la siguió con la luz, haciendo danzar la silueta de su sombra sobre las filas de volúmenes.

Stasia se alejó de los libros para admirar el resto de la habitación. En el centro, descansaba un amplio escritorio de ébano que, bajo la luz tenue, parecía un lago a medianoche. Su superficie estaba desnuda, salvo por una máquina de escribir y un vaso lleno de plumas, como si su dueño simplemente hubiera abandonado su labor y se hubiera olvidado de regresar. Stasia se acercó al escritorio y acarició con nostalgia las teclas redondas de la máquina de escribir, opacadas por el polvo.

—Creo que podría vivir en esta habitación para siempre —comentó Stasia—. Escribiría un millón de cuentos en este escritorio con esta máquina de escribir.

Nicolas no dijo nada, solo le hizo compañía mientras ella exploraba. Stasia se detuvo abruptamente cuando llegó a la boca abierta de una chimenea vacía en el lado opuesto de la habitación. A cada lado, dos esculturas de grifos se inclinaban hacia adelante, congelados en el tiempo, con las alas extendidas, los picos abiertos y los ojos color ámbar fijos en su presa.

Stasia, deleitada, juntó las manos.

—Qué extraordinario.

—Me imaginé que te iban a gustar —comentó Nicolas acercándose a su lado—. Aunque siempre he pensado que se ven un poco fuera de lugar en esta biblioteca tan… propia y elegante.

—Al contrario —replicó Stasia—. Desde épocas antiguas, los grifos han sido guardianes de posesiones invaluables. No se me ocurre un mejor lugar para ellos que una biblioteca.

—Tal vez haya un tesoro escondido en la chimenea.

—Quizá —Se rio Stasia—. Ojalá tuviera aquí mis cosas de dibujo. Estos grifos pertenecen, sin duda, a uno de mis cuentos. —Apoyó la cabeza en el hombro de Nicolas—. Gracias por haberme traído. Desearía que alguien viviera aquí para que disfrutara de este espacio. Es una biblioteca hermosa.

Nicolas no respondió, pero lentamente dejó la linterna en la parte superior de una repisa y se volteó para verla.

—Tengo algo que decirte —dijo.

—¿Qué? —Stasia deslizó los brazos alrededor de la cintura de Nicolas y apoyó la cabeza en el hueco que se hacía entre su hombro y barbilla. Cerró los ojos, no quería pensar en el breve tiempo que tenían antes de que tuviera que abordar otra vez el tren para regresar a Ámsterdam y a la universidad. Lejos de él.

—Te amo —confesó Nicolas.

Stasia sonrió contra su pecho.

—Lo sé.

—Y me uní a la Marina.

Stasia levantó tan rápido la cabeza que le golpeó la barbilla a Nicolas. Sus pulmones se quedaron sin aire y la sangre se le congeló en las venas.

—No me pareció que fuera algo que pudiera decirte en una carta —añadió, frotándose la mandíbula.

Stasia tenía preguntas que hacer, cosas que decir, pero no conseguía que su garganta le hiciera caso.

Él la estaba mirando con la frente arrugada.

—Di algo.

Stasia solo podía mirarlo; le era imposible ordenar sus pensamientos.

Nicolas extendió la mano para tocar su rostro, pero ella se alejó de él y se tambaleó hacia atrás; solo se detuvo cuando la parte posterior de sus muslos chocó con el borde del escritorio de ébano.

—¿Por qué? —Fue lo único que Stasia pudo pronunciar.

Él se acercó a ella con cautela y se detuvo a un aliento de distancia, pero sin tocarla.

—Es mi oportunidad de ir a alguna parte —respondió en voz baja.

—¿Qué tiene de malo estar aquí? —Por fin se le relajó la garganta y pudo alzar la voz.

—Aquí no hay nada para mí.

—No es cierto. La granja está aquí. Mis abuelos están aquí. —«Yo estoy aquí», pero no dijo la última parte porque se le cerró la garganta de nuevo y se dio cuenta de que estaba muy cerca de las lágrimas.

Nicolas arrancó un hilo del puño de su manga y se puso a retorcerlo entre sus dedos.

—Ya lo sé. Y jamás podré pagarles la amabilidad que me brindaron, pero no puedo seguir aprovechándome de ellos…

—No te estás aprovechando de ellos. Te adoran. Si estuvieran aquí, te dirían exactamente lo mismo.

—Tal vez. Pero, Stasia, necesito encontrar mi propio camino. Como tú encontraste el tuyo.

Stasia parpadeó; odiaba la forma como le ardían los ojos. «Arpía egoísta», la acusó la parte racional de su mente por querer retener a Nicolas ahí, por querer que se quedara ahí con ella. Hasta un minuto antes, ella jamás se habría considerado ni egoísta ni una arpía; sin embargo, ahora ya no estaba tan segura.

Él apartó la mirada.

—Un reclutador de la ciudad me dijo que la Marina estaba buscando hombres como yo.

—¿Como tú?

—Sí, hombres a los que les gustan los motores y ese tipo de cosas. Dijo que podría recibir entrenamiento y trabajar en un acorazado o

un portaaviones. También me dijo que la Marina ha construido los vehículos militares más rápidos del mundo.

«Su trabajo es decirte lo que quieres oír», quiso gritarle Stasia; no obstante, mantuvo la boca cerrada e intentó ser racional y no ceder a emociones debilitantes.

—Esta es mi oportunidad. Mi oportunidad de ver el mundo. De convertirme en alguien de quien mis hijos puedan estar orgullosos algún día.

—Estoy segura de que tu papá pensaba lo mismo —murmuró Stasia en contra de su voluntad. Tenía una sensación de naufragio en la boca del estómago que se hacía cada vez más y más profunda con cada palabra que salía de la boca de Nicolas.

Él se sacudió como si lo hubiera golpeado y rompió el hilo entre sus dedos.

—Perdón —se disculpó ella—. Fue injusto.

—Ya sé lo que quieres decir, pero mi papá estaba en el Ejército. En las trincheras, en el frente, en el lodo y la mierda y la sangre. La Marina es diferente.

Stasia apretó los ojos antes de abrirlos de nuevo.

—¿Tú crees?

—Pensé que tú, entre todas las personas, ibas a estar orgullosa de mí.

—Estoy orgullosa de ti. —Le molestaba lo acartonada que sonaba, incluso para ella misma—. Estoy orgullosa de ti —repitió con más fuerza.

—No parece. —Nicolas tiró el hilo roto a un lado—. Me prometiste que nunca nos íbamos a mentir.

—Tienes razón. —Stasia le sostuvo la mirada; el brillo de la linterna dibujaba sombras sobre su rostro—. No estoy orgullosa. Tengo miedo. Me aterra lo que pueda pasarte. La Marina, por muy impresionante que creas que es, participa en las guerras, Nicolas. La gente muere en esas guerras. España está en guerra y amenaza con arrastrar al resto del continente consigo. Ahora mismo, Alemania está degenerando en algo increíblemente peligroso y es solo cuestión de tiempo antes de que…

—No importa lo que intente hacer Alemania, no van a poder tocar a nuestra marina de guerra —la interrumpió Nicolas—. Francia tiene una de las fuerzas navales más poderosas del mundo para defender nuestras costas. En las fronteras, tenemos la línea Maginot y las tropas listas. No hemos estado ociosos estos últimos años; estamos listos para cualquier cosa.

—¿También te dijo eso el reclutador?

Nicolas frunció el ceño.

—Perdón. —Stasia sacudió la cabeza.

—Lo voy a hacer —recalcó Nicolas secamente—. La verdad es que ya lo hice. No tengo los medios ni la educación para ir a la universidad como tú. No tengo ninguna formación real, solo lo que aprendí por mi cuenta. Esta es mi oportunidad. No puedo quedarme aquí para siempre, viendo la vida pasar. Tú no lo vas a hacer. No puedes esperar que yo lo haga.

Stasia guardó silencio. Tenía razón. Todo lo que decía era pertinente. Él nunca le había pedido que sacrificara sus sueños por él. Si ella realmente lo amaba, tenía que hacer lo mismo.

—¿Cuándo te vas? —le preguntó en voz baja.

—A finales de la semana.

—¿Ya les dijiste a mis abuelos?

—Sí.

—¿Por qué no me dijeron nada?

—Les pedí que no lo hicieran. Quería decírtelo yo mismo. Solo quiero ser…

—Su voz sonaba extraña y se iba apagando.

—¿Ser qué?

—Solo quiero ser lo suficientemente bueno para ti.

—¿Qué? —preguntó en un suspiro casi inaudible al tiempo que se quedaba helada.

—Eres la persona más extraordinaria que conozco. Eres generosa, compasiva, hermosa, inteligente, más lista que nadie…

—Detente. —Stasia puso una mano sobre el pecho de Nicolas, tratando de encontrar las palabras adecuadas para expresar la

emoción que inundaba su corazón y amenazaba con robarle la voz de nuevo.

—No, no me voy a detener. —Se acercó a ella y tomó su rostro con suavidad entre sus manos.

Stasia no podía moverse.

—Me conociste en mi peor momento, en mi punto más bajo y, pese a que fui mi versión más horrible contigo, lo único que me ofreciste a cambio fue generosidad. Generosidad, amistad y todo lo demás que me has dado, pero yo no me lo gané y no lo merecía, al menos, no en ese momento. —Hizo una pausa; bajó las manos para tomar las de ella y sostenerlas con fuerza—. Pero quiero ganármelo. Todo. A ti. Para siempre. —Sus palabras salían apresuradamente—. Cuando regrese a Ruan, a este lugar, a ti, seré alguien. Seré alguien de quien te sientas orgullosa. Tendré dinero en el bolsillo y habilidades que me permitirán mantenerlo. Podré construirnos una casa en cualquier lugar del mundo en el que quieras vivir. Construiré una habitación como esta para ti, donde podrás escribir un millón de cuentos en un escritorio como este y con una máquina de escribir como esta. Quiero dártelo todo.

Se detuvo para tomar aire. Los dos se miraban fijamente en un castillo abandonado con solo un par de grifos silenciosos como testigos.

—No necesito que me des nada. No necesito que me demuestres nada —respondió Stasia y una lágrima resbaló por su mejilla en contra de sus deseos—. Solo necesito que me ames.

Él secó la lágrima con su pulgar.

—Cásate conmigo.

—¿Qué? —Se le cortó la respiración.

—Cásate conmigo —repitió—. No ahora, pero… después. Cuando hayas encontrado tu lugar y yo el mío, construyamos un futuro juntos. Vuelve a mí.

Stasia sintió que otra lágrima resbalaba por su mejilla y la ignoró; tenía un tumulto de pensamientos e ideas en su mente mientras luchaba, otra vez, por encontrar las palabras adecuadas. Las palabras correctas para expresarle a Nicolas lo que sentía.

Él soltó sus manos y buscó en los bolsillos de sus pantalones; sacó algo pequeño que brillaba tenuemente en la penumbra.

—Hice esto para ti —dijo tomando la mano derecha de Stasia.

Ella se dio cuenta de que era un anillo. Una alianza sencilla sin adornos, hecha de peltre o tal vez de acero martillado. Era imposible saberlo en la penumbra o a través de las lágrimas.

Se lo puso en el dedo.

—Esta es mi promesa. Esperaré todo el tiempo que sea necesario hasta que cumplas tu sueño. Estaré a tu lado a cada paso del camino, aun cuando estemos separados. Te encontraré sin importar lo lejos que nos lleven nuestros mundos. Y siempre te amaré. —La miró; el rostro de Nicolas expresaba la veracidad de sus palabras.

Stasia encontró, por fin, la palabra correcta.

—Sí.

Y el chico de Ruan sonrió.

5

Nicolas

Tolón, Francia
4 de septiembre de 1938

—Santa María, madre de Dios. Mira qué cañones —dijo un hombre al lado de Nicolas; habló con un tono reverencial, como el que se usa para expresar asombro y admiración.

Nicolas solo pudo asentir mientras contemplaba el enorme buque de guerra, con sus imponentes torretas, que se alzaba sobre el puerto. Pesaba veintitrés mil quinientas toneladas y medía ciento sesenta y seis metros de largo. Tenía turbinas de vapor Parsons capaces de impulsarlo a veinte nudos, así como un arsenal de cañones que sobresalían de sus cubiertas y podían enfrentar a cualquier enemigo desde tierra, agua o cielo. Era el acorazado insignia de la fuerza naval francesa. Nicolas sabía todo esto porque había estudiado sobre él, pero nada podía haberlo preparado para lo que era en la realidad el Bretagne.

Cuando vio el acorazado anclado en el agua por primera vez, sintió escalofríos por todo el cuerpo. A su alrededor, el puerto y los barcos atracados en él eran un hervidero de actividad. A bordo del Bretagne, había muchos hombres caminando por sus cubiertas y colgando de cuerdas a lo largo del casco. Todos parecían moverse con eficiencia y un propósito, lo que consiguió intimidar a Nicolas.

El timonel a cargo de conducir a los nuevos reclutas al barco los esperaba en el muelle; se rio al ver sus expresiones.

—Parece que acaban de ver a Jesús —comentó sin mala intención.

—Algo así —convino enseguida el hombre que estaba al lado de Nicolas, sin ofenderse—. Es lo más hermoso que he visto en mi vida. ¿Qué le están haciendo?

—Están arreglando el telémetro de una de las torres —respondió el timonel—. Entre otras cosas. Es mejor si tus armas le dan a lo que le estás apuntando. —Sonrió antes de volverse hacia un marinero que se le acercó.

—Maldición, qué bueno que vamos a estar detrás de esas armas y de ninguna manera enfrente —añadió el vecino de Nicolas. Luego, se puso a silbar mientras se alisaba con los dedos el escaso bigote, cuya intención era hacerlo parecer mayor de lo que era. En realidad, tenía el efecto contrario. Nicolas se preguntó si tendría siquiera dieciocho años.

Una mano delgada apareció extendida frente a él.

—Oscar Fontaine, cocinero.

—Nicolas Navarre, aprendiz de ingeniero —se presentó y le dio la mano.

—Demonios, entonces eres uno de los inteligentes —se rio entre dientes.

Nicolas echó otro vistazo a las torres y estructuras del acorazado, abrumadoramente complejas, seguro de que las entrañas del barco serían igual de agobiantes e intrincadas.

—Eso está por verse —replicó—. Tengo mucho que aprender. —No tenía idea de cuáles serían sus tareas, pero el buque estaba lejos de ser un Reinastella caprichoso.

Deseó que Stasia estuviera a su lado contemplando el barco. Hubiera querido compartir ese momento con ella porque, lo creyera o no, ella era la razón por la que él estaba ahí. Stasia había cambiado el curso de su vida de una forma tan radical como lo haría el magnífico acorazado que lo esperaba en el puerto. En los últimos meses, Nicolas había tenido momentos en los que estaba seguro de que había cometido un error terrible. Que había apuntado demasiado alto y que debió haberse conformado con lo que tenía en Ruan; sin embargo, ahora veía ese barco y sus dudas se desvanecían. Él pertenecía a ese buque.

A su lado, el delgado hombre casi bailaba de entusiasmo sobre las puntas de sus pies mientras más reclutas se reunían con ellos en el muelle.

—¿De dónde eres?

—De Ruan —respondió Nicolas—. ¿Y tú?

—De París. —Sus ojos oscuros brillaron—. ¿Por qué te alistaste?

Nicolas se aclaró la garganta.

—Me gusta arreglar cosas. Quería ver el mundo. —Esas eran sus respuesta habituales y concretas—. ¿Y tú? —Miraba con atención a Fontaine.

—Si te enlistas obtienes tres comidas al día; carajo, hubiera aceptado dos. Estoy acostumbrado a vivir en espacios diminutos entre un montón de cuerpos, así que pensé «¿qué más da?» Esto es un paso adelante; por lo menos, un paso fuera de las calles.

Nicolas se sorprendió un poco por la franqueza de Oscar.

—Entiendo.

—Sin ánimo de ofender, lo dudo. Pareces un granjero.

—No te equivocas, supongo; aunque, viví en el cobertizo de un jardín durante dos años.

—Ah. —Fontaine inclinó la cabeza, se veía sorprendido, en verdad —. ¿Por lo menos era un jardín agradable?

Nicolas se rio.

—Sí, era un jardín precioso, pero los inviernos eran un horror.

—Siempre lo son. —Fontaine se frotó la barbilla pensativamente —. En invierno, uno tiene que meterse bajo tierra porque…

—¡Atención!

El timonel se enderezó y saludó rápidamente. Los reclutas que estaban en el muelle hicieron lo mismo.

Un oficial, con una constitución de hierro, había subido al muelle frente a los reclutas. Tenía unas barras que lo identificaban con el rango de alférez, pero no se presentó, solo se puso a caminar de un lado a otro. A intervalos regulares, se detenía para mirar a algún recluta, unas veces con el ceño fruncido y otras con un gesto de altanería.

—Miren al hombre que está a su lado —ordenó de forma atronadora—. Y luego miren al que está atrás de ustedes y al que está enfrente de ustedes.

Nicolas hizo lo que se le ordenó, al igual que el resto de los reclutas, quienes permanecían en silencio en medio del caos del puerto.

—¡Ahora escuchen con atención! —gritó el oficial.

Como si alguno de los reclutas que estaban en el muelle hubiera podido hacer otra cosa que no fuera escuchar con atención. Ignorar a los oficiales al mando implicaba un castigo: lagartijas, limpieza de letrinas, correr interminablemente, tallar los pisos del comedor hasta que las rodillas y las manos pasaran del dolor al entumecimiento o mover pesados sacos de arena de una pila a otra sin un propósito evidente, salvo la tortura.

El alférez se detuvo, tenía las manos entrelazadas detrás de la espalda y el cuerpo perfectamente quieto.

—Al principio, había muchos más reclutas —expresó furioso—. Niños que llegaban al campo de entrenamiento con almuerzos preparados por sus madres, pensando que sería divertido navegar en un barco y jugar con armas enormes. Niños que no estaban listos para hacer lo necesario para representar lo mejor de Francia. Renunciaron. Huyeron de vuelta a casa con la cola entre las patas. Y yo digo ¡qué fortuna!, porque ese no es el tipo de hombre que quiero a mi lado o enfrente de mí o atrás de mí en una guerra. —Hizo una pausa para respirar—. Sin embargo, los hombres que están aquí hoy son los que sí quiero a mi lado cuando el mundo se vaya al infierno. Créanme. —Desentrelazó sus manos y comenzó a caminar de nuevo frente a la fila.

Nicolas le lanzó una mirada furtiva al oficial conforme se acercaba.

—Si su comandante de reclutamiento hizo bien su trabajo, todos ustedes ya han corrido suficientes kilómetros como para haber llegado a Siberia y regresado —puntualizó de forma enérgica—. Han escalado, gateado y se han abierto paso a través de cosas de las que es descortés hablar en la sociedad civilizada. Sus vidas se han convertido en un infierno tanto en la tierra como en el agua porque puedo garantizarles, con toda certeza, que el enemigo no hará menos que eso.

Se detuvo enfrente de Nicolas y este mantuvo la mirada fija al frente.

—Ustedes fueron los hombres asignados al acorazado más grande de toda nuestra maldita flota, así que espero que todos entiendan el privilegio que es. No sé lo que nos depare el futuro inmediato. Vamos a donde nos lo ordena el almirantazgo y hacemos el trabajo que se requiere. Los alemanes se están rebelando de nuevo, por lo que, tarde o temprano, alguien tendrá que ponerles una correa. España parece decidida a arrastrarnos a todos a la guerra. Es posible que nos necesiten en el Mediterráneo o el Atlántico. Podemos esperar que nos asignen a cualquier lugar entre América del Norte y África del Norte, lugares que ustedes, muchachos, ni siquiera pueden deletrear, mucho menos imaginar. —El oficial se detuvo para respirar.

Nicolas mantuvo el rostro inexpresivo, aunque la emoción le recorría todo el cuerpo. Quería ver esos lugares con tanta desesperación que ya podía saborearlos.

—Todo lo que han hecho desde que presentaron su nombre a la Marina ha sido una prueba —continuó el alférez, todavía parado enfrente de Nicolas—. No importa cuáles sean sus labores en este barco, todos comenzarán desde abajo. Y se enorgullecerán de eso, de ir abriéndose camino hacia arriba. —Puso un dedo en el pecho de Nicolas con fuerza antes de seguir adelante—. La Marina no es el Ejército, caballeros. Mientras que esos muchachos corren por las trincheras buscando a quien dispararle, a gusto con los rifles que operan, ustedes, hombres, operarán en mar abierto una máquina de guerra capaz de destruir ciudades enteras. Ustedes forman parte de una de las flotas con las armas más letales del mundo, y seguimos fabricando nuevas. —Se detuvo para mirar al timonel, que seguía en posición de firmes—. Hombres, bienvenidos al Bretagne. Buena suerte y que Dios los acompañe. —Se dio la vuelta y se alejó con paso firme.

Nicolas relajó el cuerpo, pero aún lo estremecía una mezcla de emoción y miedo. Estaba ansioso por la oportunidad que se le presentaba en el puerto, pero sentía terror por la posibilidad de no estar a la altura de las circunstancias.

—Oh, oh, parece que tenemos problemas, Navarre —dijo Fontaine en voz baja mientras recogía el morral de lona que tenía a sus pies.

El alférez que se había marchado hacía un momento, estaba regresando con un segundo hombre que llevaba las insignias de oficial de primera clase. Los dos se detuvieron frente a Nicolas.

—¿Es él? ¿Navarre, Nicolas? —El oficial leyó su nombre en un portapapeles que llevaba en la mano; su mirada quedaba oculta bajo la visera de su gorra. Quizá fuera diez años mayor que él; tenía el pelo castaño muy corto y una postura perfectamente rígida.

—Señor. —Nicolas dio un paso hacia adelante, desconcertado y bastante alarmado por la irregularidad de la situación. Si algo había aprendido en su entrenamiento, era que lo irregular nunca era buena señal.

El alférez miró a Fontaine con una mirada de acero.

—Busque otro lugar donde ocuparse, marinero.

Oscar no necesitó que se lo dijeran dos veces, así que se alejó de prisa.

—¿Ocurre algo, señor? —preguntó Nicolas.

El alférez lo ignoró.

—Él es el suboficial mayor Durant y quiere hablar con usted.

—¿Señor? —Nicolas no tenía ni idea de lo que estaba pasando. «¿Suboficial mayor qué? ¿Y de dónde?».

El oficial se puso el portapapeles bajo el brazo y miró a Nicolas de forma intensa, distante y silenciosa. Empezó a sentirse como un insecto clavado en una colección.

—Tus exámenes sugieren que eres muy bueno en matemáticas —dijo por fin.

—¿Sí, señor?

—¿Es una pregunta, marinero? —preguntó el oficial.

—No, señor.

—¿En qué universidad estudiaste? No aparece en tu expediente.

Nicolas parpadeó.

—No fui a la universidad, señor —añadió apresuradamente.

Un dejo de irritación atravesó el rostro del oficial.

—Entiendo. Me han dicho que también eres muy hábil reparando motores, sistemas mecánicos y cosas por el estilo.

—Sí, señor. —Por lo menos podía responder eso con seguridad.

—¿Reparaste una caldera en el buque de entrenamiento Léopard hace cinco semanas?

Nicolas se sintió inquieto.

—Yo no diría que la reparé, exactamente, señor. Los ingenieros y la tripulación hicieron las reparaciones. Yo solo hice una sugerencia basada en…

—¿Evaluó o no la caldera averiada y dio instrucciones a la tripulación sobre cómo reparar esa avería en particular, tras lo cual la caldera, que había estado fuera de servicio durante seis días, volvió a funcionar? —lo cuestionó furioso el oficial.

Nicolas entrelazó las manos detrás de su espalda y se clavó las uñas en las palmas; sin embargo, no apartó la mirada.

—Estoy seguro de que los ingenieros habrían descubierto el problema a su debido tiempo…

—¡Sí o no! —rugió el oficial.

—Sí, señor.

—Muy bien. —El portapapeles reapareció y el oficial desprendió de él un sobre grueso—. Preséntese con el ingeniero en jefe al abordar el Bretagne. Lo más probable es que lo encuentre bajo cubierta en la sala de máquinas.

—Me temo que no entiendo. —Nicolas tomó el sobre con cierta reserva.

—Hay muy poco que entender —contestó el alférez—. Entre los aprendices de ingeniería, la Marina siempre identifica a aquellos con habilidades y talento excepcionales. Nuestro mayor interés es asegurarnos de que esos individuos estén en las posiciones donde resulten más útiles.

—Sin embargo, no lo considere un premio, marinero —espetó el oficial—. No lo es, sino un recordatorio de que podría llegar a hacer algo que valga la pena, con el tiempo. Todavía deberá demostrarles a

sus oficiales al mando que puede hacer algo más que cambiar un foco a bordo del Bretagne, ¿entiende?

—Sí, señor. —Nicolas no sabía qué más decir.

Los dos oficiales regresaron por donde habían llegado; Nicolas se quedó de pie en el muelle, consciente de las miradas curiosas de sus compañeros reclutas. Bajó la mirada hacia el sobre que tenía en las manos, percatándose, recién, del peso de lo que sostenía. El chico, que alguna vez arregló tostadoras y cafeteras con piezas robadas, ahora tenía órdenes que le abrían las puertas de la sala de máquinas de uno de los acorazados más poderosos del mundo.

Deslizó la mano en su bolsillo y sintió el peso reconfortante del encendedor, envuelto en un papel doblado y desgastado. Sacó ambos objetos y apoyó el papel encima del robusto sobre. Suavemente, desdobló las esquinas del papel y reveló su retrato de perfil, con una capa elegante y una espada desenvainada. «No eres un don nadie, Nicolas Navarre», había dicho Stasia cuando le entregó ese dibujo hacía mucho tiempo en un jardín olvidado.

Le demostraría que tenía razón o moriría en el intento.

—Jesús bendito —Fontaine se había acercado sigilosamente y estaba parado de puntitas detrás de Nicolas para ver por encima de su hombro a los oficiales que se marchaban—. Debes ser un mago o algo así para que esos hombres elegantes te hayan notado incluso antes de que te subieras al barco. Me mantendré cerca de ti. —Entornó los ojos y dirigió la mirada al papel que Nicolas sostenía en la mano—. ¿Es una carta de tu chica?

Nicolas dobló el dibujo rápidamente y lo guardó en su bolsillo junto con el encendedor.

—No, ¿por qué lo dices?

—Porque ningún hombre pone esa cara a menos de que esté pensando en una chica.

Nicolas bajó la cabeza y sonrió.

—Quizá.

—¿Cómo se llama?

—Stasia.

—¿Te está esperando en casa?

—Es de Róterdam, pero ahora está en Ámsterdam estudiando Medicina.

—¿En serio? —Oscar parecía asombrado por la revelación—. ¿Medicina de verdad?

—Medicina de verdad —confirmó Nicolas con orgullo.

—Vaya —expresó Fontaine y se frotó las manos—. Imagínate lo inteligentes que serán sus hijos.

Nicolas se rio.

—No estamos casados.

—¿Qué? —exclamó horrorizado—. ¿Por qué no? ¿Es mala o fea o algo así?

—Es la mujer más generosa y hermosa del mundo. Solo estamos esperando.

—Ah. —Oscar le dio un ligero puñetazo en el hombro a Nicolas —. Quizá no eres tan inteligente como pensaba.

Nicolas apretó con fuerza el sobre que contenía sus órdenes mientras lo invadía la nostalgia.

—Puede que tengas razón. —Se aclaró la garganta—. ¿Y tú? ¿Tienes novia?

A Oscar le pareció gracioso.

—Nah. Tengo que ver el mundo y a todas sus hermosas mujeres antes de que una me atrape.

El timonel dio órdenes para que los reclutas abordaran los botes que los llevarían a través del puerto. Nicolas avanzó colocándose el morral de lona que llevaba sobre su hombro; luego, los dos se unieron a la fila de hombres.

—¿De verdad arreglaste el Léopard? —Oscar caminaba arrastrando los pies.

—¿De verdad escuchas conversaciones privadas a escondidas? —preguntó Nicolas secamente.

—Por supuesto —respondió Fontaine con voz burlona—. Puedo escuchar mientras duermo a cualquier bastardo que quiera apuñalarme por el mendrugo que llevo en el bolsillo.

—No creo que nadie a bordo del Bretagne te apuñale por un trozo de pan.

—Sabes, creo que eso es lo que más me gusta de la marina francesa —comentó Fontaine sonriendo.

—¿Que todos tengan su propio pan?

El rebelde parisino negó con la cabeza.

—Que tus amigos y aliados nunca tratan de matarte.

6

Stasia

Róterdam, Países Bajos
14 de mayo de 1940

Los tanques alemanes habían llegado el día anterior.

Avanzaron por las calles del lado sur del Nuevo Mosa con un rugido que resultaba aterrador por su persistencia y que se escuchaba claramente a lo largo de todo el río. Había algo particular en el gutural bramido de los vehículos blindados que a Stasia le parecía aún más escalofriante que los ruidos de los combates ocurridos los días anteriores: el estertor de las ametralladoras, el zumbido y la explosión de los morteros o el gemido de los anticuados barcos que la Marina de los Países Bajos envió río arriba, en un intento desesperado por detener el ataque alemán. Incluso el alarido de los bombarderos holandeses, que tenían la intención de destruir los puentes de la ciudad para mantener a los invasores fuera del norte, no había sido tan inquietante como el lento avance de los Panzer.

Quizá fuera que la llegada de los tanques carecía de la confusión de los primeros tres días de lucha. Porque el caos representaba la esperanza de conseguir la victoria. De que Róterdam, aun ardiendo y en ruinas, todavía pudiera salvarse y no caer en las manos de un enemigo que se abría paso a la fuerza.

—¿Por qué se detuvieron? —La angustiosa pregunta de Helen Kaufmann resonó en las paredes del departamento mientras la mujer caminaba de un lado a otro sin cesar—. ¿Qué están esperando? ¿Por qué no cruzan el río?

—Cálmate, mamá —le susurró Margot con rudeza desde la pequeña mesa de la cocina donde estaba sentada—. No estás ayudando y vas a despertar a Minna.

Stasia mantuvo la mirada fija en la ventana con dirección al río. No entendía por qué los tanques se habían detenido ni por qué habían silenciado las armas. No sabía por qué los vehículos blindados todavía no cruzaban los puentes, defendidos de manera desesperada e insuficiente, para invadir el norte como lo habían hecho con el sur. Por qué las tropas alemanas no estaban avanzando ya mismo desde el sur, pasando por encima de los cadáveres y escombros que cubrían las orillas del río y las cabeceras de los puentes.

Recibían noticias por el radio, pero, con frecuencia, eran contradictorias; además, las ásperas vocecitas ofrecían poca tranquilidad u orientación. Parecía que nadie tenía respuestas reales. Las dos únicas personas que podían tenerlas, su papá y el papá de Margot, estaban en algún lugar al este de su barrio, Kralingen, trabajando frenéticamente con quienes seguían intentando reforzar y defender los puentes y puertos. Dos días antes, recibieron un breve mensaje en el que se les aseguraba que ambos estaban bien; sin embargo, desde entonces, no sabían nada más. Stasia se moría de preocupación.

—No podemos quedarnos aquí —dijo Helen retorciéndose las manos—. Tengo que encontrar a Behtram; tenemos que irnos.

—¿Adónde? —le preguntó Margot, levantándose de la silla con un rechinido—. No hay ningún lugar a donde podamos ir. Es demasiado peligroso.

—Ya lo dejamos todo y huimos una vez —exclamó *Frau* Kaufmann —. Y ahora los nazis están aquí. Tenemos que huir de nuevo.

Stasia se apartó de la ventana, preguntándose si quedaba algún lugar al que pudieran ir o si era factible que pudieran huir. Se preguntaba si lo que ocurría en Róterdam estaba pasando en todo el país.

A principios de la semana, sus padres habían insistido en que, temporalmente, Stasia y Margot dejaran la universidad y volvieran a Róterdam. Los dos hombres habían escuchado rumores de que tras la invasión de Polonia, Dinamarca y Noruega, Alemania volvería la mirada hacia el oeste. Ambos consideraron que sus hijas estarían más

seguras lejos de la costa, lejos de los premios que serían Ámsterdam o La Haya.

—Yo me voy —dijo Helen abruptamente, deteniéndose a mitad del departamento—. Me llevaré a Minna al puerto para buscar a Behtram y después nos vamos de aquí.

—Mi papá dijo que aquí estaríamos seguras —declaró Stasia en voz baja—. Que los militares están negociando.

—¿Negociando? —La voz de Helen se hizo estridente—. ¿Negociando qué? ¿Los términos de la rendición? ¿Cuántas personas tienen que morir antes de que los nazis se lleven lo que quieren?

—No lo sé —murmuró Stasia; la idea de rendirse le daba náuseas. ¿Qué podía significar?— Pero no creo que debamos…

—¡No! —exclamó Helen bruscamente—. Ya no te voy a escuchar a ti ni a nadie más. Tú no sabes nada, así que haré lo mejor para mí y mi familia. Nos vamos de esta ciudad. —Helen se encaminó, dando pasos largos, por el estrecho pasillo hacia el cuarto donde Minna estaba durmiendo la siesta.

—Espera, mamá. —Margot fue rápido tras y la sujetó del codo—. Stasia y yo averiguaremos qué está pasando.

Helen se volteó hacia ella.

—¿Cómo? ¿Cómo lo van a hacer?

Margot miró a Stasia con un gesto de impotencia.

—¿Mamá? —Minna apareció en la puerta de la habitación con el cabello todavía revuelto por el sueño. Sus ojos estaban muy abiertos y llenos de miedo.

Helen se agachó junto a su hija y le acarició la cabeza. Le dijo algo tranquilizador en alemán, pero su rostro no podía esconder la preocupación.

—Yo iré —se ofreció Stasia—. Puedo ir al puerto. Debe haber alguien ahí que sepa lo que está pasando, incluso si no encuentro a mi papá.

Margot ya negaba con la cabeza.

—No. Es una…

—Es mejor a que Minna salga a la calle —la interrumpió Stasia—. Crecí aquí, así que conozco el barrio y sé cómo llegar al puerto. No

está lejos; seré rápida y cuidadosa. Averiguaré qué está pasando.

—Entonces voy contigo. —Margot se cruzó de brazos.

Helen miraba indecisa a Stasia y Margot.

—A lo mejor los alemanes dejaron de disparar porque se están preparando para la retirada —comentó Stasia, intentando ocultar la desesperación en su voz—. En ese caso, nadie tendría que huir a ningún sitio. —Miró el reloj que marcaba los interminables minutos. Pasaba de la una de la tarde, aunque el espeso humo acumulado sobre la ciudad hacía que pareciera más bien el atardecer.

—¿Cuánto tiempo tardarías? —preguntó Helen con la voz temblorosa—. ¿En ir y volver?

—Treinta minutos, tal vez menos.

—Prométeme que te vas a quedar aquí —le pidió Margot a su madre—. Que Minna y tú van a esperar aquí hasta que volvamos. Cuando tengamos más información, podemos decidir qué hacer.

Helen asintió lentamente.

—Vamos, entonces —le dijo Stasia a Margot.

Margot le dio a su madre un breve abrazo, luego se inclinó para abrazar a su hermanita y darle un beso en la coronilla.

—Volveremos pronto —susurró.

Stasia apartó la mirada y se puso en marcha; Margot la alcanzó en las escaleras. Las dos vacilaron al llegar a la puerta del edificio que conducía a la calle.

—Tal vez deberías quedarte con tu familia —propuso Stasia.

—Por ahora están a salvo aquí. —Margot abrió la puerta con más fuerza de la necesaria y la estrelló, sin querer, contra la pared de ladrillo, haciendo que Stasia se sobresaltara—. Además, tú también eres mi familia. —Le ofreció una sonrisa de valentía—. También tenemos que cuidarnos la una a la otra.

Stasia asintió y salió a la calle; sabía que, si no lo hacía en ese momento, podía acobardarse indefinidamente. El corazón le latía con fuerza en el pecho y tenía la boca seca. Afuera, el olor acre del humo era denso e hizo que le ardieran los ojos y la garganta. La calle estaba casi por completo desierta; aunque, de vez en cuando, la silueta de

alguna persona aparecía corriendo hacia algún lugar o el espectro de una bicicleta que desaparecía de nuevo en la penumbra.

Margot le dio la mano a Stasia y la apretó.

—Te sigo —dijo.

Stasia le apretó la mano de vuelta, se direccionó hacia el puerto y se puso a correr. No veía ni a la izquierda ni a la derecha, mantenía la mirada fija en la torre de la iglesia Sint-Laurenskerk, que aparecía y desaparecía entre los edificios y las nubes de humo que flotaban a la deriva. Para cuando cruzaron el canal de Boezem, Stasia ya respiraba con jadeos irregulares y el aire le quemaba los pulmones; sin embargo, no se atrevió a detenerse. La ciudad estaba inquietantemente calmada, como si hubiera quedado congelada en el tiempo; había una palpable y siniestra mortaja sobre ella. De vez en cuando, se escuchaban golpes sordos seguidos de un estallido de llamas, provenientes de algún lugar al otro lado del río, o gritos fantasmales que resonaban en la penumbra.

Giró al sur, hacia el río, entornando los ojos para vislumbrar Noordereiland y se preguntaba si los alemanes ya habían llegado a la isla del centro. La idea era aterradora. El miedo que sentía estaba acompañado por una extraña sensación de incredulidad, como si todo esto fuera una pesadilla de la que despertaría en cualquier momento, sintiéndose tonta y aliviada al mismo tiempo. No obstante, estaba claro que se habían hecho realidad las especulaciones que habían circulado durante meses; la gente se reunía en las esquinas a hablar en voz baja y con preocupación sobre la acometida de los nazis.

—¿Cuánto falta? —preguntó Margot detrás de ella.

—No mucho. —Justo delante podía ver la corona del Witte Huis. Era el edificio favorito de Stasia en Róterdam; imaginaba que sus ladrillos blancos vidriados y las torres en las esquinas eran un pálido faro de cuento de hadas en medio del conjunto de edificios de siglos pasados.

La última vez que tuvo noticias de su padre se encontraba en el distrito marítimo. Aunque no pudiera encontrarlo, seguro habría

alguien ahí que supiera lo que estaba pasando al otro lado del río. Seguro que alguien tan cerca del agua podría decirles algo…

El ruido de la sirena antiaérea atravesó el silencio, provocando en Stasia una oleada de terror que hizo que se detuviera en seco. Margot chocó con ella y la tomó del brazo; las dos permanecieron inmóviles, intentando comprender lo que estaba pasando o identificar de dónde provenía la amenaza.

—¿Qué es eso? —Margot tosió, sin aliento, y se tapó la boca con la manga.

Del otro lado del río, en algún lugar del sur, una serie de bengalas brillantes estalló en el cielo, como estrellas fugaces que se hubieran acercado demasiado a la tierra antes de quedar sofocadas entre las nubes de humo. Stasia solo pudo mirarlas, confundida. Buscaba aviones en el cielo del sur, pero era casi imposible ver cualquier cosa a través de la neblina cenicienta y turbia. Desde algún lugar cercano, se oyeron disparos de la pequeña artillería, enfatizados por el sonido de explosiones fuertes y resonantes de armas de mayor calibre. ¿Quién estaba disparando? ¿Los holandeses? ¿Los alemanes? ¿A qué le estaban disparando? En ese instante, los oyó.

Al principio, fue un ruido débil, cual distante zumbido de un enjambre de avispas, apenas perceptible por encima de la sirena; después, se convirtió en un silbido constante que iba en aumento e hizo que a Stasia se le debilitaran las rodillas. Lentamente, le dio la espalda al sur y, con un sollozo atascado en el pecho, vio el cielo del noreste plagado de las siluetas negras de los aviones. Quizá eran cincuenta o más, con las alas extendidas y las hélices que parecían manchas borrosas a cada lado. Seguían llegando a través del velo de humo y era imposible contarlos en medio del miedo que la paralizaba y mantenía sus pies arraigados a los adoquines.

Alrededor de Stasia había personas en la calle corriendo en todas direcciones; algunas gritaban o lloraban, otras permanecían en completo silencio con el rostro transformado en una grotesca máscara de pánico. El aullido palpitante de los aviones que se acercaban había reducido la sirena antiaérea a un recuerdo, mientras

que las cruces blancas de la parte inferior de las alas reflejaban la luz del día. Fue entonces cuando empezaron a caer las primeras bombas.

Stasia se quedó parada estúpidamente sobre el pavimento, observando cómo las bombas caía de las entrañas de los aviones como una lluvia mortal que silbaba mientras descendía hacia la tierra. La primera desapareció en algún lugar del vecindario del que acababan de salir; el tiempo pareció detenerse. De repente, el suelo tembló bajo sus pies y la explosión reverberó a su alrededor; el aire se comprimió como si tampoco tuviera a dónde escapar. Emergió una pared de fuego y el rugido fue ensordecedor. Tres bombas más cayeron en rápida sucesión después de esa y cada una provocó una onda expansiva por el suelo.

—¡Stasia! —Alguien estaba jalándola del suéter con tanta fuerza y desesperación que hizo que se tambaleara; finalmente, obligó a sus piernas a moverse—. Tenemos que… —Margot no terminó lo que iba a decir porque otra bomba detonó mucho más cerca del río, derribándolas y lanzando una tormenta de fuego hacia el cielo.

Las alcanzó una ola de calor intenso; Stasia levantó las manos para protegerse la cara y se apartó a ciegas. Empezó a correr de nuevo, con Margot a su lado, pero se tropezaban y resbalaban porque el suelo se negaba a quedarse quieto. Todo a su alrededor se había desintegrado en una vorágine de ladrillos desmoronados y maderas retorcidas, de llamas voraces y un calor insoportable. Se dirigió hacia el río y la débil promesa de seguridad y protección de sus paredes.

Cada paso le costaba un enorme esfuerzo, como si estuviera atrapada en una horrible pesadilla en la que su destino se alejaba cada vez más, sin importar cuánto corriera. Trozos de papel ardiendo, que habían salido de oficinas que ya no existían, giraban y daban vueltas en el aire. A su derecha, justo a su lado en la calle, un edificio se disolvió: sus paredes implosionaron y luego desapareció en una cortina de ceniza, polvo y fuego. Margot cayó de rodillas mientras llovían cristales y pedazos de yeso; Stasia la ayudó a levantarse de nuevo. Siguieron corriendo juntas. Estaban a punto de llegar al agua; su superficie, normalmente plácida, era un tóxico espejo rojo y

naranja con géiseres en erupción donde caían los explosivos. Los barcos que estaban amarrados al borde de los canales se balanceaban violentamente y muchos de ellos ya estaban siendo devorados por las llamas.

Stasia gritó al interponerse una mujer frente a ellas de repente, con el vestido roto, el pelo de un lado de la cabeza quemado y el rostro cubierto de polvo y ceniza, excepto por las vetas de sangre oscura que le corrían desde la sien. Gritaba algo ininteligible y arañaba a Stasia, señalando una pared parcialmente derrumbada. Stasia intentó alejarse, pero la mujer no la soltaba y, con una fuerza sorprendente, la jaló para acercarla al edificio en ruinas, todavía balbuceando histéricamente. La mujer se inclinó y empezó a arrojar pedazos de ladrillos a la calle, llorando y rogándoles a Stasia y Margot que hicieran lo mismo.

—Sus hijas. —Finalmente pudo entender Stasia—. Están aquí abajo.

—Entonces están muertas —jadeó Margot—. No podemos quedarnos aquí.

—Tenemos que ayudarla a buscar.

—¿Estás loca? —Margot jaló a Stasia, pero esta se zafó con brusquedad—. Nos vamos a morir si nos quedamos aquí.

—No la voy a dejar. Tengo que ayudarla. —Stasia se puso de rodillas y empezó a apartar trozos de piedra y ladrillos—. ¿Y si fuera Minna? —Ya le estaban sangrando los dedos, pero no le importó.

Margot maldijo y se puso de rodillas junto a Stasia, retirando escombros como una posesa.

—¡Maldita sea tu maldita bondad! —gritó, enojada, arrojando a un lado una tabla rota—. ¡Maldito sea tu maldito buen corazón!

Trabajaron frenéticamente, casi a ciegas entre el denso humo que se arremolinaba en todas direcciones, soportando los terribles golpes de más y más bombas que estallaban contra su objetivo. En algún momento, un cuerpo se apretó contra el costado de Stasia, luego otro y, de repente, había una docena de manos trabajando junto a las suyas; hombres vestidos con holgados conjuntos a rayas. Stasia sintió una rara emoción de desapego al darse cuenta de que eran

prisioneros. Reclusos que se habían escapado o que habían sido liberados de sus celdas cavaban ahora entre los escombros junto a ellas.

Uno de ellos gritó y el resto se dirigió hacia donde estaba ese hombre; despejaron un montón de tablas destrozadas y pedazos de yeso roto. Había un hueco debajo de un tramo de escalera que, contra todo pronóstico, se mantenía en pie, pero ahora se elevaba hacia ninguna parte. En ese hueco, estaban acurrucadas dos niñas de no más de cuatro años, aterradas y con los ojos abiertos al máximo. La mujer se echó sobre ellas, tropezando con las ruinas del muro, y las tomó entre sus brazos; sus sollozos eran agitados. Sin mirar atrás siquiera, la mujer desapareció calle abajo entre una pared de humo y las llamas que salían de todas partes.

Los hombres que habían estado ayudando se dispersaron y perdieron en el infierno. Stasia tomó la mano de Margot y la jaló hacia atrás en dirección al agua. Si tan solo consiguieran llegar al borde de…

El mundo se quedó a oscuras por un momento y un dolor punzante le atravesó los tímpanos. Se sintió ingrávida por un instante, luego un golpe estrepitoso en el costado la dejó casi sin sentido. Aturdida, le tomó un minuto comprender que estaba acostada de espaldas contra el flanco de un edificio y que la forma oscura y angulosa que veía sobre su cabeza era el tronco de un árbol, arrancado de raíz y lanzado como un mondadientes. Más allá, el cielo se había vuelto de un rojo cataclismo y las ramas de los árboles que antes bordeaban la calle ahora formaban un toldo de llamas sobre su cabeza. En la boca sentía un sabor amargo a ceniza y tierra, intentó escupir, pero sintió arcadas. Le zumbaban los oídos y se le dificultaba respirar por el intenso calor, las brasas y las llamas. Stasia trató de no entregarse al pánico. Con esfuerzo, rodó debajo del árbol, apretando los dientes para soportar el dolor, y se impulsó hasta ponerse en cuatro sobre sus manos y rodillas.

Margot yacía a su lado, tosía y jadeaba, con el brazo izquierdo empapado en sangre. Stasia podía sentir que el suelo bajo sus manos y rodillas temblaba y se estremecía. «Piensa», se suplicó a sí misma.

¿Qué debía hacer? ¿A dónde debía ir? ¿Cómo podría sobrevivir a los bombardeos? Parpadeó tratando de aclarar su vista, porque parecía que la pared a su lado se balanceaba; sin embargo, cuanto mejor veía el balanceo era más notorio. Escuchó el tortuoso gemido de un metal desgarrándose en algún lugar por encima de su cabeza; con aterradora claridad, Stasia se dio cuenta de que su vista estaba bien y que el edificio contra el que estaban recargadas estaba por derrumbarse.

Cuando comenzaron a caer los primeros trozos de mampostería y ladrillos, Stasia agarró a Margot de los hombros con desesperación febril y la jaló hacia ella para meterla bajo el grueso tronco del árbol. Ignoró el grito de dolor de Margot y la empujó con todas sus fuerzas, luego se puso encima de ella para protegerla lo mejor que pudo.

—No me quiero morir —gimió Margot; Stasia intentó responderle, pero una vibración empezó a recorrer cada fibra de su ser y provocó que sus dientes chocaran entre sí. Apretó la mandíbula y cerró los ojos con fuerza mientras el tortuoso gemido sobre su cabeza se convertía en un alarido. Cayeron más pedazos de piedra, madera, vidrio y, en todas partes, había calor, fuego y caos. Stasia se puso las manos sobre la cabeza y se acurrucó contra el cuerpo de Margot.

Y todo se puso oscuro.

7

Nicolas

Mazalquivir, Argelia
3 de julio de 1940

Todo resplandecía.

El sol era tan implacable que decoloraba las colinas que rodeaban el puerto; azotaba la vegetación obstinada y agreste que se aferraba a ellas, reflejándose en el azul profundo del mar de Alborán con un fulgor cegador. En el límite occidental del cuenco que era el puerto, la ciudad de Mazalquivir también se asaba al sol. Los edificios pálidos se interrumpían en algunos lugares por techos de color rojizo anaranjado. Hacia el noreste, el dedo de tierra que sobresalía de las colinas se estrechaba en un malecón inacabado que serpenteaba hacia el sur por la desembocadura del puerto, cercando los barcos franceses que habían anclado en sus tranquilas aguas.

Nicolas se apoyó en la barandilla del Bretagne, frotándose la nuca y mirando fijamente su taza de café. Estaba exhausto. Había despertado mucho antes del amanecer para batallar con una válvula temperamental que no dejaba de portarse beligerante y caprichosa. Aunque, ese día le parecía que todo el mundo estaba combativo y voluble, así que era posible que el barco estuviera absorbiendo el mal humor que la tripulación sentía desde que Francia se rindió ante los alemanes hacía un mes.

Recibieron la noticia con furia, un devastador asombro e incredulidad, además de humillación. Esta última fue lo peor. Veinte años antes los franceses resistieron durante cuatro años, negándose a ceder o rendirse. Dejaron más de un millón de muertos en el lodo y el alambre de púas de las trincheras, así como incontables hombres que deseaban haber muerto, como el padre de Nicolas. Sin embargo,

en este nuevo conflicto, el ejército francés se había desmoronado en tan solo treinta días. Luego de treinta días se rindieron y se quedaron mirando cómo los nazis marchaban frente al Arco del Triunfo. Era inconcebible.

Desde luego, sus oficiales les anunciaron la noticia y Fontaine había conseguido un periódico local antes de que salieran de Bizerta. Hasta donde Nicolas sabía, el almirante Gensoul no había rendido la flota francesa ante nadie. No obstante, mientras los nazis tomaban París y se instalaban en las ciudades y la campiña francesa, el Bretagne junto con los acorazados Provence, Strasbourg y Dunkerque, además de un grupo de destructores, habían zarpado lejos del asedio para ocultarse, y asarse, en el implacable calor africano. Nicolas no podía siquiera suponer con qué propósito.

Los oficiales franceses estaban siendo ridículamente herméticos. La información era escasa, pero los rumores abundantes: los nazis iban a cazar lo que quedaba de la flota francesa; los nazis habían prometido que dejarían en paz a la flota francesa; los italianos, en contubernio con los nazis, querían apoderarse de la flota francesa; los británicos querían que la flota francesa se incorporara a su fuerza naval y que huyeran a esconderse al Caribe hasta que mentes más sensatas pudieran resolver el conflicto bélico; y los británicos querían que los franceses hundieran sus propios barcos para impedir que cayeran en manos alemanas o italianas.

El último parecía el rumor más demente de todos, pero Nicolas ya no sabía en qué creer. Cada día llegaba con una nueva ronda de especulaciones; sin embargo, a lo largo de un mes de ejercicios y simulacros, todos los días terminaban igual: los acorazados franceses seguían anclados, inactivos y ociosos.

—¿Vas a tomarte el café o solo lo vas a admirar? —Apareció Oscar junto a Nicolas con un cigarro entre los labios y un trapo de cocina colgando del hombro.

—Todavía no me decidido —Nicolas le dedicó una sonrisa cansada a su amigo.

—Por favor, tómatelo —replicó el cocinero—. Tengo una reputación que mantener.

Nicolas le dio un sorbo a su café, que ya se estaba enfriando.

—Es el mejor café que he probado en mi vida.

—Desde luego que sí —enfatizó Fontaine.

Nicolas se protegió los ojos del sol del atardecer.

—Te perdiste la última ola de emoción. Los británicos abandonaron el Dunkerque y regresaron a su flota.

—No suena tan emocionante, la verdad.

—No lo fue. Solo se vieron más hombres caminando de un lado a otro con cara de desconcierto, intentando adivinar qué estaba pasando.

—Suena como cualquier burdel —comentó Oscar.

Nicolas resopló.

—Tú te perdiste el turno del comedor. Falta una hora para el siguiente servicio.

—Estaba resolviendo algo en la sala de máquinas.

—¿Y lo lograste?

—Todavía no.

Oscar se secó el sudor de la frente con la manga del uniforme y le dedicó una sonrisa cómplice.

—Tuviste que salir, por fin, de tu cueva para comer algo y ver el sol, ¿no? Seguro se están convirtiendo en vampiros en la sala de máquinas.

—Qué gracioso. —Nicolas movió los hombros y sus músculos protestaron.

—Bueno, tengo un descanso antes de tener que volver a trabajar. —Tiró la ceniza de su cigarro hacia el agua, lejos de ellos—. ¿Quieres algo más?

—Que alguien me explique por qué la flota británica sigue acechando el noroeste del maldito puerto como si fuéramos el enemigo. —Nicolas golpeó la barandilla con la palma de la mano, lo que agitó su café—. Y que nos digan por qué enviaron al Swordfish a lanzar minas a la boca del puerto al mediodía. ¿No quieren que nos vayamos o no quieren que entre nadie más?

—Yo más bien me refería a unas tostadas o una galleta. —Oscar lo miraba, preocupado—. Debieron ordenarte que subieras más temprano para evitar que te pusieras tan enojón. —Buscó en el bolsillo de su delantal y sacó una barra envuelta en papel aluminio—. Está un poco derretido, pero a lo mejor te cae bien comer un poco de chocolate antes de que le arranques la cabeza a algún oficial. No creo que te lo perdonen tan fácil.

Nicolas suspiró y aceptó el chocolate.

—Perdón. Gracias, eres un buen amigo.

—Ya sé. —Oscar pellizcó la punta de su cigarro y se colocó lo que quedaba detrás de la oreja para fumárselo más tarde.

—Hemos entrenado durante años para pelear, pero cuando la lucha está frente a nosotros, ¿qué hacemos? Escoltar tropas, cargamentos de oro y aviones. Emprendimos la búsqueda de los barcos que burlaron el bloqueo alemán y de corsarios comerciales y, como no lo conseguimos, vinimos aquí. ¿Para qué?

Oscar se encogió de hombros y se alisó el bigote, que seguía siendo tan fino como hacía dos años.

—No lo sé.

Nicolas se tomó el resto del café y se frotó los ojos.

—Esta espera no sirve para nada.

—Para algo sirve; por ejemplo, para que pudiera alcanzarnos nuestro correo —aseguró un marinero que estaba parado detrás de ellos con un grueso montón de correspondencia en la mano—. Nos había estado persiguiendo.

Oscar se frotó las manos con evidente alegría.

—¡Pavel, amigo!

—Pensé que estarías pelando papas.

—Nos dejan salir de la jaula de vez en cuando para que nos bronceemos aquí arriba. ¿Tienes mis periódicos?

—Dos de París: *Le Figaro*. Y apenas son de hace mes y medio. —El marinero revisó el montón, extrajo un voluminoso bulto atado con un hilo y se lo entregó a Oscar—. Toma, no entiendo para qué te molestas. Seguramente, leerás sobre la invasión una vez más.

—Me gustan los periódicos. Son como un pedazo del hogar o, bueno, de lo que sea que quede del hogar. —Oscar tomó los periódicos y se puso a buscar algo en el profundo bolsillo de su delantal—. Y Dios sabe que nadie nos cuenta gran cosa de nada. —Sacó un paquete de Gitanes y se los dio al marinero.

—Siempre es un placer hacer negocios contigo, Fontaine. —La mirada del hombre se dirigió a Nicolas—. ¿Nombre? Ya que estoy aquí, podría haber correo para ti.

—Navarre. Nicolas.

—Mmm… —Revisó el montón—. Dos cartas. Qué afortunado.

—Gracias. —Nicolas tomó los sobres que le ofrecía y sintió una oleada de felicidad al ver la familiar letra inclinada en el primero.

—Uuuuh, debe ser de tu chica —dijo Oscar mientras el otro marinero se alejaba y desató el nudo que sujetaba sus periódicos—. Es por lo único que te sonrojas así.

—Es el sol.

Oscar soltó una carcajada, descartó el lazo de los periódicos y golpeó las cartas de Nicolas con la punta de uno de ellos.

—¿Quieres leerme las partes traviesas?

—¿No ibas a leer tu periódico?

Oscar se rio de nuevo y abrió el primero de sus preciados diarios.

Nicolas lo ignoró, dejó a un lado la taza y abrió el sobre, no podía esperar más. Hacía meses que no sabía nada de Stasia. El correo solía llegarles de forma regular, pero, desde la primavera, se había interrumpido y era esporádico. Sacó la carta, inusualmente delgada, y la desdobló.

9 de mayo de 1940

Queridísimo Nicolas:

Perdona la brevedad de esta carta, pero voy de regreso a Róterdam mientras te escribo. Mi papá me pidió que saliera de Ámsterdam, temporalmente, por temor a los alemanes. Estoy segura de que está siendo alarmista y sobreprotector; sin embargo, te confieso que no me molesta para nada estar cerca de mi familia y mi hogar en este momento. Volveré a escribirte, espero

que pronto, una vez que haya pasado el peligro de la guerra y pueda reanudar mis estudios...

—¿Me dijiste que tu chica era de Róterdam? —preguntó Oscar de pronto detrás del periódico.

—Sí —respondió Nicolas frunciendo el ceño. ¿Qué demonios estaba pasando en Ámsterdam como para que Stasia y su familia sintieran la necesidad de…?

—Los bombardearon.

—¿Qué?

—Los alemanes bombardearon Róterdam, el 14 de mayo. Dice que creen que murieron treinta mil personas.

—¿Qué? —La voz de Nicolas salió como un graznido.

—No solo los invadieron, destruyeron el centro de Róterdam y todo lo que había al norte de la ciudad. Obligaron a todo el país a rendirse. Jesús. —Miró el periódico, desconcertado—. ¿Crees que ahora vayan a atacar a los británicos? ¿Irán a arrasar Londres y a bombardear la isla?

Nicolas apenas lo oía. Sentía un nudo en el estómago y una horrible y sofocante sensación de pánico lo recorrió: «voy de regreso a Róterdam mientras te escribo».

¿Stasia estaba en la ciudad cuando la bombardearon? ¿Estará a salvo? A menudo hablaba de su departamento, que estaba cerca del puerto en el centro de la ciudad, donde trabajaba su papá, pero ¿habrá estado ahí en ese momento?

—¿Estás bien? —Volvió a escuchar la voz de Oscar—. Te ves pálido, incluso por debajo de la grasa y la mugre.

Nicolas lo miró con impotencia, no podía dar voz a los insoportables pensamientos que se agolpaban en su mente.

—¿Qué más dice? ¿Hay una lista de los muertos? —preguntó por fin.

—No. No dice nada más. —Oscar lo miró fijamente—. ¿Qué pasa?

—Stasia… —No se atrevía a decirlo.

—Ella está en Ámsterdam, ¿no? Estudiando Medicina. Los alemanes no bombardearon esa ciudad; por lo menos, hasta el

momento en que imprimieron este periódico. Seguro que está bien.

—Volvió a su casa. A Róterdam, justo antes…

—Mierda. —Oscar tragó saliva—. Pero eso no significa que le haya pasado algo. Debe estar furiosa por lo que hicieron. —Hizo una pausa —. ¿No había dos cartas para ti? A lo mejor te volvió a escribir para decirte que no te preocupes.

—Cierto. —Nicolas miró las cartas que sostenía en las manos inertes. Sacó la segunda, debajo de la de Stasia. La letra no era de ella, esta tenía una caligrafía pesada, decidida y uniforme. El matasellos decía Ruan, pero no reconocía la dirección del remitente.

—¿De quién es? —le preguntó Oscar.

—No sé.

—Bueno, a lo mejor son noticias sobre tu chica o sobre la guerra. Algo. Lo que sea.

—Sí —respondió Nicolas con voz débil. Deslizó el dedo bajo el borde del sobre y lo rasgó. También era una sola hoja de papel, con párrafos cuidadosamente mecanografiados y con un sello en la parte superior, que indicaba el nombre y la dirección de un bufete de abogados ubicado en Ruan. Tenía fecha de principios de junio, más de un mes después de la carta de Stasia. Unos dedos de hielo se deslizaron por el cuerpo de Nicolas y provocaron que se estremeciera, incluso bajo el implacable sol africano. Nicolas alzó la hoja y se dio cuenta de que le temblaba la mano.

10 de junio de 1940

Herencia de los difuntos M. P. Moreau y
Mme. J. Moreau, Val-de-la-Haye, Francia/Cuenta: 487001

Estimado M. Nicolas Navarre:
Le escribimos para informarle acerca de la distribución final del patrimonio de los difuntos M. y Mme. Moreau, según el último testamento de nuestros clientes. Con la confirmación de la muerte de M. Michel Niemec y Mlle. Stasia Niemec el 14 de mayo de 1940, usted es el único beneficiario de las propiedades agrícolas, activos del patrimonio...

Nicolas arrugó la carta y se dobló en dos, con las manos sobre las rodillas, jadeando como si le hubieran dado un golpe. Por un

momento, pensó que iba a vomitar.

Oscar se puso a su lado de inmediato, le quitó la carta de la mano, la alisó y la leyó entornando los ojos.

—Lo siento mucho, Navarre —dijo después de un momento.

Nicolas no podía responder.

—Aquí dice que la empresa para la que trabajaba el padre de tu chica los notificó. Dice que murieron en el bombardeo del 14 de mayo. No quedó nada de su casa ni de su lugar de trabajo. No hay efectos personales ni registros que enviar.

Nicolas se enderezó y puso una mano en la barandilla para mantener el equilibrio.

—Ella estaba preocupada por mí. Por mí. De que estuviera en la Marina. Le angustiaba que algo me pasara. —La confusión por el dolor le dificultaba pensar u ordenar sus pensamientos—. Nunca consideré que ella pudiera estar en peligro. Yo estoy en un maldito acorazado en medio de una guerra y, por alguna razón, estoy más seguro aquí que una mujer que se quedó en casa para ser doctora. —La furia y la desesperación se expandían por su pecho—. Los malditos alemanes están destruyendo todo a su paso y nosotros estamos aquí sentados, escondidos en unos barcos que podrían estallar Berlín en pedazos. —Aspiró entrecortadamente—. Debí haberle pedido que se quedara en Ruan. Debí haber…

—No fue tu culpa —dijo Oscar—. Nada de esto es culpa tuya. Tú no sabías que esto iba a pasar. Ella no sabía que esto iba a pasar. Y si se hubiera quedado en Ruan, ¿quién dice que habría estado más segura que…?

—¡Debí haber hecho algo! —gritó Nicolas.

Un suboficial que estaba pasando se detuvo para mirar a Nicolas con desaprobación, pero este lo ignoró.

—¿Como qué? —preguntó Oscar suavemente—. No hay nada que hubieras podido hacer. Nadie hubiera podido hacer algo. A veces, las cosas terribles simplemente…

Un estruendo distante interrumpió lo que iba a decir. El suboficial que había pasado se detuvo y se dio media vuelta para mirar hacia el noroeste. Mientras tanto, una enorme columna de agua se elevó

detrás del Bretagne. Se oyó el rugido de dos explosiones más y emergieron otras dos columnas de agua en el puerto.

—¿Qué demonios fue eso? —jadeó Oscar.

—Nos están disparando —respondió Nicolas, atónito—. Los malditos británicos nos están disparando.

—¿Qué? ¿Por qué? —Oscar se había puesto blanco—. ¿Por qué nos disparan? ¡Estamos en el mismo bando, malditos!

Dos barcos más al norte, Nicolas podía ver que los hombres del Dunkerque se movían frenéticamente sobre la cubierta y que el acorazado empezaba a alejarse del rompeolas, sin duda con la intención de escapar del puerto. A su alrededor, se había desatado el caos: oficiales gritaban, hombres corrían y resonaba por todas partes el estruendo de los enormes cañones, pero no eran los cañones franceses. A bordo de los acorazados, los cruceros y los destructores, nadie estaba respondiendo al ataque británico.

—Maldición, estamos aquí sentados como patos muertos en una maldita línea…

Lo interrumpió el ruido de unos proyectiles que alcanzaron su objetivo. Nicolas vio al Dunkerque temblar un segundo antes de que una enorme bola de fuego se alzara en el aire. El enorme acorazado se escoró, mutilado, ardiendo a la deriva. Los gritos de los hombres saturaban el ambiente y Nicolas observó con horror que los marineros se arrojaban al agua desde la cubierta en llamas. El humo subía al aire en nubes densas y negras sobre el puerto, mientras el Dunkerque ardía.

—¡A sus puestos! —gritó con voz ronca un oficial que pasó corriendo al lado de Nicolas y Oscar—. ¡Ahora!

Justo al lado del Bretagne, ahora el Strasbourg se alejaba del rompeolas para intentar su propia fuga desesperada. ¿Por qué el Bretagne no se movía? ¿Por qué no estaban devolviendo el fuego? ¿Qué demonios estaban esperando?

La cubierta se alzó y cayó abruptamente tras una explosión que sacudió el Bretagne. Nicolas salió volando y se estrelló contra la barandilla mientras el barco seguía agitándose bajo su cuerpo. Una bola de fuego salió disparada hacia el cielo por encima del mástil; las

llamas lamían las superficies y se agitaban, alimentándose del oxígeno y el combustible. «Le dieron a uno de los polvorines del barco», pensó Nicolas entre la confusión. Estaban hundiendo el Bretagne con sus propias municiones.

El calor lo mantuvo pegado a la cubierta, donde yacía desplomado, mientras el fuego crepitaba y rugía más arriba, golpeándolo y azotándolo con la intensidad de un horno abierto. Nicolas se cubrió la cara con un brazo porque el calor lo mordía y le ampollaba la piel expuesta. Rodó, desesperado, sobre sus manos y rodillas, luego gateó hacia atrás lejos del fuego. Intentó ponerse de pie, pero la cubierta se inclinaba lentamente, dificultándoselo. Todo a su alrededor se volvió borroso y desvanecido. Nicolas parpadeó con fuerza, pero se dio cuenta de que lo que le impedía ver no era el humo, sino sangre que goteaba sobre su ojo desde una herida en alguna parte de su cabeza. Se la limpió frenéticamente con la manga y se puso a buscar a Oscar. No veía a su amigo por ninguna parte y la cubierta donde habían estado conversando ahora era un desastre de astillas y escombros envuelto en humo.

—¡Oscar! —gritó y tosió violentamente—. ¡Oscar! —gritó de nuevo una vez que recuperó el aliento.

Pero no obtuvo respuesta.

Un médico se acercó tambaleándose y se detuvo cuando vio a Nicolas. Tenía el rostro oscurecido por el hollín, lo que hacía que sus ojos se vieran increíblemente azules en contraste con la mugre.

—¡¿Estás herido?! —le gritó; su voz sonaba como si proviniera de algún lugar a millones de kilómetros de distancia. Nicolas se dio cuenta de que todos los sonidos estaban atenuados, ya fuera por los efectos de la explosión o por el incesante rugido del fuego, que seguía lamiéndolo todo y ascendiendo hacia los cielos.

—No. —No dejaba de preguntarse dónde estaba Oscar.

—¡Necesito tu ayuda! —gritó el médico. Sin esperar una respuesta, ató un botiquín médico de lona, idéntico al que llevaba él, al hombro de Nicolas y lo empujó en la misma dirección a la que se dirigía él.

—Necesito ir a mi puesto —manifestó Nicolas—. La sala de máquinas…

—La sala de máquinas ya no existe —aseguró el médico—. Ya no tenemos energía ni comunicaciones, pero puedes ser útil aquí y ahora.

Nicolas se tambaleó hacia adelante. ¿Cómo era posible que la sala de máquinas hubiera dejado de existir? Jesús, ¿qué había pasado con los hombres con los que había estado hablando hacía menos de media hora? ¿Habrá sobrevivido alguno de ellos? ¿Dónde estarían?

El médico condujo a Nicolas lejos de las peores llamas y del asfixiante humo negro que salía sin tregua hacia la popa del barco. A su alrededor, los gritos de los hombres se hicieron más audibles. Unos salían arrastrándose y tambaleándose de las escotillas que llevaban a las cubiertas inferiores, algunos tenían quemaduras demasiado horribles para ser verdad. Un hombre, que casi ya no podía identificarse como tal, con la ropa quemada y la piel convertida en un amasijo negro y rojo, extendió la mano hacia Nicolas antes de derrumbarse sobre la cubierta como un bulto. Nicolas se detuvo, pero el médico lo siguió arrastrando hacia adelante.

—Déjalo. No podemos hacer nada por él —precisó con una expresión sombría.

—Pero…

—Encuentra a los que podamos salvar. Ocúpate de ellos.

Nicolas lo miró fijamente. No podía hacerlo. Su trabajo era arreglar válvulas, cilindros, pistones y cigüeñales. No hombres heridos, aterrados y desesperados. Él no era ese tipo de persona.

Stasia era ese tipo de persona.

De forma inexplicable, ese pensamiento lo calmó. Tenía la vaga sensación de que ella estaba ahí, a su lado, guiándolo para salir de la pesadilla en la que estaba. Se imaginó lo que ella le habría dicho, lo que habría hecho, cómo actuaría en medio de ese paisaje infernal. Su voz sería firme; sus manos, seguras; su enfoque, absoluto. Le enseñó primeros auxilios básicos y, con ello, a tener compostura y control; también a evaluar heridas y tranquilizar pacientes. Le había enseñado todo lo que necesitaba para superar lo que viniera después. Podía hacerlo. Lo haría por ella.

Nicolas avanzó a trompicones buscando al médico, lo encontró inclinado sobre tres marineros tumbados en la cubierta destrozada. Dos estaban inmóviles, pero el tercero estaba cubierto de sangre y se balanceaba hacia atrás y adelante. Vio que apretaba su brazo sin mano contra su pecho, aferrándose con fuerza al muñón ensangrentado de su muñeca. Nicolas se agachó y sacó, con dedos torpes y temblorosos, un trozo de venda gruesa del botiquín.

«Un paso a la vez», casi podía escuchar la voz de Stasia. «Si entras en pánico, tu paciente entrará en pánico. Actúa rápido, pero con calma».

Nicolas logró sacar la venda y la ató lo más apretada que pudo justo por encima del codo del hombre, a modo de torniquete. No estaba seguro de que el marinero fuera consciente de su presencia; tenía los ojos muy abiertos y solo miraba al frente, conmocionado. Al menos el sangrado se había detenido notablemente.

—Estos dos están muertos. —El médico echó un vistazo al trabajo que había hecho y le puso al hombre una inyección de morfina en el muslo mientras Nicolas retrocedía—. Buen trabajo. Se ve que lo has hecho antes.

—La verdad no —confesó Nicolas.

—Vamos.

—¿No lo vamos a llevar con nosotros?

—No podemos. Vendrá una camilla por él después. Apúrate. Tenemos que encontrar más hombres.

Como a Oscar. ¿Dónde estaba su amigo? ¿La explosión lo habría lanzado al agua? ¿Estaría vivo en algún lugar? ¿Muerto? ¿O era uno de los horribles cadáveres ennegrecidos que alguna vez fueron hombres?

El médico dijo algo que Nicolas no escuchó.

—¿Qué?

—Malditos traidores —repitió y escupió en dirección a la flota británica—. ¡Nosotros no somos el enemigo!

Nicolas siguió avanzando; la cubierta del Bretagne se inclinaba en un ángulo más pronunciado. Se estaba inundando por daños en el casco que Nicolas ni siquiera podía imaginar. El agua, que posiblemente evitara que se incendiara más munición por debajo de

la línea de flotación, tiraba del barco lentamente hacia abajo. Un marinero gateó hacia él arrastrando una pierna tras de sí, que era un desastre de carne destrozada y sangrienta.

—Envuelve la pierna, dale morfina para el dolor y sigue adelante —demandó el médico—. Podría sobrevivir.

Nicolas se agachó para hacer lo que el médico le había ordenado, tomó al marinero por los hombros y lo empujó a un lado. El hombre gritó y golpeó a Nicolas; por un momento, el dolor lo transportó a su infancia cuando su padre le gritaba y lo golpeaba al intentar ayudarlo.

—Quédate quieto —le ordenó con la misma voz que usaba al hablarle a su padre—. Voy a curarte.

Milagrosamente, el marinero dejó de luchar contra Nicolas; su respiración era una serie de aterrados jadeos.

—No me dejes —le suplicó a Nicolas—. No me dejes morir aquí.

—No te vas a morir —respondió Nicolas, sin tener la certeza. Le administró morfina y le envolvió torpemente la pierna con un rollo de gasa; luego, se enderezó.

—Nos estamos hundiendo —gimió el marinero, agarrándose a la pernera del pantalón del uniforme de Nicolas—. Sácame del barco.

—No nos hundiremos tan rápido —dijo Nicolas, pero no idea de si estaba mintiendo o no—. Tenemos mucho tiempo para sacarte a ti y a todos los que sea posible.

—No me dejes.

—Vas a estar bien —le dijo Nicolas, tratando de marcharse—. Debo ayudar a los demás.

—¡No me importan los demás! —gritó el marinero—. ¡Sácame de aquí!

Nicolas se apartó bruscamente.

—Ahora mismo no hay adónde ir. Alguien va a venir por ti…

Otra explosión ensordecedora sacudió el Bretagne y lanzó a Nicolas por la cubierta una vez más. Una nueva ronda de llamas estalló cerca de la torreta tres, y, bajo el rugido, resonaron los chasquidos y las crepitaciones de la munición incendiándose. El marinero que Nicolas había estado atendiendo todavía estaba cerca, con las manos sobre las orejas y los ojos cerrados con fuerza.

Nicolas se puso de pie con un enorme esfuerzo; la inclinación del barco ahora era casi imposible. Había perdido su botiquín con el estallido. La cubierta estaba envuelta en humo que no solo oscurecía el barco, sino también el cielo y el mar a su alrededor. Buscó, frenético, al médico, pero el joven de los brillantes ojos azules no estaba por ninguna parte. En algún lugar delante de él, un marinero pedía ayuda a gritos. Nicolas avanzó tambaleándose, pero, después de recorrer unos pocos metros, se resbaló y cayó de rodillas. Con una extraña indiferencia, se dio cuenta de que se había resbalado con un charco de sangre que ahora le mojaba las manos y le empapaba el uniforme.

A lo lejos, seguía oyéndose el rugido de las armas: los británicos continuaban atacando los barcos franceses. El murmullo de la muerte se escuchaba cada vez más cerca, desde el aire, desde el agua, desde el barco mismo. El tiempo había dejado de ser mensurable de cualquier forma. Nicolas se apoyó contra el mamparo más cercano y se preguntó si no habría muerto ya y estaba en el infierno.

Podrían haber pasado horas o segundos antes de la siguiente explosión que destrozó el Bretagne: el poderoso acorazado se convulsionaba bajo sus pies. La cubierta se inclinó violentamente y una sombra oscureció todavía más el cielo. Con una sensación de incredulidad creciente, Nicolas se percató de que lo que se cernía sobre él era una de las enormes torres que estaba volcándose hacia el agua. El acorazado, un barco que él creía imposible de hundir, estaba naufragando. Y se llevaría a todos consigo a menos que pudieran liberarse.

Nicolas corrió hacia la barandilla que se elevaba, cada vez más, enfrente de él. Consiguió sujetarse, pese a tener las manos resbaladizas por la sangre, y se aferró a ella. El barco empezó a volcarse más rápido; Nicolas logró pasar una pierna por encima de la barandilla, mientras que el agua del mar se agitaba vorazmente debajo de él. A su alrededor, los marineros que aún podían moverse estaban haciendo lo mismo, tratando, desesperados, de evitar que el enorme barco los aplastara. Otros no fueron tan afortunados y se

resbalaron o cayeron gritando hacia el mar embravecido, que los succionó y arrastró bajo el casco del Bretagne.

Con un esfuerzo descomunal, Nicolas logró pasarse del otro lado de la barandilla, mientras que el barco seguía hundiéndose y acercándose más y más al agua con cada aterrador segundo que pasaba. Se asió con todas sus fuerzas a la barandilla hasta que sintió el rocío del mar mordiéndole la piel expuesta; el aire y el agua salían expulsados a través de los agujeros de ventilación del barco hundido. Respiró hondo y saltó lo más lejos que pudo; el agua se cerró sobre su cabeza casi de inmediato. De repente, se encontró dando vueltas bajo el agua y le costó todo de él no sucumbir al pánico y luchar una batalla imposible de ganar.

Algo pesado le golpeó el brazo por encima de la muñeca, así que retrocedió, aunque el dolor fue inusualmente breve. Los pulmones le ardían a medida que su cuerpo se movía más lento; abrió los ojos, fijándolos en las burbujas que flotaban frente a él. Se lanzó hacia ellas y las siguió hacia arriba, nadando con todas sus fuerzas hasta que su visión se difuminó en los bordes. Justo cuando estaba seguro de que jamás volvería a ver la superficie de nuevo, sacó la cabeza del agua y aspiró grandes y sofocantes bocanadas de aire.

Cuando logró controlar su respiración, se dio la vuelta y descubrió que otros hombres también lo habían logrado, pero eran pocos, lamentablemente. Algunos se veían agitados, otros solo flotaban silenciosos en el agua, demasiado conmocionados o inseguros de lo que había sucedido o lo que debían hacer a continuación. Con el terror apoderándose de él, entendió que esos hombres, en el agua, eran lo único que quedaba de la tripulación del Bretagne. El casco del acorazado era ahora una isla poco profunda e irregular, como el cadáver de una ballena muerta. Una columna negra de humo surgía del borde, lo que significaba que el barco seguía ardiendo. El resto del gran acorazado y su tripulación habían desaparecido; solo quedaba como prueba de su existencia una agitada espuma de burbujas y escombros.

El Strasbourg también había desaparecido y, entre el humo y la locura, Nicolas no estaba seguro de si el otro acorazado también se

había hundido o si había logrado escapar del puerto. Un poco más lejos, el Dunkerque continuaba ardiendo; una nube de ceniza blanca y negra se arremolinaba a su alrededor como una tormenta macabra. En algunos lugares, el agua estaba en llamas por el petróleo que flotaba en la superficie. Por todos lados, reinaba el caos y la destrucción.

Tenía que salir del agua. ¿Pero a dónde iría? La orilla estaba demasiado lejos. El rompeolas era lo más cercano a él que no estaba ardiendo, o que la flota británica no tendría como objetivo para la próxima ronda de devastación. Nicolas se dirigió hacia él, pero tarde se dio cuenta de que su brazo izquierdo no parecía responderle correctamente. Miró hacia abajo y contuvo un estallido de terror cuando vio que la sangre alrededor de su muñeca nublaba el agua. Algo había atravesado la manga de su uniforme, cortado la placa de identificación que llevaba alrededor de la muñeca y dejado una fea herida a lo largo de su antebrazo. Un bulto antinatural sugería que el hueso también estaba fracturado y, mientras evaluaba la herida, experimentó el dolor que el terror había reprimido.

—Mierda —murmuró mientras trataba de apartar de su mente una nueva oleada de miedo. La ironía de que hubiera sobrevivido a la destrucción y el hundimiento del Bretagne solo para desangrarse en el mar era intolerable. Prensó su brazo herido contra su cuerpo, apretó los dientes para calmar el dolor y pataleó lentamente hacia el rompeolas.

—Navarre. —El sonido de su nombre reverberó en el agua, confuso y desesperado. Nicolas se dio la vuelta, tratando de identificar de dónde provenía la voz.

—Navarre… —Volvió a oír, pero la voz se cortó abruptamente.

Sin embargo, esta vez, sí alcanzó a ver al hombre que lo había llamado; estaba luchando en el agua a solo unos cuantos metros de distancia.

—¡Fontaine! —gritó. Estuvo a punto de sollozar del alivio. En medio de la devastación, por lo menos no había perdido también a Oscar.

La cabeza del cocinero desapareció momentáneamente antes de resurgir y Nicolas oyó que el hombre se debatía, jadeaba y resollaba en el agua.

—No sé… nadar —logró decir.

Nicolas se volvió hacia su amigo. En ese momento, le golpeó el hombro un trozo de madera pesado y curvo, quizá había sido parte de un bote salvavidas o un barril grande, que empujó en dirección a Oscar con el brazo bueno. El cocinero lo tomó con desesperación y se aferró a él.

—Necesito que te quedes quieto —jadeó Nicolas mientras nadaba hacia Oscar—. Patalea cuando yo te diga. No puedes entrar en pánico y no te sueltes.

Su amigo asintió con los ojos cerrados, apretándolos con fuerza, y el rostro blanco como una sábana.

Les tomó un período de tiempo tremendamente largo llegar al punto que parecía tan cercano. Cuando Nicolas tocó el rompeolas con la punta de los dedos, respiraba de forma entrecortada, jadeante, y había empezado a ver manchas negras. A lo largo del borde de la construcción, había piedras grandes y pesadas que habían puesto como cimientos. Nicolas empujó a Oscar hacia ellas y su amigo manoteó a tientas la orilla para sujetarse; lo sacó del agua lo suficiente para que no volviera a resbalarse. Luego, salió él y se desplomó bocarriba mientras lo invadía el mareo.

Instantes después, se obligó a sentarse. El brazo todavía le sangraba profusamente.

—Usa… mi… delantal. —Fue lo primero que Oscar había dicho desde que Nicolas se había puesto a nadar.

—¿Qué?

—El brazo… te va a matar… si no… lo atiendes.

Nicolas estuvo a punto de negarse, pero no lo hizo. Su amigo tenía razón. Con la mano buena, tomó el delantal de Oscar, lo desató de la cintura y lo sacó de debajo de su cuerpo de un jalón. Se ayudó con los dientes para envolverlo alrededor del antebrazo y atarlo lo más fuerte que pudo. Dos veces pensó que se iba a desmayar. Dos veces luchó

contra la neblina vertiginosa… Finalmente, se desplomó sobre la roca áspera.

—No digas… que nunca te salvé… la vida.

Nicolas miró al cocinero. Ya no solo estaba pálido, sino que su tez tenía un ominoso tono gris. Estaba acostado sobre las irregulares rocas, pero su pecho apenas subía y bajaba.

—Jamás. —Nicolas se acercó más a Oscar—. ¿Dónde estás herido?

Oscar cerró los ojos.

—El pecho… no se siente bien. Es… difícil… respirar.

Nicolas le subió la camisa, pero no tenía ningún sangrado externo. Nada de agujeros, laceraciones o heridas de metralla. Solo unas manchas rojas violáceas debajo de la piel a lo largo de todo el lado izquierdo, que sugerían un daño mucho más profundo y grave que un simple agujero.

Oscar tosió y un fino hilo de sangre le iluminó los labios.

Nicolas lo limpió, intentando ignorar que le temblaba la mano.

—No es… tan bueno… ¿verdad? —Oscar estaba viendo el líquido carmesí en los dedos de Nicolas.

—Vas a estar bien —mintió—. Nos van a recoger y los médicos te van a curar.

—Mmm. —Oscar cerró los ojos—. Quédate —dijo con voz apenas audible.

«Quédate». Nicolas una vez hizo esa misma petición en un jardín abandonado. Y una chica de Róterdam de ojos color brandy, cabello oscuro como la canela y una sonrisa que iluminaba el mundo a su alrededor le había concedido su petición.

Ahora ella ya no estaba y Oscar la seguiría; Nicolas no podía hacer nada para impedirlo. El resurgimiento del dolor, la angustia y la rabia atravesó su cuerpo y lo dejó vacío, herido y apenas capaz de respirar. Quería gritar, llorar y golpear algo para drenar todo lo que sentía por dentro hasta entumecerse.

—¿Navarre? —Oscar pronunció su nombre en un susurro—. No te vayas…

Nicolas se frotó la cara furiosamente con la mano buena, tratando de recomponerse.

—No me voy a ir a ninguna parte —le aseguró bruscamente—. Me gusta aquí. Hay buenos amigos, una vista espectacular del océano, tiempo para broncearme. No quiero convertirme en un vampiro, ¿no fue lo que me dijiste hace rato?

Quizá Oscar sonrió con los labios brillantes de sangre.

Nicolas se recostó junto a su amigo. Miró al cielo que parecía oscurecerse y aclararse a intervalos; ya no podía discernir si se debía a los barcos en llamas y las cortinas de humo o si empezaba a fallarle la vista. En el lugar donde descansaba su mano buena, junto a su costado, podía sentir el bulto del encendedor que Stasia le había regalado, metido en lo profundo de su bolsillo. Cerró los dedos con fuerza alrededor de la forma familiar. Se preguntó si Stasia habría mirado al cielo hacia el final y qué habría visto. ¿Habría visto solo fuego y muerte a su alrededor, o nada en absoluto?

Su cabeza rodó hacia un lado y el borde de una roca le raspó dolorosamente la mandíbula. Tenía la piel de la cara y los brazos tan quemada que le ardía como si mil avispas hubieran desatado su ira contra él. El brazo izquierdo le palpitaba de forma intensa y agonizante con cada latido de su corazón. Si Stasia hubiera estado ahí con él, le habría contado un cuento para distraerlo…

—¿Te cuento un cuento? —preguntó girando la cabeza para mirar a su amigo. El mundo se inclinó bruscamente y se puso borroso antes de volver a enderezarse.

Oscar mantuvo los ojos cerrados y el rostro inmóvil como la muerte, pero asintió una vez, con un gesto casi imperceptible.

—Bueno. —Los ruidos de la batalla que se libraba en el puerto ahora parecían extrañamente lejanos, lo que a Nicolas le venía muy bien—. Entonces te voy a contar el cuento de *La Bella Durmiente* —le dijo—. Es mi favorito.

8

Stasia

Ámsterdam, Países Bajos
27 de octubre de 1942

Cuando Stasia abrió los ojos, había un florero con una rosa rosada junto a su cama.

Algunos días había una sola margarita, o un pequeño botón de oro o un colorido tulipán. En los meses de invierno, a menudo adornaba la mesa una rama de pino. Una enfermera de Róterdam siempre les llevaba una flor a todos sus pacientes para recordarles, a quienes se debatían en el límite de la oscuridad y la desesperación, que el color y la esperanza todavía existían afuera de las paredes del hospital. Que aún podían encontrar nueva vida en medio de la pérdida. Margot y Stasia no lo habían olvidado, así que cuando estuvieron lo suficientemente sanas para salir de ese hospital, se llevaron la costumbre con ellas.

Después del bombardeo, Margot se recuperó primero, pues sus quemaduras y heridas no eran tan graves como las de Stasia, quien había perdido y recuperado la conciencia de forma intermitente durante quince días. Después, pasaron casi seis semanas antes de que fuera físicamente capaz de levantarse de la cama; sin embargo, en los días posteriores, Stasia descubrió que no podía reunir la voluntad para ponerse de pie. Fue la persistente resiliencia y fuerza que Margot le impuso lo que la impulsó a seguir adelante. Simplemente, su amiga se negaba a dejar que Stasia sucumbiera al oscuro pantano de dolor y pena que amenazaba con destruir lo que las bombas no habían conseguido.

Había sido Margot quien, sentada a su lado, le dijo que su padre había fallecido. Fue Margot quien le contó que Minna y sus padres

también fueron víctimas del bombardeo que le arrebató tanto a tanta gente. Más tarde, cuando las heridas de la piel de Stasia ya habían sanado y las de su corazón empezaban a hacerlo, fue Margot la que le dio la noticia de lo ocurrido con la marina francesa en el Mediterráneo. También fue ella quien le mostró la lista de los hombres que habían muerto a bordo del Bretagne cuando Stasia insistió en ver, con sus propios ojos, el nombre de Nicolas Navarre impreso en blanco y negro en el periódico.

Y fue Margot quien la abrazó mientras su corazón se rompía de nuevo.

—Levántate, dormilona. —La orden llegó hasta la pequeña habitación que Stasia compartía con Margot—. Ya son más de las siete. Vas a llegar tarde a clases.

Stasia se dio la vuelta y vio los halos de luz solar que entraban por las ventanas. Al principio, esta rutina le había parecido de alguna manera incorrecta. Le parecía inmoral despertar, vestirse, comer e ir a clases a la universidad. No podía creer que su vida siguiera ocurriendo como si nada, mientras que el país estaba invadido por unas cucarachas vestidas de gris que dejaban una estela de devastación a su paso. Por una legión de conquistadores, atrincherados en la vida cotidiana, que se complacían en la división, la destrucción, la opresión y el odio.

—Stasia. —Margot estaba parada en el umbral de la puerta, ya vestida con su abrigo—. Levántate.

Stasia obedeció porque ella seguía viva mientras tantos otros no.

Ese pensamiento le provocaba una mezcla extraña e inesperada de culpa y deber; sentimientos que hicieron que las dos chicas volvieran a Ámsterdam en cuanto les fue posible. Estas emociones las convencieron de dejar atrás las ruinas de Róterdam y volver a su pequeño departamento y a sus estudios. Para honrar a sus familias, se prometieron la una a la otra que no se rendirían. No dejarían de vivir porque otros ya no estaban. Tendrían éxito porque eso es lo que hubieran querido quienes más las habían amado. Hacía dos años que habían regresado.

Todo eso había ocurrido antes de que veinticinco mil de sus compatriotas se ofrecieran como voluntarios para servir a las Waffen-ss. Previo a que el Movimiento Nacionalsocialista se convirtiera en el único partido político legal en los Países Bajos y respaldara todo lo que representaban los nazis invasores. Antes de que holandeses dignos y descontentos (trabajadores de fábricas, empleados del servicio público y de las redes de transporte) protestaran contra la opresión mediante una huelga, solo para sufrir represalias incapacitantes por sus esfuerzos. Había sido antes de que comenzaran las deportaciones masivas de los ciudadanos judíos.

Después, sus objetivos cambiaron.

Ya no se trataba de perseguir ingenuamente ambiciones que pertenecían a un tiempo y un mundo diferentes. Nicolas le había dicho una vez que estar enojado era mucho más fácil que tener miedo. La mayor parte del tiempo era cierto.

La mayor parte de los días.

—Perdón. —Stasia se sentó en la orilla de la cama y se puso a darle vueltas al anillo de acero que llevaba en el dedo; últimamente, el viejo dolor de su pena era más intenso y cruel, aunque no podía identificar por qué—. No tenía intención de quedarme dormida.

Margot entró a la habitación y se sentó de golpe a su lado, haciendo crujir los resortes de la cama.

—No te disculpes. —Parecía tan cansada como Stasia; no obstante, ya estaba levantada y vestida, y la tetera con agua hirviendo silbaba en la otra habitación.

De pronto, Stasia tomó una hoja de papel que había dejado en el buró de su lado de la cama.

—Toma. —Le dio el papel a Margot—. Lo dibujé ayer. Es para ti.

Margot se veía sorprendida al aceptar el dibujo.

—Oh, Stasia. Está hermoso.

Stasia cruzó los brazos. Había hecho un dibujo de Margot y ella volando sobre el lomo de Pegaso. Margot estaba sentada a horcajadas sobre la criatura sosteniendo un reluciente escudo mientras la crin de Pegaso flotaba libremente al viento. Stasia se había dibujado a sí

misma acurrucada detrás de Margot, abrazándola de la cintura con fuerza.

—Parezco muy valiente —comentó Margot, recorriendo con los dedos el contorno del caballo alado.

—Eres valiente. Te dibujé como Atenea —señaló Stasia—. La diosa de la sabiduría y la guerra.

—¿Y quién se supone que eres tú en este dibujo?

—Tu hermana.

—¿Cuál? —preguntó Margot—. ¿Artemisa? ¿La diosa de la caza?

Stasia negó con la cabeza, mirando las cicatrices rosadas y retorcidas de sus piernas que se asomaban justo bajo el dobladillo de su bata.

—No soy ninguna diosa. Solo tu hermana.

Margot tomó la mano de Stasia y la apretó.

—Me encanta, gracias.

—Ojalá yo fuera tan fuerte como tú —dijo Stasia.

—¿Qué? —Margot se volvió.

—Tú eres completamente indomable.

—No, para nada soy más fuerte que tú —aseveró Margot apretándole la mano antes de soltarla—. Creo que solo es que mi furia arde con más fuerza que la tuya.

—Pues, ojalá yo fuera igual.

—No. No desees eso. —Se inclinó un poco más hacia Stasia—. Tú no quieres sentir una rabia que te impida pensar. A veces me nubla el juicio. Hace que piense que, si la dejara salir, si dejara en libertad la ira que me acompaña cada minuto de cada día, me convertiría en una sombra de ceniza, porque me incineraría por dentro. Tengo que recordarme a mí misma que así no le serviría a nadie. Las sombras no pueden luchar. —Apoyó la cabeza en el hombro de Stasia—. Tú eres la única luz brillante que me queda en el mundo. Tienes el alma más pura de todas las personas que he conocido hasta ahora. Por favor, no dejes de ser así.

—Tener un alma pura no sirve para consolar este… horrible vacío interior —murmuró Stasia—. Mi abuela decía que el alma era como

una cubeta que uno podía llenar de cualquier cosa que quisiera, pero la bondad y la felicidad eran lo más ligero.

—Eso es bueno, Stasia.

—No, no lo es. Porque cuando tu cubeta es ligera, es fácil que cualquiera la tire de una patada. Una y otra y otra vez. —Hizo una pausa—. Te hace débil.

—Stasia…

—Si no lleno mi vacío con furia, el espacio dentro de mí simplemente se llena de tristeza y de angustia intolerables.

—Yo también estoy llena de tristeza —aclaró Margot—. Todo el tiempo.

—Pero a ti no te paraliza. Yo algunos días apenas puedo respirar del dolor. No soy como tú.

—No, pero creo que tú eres más honesta que yo. —Margot se puso de pie y miró el dibujo que tenía en la mano—. Yo, simplemente, soy mejor fingiendo. —Se fue de nuevo a la cocina y Stasia escuchó que quitaba la tetera de la estufa.

Para Stasia, Margot no estaba fingiendo. Eran los otros quienes lo hacían. A su alrededor, otras personas continuaban con sus asuntos, fingían que los invasores eran solo una inconveniencia y apartaban la mirada mientras se cometían atrocidades dentro del tejido de su sociedad. ¿Cuánto tiempo tendría que pasar para que se dieran cuenta de que habían confundido una inconveniencia con la guerra? No la guerra que había llegado a Róterdam con aviones, bombas y tanques, sino una encubierta detrás de una administración ordenada, con resplandecientes placas de policía e insignias nazis cuidadosamente cosidas a los uniformes. Stasia se levantó y sintió un escalofrío al tocar el suelo helado con los pies.

Tenía trabajo que hacer.

Siempre era la falsificadora bonita la que le daba las listas a Stasia.

Se habían conocido en una cena de la sociedad estudiantil poco después de que Stasia regresara a Ámsterdam; desde el inicio, le encantó la vivaz personalidad de Lotte, su sonrisa veloz y risa

contagiosa. De inmediato, descubrieron que tenían mucho en común: el amor por la ficción, la pena de que fueran hijas únicas y, lo más importante, la aversión que sentían por los ocupantes nazis. Cuando obligaron a los ciudadanos judíos a coser en su ropa una estrella amarilla, Stasia descubrió que Lotte había utilizado su considerable talento como estudiante de Bellas Artes para falsificar y alterar documentos de identidad. Cuando empezaron a secuestrar a esos mismos ciudadanos de forma indiscriminada por las calles y en sus hogares para deportarlos al este, Stasia entendió que la mejor forma de ayudar era convirtiéndose en ladrona.

Lo que continuamente obstaculizaba los esfuerzos falsificadores de Lotte era la escasez de documentos de identidad. Los cupones de alimento y las cartillas de racionamiento eran menos difíciles de copiar, pero, si se trataba de *persoonsbewijs*, Lotte necesitaba documentos reales para alterarlos o hacer copias lo más precisas posibles para que pasaran una revisión del registro central. Stasia se había ofrecido a ayudarle porque, después de meses y meses de leer los periódicos universitarios y de escuchar las estaciones de radio, ambos ilegales, defendiendo a la Resistencia, supo que era hora de que dejar de escuchar y se pusiera a actuar.

La primera vez que Stasia robó documentos de identidad pensó que el corazón le iba a explotar en el pecho por el terror de que pudieran atraparla. Dos cosas mantuvieron sus pies en movimiento y sus dedos ágiles y firmes: la certeza de que lo que estaba haciendo era necesario y que, si todo salía bien, posiblemente salvaría una vida; además del recuerdo de Nicolas robándose una lata de tabaco afuera de un hospital de Ruan con una sonrisa orgullosa. El primer día robó dos documentos. Los dos estaban en los bolsillos de unos abrigos que habían dejado desatendidos en el cambiador de mujeres de la piscina Stoops, en Overveen. Salió del cambiador tan casual como había entrado y no fue hasta que estuvo a seis cuadras de distancia que se sentó a descansar en una banca, temblorosa y sin aliento. El sudor le escurría por el cuello y entre los pechos; la sombra de la culpa se aferraban a su conciencia.

Eso había sido casi un año antes. Desde entonces, Stasia había perfeccionado el arte de liberar documentos de identidad o cualquier otro papel oficial que se encontrara. Si podía evitarlo, nunca robaba el mismo lugar dos veces en un mes, porque lo último que quería era que los privilegiados ciudadanos holandeses, a los que no perseguía la policía, ni las SS ni la Gestapo, fueran menos descuidados con el lugar donde guardaban sus papeles. Regularmente, viajaba de Ámsterdam a Haarlem o a Overveen para pasar inadvertida y que nadie la recordara. Buscaba en los periódicos anuncios de espectáculos porque los guardarropas de los teatros y las salas de conciertos eran de fácil acceso y abundantes en oportunidad y recompensa. Habitualmente, merodeaba por los cafés y los parques. Se sentaba junto a los abrigos o las bolsas abiertas, sonreía y abría con diligencia un gran libro sobre sus piernas; mientras que, por debajo, sus entrenados dedos se deslizaban en los bolsillos y las carteras para tomar lo que necesitaba.

La culpa que había sufrido al principio hacía mucho tiempo que había desaparecido.

«No tengo el lujo de sentirme mal», le respondió Nicolas, en un jardín francés, cuando ella le había preguntado cómo se sentía cuando robaba. Stasia realmente no lo había entendido hasta ahora: lo que hacía no era una elección ni una cuestión de hacer lo incorrecto por las razones correctas o lo correcto por las razones incorrectas, simplemente era un asunto de supervivencia. Cada documento que Stasia robaba significaba que otra persona tendría la oportunidad de sobrevivir. Se reconfortaba al pensar que Nicolas estaba mirándola desde arriba y le sonreía con aprobación, lo que consolaba temporalmente el vacío de su alma.

Tocaron a la puerta e interrumpieron sus pensamientos. Stasia le abrió a la falsificadora que estaba afuera de su departamento.

—¿Estás bien? —preguntó Lotte—. ¿Pasó algo? Te ves muy triste.

—No, nada —mintió Stasia mientras cerraba la puerta detrás de la delgada artista—. Estoy muy bien.

Lotte la miró un largo momento.

—Si tú lo dices… —Observó alrededor con sus brillantes ojos azules antes de dejarse caer en el pequeño sofá—. ¿Y Margot?

—Salió. —Margot pasaba gran parte del día imprimiendo y distribuyendo publicaciones antinazis. Sus esfuerzos eran un chorrito de agua en comparación con la tormenta de fuego de la propaganda nazi, pero no por ello menos importantes.

Stasia fue a la habitación y se agachó en la esquina más cercana al ropero, donde el sol del mediodía iluminaba el suelo de madera desnudo. Pasó los dedos por el borde de un tablón y lo levantó; luego, metió la mano por debajo y sacó un paquete envuelto en papel.

Volvió a la sala.

—Toma.

—Qué rápida. —Lotte aceptó el paquete con los dedos manchados de tinta y lo guardó en el corpiño de su voluminoso vestido.

Stasia se encogió de hombros.

—Ayer tuve suerte en el museo de Rembrandt.

Lotte volvió a observarla largamente.

—Si tú lo dices —dijo de nuevo. Inclinó la cabeza y su cola de caballo castaña se balanceó detrás de ella—. ¿Margot sabe lo que haces para mí?

—Por supuesto.

Margot fue una de las primeras personas que recibió un documento de identidad alterado de los que Stasia había robado. Después, quemaron el que le habían expedido a Margot, con la J negra estampada en ambos lados; los documentos falsificados le daban mucha más seguridad y libertad para moverse en la ciudad.

—Necesito otro documento —manifestó Lotte de pronto—. Para una chica de dieciséis años. Cualquiera que encuentres de hasta veinte años me sirve.

—Bien. ¿Es parte de una nueva lista?

Por lo general, Lotte le daba una lista que indicaba el género y la edad de los documentos que requería. Estos los usaban las redes que se encargaban de sacar de contrabando a los judíos del país o para trasladarlos a un lugar más seguro. Últimamente, las listas de Lotte

eran más largas, por lo que Stasia tenía que robar hasta una docena de documentos a la semana.

—No, solo uno.

—Ah.

—La necesito para hoy en la noche.

Stasia sintió que alzaba las cejas.

—Es una emergencia. ¿Puedes conseguirlo?

—Por supuesto.

—Muy bien. —Lotte se levantó—. ¿Puedes llevarlo a mi casa en la noche? ¿Antes del toque de queda?

—Sí. —Stasia observó con atención a la falsificadora.

—¿Cuánto tiempo crees que tengamos? —preguntó Lotte, pensativa.

Stasia repasó mentalmente los lugares en donde podría buscar.

—Es probable que tenga que esperar a que abran los cines…

—No, me refiero a cuánto tiempo crees que nos dejen seguir yendo a la escuela. ¿Cuánto tiempo crees que pase antes de que cierren las universidades o arresten a todos los estudiantes? O, por lo menos, a los que no firmen una declaración aria como tuvieron que hacer los profesores…

—No lo sé. —El simple pensamiento sobresaltó a Stasia, antes de que un familiar y ardiente resentimiento se reafirmara al recordarlo —. Pero yo no voy a firmar nada. Me niego.

—Jumm. —La falsificadora suspiró con tristeza y luego palmeó la parte del vestido donde llevaba ocultos los documentos—. Bueno, gracias por todo. Te veo en la noche.

—Sí. —Stasia vio a Lotte marcharse mientras reflexionaba con tristeza la pregunta de la artista. ¿Cuánto tiempo tendrían?

Stasia se rizó el pelo, se puso su mejor vestido, un toque de lápiz labial y se fue al cine.

El teatro Tuschinski ahora se llamaba Tivoli porque los nazis no soportaban que un edificio como ese llevara el nombre de su propietario, un polaco-judío. Confiscaron el cine, luego arrestaron y

deportaron a Abraham Tuschinski, pero el teatro permaneció tal y como Stasia lo recordaba. Su arquitectura renacentista, parecida a la de una catedral, se elevaba hacia el cielo sobre la puerta de la entrada y las torres gemelas a los lados de la fachada enmarcaban una obra maestra de cantería ornamental. El interior era igual de impresionante con una marcada influencia del Lejano Oriente, por lo que Stasia sintió que había entrado a otro mundo, lo cual, supuso, era el objetivo principal. La decoración lujosa y opulenta que hacía tan popular al teatro entre los holandeses tenía el mismo efecto entre los invasores, a juzgar por la multitud que pululaba en el lugar mientras se intentaba abrir paso.

A los clientes actuales del Tuschinski, no parecía importarles el destino del dueño del edificio, ni imaginaban que circunstancias tan desafortunadas podrían ocurrirles a ellos mismos; por eso, Stasia había elegido ese lugar. Los oficiales nazis se paseaban del brazo de atractivas mujeres por las coloridas alfombras del cine; en tanto que las parejas neerlandesas, vestidas con ropa elegante, conversaban mientras se dirigían a sus lujosos asientos en el auditorio o en uno de los altísimos palcos circulares de arriba.

Stasia compró un boleto sin mirar ni interesarse por el título de la película. Seguro sería propaganda nazi, alguna película antijudía que le repugnaría, pero que cumpliría el propósito de reunir a una gran cantidad de personas con documentos de identidad, los cuales les permitían pasear despreocupados e indemnes por las calles de Ámsterdam. Se quitó el abrigo que llevaba puesto y se lo colgó casualmente del brazo mientras recorría el suntuoso recibidor, sonriendo a aquellos con los que se cruzaba, tanto alemanes como holandeses.

Todavía era demasiado temprano para que el bar cabaret del teatro estuviera abierto y el salón de té no era lo suficientemente grande para atraer a tantos clientes como el cine. Ignoró ambos lugares y se deslizó entre la corriente de personas que se dirigía hacia los sofisticados vestíbulos, conversando y riendo mientras dejaban sus abrigos y sombreros con uno de los empleados del teatro, elegantemente uniformado. Eligió a propósito al empleado más

joven, un chico que no debía tener más de diecisiete años. Esperó para darle su abrigo y se aseguró de agradecerle profusamente, lo suficiente para sonrojarlo; luego, se guardó en la manga el boleto numerado que recibió a cambio. Volvió con la multitud y entró al auditorio, donde eligió un asiento al fondo del teatro en la planta principal.

Stasia fingió estar muy interesada por el extravagante diseño de colores y luces del techo hasta que las luces se atenuaron y descorrieron la cortina que cubría la pantalla, la cual se iluminó con los créditos iniciales de la película y el sonido retumbó. Stasia no prestó atención alguna a la pantalla, estaba concentrada en su reloj de muñeca. Pasados cinco minutos con exactitud, se levantó y salió en silencio del auditorio.

Volvió sobre sus pasos al vestíbulo; el sonido de la película se escuchaba ahora amortiguado. A veces, en los cines y teatros más pequeños, tenía suerte y, una vez que comenzaba la película, el personal abandonaba temporalmente sus puestos para mirar la proyección, usar las instalaciones o los requerían en otro lugar; en esos casos, Stasia podía entrar a hurtadillas al guardarropa sin que nadie la viera. En esta situación en particular, aún podía ver, en su puesto, al joven que había recibido su abrigo. Puso una expresión apenada y de angustia, o ella esperaba que se viera así, mientras caminaba apresuradamente hacia el guardarropa.

—Lo siento mucho —dijo Stasia antes de que el joven se dirigiera a ella—. Me temo que, cuando le di mi abrigo, dejé mis anteojos en el bolsillo. No puedo ver nada sin ellos.

El encargado parpadeó antes de sonreír.

—Por supuesto. La recuerdo. Si me da su boleto, le traeré su abrigo para que pueda sacarlos.

—Muchas gracias —exclamó Stasia devolviéndole la sonrisa—. Me siento tan tonta.

—No hay problema —le aseguró el chico y tomó el boleto. Desapareció en el guardarropa y, un momento después, reapareció con el abrigo—. Aquí tiene.

Stasia negó con la cabeza.

—Lo siento, pero este no es mi abrigo.

El joven frunció el ceño y miró el boleto.

—Los números coinciden.

Stasia se mordió un labio.

—Es imposible. Se parece, pero este no es mi abrigo. Nunca lo había visto. —Dejó que su voz subiera una octava.

El empleado buscó inútilmente los anteojos en el bolsillo del abrigo, pero no lo encontraría porque estaban metidos en un bolsillo oculto cosido en la falda de Stasia.

—¿Perdió mi abrigo después de que se lo di? —le preguntó Stasia —. ¿O alguien más lo tomó…?

—No, no, por supuesto que no —la interrumpió el empleado, mirando de un lado a otro como si le preocupara que alguien pudiera oírla—. Dígame cómo es.

—Se parece un poco a este. Oscuro, con bolsillos y cinturón — explicó, consciente de que estaba describiendo, por lo menos, la mitad de los abrigos de mujer colgados en el guardarropa—. Pero tal vez un poco más corto. —Se retorció las manos—. ¿Y si se llevaron mis anteojos? No veo nada sin ellos. No voy a poder trabajar…

—Lo vamos a encontrar. —El joven tragó saliva.

—¿Cómo? —Stasia parpadeó efusivamente como si estuviera esforzándose por reprimir las lágrimas—. ¿Cómo podría encontrarlo usted solo? Ni siquiera sabe cómo es. ¿Le podría ayudar?

—Pues, se supone que no puedo dejar que nadie entre aquí.

—Ah. Bueno, tal vez podríamos llamar a su jefe para contarle lo ocurrido. Que confundió los boletos. ¿Quizá él pueda encontrarlo?

—No, no. —El joven parecía alarmado—. No es necesario. Mejor venga usted al guardarropa. Estoy seguro de que esto es una simple confusión.

—Está bien —accedió Stasia fingiendo un temblor. Permitió que el joven empleado la guiara hacia el pequeño cuarto lleno de filas de abrigos y sombreros colgados en orden. Stasia lo miró de reojo; él seguía mirando con gesto de infelicidad la prenda que tenía en las manos. Tenía que actuar rápido, en especial si el joven se quedaba en

el guardarropa con ella—. Dios mío, hay tantos abrigos y todos se ven iguales. No es de extrañar que se confundan —comentó—. Estoy segura de que tiene razón y solo hubo una confusión.

Sin esperar a que él respondiera, Stasia comenzó a revisar los abrigos de mujer más cercanos a ella, fingiendo buscar un abrigo que jamás encontraría y, al mismo tiempo, palpando con destreza los bolsillos de cada uno. La cantidad de personas que dejaba negligentemente objetos personales en los bolsillos de los abrigos, especialmente documentos, nunca dejaba de asombrarla. Aunque, quizá era resultado de estar en una posición de confianza, en la que no se tiene miedo de ser secuestrado si no logras demostrar tu identidad con suficiente rapidez. Tal vez, si Stasia hubiera entrado del brazo de un oficial nazi, ella también se sentiría confiada y sería igual de descuidada.

—¿Disculpe? —Se oyó la voz de un hombre que llamaba desde el mostrador—. ¿Hay alguien aquí?

Stasia se quedó paralizada un momento antes de seguir buscando. El joven empleado vaciló; era evidente que no se decidía entre permanecer en el guardarropa con Stasia o regresar al mostrador.

—Por favor, no deje que le impida hacer su trabajo —le dijo Stasia —. Yo continuaré buscando y le avisaré cuando lo encuentre. Solo necesito mis anteojos para poder ver la película.

El joven asintió, dejó el abrigo a un lado y luego desapareció, así que dejó a Stasia a solas. Abandonó toda farsa de buscar un abrigo y se concentró en los bolsillos, escuchando atentamente el sonido de las voces apagadas que llegaba del vestíbulo. En medio minuto, había encontrado los papeles de un hombre de mediana edad y una mujer mayor; ambos documentos estaban en el bolsillo interior del pecho. Los dejó en donde estaban y continuó lo más rápido que pudo. Quienquiera que estuviera en el mostrador seguía hablando con el empleado. Parecía que le estaba pidiendo indicaciones de algún lugar. Stasia agradecía la distracción, pero todavía no había encontrado lo que necesitaba.

Stasia continuó la búsqueda sistemáticamente, se movía con velocidad entre las filas, intentando que la desesperación no se

apoderara de ella a medida que se acercaba al final. Justo cuando pensó que fracasaría, encontró lo que estaba buscando: Alene Bakker, dieciocho años. Alene había cometido la generosa negligencia de dejar dos coloridas cartillas de racionamiento, una para carne y pan y la otra para textiles, además de todos sus documentos personales, incluyendo el de identidad, en el bolsillo derecho de un abrigo finamente confeccionado con adornos de piel. Con dedos ágiles, Stasia deslizó solo el documento de identidad en la parte de adelante de su vestido, resguardándolo bajo la correa de su brasier.

—¿Tuvo suerte ya? —La pregunta provino desde atrás de ella—. ¿Encontró su abrigo y sus anteojos?

Stasia jadeó, sobresaltada. Su pulso se aceleró y se maldijo a sí misma por no haberse dado cuenta de que la conversación en el mostrador había terminado.

Con un movimiento imperceptible, todavía de espaldas al joven, Stasia sacó los anteojos, de montura metálica y cristales lisos, del bolsillo cosido en su falda y se dio la vuelta para mostrárselos con un gesto triunfal.

—Los encontré —declaró, luego se los puso y sonrió ampliamente —. Tenía razón. Estuvieron aquí todo el tiempo. Gracias.

El joven se mostró aliviado.

—No hay de qué.

Stasia pasó junto a él y se dirigió hacia el vestíbulo que llevaba al auditorio. En su camino, vio brevemente la silueta del hombre que seguía de pie cerca del mostrador del guardarropa; era alto y desgarbado y llevaba un sombrero maltratado. Agradeció en su mente al extraño por el tiempo extra que, sin saberlo, había beneficiado su búsqueda.

—Si me apuro, solo me habré perdido el principio —le dijo al joven empleado por encima del hombro, girándose ligeramente.

—¿Y el boleto del abrigo…?

Stasia agitó la mano, pero no disminuyó la velocidad.

—Recuerdo el número. Volveré por él cuando termine la película. Gracias de nuevo.

El empleado abrió la boca para responder, pero Stasia ya estaba subiendo de dos en dos los escalones coloridos del vestíbulo. Disminuyó la velocidad al doblar la esquina; sobre la alfombra, sus pasos se silenciaron y se dirigió hacia el auditorio. Los sonidos de la película reverberaban mientras caminaba hacia la sala, pero al llegar a las puertas las paso de largo y se abrió camino por los pasillos hasta que salió por la parte trasera del teatro.

No miró hacia atrás.

Lotte abrió la puerta de su departamento casi inmediatamente después de que Stasia tocara. Miró detrás de ella antes de abrir la puerta de par en par y dejarla entrar. Las cortinas estaban corridas y Stasia parpadeó mientras sus ojos se ajustaban a la penumbra.

—Conseguí… —empezó a decir, pero se interrumpió—. ¿Margot? —Su amiga estaba sentada frente a una mesa pequeña, con los pies metidos bajo la silla, las manos entrelazadas al frente y el rostro inexpresivo—. ¿Qué haces aquí?

La mirada de Margot se desvió hacia alguien por encima del hombro de Stasia.

Stasia se dio la vuelta. Un hombre alto, desgarbado y con un sombrero maltratado se incorporó de la pared donde estaba recargado y avanzó hacia el centro de la habitación. Era el hombre del Tuschinski, el que le había estado haciendo preguntas al empleado del guardarropa en lo que ella buscaba los documentos.

El miedo la invadió y se le cerró por un momento la garganta mientras pensaba a toda velocidad qué hacer. La habían descubierto. La habían encontrado y seguido, pero todavía tenía tiempo para huir.

Dio un paso involuntario hacia atrás, hacia la puerta, y miró a Lotte.

El hombre alzó las manos.

—Discúlpame, por favor —dijo con voz grave—. No es mi intención alarmar a nadie. Vengo en son de paz. Soy un amigo.

—Es un amigo. Lo juro —confirmó Lotte dirigiéndose a Stasia—. Por favor, pasa. Escucha lo que tiene que decir.

Stasia lo estudió con cautela. Debajo del sombrero, tenía el cabello oscuro, mezclado con algunas canas, el rostro arrugado y unas

pestañas oscuras que enmarcaban sus intensos ojos verdes. Llevaba un traje desgastado que se veía demasiado grande para su esbelta figura, aunque ya no era raro ver ambas características.

—Me llamo Frank —dijo. Todavía tenía las manos en alto, como si Stasia le estuviera apuntando con un arma—. Trabajo con Lotte.

Stasia miró a la artista y Lotte asintió.

—Me estaba siguiendo —declaró Stasia y sintió que el estómago le daba un vuelco. Debió haberse dado cuenta. Debió estar más atenta. Qué mala ladrona era.

—Así es. —Bajó las manos—. Trabajo para el Consejo de la Resistencia y quería conocerlas a las dos. —Hizo un gesto para abarcar a Stasia y Margot—. El Consejo siempre está buscando que más personas se unan a nosotros. En especial, quienes ya han estado trabajando mucho por su cuenta. Seremos más fuertes si somos más.

Las dos mujeres permanecieron en silencio.

—He visto los folletos que imprimes y distribuyes —le dijo a Margot—. Es una labor necesaria y valiente, considerando lo que los alemanes les hacen a quienes se atreven a hablar en su contra.

Margot se recargó en la silla y cruzó los brazos, pero no respondió.

Frank se volvió hacia Stasia.

—Me dijeron que has sido indispensable para la labor de Lotte. Que eres sumamente inteligente.

Stasia se encogió de hombros; todavía llevaba el documento de identidad que había robado metido bajo el sujetador y la esquina le rozaba la piel cuando se movía.

—De vez en cuando tengo suerte.

El hombre hizo un ruido de incredulidad.

—Uno no tiene suerte tanto tiempo. Más bien, uno se vuelve hábil.

Stasia hizo un gesto de displicencia.

—Tal vez.

—Dime, ¿cuántos documentos conseguiste en el guardarropa?

—¿A qué viene la pregunta? ¿Cuál sería la diferencia?

Frank se encogió de hombros.

—Me gusta saber con quién estoy trabajando. Quiero ver cómo piensas.

Stasia sintió que alzaba las cejas.

—Un poco presuntuoso, ¿no?

—Puede ser. —Frank no parecía ofendido—. ¿Cuántos documentos conseguiste esta tarde? —repitió.

Stasia caminó hacia la mesita donde Margot estaba sentada y se sentó frente a su amiga.

—Uno —respondió sin mirarlo—. El que Lotte me pidió.

—¿Por qué solo uno? Seguramente había más. ¿Por qué no los tomaste todos? ¿Cartillas de racionamiento? ¿Cupones? ¿Dinero? Habrían sido de gran ayuda para la Resistencia. —Sonaba como si la estuviera acusando de algo.

—Si hubieran desaparecido muchos documentos, cartillas de racionamiento y dinero, el robo se habría descubierto de inmediato y habrían levantado una denuncia enseguida. Además, me habrían denunciado a mí, porque me vieron. —Stasia sacó de su vestido el único *persoonsbewijs* que había robado y lo puso sobre la mesa—. En cambio, es poco probable que se denuncie la ausencia de un solo documento; en especial, porque le pertenece a una adolescente, que, cuando se dé cuenta, lo atribuirá a su propia negligencia. Sin duda, va a pensar que lo extravió, considerando, sobre todo, que el resto de sus documentos y su dinero seguían en su abrigo. —Stasia deslizó hacia Lotte el documento de identidad por encima de la mesa—. Y será igualmente improbable que el pobre empleado, si valora su trabajo, mencione que dejó entrar al guardarropa a una persona para que buscara sus anteojos, yendo contra las reglas.

Frank miró a Lotte de reojo y Stasia intentó leer su expresión.

—¿Ves? —dijo Lotte con aire orgulloso.

—En efecto. —Frank sonaba complacido. Volvió su atención hacia ambas amigas y se quitó el sombrero—. Quiero que las dos se unan al Consejo. Que trabajen para nosotros.

—¿Haciendo qué? —Margot habló por primera vez desde que había llegado Stasia.

—Necesitamos mensajeros. Personas que puedan llevar información, mensajes y documentos a quienes lo necesiten en

distintos puntos de la ciudad. Las mujeres jóvenes como ustedes son ideales porque, en nuestra experiencia, la policía y los nazis rara vez sospechan que una mujer guapa y en bicicleta pueda estar haciendo algo indebido.

—Giró su sombrero entre sus manos—. Espero que mientras nos ayudan, nosotros también podamos ayudarlas con recursos de vez en cuando. Somos más fuertes juntos.

Margot empujó su silla hacia atrás y se levantó.

—Sí.

—Aunque, no está exento de riesgos…

—Dije que sí.

Stasia se paró al lado de su amiga y apoyó su mano en el brazo de Margot.

—Las dos aceptamos. —No había otra respuesta posible, porque ese hombre tenía razón.

Eran más fuertes juntos.

9

Isabelle

Ruan, Francia
5 de enero de 2022

El plan era ver el castillo juntas; sin embargo, no había señales de Emilie.

Isabelle estaba esperándola en el andén y hervía de rabia mientras observaba a la gente que salía del tren. El día anterior había estado ahí mismo para recoger a su hermana, pero el tren había llegado, descargado a los pasajeros y partido de nuevo; Isabelle se había quedado sola en el andén. Le envió un mensaje externándole su preocupación a Emilie, pero esta respondió de forma cortante que algo había surgido y que tomaría el próximo tren desde París al día siguiente. No hubo disculpas ni explicaciones.

Ahora Isabelle estaba esperando a su hermana de nuevo, preguntándose si la había dejado plantada por segundo día consecutivo o si, otra vez, tendría que darles excusas a sus papás, quienes ansiaban que su hija menor, por fin, volviera a casa. Además, habían acordado que verían el interior del castillo juntas, aunque ya se estaba arrepintiendo de ese acuerdo.

Sacó su teléfono. No tenía ningún mensaje. Cada vez desembarcaban menos pasajeros; Isabelle intentó moderar la creciente molestia que sentía.

Le llamó la atención un destello carmesí en el extremo del andén y se enderezó: Emilie estaba en casa.

Habían pasado casi tres años desde la última vez que vio a su hermana cuando fue a París para tomar un taller de yeso; sin embargo, Emilie se veía exactamente como la recordaba. La familia de Isabelle comentaba a menudo que ella se parecía mucho a su

bisabuela, de ojos café claro, pecas y cabello castaño con unos toques de canela; en cambio, comparaban a Emilie con mujeres notables como Hedy Lamarr, Marion Cotillard o Cleopatra.

Isabelle observó a Emilie mientras avanzaba por el andén, rodando una maletita detrás de ella; llevaba unos lentes de sol de montura dorada sobre el cabello oscuro y brillante, un abrigo de cachemira rojo con un cinturón, una bufanda de seda blanca alrededor de la garganta y unas zapatillas de diseñador que golpeaban el concreto con elegancia. Emilie no miraba ni a la izquierda ni a la derecha, simplemente ignoró las miradas de admiración de varios hombres que pasaron y se dirigió sin rodeos a las grandes puertas de la estación con prontitud.

La verdad era que cuando Isabelle llamó a su hermana, un ventoso día de noviembre, para contarle que el castillo estaba en venta, le había sorprendido un poco que hubiera querido regresar de París para verlo con ella. Como siempre, Emilie evitó cualquier tipo de conversación trivial fuera de alguna pregunta sobre la salud de sus papás; después, empezó a preguntarle sobre el castillo. En las semanas siguientes, por medio de correos electrónicos y conversaciones telefónicas, habían elaborado un presupuesto inicial y un plan de restauración para los daños del exterior y algunas otras reparaciones principales, con base en las fotos que Luc había tomado. Iniciaron la investigación de los requisitos y las limitaciones en torno a la designación histórica del edificio, así como de las subvenciones que podrían estar disponibles para una propiedad de ese tipo. Hablaron del uso posterior que se le daría al castillo y esbozaron un plan de negocios para abrirlo al público en algún momento. Isabelle se dio cuenta de que, en las últimas cinco semanas, probablemente había hablado más con Emilie que en los cinco años anteriores.

Isabelle se enderezó de la pared contra la que estaba apoyada e, involuntariamente, se desempolvó la parte de enfrente del grueso abrigo de trabajo y de los pantalones que llevaba puestos antes de darse cuenta; al notarlo, dejó caer las manos con irritación.

—Emilie —la llamó con la mano.

Su hermana se detuvo, giró la cabeza hacia ella y abrió de par en par sus oscuros ojos, primero de sorpresa y luego de reconocimiento.

Isabelle se abrió paso entre la multitud que era cada vez más escasa.

—Tu tren llegó a tiempo. —Se mordió un labio. No se le ocurrió decirle algo más estúpido a su hermana que no había visto en tres años.

—Sí. —Emilie parecía desconcertada—. No tenías que venir a recogerme. Te dije que iba a tomar un taxi.

—Yo quise venir. —Lo que era verdad—. Pensaba que podemos ir directo al castillo para aprovechar la luz de la tarde. El agente está ahí ahora mismo y puede hacernos el recorrido. —Isabelle había tenido que llamarle el día anterior para reprogramar la visita, así que no tenía intenciones de volver a reagendar. La inspección del interior determinaría si el proyecto realmente era factible, si harían una oferta por el castillo y asumirían el proyecto. Isabelle entraría ese día al castillo con o sin su hermana.

—Ah, pensaba pasar primero al hotel. —Emilie se acomodó la bufanda alrededor del cuello.

—No te vas a quedar en un hotel —manifestó Isabelle pacientemente, pero con firmeza. Ya habían tenido esa discusión por teléfono—. Mamá y papá se pondrían muy tristes; además, mamá ya te preparó tu cuarto.

Emilie hizo una mueca.

—Bueno, pero no voy a hacer tareas de jardinería.

—Yo las hago —repuso Isabelle con un gesto de cansancio—. De cualquier manera, no hay mucho que hacer. Solo quedan media docena de gallinas.

—¿Qué les pasó a las vacas?

—Mi mamá las vendió el año pasado.

—¿Por qué? Adoraba a esos animales estúpidos.

—No podía hacerse cargo de ellas y cuidar a mi papá al mismo tiempo. Fue lo más fácil.

—Mejor. A mí nunca me gustaron.

Isabelle apretó los labios para reprimir un comentario grosero y se dirigió a la salida de la estación. No iba a permitir que Emilie le agriara el día.

—Traje la camioneta. ¿Quieres que te preste unas botas? Traigo un par extra.

—Puede ser. —Su hermana no parecía muy entusiasmada—. ¿Me quedarán?

—Seguro, a menos que tus pies hayan crecido mucho en la adultez. —Cuando eran adolescentes, se compartían todo: ropa, zapatos, libros, secretos, deseos. Ahora parecía que estaba con una desconocida.

La condujo al sitio donde había estacionado la camioneta y abrió las puertas.

Emilie puso su maletita en la parte de atrás haciendo otra mueca y luego se deslizó en el asiento del copiloto.

—¿Cómo van las cosas en París? —preguntó Isabelle mientras se alejaban de la estación.

—Bien. —Emilie sacó su teléfono del bolsillo de su abrigo.

—¿Y Marcus? ¿Está bien? —le preguntó más por cortesía que por otra cosa, pues solo había visto al marido de Emilie dos veces en la vida—. Lástima que no pudo venir contigo hoy. —También le pareció algo amable que decir.

—Es cirujano, Izz. No tiene tiempo para hacer excursiones. —Frunció el ceño mientras miraba su teléfono.

—Claro. —Isabelle suspiró y se cambió de carril—. Abre la guantera.

—¿Por qué? ¿Qué necesitas?

—Nada. Es que traje el último cuento publicado de la bisabuela. El que tiene esos preciosos dibujos de las habitaciones del castillo encantado. Pensé que te gustaría hojearlo y ver qué reconocemos cuando entremos. Solo para divertirnos.

Emilie no hizo ningún movimiento para sacar el libro.

—Tú eras la que era cercana a la bisabuela. No yo.

—No es cierto. —Por lo menos cuando eran niñas.

—Tú eres a la que le gusta estar en familia, pero, la verdad, eso no es lo mío.

—No es lo tu… —Isabelle cerró la boca de golpe.

—¿Sabes qué? En esta aventura, no hay lugar para tu sentimentalismo excesivo. El costo de la restauración del interior por metro cuadrado podría ser exorbitante. A lo mejor, en diez minutos, descubrimos que el proyecto nos queda grande.

Isabelle se concentró en el camino, pero empezó a sujetar el volante con mucha más fuerza de la necesaria.

—¿Por qué aceptaste? —preguntó.

—¿Por qué acepté qué? —Emilie nuevamente tenía la atención en su teléfono.

—Este proyecto. O, por lo menos, por qué lo consideraste.

—Se va a ver increíble en mi catálogo —respondió Emilie tocando su pantalla.

—¿Solo por eso?

—Tengo una selección exhaustiva de construcciones nuevas, pero a algunos de mis clientes más ricos, muchos que compran propiedades desde el extranjero y que han adquirido edificios históricos de primer nivel, les gusta ver de qué soy capaz con la arquitectura de una casa catalogada. —Continuó tecleando—. Además, me interesa el potencial retorno de la inversión. Solo mira lo que el castillo de Jaques, Le Logis du General y el castillo de la Croix ganan en una semana. Y con buena razón. Si lo hacemos bien, en este momento, el castillo tiene el potencial de ofrecernos un rendimiento mejor que el de otros mercados globales.

Isabelle no respondió; en cambio, se preguntó si estaba cometiendo el mayor error de su vida al ignorar las vocecitas que oía en su cabeza. Las que le decían que, sin importar cuánto extrañara a su hermana menor y el vínculo que alguna vez compartieron, un edificio jamás podría devolverles eso. Las voces que le susurraban que el castillo no era realmente el lazo que la unía con su bisabuela, a quien tanto extrañaba también, sino un espejismo de fantasía.

Que su corazón e imaginación no eran rival para las cuentas y los catálogos.

—Ya sé que no lo hemos discutido, pero ¿cuánto tiempo pasarías aquí si hiciéramos la restauración? —aventuró Isabelle—. ¿Si compráramos el castillo y lo abriéramos al público?

Emilie levantó la vista de su teléfono y la miró alzando una de sus cejas perfectamente definidas.

—Por dios, Izz, ¿me estás preguntando si consideraría dejar la arquitectura para convertirme en una especie de posadera de provincia? ¿Es en serio?

—Por supuesto que no. Solo quiero…

—Dejé este remoto lugar por una razón. Tal vez, si alguna vez te hubieras molestado por ampliar un poco tus horizontes, entenderías lo ridícula que es tu pregunta. —Se acomodó el cabello hacia atrás sobre el hombro—. Contrataríamos a personas competentes para este tipo de trabajo. Se consideran como parte de los costos de un negocio.

Isabelle sintió que se le tensaba un músculo de la mandíbula y se esforzó por relajarse. Condujo el resto del camino en silencio por miedo de arrepentirse de lo que pudiera decir. Su hermana parecía estar bien así y apenas levantaba la vista del teléfono, como si no tuviera interés alguno por la ciudad. Más adelante, la urbe cedió el paso a los árboles cubiertos de escarcha y al río con luces plateadas que serpenteaba bajo el pálido sol invernal… Emilie no apartó la vista de la pantalla hasta que Isabelle giró en la entrada del castillo y estacionó la camioneta junto a un elegante BMW negro.

Isabelle respiró hondo y redobló su determinación de no permitir que nada estropeara ese momento. Bajó de la camioneta de un salto.

—Las botas están atrás —le indicó por encima del hombro, tomó una pequeña caja de herramientas de la batea de la camioneta y empezó a caminar hacia la entrada. De repente, dio media vuelta, regresó a la camioneta y estiró el brazo por enfrente de Emilie para abrir la guantera y sacar el delgado libro que había adentro.

Quizá a Emilie no le interesaba la importancia que el castillo tuvo alguna vez en la vida de su bisabuela, por imaginaria que fuera, pero a

Isabelle sí. Colocó el libro en la caja de herramientas y caminó de nuevo hacia la entrada.

En las últimas semanas, Luc había tenido un éxito extraordinario en la batalla contra los terrenos agrestes que estaban frente a la propiedad y en los alrededores; los convirtió en algo cercano a un jardín. Por lo menos, se veía más ordenado. Había despejado la maleza y las hojas, cortado los arbustos que ya estaba demasiado crecidos y desenterrado las malas hierbas marchitas de la entrada. El castillo ya no se veía abandonado, sino, más bien,… imperecedero. Como si solo estuviera esperando las manos que lo engrandecerían de nuevo.

La vista de las enormes puertas del castillo abiertas le provocó un escalofrío de emoción a Isabelle, quien subió los escalones de piedra de dos en dos y se detuvo antes de tocar la puerta.

—¿Hola? —llamó.

Casi de inmediato, apareció un hombre con un abrigo largo azul marino, cabello castaño peinado hacia atrás, anteojos de montura oscura sobre la nariz y un auricular sujetado a la oreja izquierda con firmeza. Sus movimientos y porte eran veloces, apresurados, como si estuviera en perpetuo estado de impaciencia.

—Buenas tardes —lo saludó Isabelle—. ¿Señor Carrière? Muchas gracias por reprogramar la visita.

—Señorita Lange. —El hombre extendió la mano—. Desde luego. Para una propiedad tan única como esta, no hay problema. —Su mano desapareció de nuevo en el bolsillo de su abrigo—. Soy un gran admirador de su trabajo. Mi empresa tuvo la fortuna de adquirir recientemente la casa Joubert en Rue de Bourgogne. Uno de sus diseños parisinos más espectaculares y uno de nuestros favoritos. Se vendió con múltiples ofertas.

Isabelle se quedó mirando al hombre por un momento hasta que entendió.

—Ah, me está confundiendo con mi hermana: Emilie. Ella es la arquitecta. Yo soy la contratista, Isabelle. —Miró hacia atrás y vio que su hermana había rechazado las botas que le había ofrecido y estaba

en tacones, por lo que la caminata a la entrada del castillo era lenta y peligrosa.

—Oh, sí, por supuesto, por supuesto. —Se acomodó los anteojos sobre la nariz—. Un arquitecto exitoso siempre necesita a alguien que haga el trabajo pesado tras bambalinas, ¿verdad?

Isabelle parpadeó. Era la descripción más precisa que había escuchado jamás de su relación con Emilie. La confiable Isabelle que se encargaba de todo entre bastidores.

—Usted y yo hablamos por teléfono ayer —continuó el agente—. Me dijo que tiene considerable experiencia en propiedades como esta. Quiero decir, históricas. ¿Está familiarizada con lo que se puede y no puede hacer si desea restaurarlo o renovarlo? —No esperó a que Isabelle respondiera—. Bien. Así que no perderé tiempo explicándole los permisos y trámites a menos que tenga preguntas específicas. —Le entregó un paquete de papeles sujetos por la parte superior—. Es una lista de los bienes muebles que se venderán junto con la propiedad. Mi cliente ya retiró la mayor parte del mobiliario valioso, el arte personal y los otros artículos que desea mantener fuera de la venta. En su mayor parte, todo lo que vea adentro se vende tal cual está. Las construcciones anexas y su contenido también se venden tal como se encuentran. Si bien la familia estuvo pagando durante años para evitar que el castillo decayera en el completo deterioro, no puedo decir lo mismo del resto de las estructuras de la propiedad.

—Entiendo, gracias. —Isabelle recibió los papeles.

—Le pedí a su hombre que quitara las tablas de una de las ventanas de la esquina noroeste —comentó.

—¿A mi hombre? —repitió Isabelle, desconcertada.

—El que ha estado de encargado. La persona que contratamos para limpiar, como lo quiera llamar. —Agitó la mano con impaciencia —. Dijo que la conocía.

—¿Luc?

—No le pregunté su nombre. Lleva un cinturón de herramientas, parece muy competente. —Miró su teléfono mientras vibraba—. Pensamos que le gustaría ver más atentamente los daños hoy para que no perdamos el tiempo, ¿no?

—Gracias. —Isabelle miró los papeles que tenía en las manos—. ¿Y los planos del castillo? ¿O cualquier registro que exista del diseño?

Carrière tronó los dedos.

—Su hombre los tiene. Se los enviaré con él. —Su teléfono seguía vibrando.

Isabelle se encogió de hombros.

—Bueno.

El agente se hizo a un lado y tocó su auricular.

—Lo siento, necesito contestar una llamada. El castillo está abierto. Nuestros valuadores ya hicieron el recorrido y, salvo por las habitaciones de lado noroeste, el edificio está en muy buenas condiciones. Por favor, tómese todo el tiempo que necesite para inspeccionarlo. Aquí estaré por si me necesita para algo —señaló y luego se alejó.

Por fin, Emilie había llegado a la entrada y subió los escalones mientras el agente bajaba hablando por teléfono.

—¿Ese era el agente?

Isabelle se abstuvo de comentar cualquier cosa sobre el calzado de su hermana.

—Señor Carrière —dije señalando al hombre que ahora caminaba de un lado a otro por el sendero de la entrada—. Y sí. Esta es la lista de muebles. Es un gran admirador tuyo, por cierto. Al parecer, vendió una casa que diseñaste.

—Ah… ¿No podemos entrar? —Emilie tenía el ceño fruncido mientras miraba alrededor—. ¿Hay algún problema? —preguntó de forma cortante.

—Podemos entrar cuando queramos. —Isabelle ignoró el gesto de Emilie. Estaba demasiado emocionada para permitir que le arruinaran ese momento. Se sentía como si, otra vez, tuviera seis años y bajara sigilosamente las escaleras para ver qué tesoros le habían dejado la mañana de Navidad. Metió la mano en su caja de herramientas y sacó dos lámparas potentes, le dio una a su hermana.

—¿Lo hacemos juntas? —propuso.

Su hermana asintió y entraron.

Alguien, seguramente el señor Carrière, había abierto las contraventanas de dos de los cuatro ventanales altos y arqueados del salón principal. El brillante sol de enero se esforzaba por entrar a través de los turbios cristales; bañaba la sala con un tipo de luz que hizo que Isabelle sintiera que había entrado en un daguerrotipo. Se quedó inmóvil para contemplar cada detalle. El suelo bajo sus pies tenía una capa de polvo lo suficientemente gruesa para dejar huellas; las baldosas de piedra pálida tenían una sutil disposición geométrica que iniciaba desde la puerta.

Justo frente a ella, del otro lado del salón, había una escalera amplia y elegante, construida con la misma piedra de las baldosas. Estaba flanqueada por dos barandales de hierro forjado con muchos ornamentos; estos ascendían y se curvaban con gracia para terminar abriéndose hacia ambos lados, como si dirigieran el acceso a cada ala del primer piso. Sobre su cabeza colgaba un enorme candelabro con brazos de hierro forjado, elaborados con el mismo diseño intrincado de los barandales, pero, en lugar de estar cubiertos de cristales, lo estaban de telarañas.

La mitad inferior de las paredes tenía un revestimiento de madera tallada, decorada con minuciosos grabados de flores y enredaderas que brotaban de cada esquina. Las paredes superiores tenían un tapiz color verde bosque; probablemente, una adición hecha en algún momento a finales del siglo XIX, a juzgar por el patrón. Isabelle notó que el papel se había decolorado y despegado cerca del techo y en las esquinas. Unos cuadrados grandes de un verde más oscuro, separados a intervalos regulares, revelaban los sitios donde se habían retirado pinturas u obras de arte hacía poco.

Isabelle cerró los ojos e imaginó cómo podría haber sido la sala cuando recién se construyó el castillo; la primera vez que le dio la bienvenida a la familia y a sus visitantes. Imaginó el yeso impecable de las paredes y se preguntó si habría pinturas debajo del papel. Pensó en cómo se vería el suelo, pulido y brillante, bajo el deslumbrante

resplandor del sol de verano entrando a raudales a través de los vidrios transparentes y…

—Qué bueno que sea de piedra —comentó Emilie golpeando el suelo con el talón. El golpe generó un eco inquietante a su alrededor —. Le da una sensación más auténtica, como de estilo medieval. Además, le da más textura a la sala. A la gente le va a gustar; en especial, con tanta madera en las paredes.

Isabelle abrió los ojos.

—Habrá que quitar el tapiz —continuó Emilie—. Parece irrecuperable, está espantoso. Lo mejor será que las paredes tengan el acabado original, con un color neutro que contraste con las escaleras y los adornos del barandal. —Encendió su linterna—. La buena noticia es que, aparte de los arreglos eléctricos y mecánicos que ya hemos comentado, las demás restauraciones de esta zona son exclusivamente estéticas. Lástima que el resto del castillo no vaya a estar así —manifestó mientras se daba la vuelta y se dirigía hacia el ala norte; sus tacones resonaron sobre el suelo de piedra.

—¿Adónde vas con tanta prisa? —le preguntó Isabelle.

—A ver las malas noticias.

Isabelle fue detrás de ella, pero más despacio, pues deseaba saborear la exploración. Pasó por debajo de un arco y admiró los detalles de las altas puertas de madera tallada que estaban abiertas. Ninguna mostraba signos de deformación ni deterioro, lo que la hizo considerar que, al menos en esta planta, los daños causados por la humedad no serían preocupantes. Dirigió la luz hacia el techo para buscar signos de agua o podredumbre, pero no encontró ninguno, lo que era un buen augurio sobre la integridad de los pisos superiores. Otra buena noticia que no era solo estética, pensó.

Tras esas puertas, se encontró en un amplio pasillo sin alfombra y el suelo era de la misma piedra que el salón principal. Las paredes estaban, igualmente, cubiertas con papel decorado en la parte superior y paneles tallados en la inferior. A ambos lados, en las paredes, había varios espejos con marcos dorados que reflejaban y replicaban el haz de luz de su linterna. Uno de ellos estaba agrietado en mil pedazos, por lo que la imagen que producía era una confusión

vertiginosa. Se detuvo frente al vidrio roto y alzó la mano para tocar la superficie sin lustre. La trama de grietas irradiaba desde un solo agujero pequeño y redondo; sospechosamente, parecía que el espejo hubiera recibido un balazo.

Isabelle dejó caer la mano. No era el primer agujero de bala que encontraba en su trabajo como restauradora profesional, pero, en la mayoría de los casos, las marcas estaban en las fachadas de los edificios, recuerdos de los años y las guerras que ocurrieron en las calles donde se ubicaban. No esperaba encontrar uno adentro del castillo. Siguió avanzando por el pasillo.

A cada lado, había más puertas abiertas que la invitaban a entrar en esas habitaciones que aún no había visto, pero que no tenían luz porque las contraventanas seguían cerradas. Se detuvo en la entrada de la más cercana y recorrió el espacio con la lámpara; sin darse cuenta de lo que estaba haciendo, entró. Había visto esa habitación antes o quizá una versión ilustrada en las historias de su bisabuela; verla materializada ante sus ojos la dejó sorprendida. Era como si hubiera entrado a un mundo mágico e imaginario.

Isabelle se adentró más en la habitación y giró lentamente. La biblioteca estaba forrada del suelo al techo con estanterías y la mayoría de los volúmenes seguían donde los habían dejado por última vez hacía incontables años. Para llegar a los estantes superiores, había una escalera montada sobre un soporte rodante en cada pared. En algunos lugares, el polvo se había removido y, en otros, había huecos entre la colección; Isabelle supuso que se habrían llevado las ediciones más valiosas o quizá los diarios personales.

Cuando se dio la vuelta, la luz iluminó la silueta de una criatura de ojos amarillos e inmóviles; sin parpadear, Isabelle avanzó hacia atrás y ahogó el grito de sorpresa que estuvo a punto de escapársele. Se puso una mano en el pecho y se sintió ridícula mientras dejaba que la luz le mostrara a su atacante potencial o atacantes, más bien. La pared norte era el hogar y dominio de dos esculturas de grifos, talladas en mármol, cada una casi de su estatura que hacían guardia a ambos lados de la chimenea. Los rapaces ojos color ámbar brillaban bajo sus crestas emplumadas y las doradas alas desplegadas se arqueaban sobre

sus lomos felinos. Una delicada cadena con una rosa exquisitamente tallada les rodeaba el cuello.

La embargó la emoción al reconocerlos. Había visto esos grifos más de una vez. Se agachó y sacó el delgado librito que todavía estaba en su caja de herramientas. Abrió el volumen y lo hojeó hasta que llegó a la tercera ilustración. En el libro, dos grifos idénticos a los que estaban a ambos lados del hogar custodiaban, no una chimenea, sino una misteriosa cueva llena de tesoros. Su bisabuela había estado ahí en esa habitación en algún momento, quizá incluso se había parado donde ella estaba ahora. Isabelle no pudo contener la sonrisa de deleite que se extendió por su rostro. Podía imaginar el lápiz de su bisabuela volando sobre el papel, oír su rasgado constante y, si cerraba los ojos y se concentraba, incluso podía oler el penetrante aroma del plomo o el carbón.

De niña, había visto cómo su bisabuela les daba vida a bestias mágicas y delicadas hadas, unicornios fantásticos y dragones gruñones. Pequeños dibujos que hacía con cualquier pretexto, para un cumpleaños o alguna otra ocasión especial, para alegrarle el día a alguien o, simplemente, porque un niño se lo pedía.

Isabelle metió el libro de nuevo a la caja y volvió a contemplar la biblioteca. Cualquier mueble, alfombra o decoración que alguna vez haya ornamentado la habitación ya no estaba; solo quedaba un mueble cubierto por una sábana en el centro del espacio. Dejó su caja de herramientas y retiró la sábana; la tela cayó y reveló un enorme y brillante escritorio de ébano con su superficie desnuda. Recorrió el borde con los dedos, imaginando quién podría haber hecho ese mismo gesto antes que ella. Tal vez su bisabuela incluso se había sentado frente a ese escritorio, bajo la atenta mirada de los grifos, y había escrito una o dos historias. Se preguntó cuándo habría estado su bisabuela dentro del castillo. ¿Qué edad habría tenido? ¿Por qué había estado ahí?

La parte sentimental de Isabelle le rogaba que comprara el castillo de inmediato, aunque solo fuera para preservar ese extraordinario espacio. Era una habitación dedicada a la palabra escrita, una

habitación llena de imaginación, asombro, aprendizaje y posibilidades.

Por curiosidad, Isabelle trató de abrir el cajón superior del escritorio. No se movió. Se agachó para ver si estaba cerrado con llave, pero, después de una inspección más cuidadosa, descubrió que se había quedado atascado porque la madera de la esquina superior estaba agrietada. Sin poder evitarlo, buscó en su herramienta y sacó una pequeña cuña que usaba con frecuencia para abrir puertas y ventanas gastadas y necias. Había un truco para recuperar la función de los marcos dañados, e Isabelle se enorgullecía de poseer manos hábiles.

El cajón resultó ser obstinado, pero, finalmente, cedió a los esfuerzos de las expertas manos de Isabelle y se abrió. Dejó caer con satisfacción sus herramientas de nuevo en la caja y miró dentro del cajón; la cavidad era ancha y profunda. Adentro, encontró un estuche de metal del tamaño de una caja de zapatos. Tenía apariencia militar; estaba pintado de gris con las iniciales O. F. D. grabadas en la esquina superior izquierda y, también, tenía un broche metálico. Con cuidado, sacó el estuche y lo puso sobre la superficie del escritorio. Debajo de él, al fondo del cajón, había una carpeta gruesa llena de papeles con bordes enrollados y amarillentos. Sacó la carpeta y vio las mismas iniciales perforadas en el grueso papel bajo las ominosas letras ss.

Isabelle dejó su linterna sobre la superficie del escritorio y abrió la carpeta. Entornó los ojos antes de tomar la luz y apuntarla a las páginas. Estaban en alemán. Con cuidado, revisó los papeles. Todos estaban en el mismo idioma y, al parecer, eran una serie de cartas, circulares y facturas. Muchos tenían el sello del Reichsadler en alguna parte. Su alemán no era lo suficientemente bueno para leer los documentos, pero era bastante fácil distinguir las fechas en varios de los papeles: la mayoría eran de 1944.

Dejó los documentos a un lado y dirigió su atención al estuche de metal. El broche cedió con facilidad bajo sus dedos y, al abrirlo, encontró una colección desordenada de pequeñas tarjetas, cada una

con una fotografía en blanco y negro engrapada en una esquina. A diferencia de los documentos, estas tarjetas estaban en francés: Carte de Combattant Volontaire de la Résistance, se leía en las dos primeras que Isabelle vio. Sacó las tarjetas de donde habían estado ocultas. También había otras que tenían impreso *carte d'identité* sobre la foto, y algunas más que solo tenían una foto y una lista de nombres y fechas escritas con tinta al lado de la imagen en blanco y negro.

Debajo de todo había más fotografías que no tenían nada que ver con las tarjetas de identidad. Eran fotos de civiles acusados de trabajar contra el Reich, similares a las que había visto en documentales y libros. Casi todas mostraban a hombres y mujeres ejecutados, atados a un poste o a una estaca con las manos amarradas detrás de ellos, muertos. Dos imágenes revelaban a varios individuos que habían sido ahorcados; uno de ellos no era más que un niño. Les habían colgado letreros alrededor del cuello con algo escrito en letras toscas; aunque era imposible leerlos desde el ángulo en que se habían tomado las fotos.

La historiadora que había en ella se emocionó con el descubrimiento, pero eso no evitó que sintiera un escalofrío. Habían abandonado estos documentos; probablemente, estuvieron intactos desde el final de la ocupación nazi. Sin duda, contaban una historia. Isabelle se aseguraría de que se conservaran cuidadosamente junto con cualquier otro documento que pudiera encontrar, en particular las fotos de los civiles. Tenía un contacto en el Memorial de Caen, en Normandía, que se interesaría por todo lo que encontrara relacionado con la Ocupación…

—¿Qué demonios estás haciendo aquí?

Isabelle volteó hacia su hermana y entrecerró los ojos para protegerse de la luz brillante que esta le dirigía.

—Encontré la biblioteca…

—A quién le importa —la interrumpió Emilie, recorriendo los estantes con el haz de luz de su linterna—. Pensé que primero veríamos las habitaciones dañadas.

—No, tú ibas a ver primero las habitaciones dañadas —le recordó Isabelle—. Yo arreglé el cajón de este escritorio. Mira lo que encontré. Hay…

—No. Mira, no tenemos tiempo para estarlo malgastando en cualquier cosa. Tenemos que concentrarnos. Tienes que enfocarte en el edificio, no en las baratijas y los efectos personales que abandonaron, y seguro este lugar está lleno de eso. —Emilie frunció el ceño—. El castillo ni siquiera es nuestro. Tal vez no deberías estar husmeando en los cajones.

Isabelle apretó los labios. Odiaba admitirlo, pero su hermana tenía razón. No tenía derecho de revisar el escritorio ni ningún otro lugar. Por lo menos, todavía no.

—Apúrate. Necesito tu opinión y la de tu contratista. Es un desastre. —No esperó una respuesta, solo se dio la vuelta y se fue, e Isabelle se preguntó cómo pudo haber pasado por alto el estruendo de sus tacones al acercarse.

Suspiró, bajó la tapa del estuche y lo cerró con broche de nuevo. También, cerró la carpeta y la levantó para dejarla donde la había encontrado; pero, al hacerlo, un pedazo de papel salió revoloteando de la parte posterior. Isabelle lo recogió y su mano se quedó inmóvil en el aire. Estaba sosteniendo una lista de lo que parecían fechas y horas, seguida por los nombres de quienes claramente eran militares alemanes. En la parte superior estaba garabateado *Getötet/Verschwunden*. Pensó que podía traducir las dos palabras: ¿Muertos? ¿Asesinados? ¿Desaparecidos? No estaba segura; sin embargo, lo que estaba escrito en la parte inferior del papel fue lo que hizo que se quedara paralizada, incapaz de apartar la mirada. Los garabatos decían Dornröschen y, entre paréntesis al lado, el nombre «Rosa Silvestre».

Isabelle pensó en mil cosas a la vez. El papel no decía nada más, no tenía ninguna foto adjunta, ninguna otra descripción o información, nada que indicara que no fuera algo más que una anotación azarosa, en apariencia. Pero ¿por qué estaba ese nombre en una correspondencia alemana?

Quizá tenía en la mano el nacimiento de la leyenda que, con el tiempo, se convertiría en Rosa Silvestre.

—¡Isabelle! —La voz de su hermana resonó por el pasillo—. ¡No tenemos todo el día!

Isabelle cerró los ojos brevemente y, con un esfuerzo monumental, volvió a dejar el trozo de papel en la carpeta. Una parte de ella quería meter todo el contenido del cajón en su caja de herramientas para examinarlo más tarde, pero no se atrevía a hacerlo. Si lo hiciera, se convertiría en una ladrona. Además, toda su carrera se cimentaba en una reputación basada en principios y ética, lo que le había permitido trabajar con propiedades históricas y posesiones de extraordinario valor.

Con determinación, volvió a guardar todo en el cajón y lo dejó tal y como lo había encontrado. El contenido había estado ahí durante la mayor parte de un siglo. Se mantendría en ese lugar un poco más, cuando menos, hasta que el castillo fuera suyo o en el momento en que Isabelle pudiera contactar al vendedor para arreglar la adquisición de los documentos. Lo haría de la manera correcta, no como una delincuente común.

Isabelle volvió a acomodar la sábana protectora sobre el escritorio, caminó hacia la puerta, levantó su caja de herramientas y fue detrás de su hermana.

A medida que se acercaba al extremo del pasillo, el aire se volvió progresivamente más frío y vio que un rayo de luz se derramaba desde las anchas puertas que estaban abiertas al final. Más allá, Isabelle todavía oía los tacones de su hermana golpeteando de forma irregular el suelo, intercalados con una que otra maldición.

Entró a la habitación y se paró en seco. A lo largo de los años, Isabelle había estado en muchos edificios que habían sufrido daños por incendios, así que se había hecho una idea de lo que encontraría ahí. Se había equivocado. No era una habitación que simplemente hubiera ardido, sino que la habían destruido.

Es probable que, en algún momento, hubiera sido un salón de baile, un espacio imponente por lo menos del doble de tamaño que la biblioteca de la que acababa de salir. Aunque, quienquiera que

hubiera estado aquí por última vez, seguramente el ejército alemán, no la había utilizado para bailar. Esparcidos en el suelo, en filas desiguales, había pilas de lo que parecía equipo electrónico o máquinas de algún tipo. Todo estaba destrozado, derretido y cubierto por una gruesa capa de polvo. El yeso ornamental del techo, o lo que quedaba de él, estaba deshecho en el centro, lo que dejaba al descubierto las vigas de la estructura. Isabelle infirió que, en otros tiempos, también pudo haber media docena de candelabros de hierro forjado colgando del techo; aunque, seguro habían sido despojados de sus anclajes y ahora yacían entre los escombros del suelo, retorcidos y ennegrecidos.

Cerca de Isabelle, estaban los restos destrozados, carbonizados y arruinados de un par de escritorios, que solo podían identificarse como tal por el brillo apagado de las asas de los cajones que se veían en los laterales de cada uno. Los esqueletos de docenas de sillas reposaban, desquebrajados, entre los escombros, con los asientos de madera reducidos a astillas cenicientas. Si había habido cuadros, tapices o cortinas en las paredes, hacía tiempo que habían desaparecido, devorados por las codiciosas llamas que habían dejado a su paso surcos quemados.

—¿Qué tan grave lo ves? —le preguntó Emilie desde algún lugar del otro lado de la sala.

Isabelle entró cautelosamente. El suelo estaba cubierto de baldosas con patrones rojos y azules, cuyos restos se veían a través de las cenizas y los escombros por donde caminaba. Varias de estas cerámicas se habían quebrado y los fragmentos esparcido, lo que dejaba al descubierto la misma piedra que había en suelo del pasillo y el salón principal. Desde luego, ella no era una experta en incendios accidentales o premeditados, pero había visto y restaurado muchos edificios y estructuras dañados por el fuego, algunos modernos y otros centenarios. Si tuviera que adivinar, diría que ese incendio, que se había limitado a la habitación, había sido intenso y veloz, pero no había durado mucho tiempo. De lo contrario, el resto del castillo habría ardido también. Había sido un milagro que no haya sido así.

Iluminó las vigas del techo con la luz de su linterna. Por supuesto que, antes de iniciar cualquier trabajo de restauración, Isabelle solicitaba una consulta externa, pero, después de una inspección más detenida, le pareció que las gruesas vigas no estaban dañadas, como si el fuego no las hubiera tocado. Como fuera que hubiera ardido el fuego, no había quemado el techo, lo que, probablemente, explicaba que el castillo no se hubiera reducido a un montón de muros derrumbados y leña carbonizada. Isabelle no podía explicar del todo los daños en el yeso; no obstante, aunque la destrucción del diseño ornamental era desafortunada, podía repararse y replicarse.

—¿Entonces? —le dijo Emilie—. ¿Lo puedes arreglar?

—Es posible con suficiente dinero y tiempo. Arreglé una capilla en la que estaban creciendo árboles en la nave y a la que le faltaba el suelo en el ábside —respondió Isabelle. Miró a su hermana; su abrigo era una mancha roja brillante, como una gota de sangre en un mar gris y negro.

—Dios, jamás sobrevivirías en la ciudad —resopló Emilie con impaciencia—. Esa no es una respuesta. ¿Puedes arreglar este desastre con nuestro presupuesto? ¿Sí o no?

Isabelle trató de no enojarse.

—Siempre y cuando la estructura esté íntegra. Mis observaciones iniciales me hacen creer que sí, por lo menos, en su mayor parte; el resto consiste simplemente en demoler y reconstruir. —Recorrió el suelo de piedra con la mirada—. Sí, me parece que las reparaciones entran dentro de nuestro presupuesto; aunque, me gustaría saber qué hay abajo del edificio.

—No hay nada —respondió una voz desde la puerta.

Isabelle volteó.

—Luc —lo saludó con calidez y sintió que una vibración placentera la recorría. Llevaba su chaqueta de lona, un gorro tejido y el cinturón de herramientas alrededor de la cadera; tenía las mejillas sonrojadas por el aire fresco. Se veía como un guapo y eficiente modelo de un anuncio de ropa industrial.

—El señor Carrière me pidió que me quedara para que cerrara las ventanas cuando terminaran. —Caminó por la habitación, mirando

alrededor, con un largo rollo de papel en la mano—. Guau. Pensé que se veía mal desde la ventana, pero creo que se ve peor desde este ángulo.

—Creo que se ve peor de lo que es —comentó Isabelle.

Luc extendió el rollo.

—Carrière me pidió que te diera esto. Es una copia de los planos, de lo que existía en 1791. Al parecer, son los únicos que pudieron encontrar.

Isabelle los recibió, entusiasmada.

—Gracias. —Se acercó más a él y bajó la voz—. No vas a creer lo que…

—Luc Legassé. Ha pasado una eternidad —la interrumpió Emilie y se detuvo justo frente a ellos. Con gran alarde, besó el aire al lado de las dos mejillas de Luc—. Izz me contó que estás trabajando aquí. Te ves bien.

—Gracias, tú también. —Luc se metió las manos a los bolsillos—. Qué bueno verte en casa.

Emilie frunció los labios.

—Bueno, no es mi casa, así que no te acostumbres. Necesito regresar a París mañana.

—¿Qué? —Isabelle parpadeó mirando a Emilie—. ¿Tan pronto? ¿Por qué? ¿Mis papás ya saben?

—Deberían saber. Ay, no pongas esa cara de ofendida —se burló Emilie—. Mi empresa no se dirige sola. Tengo empleados y clientes importantes que cuentan conmigo. A diferencia de ti, no puedo dejarlo todo cuando quiera.

—Yo tampoco… —Isabelle se contuvo y apretó los labios. Discutir con Emilie era una pérdida de tiempo. Su hermana igual iba a decir lo que quisiera. Mejor, se dio la vuelta y se agachó para recoger del suelo un trozo de alambre retorcido.

—Pero esta oportunidad era demasiado buena para dejarla pasar —le dijo Emilie a Luc alegremente—. Como le decía a Izz, este castillo sería una adición maravillosa para mi catálogo. Tengo algunas ideas fabulosas que hasta Isabelle podría llevar a cabo. Quién sabe, tal

vez este proyecto podría ayudar a que su pequeña empresa tuviera un poco de exposición.

Luc se aclaró la garganta.

—Creo que su pequeña empresa tiene toda la exposición que necesita por ahora, ¿no te parece?

—¿A qué te refieres?

Luc se volvió hacia Isabelle.

—¿No le contaste a tu hermana que te nominaron para recibir el Premio al Patrimonio? Por el proyecto de la capilla Desblanc. —Sonó más considerado que acusatorio.

—Sí, se lo mencioné. Bueno, solo la parte de los árboles que estaban creciendo en la nave. —Isabelle se encogió de hombros—. ¿Crees que estos fueran radios? —De forma intencionada, desvió la conversación a otra cosa que no fuera ella misma.

Hubo un instante de silencio antes de que Luc se acercara a ella.

—Parecen más bien algún tipo de conmutadores o equipo telefónico. Es difícil saberlo. No queda gran cosa. Quizá alguien en la ciudad con experiencia en electrónicos antiguos podría decírtelo. Puedo preguntar por ahí.

—Tiene sentido. Si los oficiales nazis estaban acuartelados aquí, entonces, por supuesto que instalaron equipo para las comunicaciones —manifestó Isabelle, luego observó el fragmento de alambre que tenía en la mano—. Qué lástima que hayan destruido todo.

—Pienso que fue la táctica de tierra quemada —opinó Luc—. Si los nazis tuvieron que abandonarlo todo, desde luego no iban a permitir que alguien más lo usara. —Estiró el cuello para ver el otro extremo de la habitación—. Cuando en el informe pusieron que el daño no había sido reparado, realmente querían decir que lo habían dejado intacto. Es como si alguien, sencillamente, hubiera cerrado la puerta y se hubiera olvidado de que todo esto existía.

—Seguro pensaron que no valía la pena hacer el gasto si nadie iba a vivir aquí después. —Isabelle dejó el pedazo de cable carbonizado y trató de volver a concentrarse. En ese momento, la historia detrás del daño, por muy intrigante que fuera, no era tan importante como

dilucidar si tenía la capacidad de arreglarlo. Del mismo modo, la historia que había encontrado en el cajón de la biblioteca debía pasar a un segundo plano. Más tarde le contaría a Luc que había leído el nombre de Rosa Silvestre en un papel—. ¿Qué estabas diciendo antes sobre los pisos?

—Que estuve viendo los planos. —Luc hizo un gesto hacia los rollos que Isabelle tenía en la mano—. No hay nada debajo del castillo, excepto los cimientos sólidos. Por lo menos, eso es lo que muestran los planos. Hay una bodega justo debajo de las cocinas, pero, definitivamente, no es el castillo de Brézé.

—¿El castillo de Brézé? —preguntó Emilie; sonaba más apagada—. ¿Qué es eso?

—Un castillo medieval que debajo tiene una extensa red de túneles y cámaras. Una cosa extraordinaria —le respondió Isabelle—. Y muy popular entre los turistas.

—Ah, entonces es una decepción —murmuró Emilie.

—Ajá, pero no me dejaron terminar —continuó Luc—. Puede que no haya otro castillo debajo del castillo que puedan comercializar, pero sí hay un túnel, añadido en 1791. Una vía de escape, si quieren, con puertas ocultas. Parece que esa gente furiosa, amante de la muerte y la destrucción, dejó una huella de su paso.

—¿Qué? —Isabelle se enderezó—. ¿Dónde?

Luc le sonrió.

—Déjame mostrarte.

10

Stasia

Ámsterdam, Países Bajos
22 de mayo de 1943

Stasia se despertó sobresaltada al escuchar que llamaron a la puerta con fuerza. Se enderezó torpemente, con la sábana todavía envuelta alrededor de las piernas, y buscó a tientas el borde de la cama, tratando de recuperar el equilibrio. Parpadeó rápidamente para despejar las telarañas de su mente y, en ese momento, los golpes volvieron a sonar. Del otro lado de la cama, Margot también se había despertado de golpe y estaba de pie, inmóvil, mirando hacia la pequeña sala envuelta en las sombras.

—¿Quién crees que sea? —preguntó Stasia; su voz se escuchaba ronca de sueño y miedo.

—No sé. —Margot se acomodó el cabello y buscó la bata que dejaba a los pies de la cama.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a abrir la puerta.

—No abras.

—Tenemos que abrir.

— ¿Y si es la policía?

—¿Y si es alguien que necesita nuestra ayuda?

Stasia se quedó paralizada de miedo e indecisión.

—Si es la policía, van a entrar tanto si abrimos como si no. —Margot se ató apresuradamente el cinturón de la bata alrededor de la cintura—. Es mejor que no parezca que tenemos algo que ocultar.

Stasia no estaba segura. Abrazándose con fuerza, se acercó de puntitas a la ventana y miró por la cortina. Afuera, la noche estaba en

calma; la calle, vacía, y las ventanas que daban a esta, oscuras y despejadas.

—No veo a nadie. —Lo que no significaba que no hubiera hombres aguardando fuera del alcance de la vista. Esperándolas para arrestarlas por los panfletos, las reuniones o los documentos que Stasia robaba para dárselos a los falsificadores—. Esto no me gusta —dijo, pero Margot ya había salido de la habitación y se apresuraba hacia la puerta en la penumbra.

Stasia la siguió más despacio, sintiendo el suelo helado bajo los pies descalzos. Se había puesto una bata, un flaco consuelo contra el frío de la noche y el temor que lo acentuaba. Volvieron a golpear la puerta con el puño y Stasia se estremeció. Podía oír los latidos de su corazón en sus oídos y era consciente de que respiraba con dificultad. No había nada en su departamento que pudiera incriminarlas. Se había asegurado de ello; sin embargo, tampoco había nada que pudiera servirles como arma para defenderse.

—¿Quién es? —preguntó Margot a través de la puerta.

—Frank. —La respuesta se escuchó apagada y brusca al mismo tiempo.

Stasia dio un paso hacia atrás con cierto alivio. Por lo menos, no era la policía; pero ¿qué hacía Frank a esas horas en su casa? Nunca salía nada bueno de la oscuridad de la noche.

Margot hizo un ruido y abrió la puerta de par en par.

De pronto, una figura irrumpió en la sala haciendo el espacio tremendamente pequeño y a su paso entró más aire frío.

Margot se asomó por la puerta para mirar hacia la calle y comprobar que nada más estuviera fuera de lugar; luego, cerró la puerta con firmeza detrás del hombre. Stasia había encendido una lámpara en un rincón, cuyo brillo tenue inundó la habitación. Después, se aseguró de que las cortinas estuvieran bien cerradas antes de volverse para recibir al recién invitado.

Se encontró directamente con el cañón de una pistola.

Su mente tardó un instante en alcanzar al resto de sus sentidos; la incredulidad y la confusión amortiguaron el terror durante unos segundos. Su mirada viajó por el brazo que sostenía el arma, percibió

el familiar abrigo gris, la corbata pulcramente anudada y el sombrero negro, inclinado en un ángulo que le daba un aire elegante.

—No entiendo. —Las palabras salieron como un jadeo.

—Sé quiénes son realmente y lo que hacen. —Frank dio un paso hacia atrás y apuntó la pistola en dirección de Margot, quien estaba de pie tan quieta como si estuviera muerta con una mano todavía en el pestillo de la puerta—. Si están pensando en huir, sus vecinos no las van a ayudar —aseguró Frank—. Estoy seguro de que ya están despiertos, así como de que dejarán las luces apagadas y las puertas cerradas contra traidoras como ustedes.

La confusión de Stasia se disipó; el terror que sintió la embargó con una ola de náuseas que la ahogaba y le dificultaba respirar. Y el pensamiento…

Frank movió la pistola a un lado, haciéndole un gesto a Margot.

—Acércate a tu amiga.

Margot lo miró con frialdad; su expresión no revelaba nada, pero hizo lo que Frank le ordenó y se reunió con Stasia en el rincón de la sala. Encontró la mano de Stasia escondida entre los pliegues de la bata y entrelazó sus dedos con fuerza.

—Se creen muy listas —dijo Frank en tono casual mientras se quitaba el sombrero y lo dejaba a un lado, sobre el respaldo del sofá. El cañón de la pistola no vaciló.

—¿Quién eres en verdad? —le preguntó Margot.

—Frank. —Nuestro «amigo», que en realidad no lo era, sonrió, aunque el gesto no llegó a sus ojos. Se pasó la mano libre por el cabello canoso—. Trabajo para la Gestapo —continuó— y mi deber es encontrar a los traidores del Imperio alemán. A los que desobedecen y engañan a nuestro gran Führer.

Stasia respiro hondo para intentar calmarse.

—No tengo idea de quién cree que somos, pero parece que se equivocó de personas.

—Sé que han estado ayudando a los judíos —aseguró Frank con frialdad—. Pero, si quieren vivir, ahora me van a ayudar a mí.

Margot resopló.

—No sé de qué está hablando. No estamos ayudando a nadie. Solo somos estudiantes universitarias.

Stasia no miró a su amiga. Ese hombre, Frank, que las había engañado a todas horriblemente, quizá supiera lo que habían hecho, pero no parecía saber quién era Margot en realidad.

—¡Quiero direcciones! —ladró Frank, acercando la pistola a la cara de Stasia—. Las direcciones de los lugares donde los esconden. Las direcciones de quienes los ayudan.

Stasia fijó la mirada en un punto de la pared por encima del hombro de Frank, pensó que solo se trataba de una pesadilla y que pronto despertaría.

—¡Quiero nombres! —gritó Frank. Se frotó la cara y la barba incipiente de las mejillas produjo un leve chasquido en el silencio que le siguió—. Tenemos métodos para hacer hablar a las mujeres débiles como ustedes, ¿saben? Formas que ni siquiera ocurren en sus peores pesadillas.

Stasia sintió que, de una manera extraña, el mundo se había hecho más lento. La oleada de terror que la había abrumado, de alguna forma, hizo que los sonidos fueran más fuertes y la luz más refulgente; mientras que su cuerpo se sumía en un entumecimiento peculiar. El reloj de mesa, junto a la lámpara, hacía tictac; el único sonido que llenaba el espacio. La luz de la lámpara hacía brillar los vellos del cuello de Frank, como un curioso encaje blanco.

—No —respondió Margot—. No sabemos nada.

—¿No? —La voz de Frank se alzó de forma desagradable—. Toma la decisión correcta, jovencita.

—No —repitió Stasia, sorprendida por la firmeza en su voz—. Como ella dijo, no tenemos ninguna información. Solo somos estudiantes.

Los dedos de Margot volvieron a apretar los suyos.

—Les daré una última oportunidad —ofreció su agresor torciendo los labios en una mueca desagradable—, porque tengo debilidad por las mujeres guapas. —Le apuntó a Margot con la pistola—. Y si no quedo satisfecho, simplemente le dispararé a ella primero.

Stasia no percibió que Margot se moviera, solo notó que había perdido el contacto con su mano que antes estaba entrelazada. Pero sí oyó cuando Frank gruñó y vio el arma girar violentamente, mientras Margot gritaba y clavaba un codo en el abdomen del fulano.

El tipo se dobló por la mitad y Margot se lanzó sobre su espalda poniendo las manos alrededor de su cuello. Stasia consiguió salir del estado de conmoción en el que estaba, tomó la lámpara de la mesa que estaba detrás de ellos y la estrelló contra la cabeza de Frank; la base rebotó en su cráneo, el foco se rompió y la sala volvió a quedar a oscuras.

Frank cayó de rodillas, pero Margot seguía aferrada a su espalda. Stasia lo pateó con todas sus fuerzas, ignorando el dolor que le recorrió el pie cuando hizo contacto. El sonido del arma al golpear el suelo se escuchó demasiado fuerte en la pequeña sala.

—Para —farfulló Frank—. Para, por favor. —Tanteaba el suelo con las manos y tocó el pie de Stasia. Ella apartó su mano de una patada —. Era una prueba —jadeó Frank—. Solo una… prueba. —Se atragantó—. Las estaba probando. Para asegurar… para asegurarme de que podíamos… confiar.

Stasia se quedó inmóvil, pero con el pie preparado para darle otro golpe. Era imposible ver su rostro o expresión en las sombras.

—Repítelo.

Margot tuvo que aflojar el agarre alrededor de su cuello para que su voz surgiera con un poco más de fuerza.

—Las estaba probando. A las dos. No soy de la Gestapo.

—¿Cómo podemos confirmarlo? —preguntó Stasia.

—La pistola está vacía. De ninguna manera iba… a… dispararles. Solo necesitaba saber cómo reaccionarían si algo así sucediera. Si nos protegerían.

—Está mintiendo. —La voz de Margot se escuchó quebrada en la oscuridad.

—No —jadeó Frank—. Se los juro, no estoy mintiendo.

Stasia bajó el pie y sintió un fuerte dolor en los dedos. Era posible que se hubiera roto alguno, aunque lo pasó por alto para agacharse a

buscar la pistola a tientas en el suelo. Sus manos entraron en contacto con el metal liso, así que se puso de pie, sosteniendo el arma.

Cabía perfectamente en su mano y se parecía mucho a la vieja Webley de su abuelo. Había cargado, descargado y limpiado esa arma miles de veces, por lo que revisar la que tenía en su mano le tomó solo unos segundos en la oscuridad.

—La pistola está vacía —le confirmó a nadie en particular.

Desde algún lugar en el suelo, Frank gimió.

Stasia escuchó un movimiento en la oscuridad y sintió que Margot se reunía con ella brevemente antes de volver a marcharse. Un momento después, una luz tenue emergió de su recámara, fortaleciéndose a medida que Margot se acercaba con la linterna.

Frank estaba sentado en el suelo, apoyado contra el sofá, sobándose la nuca.

Tanto Stasia como Margot lo observaron con reservas.

—Fue una prueba. —Frank retiró la mano de su nuca e hizo una mueca al ver que tenía los dedos manchados de sangre. Su abrigo y traje estaban arrugados, además tenía la corbata torcida. Alzó la mirada hacia ellas—. Una prueba que las dos aprobaron admirablemente.

—¿Cómo podemos saberlo con certeza? ¿Cómo podemos saber que no nos estás mintiendo ahora? —Stasia estaba tan tensa como la cuerda de un arco.

Frank se levantó del suelo y se sentó en el sofá, inclinando la cabeza de un lado a otro y frotándose la garganta.

—Porque, si de verdad fuera de la Gestapo, no habría venido solo ni con un arma descargada —explicó y dejó escapar una risa malhumorada—. Diablos, no habría venido con un arma que tiene más de cuarenta años.

Stasia miró el arma que todavía tenía en las manos. A la luz, vio que, de hecho, sí era una Webley. Una pistola vieja y en mucho peor estado que la de su abuelo.

De repente, sus piernas cedieron sin previo aviso y se dejó caer en el sofá al lado de Frank. Se dio cuenta de que le temblaban las manos,

así que dejó el arma a un lado; apretaba los puños clavándose las uñas en las palmas.

—Te habría matado —aseveró Margot rotundamente.

Frank le ofreció una débil sonrisa.

—No me lo esperaba.

—Claramente.

Si su amiga estaba tan conmocionada como Stasia, no lo demostraba. Deseaba ser igual de valiente que ella; en ese momento, se sentía tan débil como un gatito.

Frank observó a Stasia con atención.

—Sabes manejar armas.

—Sí —respondió sin decir nada más. No confiaba en su voz para dar más explicaciones sin delatar su fragilidad.

—Vaya… —Frank recuperó su sombrero del respaldo del sofá, lo giró en sus manos y deslizó los dedos a lo largo del ala mientras contemplaba de forma analítica a ambas amigas, primero a Stasia y luego a Margot.

—¿Por qué estás aquí, en realidad? —lo cuestionó Margot—. ¿Qué quieres?

—Quiero preguntarles si todavía están dispuestas a hacer esto ahora que les he mostrado cuáles podrían ser las consecuencias.

—Sí. —La rapidez de la respuesta de Stasia la sorprendió. Debió sorprender a Frank también porque arqueó una ceja.

Margot la miró a los ojos y asintió, para mostrarle que estaba de acuerdo con ella y alentarla.

Frank dejó de girar el sombrero.

—Hasta ahora, le han brindado un gran servicio al Consejo; sin embargo, las tareas que les hemos asignado han sido… —Parecía estar buscando una palabra—. No quiero decir pequeñas, porque la importancia de los documentos, los vales y el dinero no debe subestimarse —matizó—, pero robar y distribuir ese tipo de cosas implica un riesgo menor de lo que podría pedirles a continuación.

—Pues, pídelo —dijo Margot con frialdad.

El sombrero reanudó su rotación.

—Quiero que acompañen a los niños con sus nuevas familias o a escondites seguros.

—Podemos hacerlo —señaló Stasia.

Frank levantó la mano.

—Todavía no he terminado. —Hizo una pausa—. Que roben y transporten armas y municiones. Resistencia armada.

—Sí —respondió Margot con despiadada satisfacción; Stasia sabía muy bien que su amiga, sin duda, estaba pensando en su familia, asesinada por aquellos que ahora los oprimían.

—Mmm… —Frank no parecía sorprendido ni dudoso ante la respuesta de Margot. Dirigió la mirada a Stasia—. ¿Y tú?

Stasia tragó saliva y un escalofrío le recorrió la columna vertebral.

—Sí —reafirmó, porque no había otra respuesta con la que hubiera podido vivir. La prueba de Frank había tenido sus propios fines, pero también había servido como un severo recordatorio de que estaban en medio de una guerra. De que la gente se estaba muriendo a su alrededor, a manos de la policía, las SS y el SD. Hombres, mujeres y niños cuyo único crimen era no haber escapado a tiempo de la horrible embestida del odio que, penosamente, muy pocos trataban de detener.

—Si las atrapan y arrestan, las enviarán a prisión —aclaró Frank duramente—. Si llegara a ocurrir, probablemente desearían que les hubieran disparado. Lo que podrían hacer de todos modos.

—Correré el riesgo —declaró Margot.

De nuevo, la mirada vigilante de Frank se deslizó hacia Stasia en espera de su respuesta.

—Entiendo —contestó. Recorrió la parte superior de sus piernas con las palmas. La tela de su bata se sentía suave sobre su piel y se maravilló del hecho de que ya no le temblaban, considerando el giro que había tomado la conversación.

—Muy bien. —Frank se volvió a poner el sombrero, enseguida, hizo una mueca de dolor y volvió a quitárselo.

—Lo siento —se disculpó Stasia.

—No lo sientas. —Frank solo inclinó la cabeza—. El Consejo se pondrá en contacto con ustedes. —Se dirigió hacia la puerta con pasos silenciosos—. Las dos pueden esperar que les solicitemos mucho apoyo.

Stasia se levantó y sus piernas se sentían tan firmes como se escuchaba su voz.

—Bien —fue lo único que dijo.

11

Nicolas

Bizerta, Túnez
20 de mayo de 1943

—Sé que le estoy pidiendo mucho, pero, la verdad, necesitamos a *les anglais*. Aunque yo los desprecie tanto como usted.

—Es improbable, señor. —Fue lo primero que Nicolas había dicho desde que el capitán Lefevre lo llamó a su oficina, en una campaña de lona. Todavía no estaba seguro de qué estaba haciendo ahí.

El capitán se inclinó hacia adelante sobre una mesa llena de mapas, documentos y los diminutos cadáveres rechonchos de cigarros aplastados.

—Pero desprecio más a los alemanes y usted también; los dos lo sabemos.

—Mis hombres y yo hacemos lo que es necesario cuando y con quien se requiera. Mis sentimientos personales con respecto a los ingleses no importan.

—Me alegra oírlo. —Lefevre se enderezó y se frotó los ojos inyectados de sangre—. Sus hombres lo adoran.

Nicolas intentó ocultar su confusión por el abrupto cambio de tema y reprimió la sonrisa burlona e indigna que siguió.

—Mis hombres adoran matar alemanes —aseguró sin vacilación—, así como a cualquiera que luche en su bando. Yo, simplemente, los oriento en la dirección correcta.

El capitán Lefevre negó con la cabeza.

—¿Y la colección de medallas de los últimos dos años, que sabrá Dios que ha hecho con ellas, es resultado de que una simple orientación?

—No necesito adornos para hacer mi trabajo. Los brillitos de las decoraciones no me interesan. —Nicolas se estaba impacientando.

—No, ¿verdad? Eso lo convierte en un tipo bastante único e interesante. —Se peinó el bigote—. El general de brigada Koenig lo nombró sargento por una razón, Navarre.

—Koenig me nombró sargento porque el anterior perdió la cabeza con un Panzer.

Lefevre agitó la mano como si ese hecho fuera irrelevante.

—Sin embargo, se las ha arreglado para mantener la suya en su lugar. Me refiero a su cabeza, literal y figurativamente hablando. Lo ha hecho a lo largo de todo el horror que ha ocurrido —manifestó y evaluó a Nicolas—. Sus esfuerzos y acciones en Bir Hakeim lo hicieron resaltar.

La mueca que Nicolas había reprimido amenazaba con reaparecer.

—Los esfuerzos y las acciones de cada hombre y mujer en ese fuerte los hicieron resaltar. Uno no se enfrenta y sobrevive a los esfuerzos conjuntos de la Luftwaffe, la artillería alemana e italiana, los tanques, la infantería, el calor extremo y la falta de agua durante tanto tiempo como lo hicimos nosotros rascándose la panza, señor —añadió la dignidad al final en un intento por atenuar su tono que rayaba en la insolencia.

Lefevre no pareció percatarse de la rudeza de Nicolas.

—Se abrió camino a través del fuerte en combates cuerpo a cuerpo —señaló con admiración.

—Así lo hicimos todos.

—Se decía que usted parecía…

Nicolas sintió que apretaba los dientes.

—¿Que yo parecía qué, señor?

—Indomable, incomparable. Escuché que incluso alguien lo describió como aterrador; aunque, el individuo en cuestión hizo una aduladora aclaración: que ya no estaría respirando de no ser por usted.

¿Era un cumplido? ¿Una crítica? ¿Un homenaje? ¿Una acusación? No importaba, supuso. Era irrelevante la intención que tuviera Lefevre, porque eso no cambiaba la verdad: muchos de sus hombres habían sobrevivido, pero muchos otros no lo hicieron. Y estos últimos, sus rostros y nombres, lo mantenían despierto por las noches.

—¿Por qué estoy aquí, capitán? —preguntó Nicolas, cansado de sus juegos—. Si no le molesta, todavía tengo…

—Ingenioso, inteligente y desinteresado.

—¿Qué?

—Más informes de los hombres que han servido bajo sus órdenes; de los que estuvieron a su servicio durante la operación Torch.

Una especie de tributo no deseado, entonces. Nicolas apartó la mirada, incómodo con la evaluación, porque no había sido ingenioso ni inteligente ni desinteresado con quienes más le habían importado: Oscar, Stasia, su padre. Si hubiera sido todas esas cosas, si hubiera dicho o hecho algo diferente en los momentos críticos tal vez ellos todavía estarían vivos. Sin embargo, no había sido lo suficientemente ingenioso para ayudar a Oscar, ni tan inteligente como para advertirle a Stasia o lo bastante desinteresado para salvar a su padre.

—No necesito otra maldita medalla si eso es a lo que vamos —gruñó.

—No, no hay medallas. Esta vez se le premiará con una oportunidad.

—¿Una oportunidad? —Nicolas estaba por completo confundido.

Lefevre tomó un documento y lo estudió por un largo rato.

—Dígame, Navarre, por qué dejó la Marina.

Nicolas se sobresaltó. Nunca había hablado con nadie acerca del Bretagne o lo ocurrido en Mazalquivir.

—Créame cuando le digo que entiendo su aversión contra *les anglais*. —El capitán hizo un gesto hacia el papel que sostenía, de manera casi apologética—. Me remitieron su historial militar.

—¿Quién?

—Eso no importa en este momento. Responda la pregunta, sargento.

Nicolas frunció el ceño, pero respondió lo que le ordenaron.

—Me morí.

—¿Perdón?

—La Marina cometió un error. Después del ataque, me registraron como fallecido.

—Apretó los puños, pero, enseguida, se obligó a relajar las manos —. Estuve en el hospital durante un tiempo, con un brazo roto y quemaduras en la espalda y el cuero cabelludo. —Se frotó el costado de la cabeza, por encima de la oreja, donde tenía la piel arrugada y el cabello ya no le crecía—. Cuando lo solucionaron, la mayor parte de los supervivientes ya habían sido repatriados a Francia. De vuelta a Tolón.

—¿No deseaba reunirse con ellos?

—¿Para sentarme de brazos cruzado a ver cómo se hundían más barcos franceses? De ninguna manera, carajo. —Hizo una pausa—. Señor.

Lefevre agitó la mano de nuevo, quitándole importancia a su arrebato.

—Entonces, se unió a la Francia Libre.

—Me quedé y me uní a aquellos que seguían en el negocio de matar alemanes. —Esa verdad se le escapó sin problemas y una vocecita en el fondo de su cabeza se preguntó qué habría pensado su padre de eso. Qué habría pensado Stasia.

¿Qué habría pensado Stasia de él?

Cuando se enlistó en la Marina, le dijo que estaría lejos de la guerra; estúpidamente, creyó que estaría apartado de los horrores. ¿Qué le había dicho a Stasia? Que su papá había estado en el lodo, la mierda y la sangre, pero que él estaría en una posición diferente. Sin embargo, por elección propia, ahí estaba ahora arrastrándose en el lodo, la mierda y la sangre; se preguntaba si la muerte llegaría primero por la sed o por las armas nazis. Se cuestionaba, con una macabra y profunda ironía, si sobreviviría únicamente para terminar en un callejón de Ruan viendo los fantasmas de los hombres a los que había matado, tratando de ahogar el recuerdo de todo aquello en alcohol.

Recordó al oficial naval en los muelles de Tolón que se había burlado de los hombres de las trincheras. Dijo que corrían de un lado a otro con sus armas en busca de algo a qué dispararle; mientras que los hombres del Bretagne controlaban un arma de destrucción inconmensurable. No obstante, fue un arma que jamás utilizaron y

que, en el transcurso de un cuarto de hora, se hundió en el fondo del mar junto con casi toda la tripulación. En tanto que otros hombres seguían luchando con sus rifles en las trincheras.

—Jum… —Lefevre lo estaba observando.

—¿Por qué estoy aquí, capitán? —preguntó Nicolas de nuevo—. Tengo obligaciones…

—Personas de un rango mucho más elevado que el mío me pidieron que identificara a los oficiales que tienen… un potencial específico.

—¿Para matar nazis?

—Quizá. En realidad, no lo sé, pero supongo que es parte del asunto.

—¿Parte de qué? —Su impaciencia aumentaba de una forma más ardiente y rápida que antes.

Lefevre puso el expediente de Nicolas sobre la mesa.

—Rommel está acabado. Von Arnim y sus asquerosas hordas nazis se rindieron; el mariscal Messe entregó lo que quedaba. Tenemos Túnez y Bizerta. Nuestra labor en el norte de África, aunque ciertamente no ha terminado, cambió de enfoque. —Hizo una pausa —. Por lo tanto, las personas que se han distinguido durante el servicio serán reasignadas.

—¿Qué significa eso?

—Significa que presenté su nombre como uno de los oficiales que cumple con las cualidades que están buscando estos generales e individuos en particular. Significa que se marchará del norte de África.

—¿Qué? ¿Por qué? —preguntó Nicolas, horrorizado—. Tenemos un camino que nos lleva directamente al corazón de Italia…

—Se irá de aquí en breve, a finales de mes —lo interrumpió Lefevre—. Así que recoja sus cosas y prepárese.

—No abandonaré a mis hombres.

—Sus hombres ya están bajo el mando de personas muy competentes.

Nicolas mantuvo las manos a los costados solo gracias a un enorme esfuerzo de voluntad.

—No puede hacerme esto.

—Es cierto, no puedo, pero los generales sí. Y ya lo hicieron.

Nicolas se dio la vuelta y empezó a caminar de un lado a otro de la tienda, seguro de que si no se movía acabaría golpeando algo.

—¿Y a dónde iré?

—A Inglaterra.

Se detuvo, paralizado, mientras cada fibra de su cuerpo gritaba en rebeldía.

—No.

El capitán se apoyó de nuevo en la mesa, con la mirada endurecida y el rostro oscureciéndosele aún más bajo las quemaduras del sol y la suciedad incrustada en cada arruga.

—No era una pregunta, Navarre. Es una orden. —Su voz era fría e implacable.

—No hablo inglés.

—Es irrelevante. Acaba de decirme que sus sentimientos con respecto a los ingleses no importaban. ¿No era cierto?

Nicolas maldijo entre dientes.

—Trabajaré con los estadounidenses, pero no puedo trabajar con *les anglais*.

—¡No es una negociación, sargento! —ladró el capitán—. Rehúsese y las consecuencias serán funestas.

Nicolas cerró los ojos para recuperar compostura, luego los abrió de nuevo.

—¿Qué voy a hacer en Inglaterra?

—De nuevo, no lo sé. A decir verdad, tampoco deseo saberlo. Los hombres que me dieron las órdenes no son del tipo con los que uno quiera jugar ni a los que se deba desobedecer. —La expresión de Lefevre se suavizó—. No le estoy pidiendo que le agraden *les anglais*, sino que trabaje con ellos. Por el bien de Francia.

La lluvia parecía interminable en Londres.

A Nicolas le habían dicho mil veces que lo único que había en Londres era lluvia, por lo que el cielo gris plomizo y la llovizna rencorosa e incesante no lo sorprendieron.

Lo que sí le resultó impresionante fue el estado de completa destrucción en que encontró la ciudad, que parecía extenderse a donde sea que mirara. Filas de edificios destrozados desafiaban la lluvia, como una boca llena de dientes rotos. En algunos lugares, una casa u otra estructura podía estar intacta; mientras que, a su lado, solo quedaba un montón de madera ennegrecida y ladrillos dispersos. Lo que alguna vez fueron construcciones de imponente arquitectura ahora eran casas de muñecas en ruinas: habían perdido la fachada entera y, desde la calle, se podían ver las habitaciones maltratadas llenas de muebles desvencijados; sitios que alguna vez fueron el hogar de alguien. Parques que en otro tiempo, sin duda, habían estado adornados con flores, vegetación y bancas en las que uno podía sentarse a disfrutar la vista, ahora resguardaban baterías antiaéreas, rodeadas por imponentes muros de sacos de arena y atendidas por soldados equipados con cascos, que fumaban y esperaban el próximo ataque desde el cielo. Por todas partes, había restos de autobuses o quizá de tranvías aplastados terriblemente, medio sumergidos bajo los restos de las viviendas demolidas.

Nicolas no era ajeno a la devastación de la guerra. Había atestiguado la destrucción sistemática de puertos, depósitos y bases militares en todo el norte de África; sin embargo, el asolamiento constante de una ciudad del tamaño de Londres era diferente. Por donde caminaba, no había hangares, acorazados o fortalezas. Giró en círculo lentamente ahí donde estaba parado, con la lluvia escurriéndole por la espalda, y solo vio casas de civiles, tiendas y escuelas o lo que quedaba de ellas. Lo más desconcertante era la actitud indiferente y estoica de las personas que seguían ocupándose de sus asuntos en medio de la desolación, como si no la vieran.

Al final de la calle, un grupo de niños jugaba un partido de futbol; se veían tan impasibles a la lluvia como a las casas derrumbadas a ambos lados. Las mujeres, muchas con uniforme, otras con ropa de civil, caminaban apresuradamente por los costados de las calles,

evitando o pisando con destreza los escombros que encontraban en su camino. Algunos hombres, vestidos también con uniforme o de civiles, prestaban muy poca atención al entorno y entraban o salían de la lluvia con periódicos bajo el brazo o sobre la cabeza; lanzaban miradas de fastidio hacia las nubes, como si la llovizna fuera lo más molesto que hubiera caído del cielo. Las calles estaban llenas de coches y camiones militares; al parecer, todos tenían prisa de llegar a algún lugar mientras les alcanzara la gasolina.

—¿Usted cree que esto es lo que hubiera ocurrido en París si no nos hubiéramos rendido? —preguntó el silencioso teniente francés que había acompañado a Nicolas en el viaje de Túnez a Escocia y luego, por fin, a Inglaterra.

Como nunca había estado en París, Nicolas se abstuvo de responder; sin embargo, los estragos que había soportado la ciudad inglesa socavaba su determinación de despreciar a *les anglais*.

—Qué importa —respondió Nicolas y caminó hacia el norte, buscando la dirección que les habían dado en la estación de trenes—. Sigamos.

Los dos hombres rodearon Grosvenor Square y encontraron el edificio que buscaban en Duke Street. Nicolas se detuvo frente al inmueble, bastante anodino, y frunció el ceño. Era una construcción cuadrada de cuatro pisos con ladrillos color marrón amarillento, intercalada entre edificaciones similares; el tono del ladrillo variaba a lo largo de la banqueta. Cada piso tenía una fila de ventanas, aunque, algunas estaban tapiadas con tablas porque los vidrios se habían roto. Al parecer, la única entrada y salida era la puerta, algo maltratada, en el umbral del arco frente a ellos.

—¿Es aquí? —preguntó el teniente con ligera incredulidad—. ¿Aquí es la oficina de la Dirección General? ¿De las operaciones especiales de De Gaulle y la Francia Libre?

—Por lo menos, sigue en pie —comentó Nicolas—. Algo es algo.

Nicolas fue por delante. Los dos oficiales se agacharon bajo el arco de la puerta para entrar al edificio; al entrar, parpadearon para acostumbrarse a la penumbra. Lo que alcanzaban a ver del piso

principal era un laberinto de escritorios, poblado por hombres y mujeres que trabajaban con diligencia frente a máquinas de escribir o con gruesos archivos de documentos. Todo se veía un poco borroso por el velo azul grisáceo, que parecía colgar del techo, del humo de cigarro

—Caballeros. —Los recibió un hombre pequeño, de anteojos, con un traje y una boina elegantes. Nicolas supuso que era un uniforme francés, aunque era diferente a los que había visto en África—. ¿Nombres y motivo de su visita?

—Sargento Nicolas Navarre —respondió Nicolas—. Reportándome con el coronel Giroux.

—Teniente Charles Brunelle —añadió su compañero—. También reportándome con el coronel Giroux.

—Ah, sí, muy bien, muy bien. —El hombre de los anteojos se frotó las manos como si estuviera encantado por su presencia, pese a que se le veía preocupado—. Los estábamos esperando. Por favor, pasen. —Los guio por el piso principal—. ¿Puedo ofrecerles algo? Les ofrecería café, pero les aseguro que no quieren beber el líquido que se hace pasar por café en estos días. Tal vez haya té de ayer, pero…

—Yo estoy bien —lo interrumpió Nicolas. Brunelle también declinó el ofrecimiento.

—Muy bien, muy bien. —El hombrecito se detuvo y abrió una puerta; le hizo un gesto a Nicolas para que pasara—. Sargento Navarre, por favor, espere aquí. Un oficial vendrá en breve para darle informes y realizar su entrevista. Teniente, por favor, sígame.

Nicolas entró en la habitación que, en el pasado, tal vez fue una recámara o una pequeña sala. Las paredes estaban pintadas de un tono rosa descolorido y el piso era de roble, aunque estaba desnudo, desgastado y con marcas. No había muebles, con excepción de una mesa de madera que tenía una pata apoyada sobre una lata vacía para mantenerla recta. A un lado de la mesa, solo había una silla y, del otro lado, una fila de cuatro sillas diferentes. Unas pesadas cortinas oscuras cubrían la ventana; Nicolas no hizo ningún esfuerzo por mirar hacia afuera.

—Sargento Navarre. *Très bien.*

Nicolas volteó. Había entrado vigorosamente un hombre alto, uniformado, con arrugas profundas en el rostro y mechones de cabello blanco que salían de los costados de su cabeza como bolas de algodón. Tenía un espeso bigote blanco que le cubría casi toda la boca y un par de anteojos redondos que apenas se aferraban a la punta de su nariz; su expresión era de preocupación al igual que la del hombre que los había recibido. Llevaba un expediente en la mano, que dejó caer sobre la superficie de la mesa.

—Bienvenido a Inglaterra, sargento. Por favor, tome asiento. —Señaló la silla sola.

Nicolas hizo lo que le ordenaron.

—*Très bien, très bien.* Soy el coronel Maurice Giroux. Espero que su viaje desde Glasgow se haya desarrollado sin incidentes. —Un papel se resbaló de la carpeta e hizo un movimiento rápido para detenerlo.

—Solo estuvo lluvioso, señor.

—Ah, sí. Bueno, uno nunca se acostumbra del todo a esta lluvia incesante. —Abrió el expediente con movimientos rápidos y bruscos, luego sacó unas hojas impresas—. Ah, *très bien.* Las pruebas en Escocia salieron muy bien, ¿verdad?

Nicolas no estaba seguro de si era una pregunta o una afirmación, así que no respondió nada. Junto con una docena de oficiales franceses, lo habían sometido a varias pruebas psicológicas y físicas que, en varios momentos, fueron bastante exigentes, desconcertantes, desafiantes o enloquecedoras, pero siempre crípticas. Había respondido las preguntas con miradas inexpresivas o con una sola palabra. Ninguno de los aplicantes sabía por qué lo hacía o cuál era el objetivo. Al finalizar el proceso, a Nicolas simplemente le dieron una serie de órdenes y por eso estaba ahí.

—Veo que sirvió a bordo del Bretagne. —El coronel hizo un sonido de desagrado—. Qué asunto tan desagradable.

De nuevo, Nicolas no estaba seguro de que hubiera una pregunta en esa declaración, así que permaneció en silencio.

—Tiene todas las razones del mundo para odiar a *les anglais* ; sin embargo, aquí está. En Inglaterra.

Esta vez, había una pregunta clara.

—Haré lo que haya que hacer por Francia. —repitió lo que le había dicho a su capitán—. Como usted, señor —añadió.

El coronel gruñó y devolvió la mirada al expediente.

—Usted era ingeniero.

—Sí, señor.

—¿Qué tan capaz?

—¿Disculpe, señor?

—¿Qué tan capaz es como ingeniero? —Miró a Nicolas por encima de los anteojos—. Más adelante lo sabré de primera mano, pero una respuesta honesta me ahorrará tiempo ahora.

—Uno de los mejores.

—*Très bien*. —El coronel frunció el ceño ligeramente—. Sin embargo, el tamaño y el tipo de motores con los que trabajó en el Bretagne no será lo que encuentre en el lugar al que lo destinaremos.

Nicolas se inclinó hacia adelante, atento a la referencia del futuro por vaga que fuera.

—Comprendo.

—¿Está familiarizado con motores más pequeños? ¿Camiones, coches? Lo que sea.

—Sí.

—Esa habilidad es una fortuna. Será una ventaja. —Sacó una pluma del bolsillo delantero de su uniforme e hizo una anotación—. ¿Qué me dice del idioma alemán? ¿Lo habla?

—Un poco.

—Mmm… Lo remediaremos. —Marcó el resto de la página con la pluma violentamente, como si tachara elementos de una lista de compras—. Pasó mucho tiempo en África y combatió como soldado. También, obtuvo muchos reconocimientos. —Volvió a alzar la mirada —. Algo irregular, ¿no le parece? Para un hombre de la Marina

Nicolas se encogió de hombros.

—Llegué ahí después de Mazalquivir. Fui a donde pudiera contribuir.

—Jum… Muchos dirían que ser soldado fue retroceder con respecto a haber sido un ingeniero naval. Un desperdicio de su habilidad.

—Supongo que muchos lo dirían, sí. —Nicolas se recargó en la silla y metió las manos en los bolsillos; sus dedos se encontraron con la calidez y familiaridad del encendedor—. Pero tiene mi expediente enfrente, así que puede determinar por sí mismo si fue un desperdicio o no.

El coronel lo observó un momento, tenía una mirada preocupada y ligeramente dispersa que se agudizó al enfocarse. Después, bajó los ojos y siguió leyendo el expediente. Tras la puerta, se escuchaba el golpeteo de las máquinas de escribir, compitiendo con el sonido de las voces y el estrépito de pies que iban rápido de un lado a otro. Desde el otro lado de la cortina que cubría la ventana, llegó el ruido insistente del claxon de un vehículo.

—Jedburgh —dijo finalmente el coronel.

—¿Perdón?

—El nombre clave de la operación a la que se unirá es Jedburgh. Los oficiales ya reclutados han empezado a llamarse a sí mismos *jeds*. —Cerró el expediente y miró a Nicolas—. Es una operación conjunta con la OSS estadounidense y la SOE británica. Primero, regresará a Escocia para recibir más entrenamiento.

Nicolas no mencionó que acababa de llegar de Escocia.

—¿Entrenamiento para qué, señor? —preguntó en cambio.

—La operación consiste en que tropas con entrenamiento especializado se inserten detrás de las líneas enemigas: Bélgica, Países Bajos. —Hizo una pausa—. Francia.

Nicolas se quedó inmóvil.

—Recibirá entrenamiento en paracaidismo, operación de radios, codificación, explosivos, armas pequeñas, sabotaje, habilidades de espionaje, navegación y armamento, entre otras cosas. También, algo de idiomas, aunque es posible que, por su francés, sea candidato para alguna misión en Francia. Su objetivo será ayudar al avance de las fuerzas Aliadas, trabajando con partisanos y facciones de las

resistencias locales; además de coordinar entregas de armas y suministros en paracaídas para estos grupos, siempre que sea posible. En resumen, su misión será atacar y destruir el Tercer Reich desde dentro por todos los medios posibles.

Nicolas se tomó un momento para analizar la información.

—¿El avance de las fuerzas Aliadas?

—Muy pronto tendremos tropas nuevamente en los países ocupados —explicó el coronel con brusquedad—. No sé exactamente cuándo ni cómo, pero pronto. Y, cuando eso ocurra, los equipos Jedburgh ya deberán estar ahí, dispuestos a ayudar y con la capacidad para hacerlo.

—Entendido. —La posibilidad de volver a casa, de llevar la lucha a suelo francés, era demasiado fantástica para ser verdad. Después de años de pelear en diferentes rincones de la Tierra, contra un enemigo que parecía haberlo infestado todo, había una posibilidad de regresar a casa.

El coronel recuperó la mirada de preocupación, como si hubiera dicho todo lo que tenía que decir y estuviera pensando ya en la siguiente tarea.

—*Très bien*. Un comité de oficiales desea realizarle una serie de entrevistas antes de que regrese a Escocia. —Miró las sillas vacías a su lado como si esperara a que esos hombres se materializaran por arte de magia.

Nicolas se preguntó para qué serviría otra ronda de entrevistas, pero no dijo nada, simplemente asintió.

—Mientras tanto, será promovido a capitán.

—¿Señor? —Nicolas sintió que se le aflojaba la mandíbula.

—Necesitamos que los guerrilleros maquis lo respeten tanto a usted como a las habilidades que posee y, según nuestra experiencia, la mejor manera de hacerlo es asegurándonos de que tenga un rango que les llame la atención. ¿Tiene algún problema?

—No, señor.

—Excelente. Por último, tendrá que deshacerse de su nombre. Nicolas Navarre no puede regresar a Francia ni a ningún otro lugar.

Necesitamos que no haya ninguna conexión identificable con lugares, familiares o servicios que haya brindado en el pasado. Se le proporcionarán nuevos documentos y papeles. Puede darnos un nombre de guerra de su elección o podemos proporcionarle uno nosotros. No me importa cuál sea, pero necesita reinventarse. Su nombre actual se borrará de nuestros registros para que no haya posibilidad de rastrearlo. —Tomó su pluma e hizo una pausa con la punta sobre el papel—. ¿Tiene algo en mente, capitán?

Nicolas parpadeó cuando escuchó por primera vez su nuevo rango y empezó a negar con la cabeza.

—No…

Se detuvo a pensar y recordó la última vez que alguien lo había llamado por un nombre que no fuera el suyo. Había habido una vez una chica que caminó junto a él desde Ruan hasta un jardín abandonado, donde se sentó a su lado bajo un ángel de piedra y le enseñó a forjar cigarros con tabaco robado. Incluso donde estaba ahora, todavía podía ver la lata azul y dorada en su mano, recordar la primera calada de las hojas ahumadas y leñosas en su boca, sentir el calor del sol en su rostro, así como la suave firmeza del tacto de la chica sobre su piel.

—Thomas —murmuró Nicolas—. Thomas Phillipe.

El coronel se inclinó e hizo una anotación en el archivo; se escuchó el rasguido de la pluma en el silencio.

—Muy bien, capitán Phillipe. —Recogió los papeles esparcidos por la mesa y se puso de pie—. En breve, partirá hacia el norte. *Bonne chance.*

12

Stasia

Ámsterdam, Países Bajos
1 de junio de 1943

Stasia pedaleaba hacia el noreste por el borde del canal y rezaba por que la suerte estuviera de su lado una vez más. Respiraba hondo y mantenía un ritmo constante mientras conducía su bicicleta por las calles. Cada vez que alzaba la rodilla, sentía en los muslos el peso de las pistolas que llevaba ocultas en los bolsillos profundos que había cosido a su suéter largo y grueso, como si fueran unas anclas. El paquete de documentos de identidad falsificados que llevaba bajo la cintura de sus pantalones se sentía como un ladrillo contra su cuerpo. No importaba cuántas veces lo hubiera hecho ya, aún tenía la idea irracional de que cualquier persona que la viera sospecharía que llevaba cosas de contrabando, como si trajera un letrero colgado alrededor del cuello.

Sin embargo, nadie la había descubierto todavía. Ni la policía que merodeaba por las calles y la observaba al pasar; ni los agresivos conductores nazis que se ensañaban con los cláxones de sus horrendos coches negros para despejar las calles y avanzar rugiendo los motores; ni los arrogantes soldados en los puestos de control, que revisaban sus documentos y luego veían sus pechos, aunque no siempre en ese orden. Cada una de esas veces, Stasia ocultó su repulsión y odio detrás de un rostro inexpresivo o una sonrisa ausente para que ni los nazis ni sus aliados tuvieran motivos para revisarla con mayor atención.

Del otro lado del canal, la aguja de la iglesia Westerkerk se alzaba desafiante hacia una rumazón que se aglomeraba de forma ominosa sobre los tejados. Stasia no dejo de pedalear, observando con cuidado

las calles a su izquierda. Un minuto más adelante giró en una esquina, en dirección al oeste, y se inclinó para hacerle frente al viento, que ahora soplaba en su contra. A lo lejos, retumbó un trueno, largo y bajo, declarando sus intenciones.

Las calles ahí eran más estrechas. Los edificios de ladrillo componían una sola pared de cuatro pisos a cada lado del camino, con filas de ventanas que miraban fijamente a sus vecinos. Stasia volteó a ver a Margot, quien la seguía en su propia bicicleta. Ella también llevaba bajo su ropa un par de pistolas voluminosas y varios documentos falsificados cuyo destino era serle de utilidad a la Resistencia. En apariencia, se veían como dos estudiantes que iban de regreso a casa.

—Aquí sigo —dijo Margot, jadeando, con las mejillas sonrojadas por el viento y el esfuerzo.

No estaban lejos de su destino y, si tenían suerte, evitarían tanto a la policía como la lluvia. Las dos mujeres siguieron pedaleando, abriéndose paso entre los peatones; muchos miraban con ansiedad cómo se oscurecía el cielo, otros arrastraban los pies con prisa detrás de carretillas de compras. Sobre su cabeza, las ventanas de los pisos superiores de los edificios se cerraban para proteger el interior de las inclemencias del clima. Los dueños de las tiendas miraban desde sus puertas y las madres apresuraban a sus hijos.

Stasia escuchó un motor y lo confundió con un trueno al principio; sin embargo, el ruido no se desvaneció, sino que aumentó y, cuando se dio cuenta de su error, un camión ya estaba casi encima de ella. Creyó oír que Margot le gritaba algo, luego un enorme camión militar pasó a su lado y casi la tiró de la bicicleta. Se hizo a un lado; sus llantas temblaron sobre los adoquines y, con trabajo, logró evitar a una mujer que iba corriendo en la dirección contraria. Se detuvo torpe y dolorosamente contra la pared de ladrillos de un café. Bajó de su bicicleta, medio cayéndose y medio saltando, pero consiguió mantenerse en pie. Un segundo camión pasó haciendo un estruendo y echando humo.

Agitada, se volvió hacia Margot. Su amiga había sido más rápida que ella y ya estaba acercándosele, empujando su bicicleta por la

banqueta al lado de los escaparates.

—¿Estás bien? —jadeó Margot, apoyando su bicicleta contra la pared del café.

—Estoy bien —respondió Stasia y se frotó el brazo haciendo una mueca.

Su suéter no se había roto, pero sentía el codo y el antebrazo adoloridos, seguramente tendría un moretón en la noche. Pensó que se merecía tenerlo como un recordatorio de que debía poner más atención. Los camiones como esos llevaban policías, lo que significaba peligro; la falta de atención de Stasia era imperdonable. El primer camión, de color gris verdoso oscuro, ya había desaparecido doblando en una esquina, pero el segundo se detuvo con un alarido de los frenos en medio de la estrecha calle, pasando el café, enfrente de un edificio alto de ladrillos rojos.

«Otra redada», pensó Stasia con una creciente furia de impotencia y el pulso acelerado. Otra redada de civiles judíos, denunciados por aquellos a los que alguna vez llamaron *vecinos*. Transportaban a las familias masivamente a Drente para internarlas en Westerbork y luego mandarlas a quién sabe dónde. Las deportaciones se estaban volviendo tan regulares que Stasia estaba desesperada. Sacaban a rastras de las casas a familias enteras, las arrojaban en camiones y autobuses que enviaban al este y nadie volvía a saber de ellas nunca más. En cambio, extraían el contenido de sus hogares con mucho más cuidado, lo ponían en vehículos y lo enviaban al sur; igualmente, nadie volvía a saber de él nunca más.

Stasia consideró que no importaba a cuántos niños aterrados escoltara y ayudara a esconder, cuántas armas entregara, cuántos documentos falsificados transportara, cuánta munición distribuyera, no estaba haciendo lo suficiente. Nada de lo que estaba haciendo era suficiente.

A su alrededor, los civiles que quedaban comenzaron a dispersarse, entraron a los edificios o se alejaron lo más rápido que pudieron en la dirección opuesta; sabían que la llegada de la policía neerlandesa significaba problemas.

—Bastardos traidores —susurró Stasia al tiempo que la parte trasera del camión se abría.

Sin embargo, no salió la policía de saco azul marino. Los hombres que salieron de la parte trasera del camión golpeaban el suelo con sus botas negras con la contundencia de un disparo. Iban vestidos de gris nazi, con las barras de las SS bien visibles en el cuello negro, igual que en los rifles que cada uno llevaba colgando sobre los hombros. Un oficial bajó del otro lado del vehículo, caminó casualmente y observó que todos sus hombres entraran al edificio. Encendió un cigarro y se apoyó en la esquina del camión como si esperara un tren que se hubiera retrasado.

El miedo impregnó la ira de Stasia, frágil, helada y del todo amenazante.

—¿Qué hacemos?

—Tenemos que meternos a algún lado —susurró Margot empujando a Stasia hacia la entrada del café—. Ya.

—Tal vez deberíamos regresarnos. Alejarnos más.

—No hay ningún lugar que esté lo suficientemente lejos. —Margot apenas había terminado de hablar cuando el oficial nazi se paró a mitad de la calle, miró el cielo plomizo y después su reloj, parecía como si estuviera considerando cuánto tiempo tenía antes de que empezara a llover. Luego, miró hacia ambos lados de la calle desierta; Stasia empujó a Margot dentro del café antes de que pudieran ser objeto de escrutinio.

Adentro no había nadie, salvo una anciana con un trapo de cocina sobre un hombro encorvado y un pañuelo sobre el cabello blanco. Una silla caída y cuatro tazas abandonadas en una mesita redonda eran la prueba de que algunos clientes habían huido por la puerta trasera hacia algún lugar. Stasia guardó ese detalle en su memoria. Tanto ella como Margot se pegaron a la pared para mirar por la ventana sin ser vistas.

La mujer, seguramente la dueña del café, farfulló en voz baja una letanía de palabras indescifrables que sonaban como una mezcla

entre una oración y una sarta de maldiciones. Miraba con temor a Stasia y la ventana, que enmarcaba a los soldados de afuera.

—¿Por qué vinieron aquí los soldados? —le preguntó Stasia—. ¿Qué están haciendo? ¿Sabe algo?

La anciana retorció las manos en el delantal y negó con la cabeza, porque no quería o no podía responder. Se fue caminando hacia atrás y desapareció en algún lugar del fondo.

Stasia extendió la mano y agarró a Margot del brazo.

—Tenemos documentos —le recordó Margot en voz baja. Ninguna de las dos sabía quién podía estar escuchando en la parte trasera del café o qué lealtades podían tener—. Bueno. Si sucediera lo peor, todo saldría bien. Estaríamos bien —comentó con una tranquilidad anormal.

Sin embargo, Stasia ya estaba pensando en dónde esconder las armas y los documentos falsificados si los soldados allanaban el café y registraban a sus ocupantes. Porque nada saldría bien si las atrapaban con eso encima. Al contrario, las arrestarían y encarcelarían, probablemente, junto con la dueña del café en el que estaban. Las torturarían hasta que confesaran los nombres de las personas con las que trabajaban o hasta que murieran, lo que ocurriera primero.

No, nada saldría bien. Ambas lo sabían.

Pero una cosa a la vez.

Stasia asintió y se recargó contra la pared. De pronto, un grito, seguido de un disparo, las hizo saltar. Luego hubo otro disparo y, en algún lugar, ruido de cristales rotos; enseguida, escucharon un coro de quejidos y gritos desesperados.

El oficial nazi, que seguía esperando en la calle, parecía imperturbable ante los ruidos; se limitó a caminar hacia el centro de la calle desierta con las manos extendidas como si estuviera suplicando.

—Ciudadanos de Ámsterdam. —Su voz gutural se escuchó a través de la ventana que seguía abierta a la brisa—. Estoy aquí para recordarles que nosotros no somos sus enemigos. Que deseamos una colaboración pacífica con este país; no obstante, entre ustedes hay personas que se niegan a entenderlo, pues atacan activamente a los

miembros trabajadores del Reich con violencia y muerte. —Dejó caer las manos—. Y eso, queridos ciudadanos, no lo toleraremos.

En cuanto terminó de hablar, apareció el primer soldado, seguido rápidamente por el resto; cada uno iba arrastrando a un civil. Eran diez civiles, todos hombres, y la mayoría eran ancianos encorvados por la edad, aunque los últimos tres eran solo unos niños, de no más de trece o catorce años. Tres de los hombres iban discutiendo a gritos y uno de los chicos lloraba. El resto del grupo mostraba expresiones de resignación o de odio.

—El *Generalkommisar fur Sicherheitswesen* dejó bien claro cuál era la pena por atacar a un miembro del partido nazi —continuó el oficial en la calle—. Sin embargo, las acciones viles e imperdonables de sus cobardes compatriotas no nos dejan otra opción que impartir justicia y castigar a la población. No puede haber otra respuesta.

—No —susurró Margot con voz ronca.

Stasia observó cómo los soldados empujaron a los prisioneros contra la pared del edificio y retrocedieron. Sintió un nauseabundo horror que le nublo la visión antes de que se aclarara de nuevo. No iban a arrestar, deportar ni encarcelar a esos hombres, a esos niños. No los iban a transportar en el camión que estaba parado junto a la acera. No quería ver, pero tampoco podía apartar la vista.

El oficial nazi tiró a la calle el cigarro a medio fumar y sacó su pistola; le dio vueltas de un lado a otro en sus manos enguantadas, como si la estuviera admirando. Les dijo algo a los hombres alineados contra la pared y los soldados se rieron. En algún lugar, una mujer gemía.

De repente, el prisionero del extremo más cercano al café salió corriendo y cruzó la calle en su dirección. No podía tener más de catorce años. Desde donde estaba parada, Stasia pudo ver el terror y la desesperación que había en su gesto. El oficial apuntó con la pistola al niño que huía y le disparó como si nada. El chico cayó al suelo, con los brazos a los lados, como un muñeco de trapo.

Margot se estremeció, se dio la vuelta y se tiró al suelo, llorando en silencio. Stasia no apartó la mirada.

El soldado que estaba más cerca del oficial, con el pelo engomado peinado hacia atrás y reluciente incluso bajo la tenue luz de la tarde, se acercó al niño y lo pateó. El niño se sacudió y extendió una mano hacia el nazi, tal vez pidiéndole ayuda o piedad. Aparentemente, al soldado le pareció divertido. Se agachó, como para hablar con él, pero solo le hizo una mueca de desprecio con su cara redonda y roja. Se deslizó el rifle del hombro y, con el cañón, golpeó al niño una vez, luego otra y después se enderezó. Dijo algo que Stasia no alcanzó a escuchar, pero que hizo reír a sus compañeros, antes de levantar el rifle y dispararle al niño.

Stasia temblaba al deslizar la mano en el bolsillo de su suéter hasta que sintió la silueta familiar de una de las pistolas que llevaba ocultas. Ambas armas eran unas viejas Webley Mark IV inglesas del calibre más pequeño y con cicatrices de batalla. Cerró los dedos alrededor de la empuñadura y la sacó a la luz. El mismo revólver que su abuelo le había puesto en las manos cuando era adolescente. La misma pistola que había manejado con destreza durante una década. La misma arma que ahora se imaginaba podía silenciar la risa del nazi, que hacía eco en la calle vacía. Sin pensarlo, dio un paso hacia la puerta del café.

—No. —Margot estaba de rodillas y agarró a Stasia de la manga—. Lo que sea que tengas en mente, no lo hagas.

—Tengo que hacer algo. —Se zafó de Margot; tenía la respiración agitada, como si le faltara el aire.

Afuera, el soldado rubio ya se había vuelto a reunir con los demás, que estaban acomodados en una línea frente a los prisioneros mientras el oficial los observaba. Ahora, cada uno apuntaba con su rifle.

—No puedo verte morir a ti también —susurró Margot—. No puedes detenerlos.

—Por lo menos puedo matar a tres. —Tal vez a cuatro gracias al elemento sorpresa y a las seis balas de cada pistola que había cargado antes de salir.

—Pero no podrás matarlos a todos antes de que te maten a ti. —Margot la miró suplicante.

—Quizá valga la pena.

—No digas eso. —Margot tenía las manos en la pistola, empujándola hacia abajo.

Uno de los prisioneros ancianos que estaba contra la pared empezó a cantar el himno nacional neerlandés; la letra de *Het Wilhelmus* resonó con rebeldía en el silencio. Otro prisionero se le unió y luego otro más. Stasia sujetó la pistola con más fuerza.

—Por favor, no lo hagas. No te mueras, Stasia. Eres la única familia que me queda. No me dejes tú también.

En el fondo, Stasia sabía que Margot tenía razón. Esa docena de soldados nazis acribillaría su cuerpo a balazos y su amiga tendría que verla morir; luego, matarían a los prisioneros y quién sabe a cuántos más en represalia. Pero ella haría que los primeros disparos valieran la pena…

Una descarga de disparos amortiguados atravesó el aire; una serie de estallidos y crujidos pusieron a Stasia de rodillas junto a Margot. Un grito de angustia e impotencia se le atoró en la garganta y apretó los ojos con fuerza. Cerró la mano en un puño y golpeó el suelo bajo su cuerpo; le dio la bienvenida al dolor que sintió que aminoraba la pena que la sofocaba.

Se dio cuenta de que unas manos la tomaban de los hombros; era Margot a su lado.

—Lo siento —dijo Stasia entre lágrimas—. Lo siento, lo siento. —Sentía no haber podido impedir la muerte de esos inocentes. Sentía no haber podido detener las atrocidades que ya no ocurrían entre las sombras ni en la oscuridad, sino a plena luz del día mientras la ciudad miraba o apartaba la mirada.

—Prométeme que no te vas a morir —le pidió Margot a Stasia en un susurro. Entrelazó los dedos con los de ella y los apretó con fuerza.

—Prométemelo tú —replicó Stasia.

—Te lo prometo.

—¿Qué hacemos? —Stasia se recargó contra la pared y se acurrucó sobre sí misma—. ¿Ahora qué hacemos? —Apoyó la frente sobre sus rodillas.

—Tenemos que seguir adelante —respondió Margot. Palabras que parecían simples, pero que no lo era. Más bien, se sentían imposibles —. Tenemos que terminar lo que empezamos.

—No puedo.

—Sí puedes y es lo que vamos a hacer.

—Pero los soldados…

—Se están yendo.

Afuera, la calle estaba sumida en un silencio inquietante. Después, el motor del camión volvió a la vida con un rugido y el sonido del motor se desvaneció a medida que el vehículo se alejaba por la calle, tosiendo y zarandeándose. Con calma, Stasia y Margot se ayudaron a levantarse. Stasia devolvió la pistola a su bolsillo. Sin decir una palabra, salieron del café y recuperaron sus bicicletas. A Stasia le temblaban tanto las manos que tuvo que intentarlo dos veces antes de conseguir separar su bicicleta de la pared.

El cuerpo del niño yacía a media calle con los ojos sin vida fijos en las nubes turbias. Se oían gritos débiles, lúgubres y desolados. Stasia tenía la garganta irritada y el pecho contraído; además, sentía que la cabeza le punzaba, pero se esforzó por moverse. Se obligó a poner un pie delante del otro y a subirse a su bicicleta. Todavía tenía que entregar las armas. Armas que, algún día, con suficientes manos, podrían rebelarse para que lo que acababa de presenciar no volviera a suceder jamás.

No miró hacia atrás para ver si Margot la seguía; sin embargo, sí miró los ladrillos manchados de sangre del edificio. Vio las figuras sin vida de los hombres que habían caído de lado en un esfuerzo vano por proteger a los más pequeños que yacían junto a ellos; sus pálidas extremidades estaban torcidas y su ropa ondeaba al viento como un montón de trapos. Lo grabó en su memoria para no olvidar jamás lo que había ocurrido; luego, enfocó la mirada en el camino que tenía enfrente.

Cuando Stasia llegó al otro extremo de la calle, se dio cuenta de que estaba sujetando el manubrio con demasiada fuerza, intentando calmar el temblor de sus manos que todavía no disminuía. Se dio ánimos a sí misma, diciéndose que ya no estaba lejos del sitio al que

iba y trajo a su mente la imagen de la casa. Su destino era una construcción baja que le parecía un apéndice, agregado tardíamente, al extremo de una elegante fila de edificios altos. Desde el frente, la silueta del tejado se alzaba y ondulaba, adornada con fantasiosas ménsulas talladas bajo los aleros, como si pudiera compensar su falta de altura con su elegancia. Frank las estaría esperando en el jardín trasero de la casa, como siempre; con una pipa apagada entre los dientes, como siempre; y con el sombrero calado hasta las cejas y un abrigo demasiado grande, como siempre. Él recibiría las armas y las escondería en el sótano, donde se había cavado un agujero profundo y oculto con perspicacia; era lo suficientemente grande para el contrabando o para que, ocasionalmente, alguna persona lo ocupara. Stasia se concentró en esas certezas con las que podía contar; certezas a las que podía aferrarse y que la ayudarían a seguir adelante hasta que tuviera tiempo para llorar lo que había presenciado.

La temperatura había bajado; la sensación de dedos helados que precedía a la tormenta serpenteaban por la calle y contra la piel de Stasia. Se estremeció cuando una gota de lluvia, fría y pesada, cayó sobre su mejilla. Resonó un trueno, más cerca esta vez, así que aceleró el ritmo mientras doblaba en la última esquina. Al hacerlo, se quedó horrorizada.

El mismo camión de hacía un rato estaba estacionado en el lado norte del camino, entre Stasia y la casa de seguridad al final de la calle. Esta vez, el camión no estaba en marcha, sino estacionado, como si planeara estar ahí durante un tiempo. Por un momento, sus pies se quedaron paralizados sobre los pedales mientras sentía una pavorosa indecisión. ¿Debía parar? ¿Ir más rápido? ¿Darse la vuelta? Cada escenario pasó por su cabeza en una tremenda confusión; para cuando se liberó de su aturdimiento, descubrió que la decisión ya había sido tomada mientras pasaba junto al camión.

El mismo oficial nazi había encendido otro cigarro y estaba apoyado en el camión como lo había hecho antes. Sacudió la ceniza y la vio volar al viento como si fueran semillas de diente de león. No había señales de los soldados, lo que solo podía significar una cosa.

Una nueva ola de miedo corrió por sus venas, porque si no estaban en el camión o en la calle…

Un trueno ahogó el ruido de un grito y el sonido de algo quebrándose. Cayeron más gotas de lluvia sobre la piel expuesta de Stasia. El inconfundible sonido de un disparo resonó en el aire. Los nazis estaban ahí, cazando una nueva ronda de presas en nombre de la justicia, entrando a la fuerza en los hogares de personas cuyo único crimen era tener humanidad. Una ventana explotó, esparciendo cristales entre las gotas de lluvia, y un cuerpo cayó con un golpe sordo y nauseabundo.

Ahora Stasia pedaleaba con furor. El terror circulaba por sus venas y sabía exactamente lo expuestas que estaban en la calle. La distintiva línea del techo de la casa de seguridad estaba justo enfrente, ya era visible, aunque Stasia se preguntaba si todavía tenía alguna certeza y por cuánto tiempo más. El compartimiento secreto del sótano podía ser un buen refugio; tal vez ella y Margot pudieran esconderse ahí. Si las atrapaban y registraban en la calle, todas las cosas horribles que les habían advertido se convertirían en realidad. Interrogatorios y tortura. Deportación y prisión o quizá solo la ejecución. La muerte llegaría rápida o lentamente, pero sería inevitable. En ese momento, Stasia tenía unos segundos para decidir qué…

Un grito partió el aire de tal forma que hizo que a Stasia se le erizaran los vellos de los brazos. Una joven salió corriendo por la puerta del edificio que estaba al lado de la casa de seguridad y sus pies se separaron del suelo cuando alguien la jaló del pelo por detrás. Fue un hombre de uniforme gris, con el cabello rubio relamido y una cara redonda y sonrojada. Reía mientras empujaba a la chica hacia la calle, donde cayó bocabajo. Stasia viró con desesperación, pero su llanta delantera se atoró en un adoquín y salió volando; aterrizó con fuerza, raspándose las palmas y las muñecas, y, al caer, se quedó sin aire.

Fue vagamente consciente de que algo pasó rápido frente a ella mientras intentaba levantarse, apoyándose en sus manos y rodillas; tardó un largo momento en comprender que había sido Margot en su bicicleta. Su amiga pedaleaba con inmensa furia hacia donde yacía la joven a media calle; hacia donde el soldado nazi, parado junto a ella

con una bota sobre su nuca, levantaba el vestido de la joven aterrorizada por encima del trasero con el cañón del rifle.

Margot estaba buscando algo en su bolsillo y Stasia comprendió muy tarde lo que su amiga pretendía hacer. Demasiado tarde. Stasia abrió la boca para gritar, pero no sintió que produjera ningún sonido. Era demasiado tarde para hacer cualquier otra cosa, excepto observar cómo el ruborizado soldado alzaba la vista para encontrarse con una mujer furiosa en bicicleta, la cual soltó un alarido de rabia desde la garganta mientras se abalanzaba sobre él con la ira de mil valquirias. Su sorpresa rápidamente se convirtió en diversión y, con un movimiento fluido, levantó el rifle y apretó el gatillo.

Stasia no oyó el disparo, no oyó nada por encima del rugido ensordecedor de sus oídos. Lo único que vio fue a Margot desplomarse del asiento y caer en una posición extraña al lado del camino, mientras que su bicicleta se estrellaba a su lado. El soldado hizo un gesto de arrogancia y volvió a colgarse el rifle en el hombro; luego, se agachó, agarró a la joven del pelo y la regresó al edificio a rastras.

Stasia se tambaleó hacia Margot, medio gateando, medio corriendo, hasta que llegó a donde estaba; todo el tiempo sintió como si estuviera atrapada en una horrible pesadilla en la que el tiempo se hacía más lento y sus sentidos se extinguían. Sujetó a Margot por los hombros, con unas manos entumecidas, y la volteó. Los hermosos ojos azul mar de Margot seguían abiertos, pero ya no veían nada. Tenía una sola herida de bala en el cuello, justo debajo de la mandíbula, de la que emanaba sangre; los hilos rojos se acumulaban en su cabello rubio miel y la lluvia los diluía en una corriente rosada.

—Me lo prometiste —jadeó Stasia con la garganta en carne viva—. Me prometiste que no te ibas a morir. —Abrazó a su amiga contra su pecho y la meció mientras escuchaba que alguien balbuceaba y sollozaba incoherencias durante un buen rato antes de darse cuenta de que era ella misma.

Apoyó la frente contra la de Margot, esforzándose por recuperar el aliento. Por recuperar el control. El rugido de sus oídos cesó abruptamente y los sonidos del entorno volvieron a filtrarse en su

conciencia. La rueda de una bicicleta que seguía girando con impotencia. La percusión de las gotas de lluvia sobre un toldo de lona. El suave chasquido de una ventana al cerrarse.

También fue consciente del vacío dentro de ella; ese vacío que Margot había tratado de evitar que se llenara con ira y odio, pero que ahora se inundaba de una rabia oscura y cristalina, impresionante en su fuerza e intensidad. Se desbordaba, corría por sus venas, mitigando los restos de dolor y solo dejaba a su paso un poder de concentración abrasador y potente. Los sonidos se hicieron más fuertes, su entorno se volvió mucho más nítido. Lentamente, Stasia alzó la cabeza.

De la puerta de la casa, salió un grito trastornado que resonó entre la lluvia, seguido por el agudo llanto de un bebé. El llanto se elevó antes de detenerse abruptamente y el silencio que le siguió fue tan absoluto que se sintió aterrador. Un segundo después, reverberó en el aire un tipo de grito diferente, más de angustia que de terror.

Stasia recuperó las armas de los bolsillos de Margot con unas manos que se movían por voluntad propia y las metió debajo de su cinturón, cubriéndolas con el suéter. El paquete de documentos que cargaba su amiga se unió al de Stasia, lo que hizo que se abultara el frente de su blusa, pero ya no le importaba.

—Volveré por ti —le susurró a Margot mientras la acostaba en el suelo con mucho cuidado—. Pero ahora mismo tengo algo que hacer.

Se levantó y caminó hacia la puerta por donde el soldado había arrastrado a la joven. Justo frente a la entrada, encontró las escaleras que conducían a los pisos superiores; sin embargo, decidió seguir los sollozos y jadeos histéricos que llegaban a través de la puerta abierta directamente a su derecha. Entró al departamento y se encontró en un pasillo largo y estrecho. Continuó avanzando hasta que llegó a una especie de cocina y se asomó desde un rincón.

Dos cuerpos, un hombre y una mujer, yacían en el suelo cerca de sus pies, entre un mar de cerámica rota y sillas caídas. Los dos tenían heridas de balas. Un charco de sangre se extendía despacio por el suelo desgastado debajo de ellos, cubriendo poco a poco los escombros de un rojo oscuro. El hombre todavía llevaba los anteojos

perfectamente puestos sobre la nariz, aunque un cristal se había hecho añicos y parecía una telaraña traslúcida; también tenía las piernas torcidas como si hubiera corrido antes de caer. La mujer estaba bocabajo, con la falda y el delantal envueltos alrededor de las piernas y los brazos extendidos.

La joven de cabello largo y oscuro que el nazi había arrastrado de vuelta a la casa todavía estaba viva. La había liberado y estaba agazapada en un rincón cerca de una amplia chimenea de piedra, llorando incontrolablemente. El soldado rubio estaba parado de espaldas a Stasia, molestando a la joven con algo que tenía en las manos. Le tomó un momento comprender qué era. El tipo estaba columpiando de los pies a un bebé de no más de un mes, muerto, frente a la joven. Tenía la cabeza deforme y le escurría sangre del cuero cabelludo. Sobre la piedra encalada de la chimenea, una violenta salpicadura de color rojo brillante le indicó a Stasia exactamente lo que el nazi había hecho.

Stasia caminó hacia el soldado, sobre los cuerpos, con la mirada fija en la nuca. Desde el rincón, la chica la miró con el rostro tan pálido como una luna contra el cielo oscuro. El soldado se volvió y su risueña expresión fue reemplazada por confusión o quizá incredulidad. No importaba porque un segundo después su cabeza cayó hacia atrás y se derrumbó lentamente en el suelo, como una marioneta a la que le han cortado lo hilos. Stasia lo siguió con la mirada, junto con el cañón de la Webley que tenía en la mano. Una mano que ya no temblaba. Una mano firme y segura mientras amartillaba el arma y le disparaba al soldado por segunda vez.

La joven había dejado de llorar. Stasia miró alrededor: notó que una tetera silbaba sobre la estufa y que había unos chícharos, esparcidos sobre la barra, que alguien había empezado a pelar. Pensó, de forma bastante inconexa, que era extraño que se percatara de ese par de cosas. Se acercó a la estufa y quitó la tetera del fuego.

—Dios mío, ¿qué hiciste? —preguntó alguien desde la puerta.

Stasia volteó. Por muy improbable que fuera, Frank estaba en la cocina.

—Ya estaba hirviendo —le respondió y apagó la estufa—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Son mis vecinos. Traté… Traté de ayudarlos, pero llegué demasiado tarde. —Miraba fijamente al soldado muerto—. Tú lo mataste.

Stasia bajó la mirada hacia la Webley que todavía tenía en la mano. Qué raro. No se acordaba de haberla sacado de su bolsillo, lo que no tenía sentido porque en definitiva recordaba haberla usado para dispararle al soldado nazi.

—Sí. Él mató a Margot.

El rostro de Frank se descompuso por un momento antes de recuperarse.

—Lo sé. Lo vi. Lo siento.

—Y mató a un bebé, Frank. A un bebé.

Parecía que Frank iba a vomitar.

—No, no —murmuró en voz baja mientras caminaba alrededor de la pareja muerta y se agachaba junto al nazi. Lo apartó y pudo ver el pequeño cadáver del bebé—. Dios santo.

—Se volvió, tapándose la boca con la mano.

La joven se mecía en el rincón, hecha un ovillo diminuto; su llanto se oía apagado. Frank se levantó y fue rápido hacia ella, tratando de tranquilizarla mientras se agachaba a su lado.

—Ven, Brigit. Tienes que levantarte. No tenemos mucho tiempo. —Levantó a la chica, pero mantuvo su cara apretada contra su cuerpo, como si quisiera protegerla de la carnicería que había ocurrido en la habitación.

Stasia desvió la mirada de su gesto de amabilidad, inútil y tardío.

—Ve a mi casa —le dijo rápida y entrecortadamente—. Esther te va a esconder, ¿sí? No te van a encontrar ahí, aunque vayan a buscar.

«Cuando vayan a buscar», corrigió Stasia en su mente.

Frank se separó de la joven para verla.

—No te vayas hasta que venga por ti. Sal por la parte de atrás y atraviesa el patio. ¿Entiendes? —preguntó de nuevo con urgencia.

La chica a la que había llamado Brigit tenía los ojos hinchados por el llanto y parecía que iba a colapsar en cualquier momento, pero

asintió.

—Bien. Rápido.

Brigit corrió.

—Conocías a esta familia. —Stasia se apoyó en la barra cerca de los chícharos; sentía un extraño desapego de la realidad.

Frank estaba gris.

—Desde que Brigit tenía dos años.

—Lo siento.

—¿Tienes idea de lo qué hiciste?

—Hice lo necesario. —El aire se sentía denso debido al olor a hierro de la sangre y la pólvora.

—Estos bastardos están aquí para castigar. Normalmente, eligen prisioneros —explicó Frank.

Stasia hizo un ruido que podría haberse confundido con una risa.

—Por Dios, Frank, ¿qué importa a quién eligen?

Frank no tuvo respuesta.

Stasia se apartó de la barra y le dio a Frank la pistola que tenía en la mano.

—Toma —le dijo—. Se supone que era para ti.

Sin decir una palabra, Frank tomó la Webley y la guardó en el bolsillo interior de su abrigo. Stasia sacó las dos armas que llevaba Margot y también se las entregó. Con el mismo silencio, también desaparecieron en el abrigo, aunque Stasia no pasó por alto que a Frank le temblaban las manos.

Stasia fue a donde estaba el soldado muerto y empezó a desabrochar los botones de su abrigo.

—Tenemos que apurarnos.

Afuera, los ruidos de la violencia y el caos no habían disminuido.

—¿Qué rayos estás haciendo? —susurró Frank.

—No quiero que encuentren a un nazi muerto. Por lo menos, que no lo encuentren enseguida. —Le quitó el abrigo al cadáver y lo aventó junto a la chimenea—. ¿Me vas a ayudar o no?

Frank maldijo antes de acercarse; le quitó las botas al soldado y luego los pantalones, que aventó sobre el abrigo en un montón. El nazi se quedó solo con la ropa interior y la camiseta.

Stasia fue por los cadáveres de la mujer y el hombre que estaban en la entrada de la cocina y los arrastró para tapar al soldado, en una escenificación de muerte. Si alguien echaba un vistazo solo vería a tres civiles muertos. No era una escena perfecta, pero no tenían mucho tiempo.

—Recoge su uniforme. Yo ya llevo el rifle y el cuchillo —ordenó Stasia.

—¿Qué? ¿Por qué? —Frank parecía estar a punto de perder la razón.

—Porque nos serán útiles en algún momento. —Stasia se colgó el rifle al hombro y guardó el cuchillo del soldado en su cinturón.

Farfullando, Frank hizo bolas el uniforme y lo metió bajo su brazo. Se detuvo y agachó junto al cuerpo más pequeño, moviendo los labios en una oración silenciosa.

—Tenemos que irnos. Ya. —Stasia no lo esperó.

Tampoco miró atrás.

13

Isabelle

Ruan, Francia
18 de julio de 2022

—Todavía no puedo creer que no hayas regresado por los papeles al día siguiente. —Luc le apuntó a Isabelle acusadoramente con la punta de su lápiz antes de volver a ponérselo detrás de la oreja—. Y todavía no puedo creer que no me hayas dicho que encontraste una referencia a Rosa Silvestre en ellos.

Isabelle se detuvo frente a la puerta de la biblioteca con una taza de café en una mano y un dibujo enmarcado en la otra.

—Buenos días también para ti, Luc. Y, para que conste, sí te dije.

—Pero hasta después. —Sonaba en verdad ofendido.

—Si te lo hubiera dicho, habrías irrumpido como un ladrón cualquiera para llevártelos. Te salvé de ti mismo. —Entró a la biblioteca y esperó a que Luc bajara del andamio que estaba recargado contra los ventanales. Respiró hondo el aroma a flores de verano y tierra caliente que entraba flotando a la habitación a través de las ventanas abiertas.

—Claro que no. —La voz de Luc se oyó apagada.

—Claro que sí, porque yo estuve a punto de hacer lo mismo. Me habrías convencido.

—Sí, y ninguno de los dos nos habríamos arrepentido de nada.

—No eran míos.

—Solo era cuestión de tiempo.

Isabelle le sonrió.

—¿Y vamos a tener esta discusión todos los días por el resto de nuestras vidas?

—No es una discusión. Es un rencor que cultivo con mucho esfuerzo. —Bajó al suelo, azotando el piso con las botas, y se reunió

con ella en medio de la habitación, luego aceptó la taza humeante—. Gracias.

Isabelle entornó los ojos para protegerse del sol de la mañana que entraba a raudales a la biblioteca. Creía que su bisabuela habría aprobado que entrara tanta luz a pesar de que habían puesto sábanas protectoras sobre el enorme escritorio y en las estanterías, además la habitación estaba llena de herramientas, caballetes y andamios. Incluso en medio del caos, o quizá debido a él, la biblioteca ahora parecía un lugar amado y no abandonado. Miró hacia donde los grifos vigilaban junto a la chimenea y se imaginó que ellos también agradecían tener compañía después de tantos años de soledad.

En los últimos meses, cada vez que Isabelle entraba por el sendero que conducía al castillo de Montissaire, sentía una emoción que jamás menguaba. Había restaurado miles de edificios en su vida, algunos más espectaculares, otros más antiguos o con una historia más rica, pero, por mucho que amara su profesión, esos edificios habían sido solo eso: trabajo. Este castillo, después de meses de negociaciones, montañas de papeleo y planificaciones, era especial porque era suyo. Bueno, suyo y de Emilie.

—Mira, te guardé esto. —Luc interrumpió sus reflexiones y sacó un papel doblado del bolsillo de su pantalón. Alisó los pliegues y se lo dio—. Lo vi en línea y te lo imprimí.

—¿Qué es? —preguntó Isabelle.

—Un anuncio de que buscan un contratista especializado en restauraciones históricas.

Isabelle frunció el ceño.

—Es para un castillo en Escocia.

—Sí, en la isla de Skye. Aceptan propuestas hasta finales de año. Los propietarios financiarán la restauración, es decir, Historic Scotland y Highland Opportunity Ltd. Pensé que serías perfecta para el trabajo. Podrías ganar otro premio cuando termines.

—No puedo. —Le devolvió el papel.

—Ni siquiera leíste los detalles.

—Es en Escocia, Luc.

—¿Y? Alcanzarías a terminar aquí antes de empezar allá. Pienso que sería una oportunidad extraordinaria para…

—No puedo irme tan fácil; además, es un proyecto grande y complejo.

—Has hecho proyectos mucho más complejos. Si mal no recuerdo, has tenido naves con árboles adentro. Tendrían suerte de contratarte.

—Me tomaría por lo menos un año, a lo mejor dos. No puedo estar tanto tiempo fuera. —No había manera de que sus papás pudieran encargarse de la granja sin ella.

—¿Ni siquiera lo considerarías…?

—Gracias por pensar en mí, pero la respuesta es no —respondió.

—Bueno. —Luc suspiró, volvió a doblar el papel y lo metió de nuevo a su bolsillo—. ¿Qué es eso? —Señaló el dibujo enmarcado que Isabelle llevaba bajo el brazo, cambiando de tema, lo que alivió a Isabelle.

Volteó el dibujo hacia él. Medía alrededor de treinta centímetros por lado y estaba enmarcado con una marialuisa mate blanca bajo el cristal.

—Sé que todavía estamos lejos de ponernos a decorar o de colgar cuadros en las paredes, pero quería verlo aquí.

—¿Son los grifos de la biblioteca? —Sonaba intrigado.

—Sí.

—¿Dónde lo conseguiste?

—Es el dibujo original de mi bisabuela, de una de sus ilustraciones. Lo mandé enmarcar porque quiero colgarlo sobre la chimenea. —Isabelle contempló el dibujo. Era, por mucho, uno de sus favoritos. Dos mujeres jóvenes montaban cada una un grifo, con capas sobre los hombros y el pelo largo ondeando detrás de ellas: las princesas guerreras del cuento de su bisabuela. Los grifos volaban por el cielo con las alas extendidas y se reconocía fácilmente la cadena con una rosa que llevaban en la garganta.

—¿Se supone que son Emilie y tú enfrentándose al mundo juntas? —Luc se acercó hacia ella para estudiar mejor el dibujo—. Porque la chica de la derecha se parece muchísimo a como tú eras antes. Es asombroso.

—Sí. La bisabuela siempre nos dibujaba así, como un equipo. —Isabelle inclinó el dibujo—. Siempre nos decía que éramos muy afortunadas por tenernos la una a la otra. —La distancia que existía ahora entre Isabelle y Emilie la habría entristecido insoportablemente si hubiera vivido para verla.

Luc silbó.

—Era toda una artista. Es casi como ver una fotografía.

—Tenía talento —coincidió Isabelle.

—Y hablando de tu hermana, ¿dónde está Emilie? —preguntó Luc —. ¿No llegó anoche? —Sorbió su café.

—Sí, de hecho, viene en camino. Creo. —Isabelle respondió con una expresión neutra. Sabía que debería de estar contenta de que Emilie estuviera ahí, ahora que estaban en marcha los trabajos de restauración del castillo, pero la verdad era que se sentía un poco recelosa. El hecho de que su hermana hubiera cambiado de opinión e insistiera en regresar a Ruan y en quedarse por lo menos una semana completa, había sido tan desconcertante como bienvenido. Aunque ya no entendía a su hermana como antes cuando eran cercanas, Isabelle no podía negar que Emilie era brillante si de restauración histórica se trataba. Tenía una habilidad impresionante para encontrar soluciones modernas y creativas que aprovechaban las características originales de una construcción y, al mismo tiempo, se alineaban a las restricciones de los permisos. En retrospectiva, Isabelle hubiera deseado haber contado con la experiencia de su hermana en más de uno de sus proyectos.

—¿No vino contigo?

—No, se está quedando en Ruan. —Lo que quizá fuera lo mejor. Después de la visita horriblemente incómoda de enero, marcada por la impaciencia de Emilie con todos los que la rodeaban. Así que, en esta ocasión, Isabelle no discutió cuando su hermana le dijo que deseaba tener un poco más de espacio. Se dirigió a la chimenea; no tenía ánimo de tener otra discusión sobre su talentosa, aunque voluble, hermana. Apoyó el dibujo en la repisa antes de dirigir su atención hacia el andamio—. Las ventanas se ven fantásticas, por cierto. Estoy impresionada.

—Honestamente, aquí no hice grandes reparaciones. Reemplacé la herraría y algunos rieles y montantes. Falta lijar y pintar, pero casi todos los marcos están en excelentes condiciones. Mañana seguiré con el salón de baile. Allá sí hay que reconstruir o unir de nuevo la mayoría los marcos de las ventanas, los que quedan, pero los tendré listos para cuando lleguen los vidrios.

—Gracias. —Contratar a Luc había sido una de sus mejores decisiones.

—No, gracias a ti. Me encanta este trabajo. —Alzó las cejas—. Y hacerlo donde trabajó la indomable Rosa Silvestre es todavía mejor.

Isabelle puso los ojos en blanco.

—Donde una vez alguien escribió «Rosa Silvestre» en un papel —lo corrigió

Isabelle—. Eso me recuerda que ayer recibí las copias y traducciones de los documentos y fotos que encontré aquí en la biblioteca.

—Los que regalaste. —Luc hizo una mueca por encima de su taza.

—Los que puse bajo la custodia del Memorial de Caen, donde los van a archivar y conservar adecuadamente —resaltó Isabelle—. Que será lo mismo que haré con cualquier otro documento relevante de la ocupación o la guerra que encontremos. —Le devolvió la mueca a Luc—. Todavía no los he revisado. Iba a empezar a leerlos en la noche, pero me preguntaba, solo por curiosidad, y porque…

—Sí.

—¿Sí qué? No te he preguntado nada.

—Sí, me encantaría revisar los documentos contigo. Pensé que nunca me lo ibas a preguntar. —Le dedicó una sonrisa triunfal.

—Gracias, Luc, por ofrecerme voluntariamente tu tiempo y tus místicos poderes de lectura mental.

—Vivo para complacer.

—Qué bien, en ese caso, ¿me permites terminar mi frase?

Luc fingió exasperación.

—Si es necesario.

—Porque tenías razón cuando dijiste que una historia bien investigada ayudaría a promocionar el castillo cuando esté listo para abrirse al público —comentó Stasia—. Entonces, pensaba que esta tarde podríamos ir a la taberna La Rosa Silvestre para hablar con el señor Dubois. Le llamé en la mañana y le gustó la idea. No le mencioné el castillo ni dónde encontramos los documentos, solo le dije que me gustaría que viera unas fotos.

Luc la estaba mirando, mientras que una sonrisa se iba extendiendo lentamente en su rostro.

—¿Le vas a preguntar por Rosa Silvestre?

—Le voy a preguntar qué recuerda de las personas que lucharon en la Resistencia.

—¿Y qué más?

—Tal vez le pregunte sobre Rosa Silvestre —admitió.

—¡¿Tal vez?! —gritó Luc—. Creo que las palabras que estás buscando son: Luc, tenías razón en todo y Rosa Silvestre podría ser algo más que una leyenda.

—«Luc, tenías razón en todo y Rosa Silvestre podría ser algo más que una leyenda». —repitió Isabelle con sequedad.

—Gracias.

—Aunque es poco probable.

—Aguafiestas.

—Me reservaré mis juicios. Aparte de ese tema, tal vez el señor Dubois sepa, mejor que nadie, sobre los grupos maquis que lucharon en la zona. Y, si de verdad acompañó a la Resistencia durante la guerra, me encantaría ver si reconoce a alguien de las fotos o le suena alguno de los nombres que estaban en los papeles del escritorio. Gente real. Una historia que podría investigar para darle seguimiento.

—¿Ver si quién reconoce a quién?

Isabelle se dio la vuelta y vio que Emilie acababa de entrar a la biblioteca. Llevaba el cabello, normalmente liso, recogido en una cola desordenada, además, no llevaba el maquillaje impecable de siempre y tenía ojeras.

—Buenos días —la saludó Isabelle—. Bienvenida de nuevo.

Emilie respondió con un gruñido ininteligible.

—¿Estás bien?

—¿A qué te refieres? —preguntó Emilie.

Isabelle levantó las manos.

—A nada.

—¿Ver si quién reconoce a quién? —preguntó de nuevo.

—El señor Dubois. No sé si te acuerdas de él. Queremos pedirle que vea unas fotos antiguas que encontramos en el escritorio. Quizá pueda relacionar el castillo con algunos miembros de la Resistencia durante la ocupación. Estoy segura de que es un ejercicio inútil, pero pensé que no perdía nada con intentarlo.

—Y le va a preguntar por Rosa Silvestre —añadió Luc con aire presumido.

Emilie se enderezó.

—Quería hablar contigo sobre eso —dijo.

—¿Sobre qué?

—Sobre utilizar la leyenda de Rosa Silvestre para promocionar el castillo. Su figura sería un enorme atractivo para los visitantes interesados en la historia de la Segunda Guerra Mundial.

Isabelle intercambió una mirada con Luc.

—Ya lo habíamos hablado.

—¿Quiénes? ¿Ustedes dos? —Su hermana parecía disgustada.

—Sí, antes de comprar el castillo. —Isabelle negó con la cabeza—. En ese momento, no quería perpetuar mitos y ahora tampoco. Si los visitantes vienen por la historia, me gustaría ofrecerles un recuento más exacto.

—Por todos los cielos, Izz, ¿podrías ser más ciega? —Emilie se puso las manos en la cadera y golpeó el suelo con el pie—. No tiene absolutamente nada de malo explotar la leyenda. Podríamos tener una *suite* llamada Rosa Silvestre donde la gente se pueda quedar. Así como el hotel Ritz, de París, tiene una *suite* con el nombre de Coco Chanel.

—Coco Chanel fue colaboradora —respondió Isabelle.

—Depende de a quién le preguntes.

—No —respondió Isabelle rotundamente—. No depende de a quién le preguntes.

—Bueno, no importa si lo fue o no. —Emilie agitó la mano—. La gente igual paga una cantidad de dinero exorbitante por quedarse en esa *suite*. Al igual que por usar su marca de ropa. A nadie le importa lo que sucedió en realidad.

—A mí sí me importa —declaró Isabelle de forma obstinada, deseando que Luc no estuviera viéndolas discutir. Sin embargo, por mucho que ella siempre tratara de suavizar las cosas con Emilie, este era un asunto en el que no iba a dar su brazo a torcer.

Emilie apretó los labios.

—Mi punto, Isabelle, es que tenemos que aprovechar lo que tenemos. Puedes poner una advertencia en la puerta si sientes que es necesario, pero tenemos que usar la leyenda de Rosa Silvestre como ventaja.

—No creo que debamos explotar o manipular ninguna historia como ventaja. Cualquier historia que usemos tiene que ser lo más veraz y verificable posible.

Emilie puso los ojos en blanco.

—Eres insoportable.

—Estamos hablando de una guerra de verdad, Emilie. De gente de verdad. No de ficción.

—¿Y?

Isabelle respiró hondo, tratando de mantener la voz firme.

—Digamos que Rosa Silvestre realmente existió. Digamos que era una persona real que luchó, sufrió y murió junto con otras personas reales. ¿Merece que le confeccionemos una personalidad? ¿Es correcto que le inventemos una historia? ¿Qué pretendamos saber lo que pasó en su vida para que encaje con la narrativa que queremos vender? ¿Inventarle un destino que se ajuste a nuestros propósitos?

—Si sirve para pagar las cuentas…

Isabelle se armó de paciencia.

—Si Rosa Silvestre fue real, ¿no te preguntas por qué nunca salió de las sombras para reclamar el crédito por sus acciones? No dejó

memorias ni registros, nada.

—Como dijiste, tal vez murió durante la guerra.

—O quizá no. Tal vez no quería ser Rosa Silvestre cuando la guerra terminó. Tal vez, para poder seguir adelante, necesitaba dejar la guerra atrás. Piensa en la bisabuela. Jamás nos contó lo que vivió ni nos habló de la guerra para nada.

Emilie soltó un suspiro de irritación y apartó la mirada.

—En fin, podemos discutirlo más adelante.

La opinión de Isabelle no iba a cambiar, aunque no se lo dijo.

—Por cierto, vamos adelantados a la planeación —dijo, cambiando el tema a algo que las dos pudieran discutir de manera constructiva—. Deberías ir a ver el salón de baile. Creo que te encantará. Completamos el acabado del yeso la semana pasada y el techo está como nuevo. También, retiramos los escombros y las baldosas ya están marcadas para las reparaciones. —Hizo una pausa —. Eran conmutadores, por cierto. De comunicación telefónica.

—¿Qué? —Parecía que la atención de Emilie se concentraba en los dos grifos.

—El equipo electrónico que destruyeron en el salón de baile. La curadora que vino a recoger los documentos de la biblioteca vio los restos. Se llevó algunas piezas, pero dijo que no quedaba nada de valor que no estuviera dañado, sin posibilidad de reparación. Nos dijo que esos restos sugerían que el castillo se había utilizado como centro de comunicaciones durante la Ocupación. Pensé que te interesaría.

Emilie no respondió.

—¿Me escuchaste? —preguntó Isabelle.

—Esas cosas… —dijo Emilie bruscamente, señalando los grifos—. No encajan en la biblioteca ni en mi diseño, la verdad. No me gustan.

—No son para que te gusten o disgusten. Son parte del castillo de Montissaire. Son parte de la biblioteca. Literalmente, están empotrados en la chimenea original, incluso aparecen en el escudo de armas de los De Cossé.

Emilie cruzó los brazos.

—Igual no me gustan. Parece que se escaparon de una sala temática de la versión medieval de Disneylandia.

—Te gustaban cuando eras niña en las historias de la bisabuela. —Señaló el dibujo apoyado en la repisa de la chimenea—. ¿Te acuerdas de esa imagen?

—La verdad no. Ya no soy una niña, Izz, ni tú tampoco.

Isabelle se mordió la lengua, otra vez. Cuando terminaran de restaurar el castillo, ya no le quedaría nada.

—Entonces —intervino Luc con tacto—, ¿a qué hora quieres que vayamos a la taberna La Rosa Silvestre, Izz?

—A la una —le respondió Isabelle, agradecida por la distracción —. Cuando el señor Dubois esté almorzando. Nos invitó a acompañarlo. Yo te invito.

—¿Primero café y luego almuerzo? No me opongo para nada. ¿Nos vemos afuera?

—Sí.

—Entonces, seguiré trabajando. —Luc brindó con su taza y se dirigió apresuradamente a las ventanas y el andamio.

Isabelle pensó que era extraño que no hubiera huido antes.

—Déjame mostrarte el salón de baile —le dijo Isabelle a su hermana, encaminándose hacia el pasillo—. Una vez que esté terminado, será un espacio multifuncional fantástico. Ya es fácil imaginarse banquetes de bodas, reuniones o encuentros. A finales de la semana, ya tendré la iluminación lista; la siguiente, la pintura, pero de una vez podrás ver por ti misma cómo…

—¿Puedo ir? —preguntó Emilie, alcanzándola en el ancho pasillo.

—¿Qué?

—¿Puedo ir contigo y con Luc? A la taberna.

—Ah, ¿por qué? —Isabelle se detuvo—. No pudo evitar preguntar.

Emilie metió las manos a los bolsillos de su pantalón; las sombras del pasillo hacían que se viera más cansada todavía.

—No sé. —Se encogió de hombros con extrañeza—. Quiero ver qué encontraste.

Isabelle parpadeó viendo a Emilie y reprimió el impulso de preguntar, otra vez, por qué. En cambio, volvió la mirada hacia la biblioteca, donde todavía podía ver el dibujo de las dos hermanas

comandando sus grifos encantados mientras volaban hacia lo desconocido.

Pensó en su bisabuela y se impidió responderle de forma negativa.

—Claro —respondió.

Al final, las dos hermanas fueron a la taberna La Rosa Silvestre, no a lomos de unos grifos encantados, sino en la camioneta de Isabelle. Luc le había avisado que había tenido que salir, pero que se reuniría con ellas en la taberna más tarde. Eso le generaba un poco de pesar a Isabelle. Estacionó la camioneta y caminó hacia la taberna. Luc era un buen mediador entre las dos y, sin él, Isabelle tenía dificultades para hacer conversación con su hermana y amortiguar la incomodidad. Fuera de una breve plática sobre electricistas, habían hecho el viaje en completo silencio.

El edificio donde estaba la taberna no había cambiado mucho desde que se construyó un siglo antes; aunque, en comparación con los edificios con entramado de madera que tenía a ambos lados, que databan de siglos anteriores, era prácticamente una construcción nueva. La planta baja tenía una estructura atractiva con ventanas de vidrio emplomado, dispuestas en filas, y unos paneles con forma de diamantes que reflejaban la luz del sol en patrones geométricos. Las gruesas columnas y las paredes inferiores estaban pintadas de un suntuoso color burdeos que se atenuaba con unos detalles negros. Sobre la taberna, había un segundo piso en el que residía una parte de la familia Dubois. La fachada estaba adornada con una piedra maciza color crema y tenía en las ventanas unas jardineras desbordantes de coloridas flores y adornos primaverales que complementaban el piso. Era un edificio bonito y atraía tanto a los lugareños como a los turistas que pasaban por ahí.

—Me imagino que no te acuerdas de este lugar de cuando éramos niñas, ¿verdad? —le preguntó Isabelle a Emilie mientras se acercaban a la taberna—. Nuestros papás nos trajeron un par de veces cuando éramos chicas. Comimos caldo de res y nos sirvieron jugo de manzana en copas de vino.

Emilie metió las manos a sus bolsillos.

—¿Cómo te acuerdas de esas cosas? ¿De cuando éramos niñas? —Lo dijo como si fuera una crítica.

—No sé. —Isabelle hizo una pausa—. ¿Recuerdas al señor Dubois?

—La verdad, no.

—A lo mejor haces memoria entremos. —Isabelle sostuvo la puerta para que su hermana entrara.

Habían restaurado el interior de la taberna desde la última vez que estuvieron ahí, aunque era fácil distinguir las características originales. Las gruesas vigas del techo, la larga barra de caoba que se extendía por todo el salón hasta el otro extremo, resplandeciente frente a la fila de taburetes, y el suelo de tablones anchos, que seguía tan desgastado como Isabelle lo recordaba. Habían cambiado las mesas largas de caballete y las bancas de su juventud por mesas más pequeñas e íntimas de cafetería. En una de esas mesas, frente a una pared llena de fotografías en blanco y negro, estaba sentado Renaud Dubois.

Isabelle avanzó hacia él entre la multitud que almorzaba en la taberna, inhalando los tentadores aromas de la carne asada y el pan horneado. A su paso, se detuvo a saludar a varias personas a las que les preguntaba por la familia o el trabajo, luego respondía a las mismas preguntas y les presentaba a Emilie.

—En serio, ¿conoces a todo el mundo? —le preguntó Emilie mientras se alejaban de una mesa; sonaba molesta.

Isabelle se encogió de hombros.

—No. No a todo el mundo.

—Parece.

—Bueno, Val-de-la-Haye es un lugar bastante pequeño. Me imagino que es parte de vivir aquí —respondió Isabelle—. Seguro que no se parece en nada a París, donde eres solo uno entre millones. Perfectamente anónima.

—Perfectamente sola —murmuró Emilie e Isabelle miró a su hermana con más atención.

—¿Estás bien? —le preguntó por segunda vez en el día.

Emilie abrió la boca para responder, pero luego volvió a cerrarla.

—Solo son cosas del trabajo. Unas personas se pusieron difíciles —explicó un segundo después.

—Ah. —Isabelle no estaba segura de si debía indagar más, pero lo hizo de todos modos—. ¿Qué pasó?

—Dos de mis mejores arquitectos están amenazando con dejar la firma.

—¿Por qué?

—Porque quieren ser socios. Quieren más reconocimiento. Proyectos más diversos. Tener más influencia. Una tajada más grande de todo. —Emilie evitaba mirar a Isabelle a los ojos—. Me lo merezco por contratar gente con talento y ambición.

—¿Y es algo… poco razonable? —aventuró Isabelle con cautela—. O sea, si son tan buenos como los haces parecer ¿no sería ese el objetivo? Si han sobresalido bajo tu guía, ¿por qué no querrías que ayuden a hacer crecer tu empresa…?

—Yo inicié la empresa, yo la hice lo que es ahora. Tiene mi nombre y está funcionando muy bien. No necesito que nadie me la quite.

—No me suena como que quieren quitártela. Al contrario, parece que quieren ayudarte a seguir construyendo sobre las bases que tú pusiste…

—¿De qué lado estás?

—Del tuyo —confirmó Isabelle—. Siempre del tuyo, pero a lo mejor…

—No importa —la interrumpió Emilie—. No es algo que no pueda manejar. No quiero molestarte con tonterías de mi trabajo. Igual no puedes hacer nada.

—Por supuesto que puedes molestarme con tonterías de tu trabajo o con cualquier otra cosa —aseguró Isabelle—. Soy tu hermana. Es mi trabajo que me molestes. —Trató de mantener un tono tranquilizador porque parecía que Emilie se iba a poner a llorar de repente. Isabelle miró alrededor, con una ligera sensación de pánico, y se preguntó si debía llevarse a su hermana de vuelta por donde habían llegado—. Eh…

—Se fue.

Isabelle alzó la mirada bruscamente.

—¿Quién? ¿Qué? ¿Tu arquitecto?

—Marcus. Me dejó por una barista de veintiún años que sí puede darle «la atención, el aprecio y el tiempo que se merece». Fue lo que dijo palabra por palabra.

Isabelle quería abrazar a su hermana, pero, por la forma en que Emilie se estaba comportando, temía que fuera a derrumbarse si lo hacía.

—Ay, Emilie.

—No importa. —Su hermana apartó la mirada.

—Lo siento mucho. —Isabelle juntó las manos, sin saber muy bien qué decir.

—¿Se supone que estoy en un momento de mi vida en el que ya no puedo competir con una… con una niña que no sabe la diferencia entre *ósea* y *o sea*? Me mandó un mensaje, ¿te imaginas?, para aclarar las cosas y para pedirme que no me pusiera difícil. —Emilie puso cara de asco—. Fue como leer los pensamientos de un niñito de tres años.

—Lo siento mucho —repitió Isabelle—. ¿Cuándo te enteraste? —se atrevió a preguntar.

—La semana pasada. No tuvo otra opción porque los caché. Mi marido tenía las piernas de la barista junto a las orejas mientras se la metía hasta el fondo. En mi cama. Sobre mi almohada, carajo.

—Ay, Emilie.

Su hermana se aclaró la garganta.

—Llevaba meses inventándome que estaba haciendo turnos extra en el hospital. Ni siquiera me di cuenta de todo el tiempo que pasaba fuera, ¿sabes? Con todo lo que tenía que resolver en el trabajo, nunca se me ocurrió que me estuviera mintiendo. Ni siquiera fue lo suficientemente hombre para decirme la verdad de frente.

—A mí siempre me pareció un imbécil —comentó Isabelle—. Cualquier hombre que les tenga miedo a las gallinas de su suegra no es un hombre de verdad.

Emilie se rio; fue un sonido ahogado y ronco.

—¿Quieres que nos vayamos? No tenemos que quedarnos. Podemos…

—¡Señorita Lange! ¡Ahí está! ¡Buenas tardes! —llamaron a Isabelle desde el otro lado de la sala.

—No. —Emilie negó con la cabeza—. No quiero que nos vayamos, tampoco quiero hablar de eso. No por ahora.

—Está bien.

Emilie frunció el ceño.

—Y deja de mirarme así. No necesito tu lástima ni la quiero. No debí haberte contado.

—Está bien —repitió Isabelle; sabía que no había nada que pudiera decir en ese momento que pudiera mejorar algo—. Vamos, entonces.

Cuando llegaron a la mesa en la que las esperaba el señor Dubois, él ya se había levantado y había sacado una de las sillas.

Renaud Dubois, famoso por su amor al vino y al folclore franceses, le recordaba a Isabelle a un indomable duende del bosque. Dos brillantes ojos azules se asomaban entre las pobladas cejas blancas y la nariz torcida, la cual parecía que se había roto más de una vez. Tenía una amplia sonrisa que, sin duda, en décadas pasadas había encantado a tantas personas como ahora y una sorprendente cabellera blanca como la nieve que probablemente nunca había podido domesticar. Isabelle sabía que tenía noventa y tantos años, pero era poco probable que un extraño adivinara que era un nonagenario, pues carecía de las marcas de tal edad. Lo que sí es que tenía un temblor en sus manos debido a los años y una leve inclinación en sus delgados hombros.

—Señorita Lange. —Dubois le sonrió, tomó su mano e hizo una reverencia como si fuera una princesa que regresara a la corte—. Es un placer. En el futuro, tiene que venir a visitar a este anciano más de una vez al año.

—El placer es nuestro. Haré todo lo posible, se lo prometo. —Se volvió hacia un lado—. ¿Se acuerda de mi hermana, Emilie? Vino de visita desde París.

Emilie evitaba su mirada a propósito.

—Por supuesto que me acuerdo —dijo Dubois, acercándose para repetir el saludo con Emilie—. Puede que la edad haya influido en mi manera de bailar y beber, pero no en mi mente ni en mi memoria. Además, uno no olvida fácilmente a dos niñas encantadoras y talentosas que se convirtieron en dos mujeres hermosas y talentosas. —Hizo un gesto grandilocuente hacia la mesa—. Por favor, tomen asiento.

Esperó hasta que Emilie e Isabelle se sentaran antes de volver a su propia silla. Apareció una joven mesera casi de inmediato para tomar su orden, luego desapareció tan rápido como había llegado.

—¿Qué les parece? —preguntó señalando una amplia sección de intrincados vitrales antiguos encima de la ventana central de la taberna, cuyos reflejos fragmentaban y coloreaban la luz que se derramaba sobre el suelo del lugar.

Isabelle lo estudió con mirada crítica.

—Quedó hermoso.

—Tu hermana lo salvó, ¿sabías? —le dijo Dubois a Emilie.

—Yo no salvé nada —respondió Isabelle recargándose en el asiento—. Solo encontré al artesano que lo restauró.

—Como dije, lo salvó. Sobrevivió intacto dos guerras hasta que, hace dos años, un mocoso borracho le aventara una botella a uno de sus amigo y fallara.

—Me da gusto que pudiera repararse.

—Tu hermana es la mejor. —Dubois seguía hablando con Emilie —. Tiene un don para conectar con la gente.

—Desde luego, ha vivido aquí demasiado tiempo —comentó Emilie, aunque su tono de voz carecía de la condescendencia que Isabelle habría esperado.

Dubois solo asintió.

—Sí, sí —convino. Movió a un lado lo que parecía una vieja caja de puros, luego se inclinó hacia adelante poniendo las manos sobre la mesa—. Ahora cuéntenme de Montissaire —solicitó sin preámbulos —. Quiero saberlo todo. Qué había adentro. Supongo que es a lo que aludiste cuando hablamos por teléfono.

De reojo, Isabelle vio que Emilie parpadeaba, sorprendida; ella solo sonrió.

—Oyó que lo compramos.

—Ay, por favor. —Dubois juntó las cejas y las volvió a separar—. No me insulten. Oí que lo habían comprado antes de que lo compraran. Todo Val-de-la-Haye sabe que lo compraron. Todo el mundo sabe que lo están restaurando. Lo que nadie sabe es qué había adentro.

—No mucho, la verdad —respondió Isabelle—. Ya habían retirado la mayor parte de los muebles, el arte y los efectos personales.

—Para pagar el mantenimiento del techo, pensaría uno —supuso Dubois—. O tal vez solo para que alguien se llenara los bolsillos.

—Bueno, si sirvió para que mantener el techo a salvo, me parece que el sacrificio valió completamente la pena. Por otro lado, la biblioteca estaba casi intacta —le informó

Isabelle—. Dejaron la mayoría de los libros y un escritorio de ébano.

—Escuché que el escritorio no cabía por las puertas y por eso no lo sacaron.

Isabelle lo miró fijamente.

—¿Escuchó?

—El verano pasado los hombres de la mudanza vinieron aquí a almorzar. Antes de que el castillo se pusiera a la venta. Uno oye cosas.

—Me imagino que uno oye bastantes cosas aquí —comentó Isabelle.

—Ese es el chiste de tener una taberna, ¿no? —Dubois sonaba divertido.

—¿Qué más ha oído?

—Que recientemente los visitó una experta en la Segunda Guerra Mundial del Memorial de Caen. —En realidad esa no una suposición —. También almorzó aquí… Por supuesto, mis fotos le interesaron bastante. —Dubois señaló la pared cubierta de fotos en blanco y negro.

—Sin duda —dijo Isabelle y dejó su bolsa en el suelo, junto a su silla, se levantó y acercó a la pared para observar la colección de fotos

enmarcadas.

Todas las imágenes estaban en blanco y negro. Algunas eran anteriores a la Gran Guerra y otras eran fotos de personas y lugares en los años posteriores; sin embargo, la mayoría eran de la Segunda Guerra Mundial. En una de las esquinas inferiores de cada marco, había un nombre y una fecha. Algunas fotos eran de franceses en uniforme, posando con dignidad; el tipo de recuerdo que se enviaba a la familia o a una amante. No obstante, la mayoría de las fotos no eran planeadas, sino que contaban una historia de caos, destrucción y desesperación. También había fotos de mujeres, algunas con miradas desafiantes de hambre y agotamiento, con un rifle o una mochila al hombro. Había fotos de hombres y mujeres jóvenes colocando cargas explosivas en vías de ferrocarriles, así como personas sosteniendo armas en condiciones lamentables. Otras imágenes mostraban a grupos de niños que quizá eran familiares o se habían unido por las circunstancias.

—Díganme, ¿qué encontraron que requería la presencia de una experta en Montissaire? —cuestionó Dubois detrás de Isabelle—. Díganme, ¿qué fue lo que dejaron los alemanes cuando infestaron el lugar? Además de daños.

—Varios carnés de identidad y fotografías recopiladas por los nazis —respondió mientras miraba con atención las fotos de la pared. Ya había visto esa colección antes, en el pasado, pero ahora buscaba rostros que pudieran coincidir con los que había encontrado en el escritorio de ébano—. De personas que creemos estuvieron involucradas en la Resistencia. Queríamos mostrárselas para ver si reconoce a alguien.

—¿Las trajeron? —preguntó Dubois frotándose las nudosas manos.

—Trajimos unas copias —aclaró Isabelle—. El museo se llevó las originales. —Dejó de ver las fotos, ya que no estaba segura de que pudiera reconocer a alguien sin los documentos como referencia. Regresó a su asiento y buscó los papeles en su bolsa, luego sacó una carpeta gruesa—. Estamos rastreando la historia del castillo. Sabemos que los nazis se apropiaron de él durante la Ocupación y que había

un grupo de maquis activo en la zona. Los documentos que encontramos en el castillo sugieren una conexión. Quizá se trate de miembros de la Resistencia que fueron perseguidos en esa área, considerando que las fotos y los carnés estaban en posesión de los nazis.

Dubois se inclinó hacia la mesa y buscó sus anteojos en el bolsillo de su camisa. Se los puso mientras Isabelle ponía las copias frente a él, con cuatro carnés diferentes en cada hoja.

—¿No era usted un niño durante la ocupación? —intervino Emilie.

—Sí. —Dubois miraba cada página con suma atención—. Tenía siete años cuando los alemanes invadieron Francia y doce cuando los expulsamos para siempre.

—¿Y recuerda las caras? —Sonaba algo incrédula—. Usted era demasiado chico y fue hace mucho tiempo.

Renaud Dubois dejó el papel que tenía en la mano.

—Mis hermanos y otros hombres llegaron a estos bosques huyendo del Servicio de Trabajo Obligatorio, preferían morir a que los mandaran a trabajar para los nazis. Yo estuve con ellos. No es algo que se olvide fácilmente.

—No quería decir que…

—Para 1943, esa ley de trabajo consiguió que hubiera diez mil miembros de la Resistencia en Normandía. Claro que los combatientes éramos menos de una cuarta parte, estábamos dispersos y desorganizados. Éramos trofeos para la Gestapo y para cualquier oficial adulador del *Sicherheitsdienst* que quisiera demostrarle su valor al Reich. Vivíamos en condiciones difíciles, nos escondíamos donde podíamos con quienes confiábamos. Siempre teníamos hambre y frío. Recuerdo eso muy bien. No teníamos buenas armas, ni estrategia, ni comunicación ni liderazgo. Hasta que llegó ella.

—¿Hasta que llegó quién? —preguntó Emilie.

—Rosa Silvestre. Ella era diferente. Hasta un niño se daba cuenta.

Isabelle juntó las manos e intentó mostrarse inexpresiva. Por muy incrédula que se hubiera mostrado antes, no podía sacarse de la

cabeza el documento con el nombre de Rosa Silvestre que había encontrado en la biblioteca. Luc no estaba equivocado.

—Después llegaron los *jeds* —continuó Dubois— y, de repente, tuvimos acceso a armas reales e información verdadera. Teníamos esperanza. Teníamos un propósito.

—¿Los *jeds*? —preguntó Emilie.

—Los equipos Jedburgh, equipos de aliados que aterrizaron en Normandía antes y después del Día D —aclaró Isabelle.

Monsieur Dubois se puso los anteojos en la cabeza.

—En el equipo que yo vi, eran tres. No recuerdo mucho a dos, salvo que uno era francés y el otro británico, pero recuerdo al estadounidense. Era el hombre más grande que había visto en mi vida. Recuerdo que cuando llegaron al campamento me dejó ver su cuchillo de comando. —Sonrió al recordarlo—. Para ser sincero, mis hermanos eran mayores que yo, así que me mantenían lejos de las zonas peligrosas, también de los peores combates y sabotajes. Nunca hablaban de los planes o las misiones enfrente de mí. Me pedían hacer mandados ridículos, como vigilar enseres en el campamento que no necesitaban vigilancia, pero, en ese momento, yo pensaba que lo que hacía era valiente. Importante.

—Lo era —aseguró Isabelle—. Valiente e importante.

Dubois se encogió de hombros ligeramente.

—No necesito engañarme a mí mismo para halagarme. Cuando me convertí en padre, entendí estas cosas mucho mejor que en ese entonces.

Isabelle separó las manos.

—¿Reconoce a alguna de las personas de las fotos?

Dubois se puso los anteojos de nuevo y observó poco a poco las fotos.

—Ella. —Su dedo aterrizó en la foto de una mujer joven inexpresiva, de pelo rubio a la altura de las orejas—. La conocí como Minon.

Isabelle y Emilie se inclinaron sobre la mesa para ver mejor. El nombre del documento la identificaba como Eveline Stern de

Amiens. Era debatible si ese era su nombre real.

—La ejecutaron junto con otros dos. Los fusilaron en el bosque al sur de Ruan —subrayó, inmutable, como si estuviera hablando del clima—. Creo que mi hermano mayor estaba enamorado de ella. Tenía una voz encantadora cuando cantaba. —Apartó la hoja y miró la siguiente y luego otra más—. Él. —Tocó otra foto. Michel Beavais de LeHavre—.Desapareció. Nadie supo nunca qué le pasó. Lo recuerdo porque se suponía que traería unas municiones que necesitábamos. Nunca volvió y nadie supo nada más de él. —Revisó las copias restantes, pero no reconoció a nadie más.

—Cuénteme sobre Rosa Silvestre. —Isabelle sacó de su bolsa la lista de nombres alemanes, la que tenía el título *Getötet/ Verschwunden*. Abajo estaba la traducción «Muerto/ Desaparecido». En la parte inferior de la página, al lado de *Dornröschen*, decía «pequeña rosa silvestre».

Dubois se quitó los lentes, se frotó los ojos y miró a Isabelle.

—Era real.

—Mmm… —Isabelle respondió con un ruido evasivo.

—Sé que mucha gente piensa que lo estoy inventando, pero ella realmente existió, aunque era como un fantasma. No dejaba que nadie le tomara fotos, no le dijo su verdadero nombre a nadie, no escribió nada en papel. Nunca. Apareció de repente a principios de la primavera de 1944; lo recuerdo porque los nomeolvides acababan de empezar a florecer. Nadie sabía de dónde venía o si era francesa siquiera.

—¿Por qué pensarían que no era francesa?

—Yo la oí. A veces, en la noche, se inquietaba mientras dormía. Tenía pesadillas, supongo, aunque nadie les ponía mucha atención porque todos las teníamos; sin embargo, cuando ella hablaba en sueños, no hablaba en francés.

—¿En qué idioma hablaba? —preguntó Isabelle.

Dubois se encogió de hombros.

—No sé, exactamente. Con trabajo puedo decir una frase en inglés. Lo que sea que hablara, no entendía nada. Creo que nadie

entendía. Cuando la guerra terminó, cuando, por fin, Francia fue liberada, ella simplemente desapareció. Nadie tuvo la oportunidad de averiguar algo de ella nunca más. —Giró lentamente sus anteojos entre sus dedos—. Por supuesto, todos los que quedamos también nos dispersamos. Aún tengo la esperanza de que todos hayan llegado con bien casa. Espero que ella igual.

Emilie había estado silenciosa, siguiendo la conversación, pero ahora sacudía la cabeza.

—Pero, entonces, ¿por qué su grupo de combatientes confió en ella? En una mujer que apareció de la nada, que no era amiga de nadie y que ni siquiera era francesa… Incluso podría haber sido alemana. No tiene sentido.

—Era muy buena matando nazis —declaró con la misma voz inexpresiva que había usado para describir la ejecución de Minon—. También era muy buena enseñándoles a otros a hacerlo.

Emilie entreabrió los labios.

—Oh.

Isabelle tragó saliva y puso la hoja de nombres alemanes frente a Dubois.

—Esto estaba entre las fotos —le dijo—. Es una lista de oficiales alemanes, identificados como muertos o desaparecidos. —Señaló la parte inferior de la página—. *Dornröschen* es «pequeña rosa silvestre» en alemán.

—¿Y qué crees que sea? ¿Una lista de oficiales nazis muertos a manos de ella?

—No sé qué pensar —confesó Isabelle.

—Espero que eso sea —enfatizó Dubois con una satisfacción fría y cruel, tan contraria a su habitual bondad, que hizo que Isabelle sintiera escalofríos. No se molestó en mirar la lista—. Espero que los haya matado a todos.

—¿Cómo era físicamente ella? —Emilie apoyó los codos sobre la mesa y frunció el ceño.

Dubois se recargó en el respaldo de su silla y, por primera vez desde que se habían sentado, pareció cansado.

—Tenía la edad suficiente como para ser mi madre, tal vez —comentó con la mirada fija en algún lugar lejano que solo él podía ver —. Aunque es difícil de decir. La guerra envejece a los jóvenes muy rápidamente. —Hizo una pausa—. Usaba maquillaje, me acuerdo. No labiales brillantes, sino ese maquillaje que las mujeres usan alrededor de los ojos para que se vean más oscuros. También tenía cabello oscuro, casi negro. Nunca sonreía ni se reía. Me daba miedo y también a la mayoría de los maquis, aunque no lo admitieran.

—Para una mujer que se llamaba como una princesa de un cuento de hadas más bien suena como un monstruo —opinó Emilie.

—No era un monstruo, no por completo. —Con movimientos lentos, acercó la caja de puros que había dejado a un lado de la mesa y la abrió—. Una vez fue amable conmigo; cuando asesinaron a Sascha. —Sacó una foto de tres niños sentados en un porche a la luz del sol, el más joven quizá tenía cinco años y el mayor tal vez dieciséis. Estaba gastada y arrugada por el paso del tiempo. Se la mostró a Isabelle—. Éramos nosotros tres antes de la guerra. Denis, Sascha y yo. Los tres mosqueteros, como nos decía mi mamá.

Isabelle miró la foto de los tres niños sonrientes y sintió una profunda tristeza por su infancia y su forma de vida que estaban a punto de perder.

—Sascha murió el Día D, en junio. Lo capturaron y lo fusilaron. —Le tembló la voz—. Yo tenía once años y estaba inconsolable. Más tarde, después de que lo enterramos, Rosa Silvestre me dio esto. —De la caja de puros, sacó un papel doblado, gastado y decolorado por el paso del tiempo y la manipulación—. Se lo mostré a mi familia, pero a nadie más. Hasta hoy. Es demasiado… personal y me recuerda un momento horrible, pero quiero compartirlo con ustedes. Por lo que encontraron.

—Gracias —dijo Isabelle de forma empática.

—Mmm… —El anciano desdobló el papel y les mostró un dibujo hecho a lápiz—. Rosa Silvestre me dijo que recordara que era fuerte y valiente, y que Sacha siempre iba a estar orgulloso de mí, aunque ya no estuviera conmigo. —Sonrió con tristeza—. Esas fueron las palabras y la bondad que recordé cuando decidí abrir esta taberna.

Dejó el dibujo sobre la mesa e Isabelle sintió que el aire se le escapaba de los pulmones.

Porque en el papel, con exquisito detalle, estaba representado un niño de doce años con una espada colgada en la espalda y una expresión tan feroz como la criatura que cabalgaba. Una criatura mágica, etérea, que rugía furiosa bajo una cresta de plumas y desplegaba las alas sobre sus patas felinas.

Del cuello del grifo, en una cadena de delicados eslabones, colgaba una sola rosa perfecta.

14

Stasia

Haarlem, Países Bajos
4 de junio de 1943

Frank la miraba desde su silla, usando el cuchillo con movimientos lentos y rítmicos; el montón de virutas que tenía enfrente crecía mientras el bloque de madera que estaba tallando se convertía en un ciervo o tal vez un perro. Stasia no le iba a preguntar y realmente no le importaba.

Habían huido a una granja en las afueras de la ciudad. Llevaba ya tres días observándola así, en la cocina mientras preparaba su escasa comida y en el patio mientras cortaba y apilaba montones de leña o cuando lavaba en la tina de atrás la poca ropa que tenían. Ella sabía por qué la observaba. Sabía lo que estaba esperando.

Que tuviera un exabrupto de conmoción y dolor. Que se convirtiera en un diluvio de angustia. Cualquier cosa que fuera un indicio de remordimiento, culpa o arrepentimiento, pero Stasia no podía darle ese gusto. Mientras se dedicaba a las tediosas y letárgicas tareas diarias, no sentía ninguna de esas cosas. Solo experimentaba una rabia constante y latente que apartaba todo lo demás, una despiadada necesidad de venganza que alimentaba con regularidad y una serie de imaginaciones implacables que protegía con esmero. Tomando todo esto en cuenta, su falta de conciencia había sido bastante liberadora. Ya no se sentía encadenada al dolor.

Stasia estaba cortando nabos en la cocina cuando tocaron a la puerta.

Oyó la silla de Frank crujir cuando este se levantó, escuchó que quitó el pestillo y el rechinido de las bisagras de la puerta. Una voz baja y masculina preguntó con mucha corrección si necesitaban

ayuda en el jardín y Frank respondió, con la misma formalidad, que ese día ya habían terminado sus labores.

La puerta se abrió de golpe y Stasia volvió un poco la cabeza para ver que Frank había dejado entrar a dos hombres vestidos como granjeros. Siguió cortando con el cuchillo a un ritmo constante; las rebanadas de nabos iban formando una montaña desordenada.

—Ven con nosotros, por favor. —El tono de voz de Frank hizo que Stasia dejara de usar el cuchillo. Estaba parado en la puerta de la cocina, así que ella ya no podía ver a los otros hombres. La expresión distraída de Frank en los últimos días había cambiado por algo más urgente.

Stasia dejó el cuchillo y echó los nabos en una olla.

—Solo pondré esto a hervir.

—Déjalo.

Stasia asintió, dejó la olla sobre la barra y se secó las manos en el delantal.

—Vamos. —Obedientemente, siguió a Frank a la sala.

Los dos hombres se levantaron de sus sillas y el más alto se quitó la gorra. Stasia no pasó por alto la forma como la seguían con la mirada, evaluando en silencio si poseía alguna cualidad que no pudiera nombrar.

—Él es Jan —dijo Frank señalando al hombre del sombrero—. Y él, Paul. —Señaló a su compañero—. También están en el Consejo.

A Stasia no se le escapó que no la presentó a ella por su nombre ni creyó por un segundo que Jan y Paul fueran sus nombres reales, solo asintió a modo de saludo.

—Por favor, siéntate. —Frank señaló el sofá detrás de ella y, cuando Stasia se sentó, todos volvieron a sus asientos.

El que se llamaba Jan se inclinó hacia adelante y dobló su gorra con las manos. La escudriñó con sus ojos grises azulados bajo el cabello prematuramente plateado.

—Frank cree que podrías ser de gran valor para el Consejo.

Stasia cruzó las manos sobre su regazo y no dijo nada. Tampoco miró a Frank.

—Nos dijo que eres muy competente en tus labores actuales con la Resistencia, pero que tienes potencial para tareas de mayor envergadura.

Stasia le sostuvo la mirada, aunque permaneció en silencio. No le quedaba claro de qué se trataba esa farsa, o por qué estaban realmente ahí esos hombres o qué tenían que ver con ella.

Un gesto de molestia cruzó el rostro de Jan, luego miró a Frank.

—¿Es tonta?

La expresión de Frank no cambió.

—No.

—Es muy joven.

—Sí.

—¿Por qué no me responde? —preguntó.

—Porque no me ha preguntado nada todavía —comentó Stasia.

La tez rosada de Jan se enrojeció aún más, pero su compañero se rio discretamente. Paul se recargó en el respaldo, cruzó los pies, calzados con botas, y observó a Stasia. Él era más joven que su compañero, tenía el cabello negro como la tinta y ojos casi igual de oscuros.

—¿Disfrutas lo que haces para la Resistencia? —le preguntó a Stasia sin preámbulos.

Stasia lo miró de forma impasible.

—A veces.

—¿Por qué a veces?

—Porque no es suficiente.

Paul descruzó las piernas y golpeó el suelo con una bota. Su gesto de diversión había desaparecido.

—¿Por qué no es suficiente?

«Porque Margot está muerta», quería gritar. «Margot nunca volverá a reír y la pequeña Minna jamás va a crecer. Por los Kaufmann que trataron de huir… Mi papá que intentó luchar, así como innumerables personas que fueron aplastadas bajo el talón del barbarismo nazi. Todos se fueron. Todos están muertos».

«Y no se van a detener».

Un reloj hacía tictac sobre una repisa, el sonido se escuchaba con fuerza en el absoluto silencio de la casa.

Jan hizo un ruido de desesperación.

Stasia lo ignoró.

—Robar documentos y esconder personas son tratamientos temporales para la enfermedad —opinó, calmada—. Aunque pueden salvar una vida, no sirven de nada para remediar la podredumbre que hay en el fondo y que inevitablemente se llevará más vidas.

Paul se inclinó hacia adelante con los codos sobre las rodillas; su redondo rostro se mostraba inexpresivo.

—¿Y qué harías para remediar la podredumbre?

—La cortaría de raíz.

Paul se recargó en el respaldo e intercambió una mirada con Jan.

—Esas son palabras valientes y no tengo duda de que eres una mujer valiente, pero no estoy seguro de que comprendas lo que estás pidiendo.

Esta vez fue Stasia la que se recargó en su asiento.

—No haga eso.

—¿Que no haga qué?

—No me hable como si supiera lo que pienso.

—Hay una enorme diferencia entre contrabandear armas para la Resistencia y usarlas. —comentó Jan con un tono plano.

Stasia miró al hombre mayor y algo se agitó en el negro vacío dentro de ella.

—Sí. La hay.

Su respuesta pareció sorprenderlo.

Paul se puso de pie y sacó algo de su cinturón. Era una pistola, una Webley; se dio cuenta Stasia. Por curiosidad, se preguntó si era una de las armas que ella, o Margot, había llevado en sus bolsillos. Se preguntó si Frank fue quien se la dio a él.

Paul se la ofreció.

—No está cargada.

Ella la tomó sin dudarlo y comprobó que, efectivamente, estaba descargada.

—¿De qué sirve un arma descargada allá afuera? ¿Para qué llevarla? —preguntó—. ¿Planea arrojársela a los nazis? —Se dio cuenta de que sonaba enojada, lo que era por completo inadecuado. Las emociones no tenían lugar ahí—. ¿Qué quieren de mí?

Paul parpadeó. Jan se había enderezado y tenía la atención fija en la pistola que Stasia sostenía.

—Ah, ¿quieren saber si apretaría el gatillo si me lo pidieran? —La sensación de que algo se agitaba en su interior se incrementó. Se encendió un calor que convirtió su enojo en furia. Las expresiones de ambos le dieron la respuesta que buscaba—. ¿Por qué no se lo preguntan a Frank? —murmuró Stasia—. Pregúntenle si apretaría el gatillo, ya que parecen incapaces de preguntármelo a mí. —Se puso de pie y metió la Webley entre las cuerdas de su delantal—. Ahora, si me disculpan, tengo que preparar la cena. Les daré respuestas una vez que empiecen a hacer las preguntas correctas. —Se dirigió hacia la cocina.

—Dime cómo evitarías las represalias de los nazis por una liquidación. —Fue Paul quien habló de nuevo—. Diez civiles por cada nazi muerto, tres por cada colaborador fallecido.

Stasia se detuvo, todavía de espaldas a los hombres.

—Como en *El flautista de Hamelín.*

—¿Perdón?

—Es un cuento de hadas.

—No lo conozco.

—La ciudad de Hamelín estaba infestada por las ratas, así que contrataron a un flautista para que sacara a las ratas de la ciudad. El flautista tocó su flauta mágica y atrajo a las ratas hacia el río Weser, donde todas se ahogaron. —Se giró lentamente—. Claro que, cuando el alcalde se negó a pagarle, hizo lo mismo con los niños del pueblo. El punto es que nadie volvió a ver a las ratas ni a los niños nunca más.

Tanto Paul como Jan se quedaron paralizados.

—Las liquidaciones no pueden ser públicas. Si matan públicamente a un hombre o si dejan que lo encuentren, lo convierten en un mártir nazi. —Stasia negó con la cabeza—. Hay que

desaparecerlos. Desaparecerlos por completo, de manera que siembren dudas y estas generen división entre ellos.

Paul y Jan seguían mirándola fijamente, inmóviles.

—No es una garantía, por supuesto. Bueno, nada lo es.

Frank habló por primera vez.

—Si haces lo que estos hombres te van a pedir, Stasia, no hay marcha atrás —señaló y sonaba como un padre ansioso.

—No tengo otra opción.

—Siempre hay una opción —puntualizó Jan con dureza.

Stasia volvió la mirada hacia él.

—No tengo a dónde ni nada a qué volver. —Ni nadie con quién volver. Stasia le dio vueltas al anillo en su dedo, preguntándose qué pensaría Nicolas de esto, lo que pensaría de ella.

Un segundo después se dio cuenta de que no importaba. Nicolas estaba muerto. Y, para efectos prácticos, también Stasia. La chica de Róterdam a quien Nicolas había profesado su amor y a quien, alguna vez, había acusado de ser buena y amable; ella ya no existía. Esa chica había crecido y abierto los ojos a la realidad del mundo que la rodeaba. La mujer que ahora estaba en la granja, con una pistola entre los lazos del delantal, deseaba que su inocencia hubiera muerto antes. Quizá así otros todavía estarían vivos.

—*El flautista de Hamelín* —repitió Paul, pensativo.

—Tiene razón. —dijo Jan con un volumen de voz casi inaudible.

Stasia se acercó a él, sacó la Webley de su delantal y lo sostuvo suavemente sobre las palmas de sus manos. Cerró los ojos y recordó los ojos vacíos y ciegos de Margot devolviéndole la mirada.

—Si me lo permiten, tocaré una melodía muy hermosa —dijo.

Durante los meses siguientes, el bosque de la ciudad se convirtió en su campo de exterminio preferido.

El Haarlemmerhout era el lugar ideal para desaparecer nazis y colaboradores gracias a sus caminos sinuosos, densas copas de los árboles y espesa maleza. A lo largo de los meses de verano y otoño, Stasia descubrió que tenía un don para la planificación. Para poner a

la gente con las habilidades adecuadas en el lugar indicado en el momento correcto. Para evaluar la información y los susurros que le llegaban, así como para seleccionar cuáles de esas noticias y objetivos valía la pena seguir. Su equipo de liquidadores perfeccionó un sistema que, hasta ese momento, había eliminado casi a una docena de oficiales nazis. Hombres que, hasta donde se podía determinar, habían ido a ver una película al cine en la función nocturna, o cenado en un restaurante o tomado unas copas en un bar, que, luego, desaparecieron sin dejar rastro.

Los objetivos se seleccionaban con cuidado. El Consejo ignoró a los empleados, a los conductores y a los soldados de a pie; se enfocó en los hombres que comandaban a esos individuos y elaboró una lista. Hombres que, de un plumazo, ordenaron la ejecución de muchos. Aquellos que ordenaron con un movimiento de la mano la tortura de tantos más. O quienes, rodeados de ayudantes y asesores, ordenaron los arrestos y las deportaciones de todo un pueblo.

Los asesinatos que el Consejo llevó a cabo jamás se ejecutaron con prisas ni se llevaron a cabo de forma impulsiva o solo por un individuo. Ocasionalmente, las circunstancias o el destino impidieron que su equipo lograra una liquidación asignada. Al principio, le costaba mucho a Stasia superar algo que percibía como un fracaso abyecto; sin embargo, aprendió que, con el tiempo, siempre viene un nuevo nombre.

Como el que estaba con ella.

Stasia se levantó y dejó que el *Obersturmführer* de las SS, Ernst Kantschuster, la ayudara a quitarse el abrigo. Le sonrió cuando él rozó con los dedos sus brazos desnudos y se rio de forma tímida al sentir cómo se deslizaban hacia la curva de su cadera. En el espejo, detrás de la barra, se encontró con su reflejo, pero no reconoció a la mujer que le devolvía la mirada a través de la máscara de polvo compacto, delineador de cejas, lápiz labial y rímel. Ya no era Stasia, sino Rosa; el nombre que sacó del cuento de *La Bella Durmiente* y que alguna vez amó por su final feliz. Ahora admiraba a la despiadada reina, incapaz de amar y enfocada exclusivamente en vencer a sus enemigos. Ya no

le molestaba que la reina hubiera muerto en un nido de víboras que ella misma había creado. Era un riesgo que estaba dispuesta a correr.

Durante un momento, Kantschuster la dejó para saldar la considerable cuenta con el cantinero. Stasia caminó distraídamente hacia la puerta y sus ojos se encontraron con los de Jan, que estaba sentado solo en un rincón, bebiendo una taza de algo caliente. Él asintió de forma casi imperceptible hacia ella, luego se volteó. Stasia bajó la mirada para ajustarse el cinturón del abrigo, el cual no necesitaba ajustes.

—*Moffenhoer*. —Un hombre de rostro chato escupió el insulto en voz baja mientras la empujaba bruscamente. Llevaba una charola en la mano y el cuello de la gastada camisa abierto. Stasia lo reconoció como uno de los camareros del establecimiento—. Eres asquerosa, abriéndoles las piernas a los cerdos nazis. —Se fue antes de que ella pudiera responderle. Era lo suficientemente sumiso para aceptar el dinero de los alemanes, pero no la compañía femenina que los acompañaba.

No era la primera vez que la llamaban así y tampoco sería la última. No le molestaba en lo absoluto, ya que, desde luego, no necesitaba la aprobación de extraños. Ellos ignoraban que el cerdo nazi para quien, según ellos, abría las piernas tenía los minutos contados. No importaba lo que pensaran los extraños. Solo importaban sus acciones. Solo importaba la lucha.

—¿Fue grosero contigo? —El *Obersturmführer* había regresado y sonaba indignado, incluso con el marcado acento alemán—. ¿Qué te dijo? ¿Pido que lo arresten? —Se tambaleó un poco antes de recuperar el equilibrio.

—Nada de importancia. —Stasia se rio alegremente—. Qué dulce de tu parte, pero no. No me ofenden tan fácilmente los hombres que no importan. En especial, cuando estoy con uno que sí importa.

El teniente de las SS le mostró una amplia sonrisa, al grado de que sus mejillas carnosas y enrojecidas se estiraron.

—Qué bonitas palabras de una bonita mujer.

—¿Damos un paseo? —preguntó Stasia—. ¿Solo tú y yo? ¿A algún lugar un poco más… privado?

—Me gusta la idea. —Kantschuster se puso con firmeza la gorra de visera negra—. Déjame despedirme de mis camaradas.

—¿Tienes que ir? —Stasia entrelazó su brazo con el de él y lo apretó. No quería que nadie recordara con quién se había ido.

El teniente frunció el ceño, disgustado.

—Es que, si vas, te invitarán una copa más y tendrás que quedarte otra hora con ellos, y perderemos la oportunidad de tener un poco de privacidad. —Se puso de puntitas y rozó la mandíbula del teniente con los labios—. Me agradan tus amigos, pero me gustas más tú —susurró—. Además, tengo planeado algo especial para ti.

—Ya que lo pones así. —Le pellizcó el trasero con entusiasmo—. Te sigo.

La pareja salió de la luz y el calor del bar para adentrarse en la fresca noche otoñal. El tráfico peatonal que uno habría visto hace años ahora estaba ausente. Ningún ciudadano en su sano juicio estaba dispuesto a arriesgarse a salir después del toque de queda, por lo que solo la acuosa luz de luna impedía que la oscuridad fuera absoluta.

—Demos un paseo por el bosque —sugirió Stasia girando hacia el sur—. Los colores de los árboles son espectaculares en esta época del año. —Se preguntó si él le diría que era casi imposible ver los colores en la oscuridad.

No lo hizo.

Kantschuster se tambaleaba un poco mientras la seguía, pero rápidamente agarró el paso. Stasia mantuvo la conversación mientras esquivaba con habilidad las manos lascivas del teniente, aunque tolerándolas de vez en cuando. *Moffenhoer*, en efecto.

—¿Sabías que los españoles quemaron todo este bosque en el siglo XVI durante el asedio de Haarlem? —preguntó Stasia cuando llegaron al borde del bosque.

—Españoles idiotas —murmuró el teniente—. Todavía no pueden hacer nada bien.

Stasia se rio y continuó adentrándose en el bosque, ahora caminaba más lento. Bajo los árboles que todavía conservaban sus hojas, las sombras eran más profundas y el camino más difícil de ver.

—Lo reforestaron, por supuesto —precisó—, pero por eso el camino del otro lado del bosque se llama Spanjaardslaan.

—La verdad no me importa, ¿sabes? —Kantschuster se detuvo abruptamente y la jaló del brazo, lo que hizo que ella tropezara y cayera contra él—. No vine aquí contigo para oír sobre los españoles. —La besó con torpeza, sujetándola por los hombros.

—Aquí no —consiguió decir Stasia y se apartó de él—. Ven. Conozco un lugar mejor donde nadie nos molestará. —No esperó a que él estuviera de acuerdo, siguió avanzando rápidamente, cuidando menos sus pasos.

El oficial de las SS gruñó de desesperación, pero la siguió.

Stasia se detuvo en un claro angosto, cercado a ambos lados por una capa de maleza y enredaderas espesas y enmarañadas. Esperó a que Kantschuster se reuniera a ella.

Él la buscó a tientas en las sombras y ella se apartó con agilidad a un lado.

—Ay, los alemanes son tan impacientes. La anticipación hace que todo sea mucho más dulce.

—No me gustan los jueguitos —gruñó el oficial.

—A mí tampoco —le aseguró Stasia. Desamarró el cinturón de su abrigo y él la recompensó con un sonido de aprobación—. Dime, ¿qué se siente tener tanto poder?

—¿Qué? —Parecía que el teniente se había quedado ligeramente sin aliento.

—Los hombres con los que estabas en el bar. ¿Tú los comandas? —Ella ya sabía la respuesta, pero preguntó de todos modos.

—Por supuesto que sí.

—¿Y cómo tomas las decisiones? —preguntó ella—. ¿Cómo envías a esos hombres a las ciudades para que saquen a los judíos y se los lleven lejos?

—No es una decisión, es un deber. —Extendió una mano para apoyarse en el tronco de un árbol grueso.

—¿Y los niños pequeños? Seguramente, ellos no representan ninguna amenaza.

—Los judíos son como una enfermedad que jamás se controlará a menos que la erradiquemos por completo. —Kantschuster hablaba despacio, como si creyera que ella era demasiado estúpida para entenderle—. Jamás desaparecerá si no la aniquilamos de nuestro entorno. El Führer mismo ya lo dijo y lo ha demostrado muchas veces.

—¿Sabes qué? Estoy de acuerdo contigo —declaró ella.

—¿Qué?

—La enfermedad jamás desaparecerá si no la exterminamos de nuestro entorno.

El teniente la miró fijamente entre las sombras durante largos segundos, intentando comprobar su sinceridad. Luego sacudió la cabeza y se apartó del árbol con un gruñido de impaciencia.

—Basta de hablar. Ya estoy cansado —declaró mientras tocaba la parte delantera de los pantalones de su uniforme—. Quiero eso por lo que vine y lo quiero ahora.

Una brisa sacudió las hojas sobre su cabeza y Stasia se hizo a un lado.

—Por supuesto —murmuró.

El disparo, cuando llegó, se escuchó anormalmente fuerte en el silencio.

Siempre se oían así de fuertes; el sonido resonó y reverberó en el bosque, asustando a algunos pájaros que salieron volando hacia la noche con un graznido. Stasia observó con desapasionamiento cómo el *Obersturmführer* de las SS, cual marioneta rota, se desplomó en el suelo. Aterrizó de cara contra la tierra del bosque; su gorra rebotó y rodó de su cabeza. Stasia la detuvo con la punta del zapato.

La primera vez que vio el cuerpo sin vida de un oficial nazi, al que había conducido al bosque, experimentó un molesto remordimiento de conciencia. Apenas un piquete tenue en el límite de su razón, pero insistente. Sin embargo, mientras veía el rostro del hombre con la expresión de sorpresa y confusión congelada, la sangre que salía poco

a poco de su nuca hacia el cuello del uniforme y se percataba de la extraña posición de las piernas torcidas, de repente, vino a su mente la imagen de un bebé indefenso en manos del hombre. Un bebé inocente con la cabeza deforme que había muerto antes de tener la oportunidad de vivir.

Y Stasia nunca más volvió a experimentar un ataque de remordimiento.

—No sé por qué insistes en hablar con ellos. —La voz de Jan llegó desde las sombras antes de que apareciera detrás del árbol contra el que se había apoyado el oficial. Su cabello plateado se veía resplandeciente en la oscuridad, mientras que el arma que sujetaba brilló débilmente y luego desapareció entre su ropa.

—Porque cada vez que abren la boca, me recuerdan por qué hago esto. Me confirman que no puedo detenerme.

—No puedes derribar al Reich tú sola —resopló Jan y se agachó para voltear el cuerpo, luego desabrochó rápidamente los botones del uniforme del oficial. Los uniformes eran muy valiosos para el Consejo, pues servían de disfraces, así que se llevaban todo.

De entre las sombras, aparecieron dos siluetas más; eran unos hombres vestidos con ropas discretas y con las gorras inclinadas sobre la frente, lo que hacía imposible ver sus rostros en la oscuridad. Sin decir una palabra, ayudaron a Jan a desnudar el cuerpo, tomaron el cadáver de las manos y los pies y desaparecieron en el bosque tan silenciosamente como habían llegado.

Stasia solo conocía a los hombres que iban a recoger los cuerpos por sus nombres de pila, nombres tan ficticios como Rosa; no obstante, sabía que cada uno de ellos portaba su arma, como ella, proporcionada por el Consejo. La manera como atraía a los oficiales alemanes al bosque variaba y la persona que apretaba el gatillo no siempre era ella; sin embargo, la constante eran los hombres que la esperaban, quienes ya habían cavado un agujero profundo en algún lugar razonablemente cerca. Sabía que, si alguien venía a investigar por el ruido del disparo, para cuando llegara al área aproximada donde se encontraba el cuerpo, este ya habría desaparecido. Además, el suelo ya estaría alisado con una nueva alfombra de hojas y ramas

muertas, y quienquiera que hubiera estado ahí hacía mucho que se habría fundido en la oscura seguridad de los árboles.

Jan metió el uniforme a una bolsa de lona y se la echó a la espalda. Hizo una pausa.

—¿Estás bien?

—Estoy bien. Siempre estoy bien. —Era la verdad. Su nueva verdad, con la que vivía todos los días.

—Hay un… —Jan se detuvo.

—¿Qué hay? —preguntó Stasia, impaciente.

—Hay un rumor de que el *Generalkommissar* Rauter tiene a un hombre buscándote.

Stasia resopló.

—El Generalkommissar debería ser el próximo en dar un paseo por el bosque. Lo he dicho desde hace mucho tiempo.

—Ponte seria.

—¿Cuándo no lo soy? —reclamó Stasia—. Además, este rumor no es nada nuevo. Siempre hay hombres buscándonos a todos.

—No son hombres como este. Este hombre es diferente. Es un tipo de especialista de esos que deberían aterrarte. A mí me aterra.

—¿Gestapo? ¿Policía?

—De las SS, creo. No tengo un nombre, pero lo averiguaré.

Stasia se encogió de hombros.

—No importa. Él también va a morir.

Jan exhaló pesadamente.

—Estoy preocupado por ti.

—No te preocupes.

—Estás demasiado sola.

—Estoy perfectamente bien.

—Deja de decir que estás bien —repitió Jan—. Nadie está bien.

Stasia apartó la mirada.

—Me preocupa que tu sed de venganza te esté consumiendo.

—¿Venganza? ¿Crees que lo que estoy haciendo es una simple venganza?

—Sí, por Margot. —Dudó—. ¿No es así?

Stasia pensó la pregunta antes de responder.

—Si fuera meramente venganza por Margot, me habría satisfecho con la muerte de su asesino. La venganza en sí no es simple, es un arma. Mi arma. La empuño en nombre de quienes ya no viven para luchar por sí mismos, como Margot, y la despliego en nombre de los inocentes que seguirán muriendo. —Curvó los labios—. Así que, por favor, no te preocupes por mí. Preocúpate por quienes realmente necesitan tu preocupación.

Jan suspiró ruidosamente. Iba a decir algo, pero luego pareció cambiar de opinión.

—Llega a casa con bien —dijo finalmente.

—Siempre llego con bien —respondió Stasia y luego se fundió de nuevo en el negro olvido de la oscuridad.

15

Nicolas

Arisaig, Escocia
5 de enero de 1944

Había alguien con él en la oscuridad.

Nicolas abrió un ojo y se aseguró de mantener una respiración uniforme al tiempo que todos sus sentidos se ponían alerta. Solo un delgado haz de luz de luna, que atravesaba la ventana distante y caía sobre el suelo, interrumpía las sombras que poblaban la habitación. Una corriente helada tocó la piel de su rostro desde la ventana entreabierta, la cual él había cerrado con fuerza antes de dormir.

La oscuridad era absoluta en los rincones y, seguramente, el intruso aguardaba en uno de ellos. Un ligero ruido de raspadura llegó a sus oídos, como si algo se arrastrara por la superficie del pequeño lavabo al otro lado de la cama. Sus dedos se cerraron alrededor de la empuñadura del cuchillo que guardaba bajo la almohada; todo su cuerpo se tensó.

El movimiento, cuando ocurrió, fue rápido y en dirección a la ventana. Nicolas saltó de la cama como un rayo, un poco obstaculizado por la cobija de lana que tenía envuelta en las piernas; sin embargo, aunque el intruso fue rápido, él lo fue aún más. Se paró detrás de él y le envolvió el cuello con un brazo, luego lo jaló hasta casi hacerle perder el equilibrio mientras presionaba la hoja del cuchillo contra el punto blando bajo su mandíbula.

—Deja de moverte a menos que quieras que te corte la yugular y te desangres en el suelo. —Nicolas habló en francés, sin saber si entendería sus palabras, aunque seguro entenderían su tono.

—Para eso tendría que mover el cuchillo un poco más hacia adelante —respondió una voz. Una inexpresiva y muy femenina respuesta.

Nicolas estuvo a punto de aflojar su agarre, pero se controló. Entonces, fue consciente de algo que debió haber notado desde antes: la curva de la cadera contra la suya y la ligera hinchazón del pecho contra la parte inferior de su codo. El cuerpo de la mujer estaba tenso como un arco.

—¿Qué haces en mi habitación? —gruñó.

—Limpieza. —Su tono siguió siendo inexpresivo.

—No te lo volveré a preguntar.

—Yo tampoco le diré la verdad, así que me parece que estamos en un punto muerto.

—Dime qué fue lo que tomaste.

—Nada.

Presionó un poco más el filo de su cuchillo contra la piel. Ella se tensó.

—¿Qué tomaste? —preguntó él de nuevo.

Ella se movió y bajó la mano hacia su bolsillo.

—Despacio.

—Bastardo paranoico.

—Sí, así es como nos mantenemos con vida.

—Podría haberlo degollado mientras dormía. —Sacó algo de su bolsillo con movimientos exagerados—. De hecho, ya había atravesado toda la habitación antes de que se diera cuenta de que estaba aquí.

Tenía razón. No la había oído entrar por la ventana, lo que era imperdonable.

—Muéstrame lo que tienes en la mano.

Con parsimonia, la mujer levantó la mano. Entre sus dedos, visible a la luz de la luna, Nicolas vio la forma inconfundible de su encendedor. Lo embargó la ira.

—Devuelve…

No pudo terminar la frase porque cometió el segundo error imperdonable de esa noche. Mientras veía la mano que sostenía el encendedor, dejó de prestar atención a la segunda mano, la que ahora presionaba contra sus costillas el cañón de lo que sin lugar a dudas era una pistola de calibre pequeño.

—Las armas de fuego pequeñas, pese a su tamaño, son ruidosas —comentó la mujer con pesar—. Por lo general, prefiero no usarlas. Odio llamar la atención. Suélteme.

Nicolas se quedó completamente quieto. ¿Quién demonios era esta mujer? ¿Una espía nazi? ¿Una asesina? ¿Otra prueba? ¿Otra parte de su entrenamiento como *jedi*?

—Dispárame; de cualquier manera, te cortaré el cuello con mi cuchillo —puntualizó—. Puede que no te mate o puede que sí, así que parece que seguimos en un punto muerto, ¿no?

—No, claro que no. —Clavó el cañón de su arma con más fuerza —. Sé que es consciente de lo que una bala le hace a las entrañas de un hombre cuando se dispara a corta distancia, por ejemplo, directamente, en la cavidad torácica, capitán Phillipe. Así que no finjamos que me haría más daño del que yo le puedo infligir a usted. Me arriesgaré con su arma, pero le dejo la elección a usted.

Nicolas apenas escuchó el resto de lo que dijo después de que la mujer mencionara su nombre.

—Sabes quién soy.

Contra él, los músculos de la mujer seguían tensos y su cuerpo seguía completamente quieta.

—Tiene una habilidad asombrosa para decir lo obvio. —Su voz era fría y dura—. Así que permítame devolverle el favor. Ha perdido cualquier ventaja que tuviera. En tres segundos, le dispararé y para cuando sus amigos salgan tambaleándose de sus camas para ayudarlo ya me habré ido por esa ventana. Usted estará muerto.

—Bien. —Estaba enojado, pero no era estúpido—. Te liberaré, pero primero tienes que devolverme el encendedor.

Oyó que exhalaba como si estuviera sorprendida.

—¿Apuesta su vida por un pedazo de metal?

—Aviéntalo a la cama.

—Mmm… —Parecía que estaba considerando su petición—. De acuerdo —aceptó y sacudió la muñeca. El encendedor aterrizó sobre la cama con un golpe apenas audible, lanzando un destello plateado entre las sombras.

Nicolas aflojó el brazo.

Con la velocidad de una serpiente enroscada, la mujer se dio la vuelta, se lanzó por encima de la cama y rodó cuando tocó el suelo, poniendo una barrera entre los dos. Estaba a tres pasos de la puerta cuando Nicolas la tacleó porque, mientras ella se movía, él había registrado dos cosas: la primera, la pistola que sostenía en la mano no era una pistola, sino una pluma; y la segunda, el encendedor que había arrojado a la cama ya no estaba ahí.

Mas tarde se reprendería a sí mismo por todos los errores que había cometido en los últimos minutos, pero, en ese momento, obtendría algunas respuestas.

Ella peleaba bien. Si Nicolas no hubiera anticipado que tenía el mismo estilo de combate cuerpo a cuerpo que le habían enseñado a él, la habría vencido con facilidad. Sin embargo, él era igual de rápido, igual de capaz e igual de despiadado; además, pesaba veinte kilos más. La inmovilizó bajo su cuerpo, con los brazos torcidos y sujetados por la espalda, las rodillas a ambos lados de su cadera y todo su peso encima. No obstante, ella seguía resistiéndose violentamente.

—Deja de moverte o te voy a romper el brazo —le aseguró con voz dura.

La mujer se quedó quieta.

—Bien. —Con una mano, le revisó los bolsillos del pantalón y encontró su encendedor. Lo deslizó a un lado, donde ella no pudiera alcanzarlo.

Mientras recuperaba el aliento, la observó a la pálida luz de la luna. Parecía un poco más baja que él, aunque no demasiado. Llevaba pantalones y un suéter de lana y tenía el pelo oscuro recogido en la nuca. Entre las sombras, ella giró la cabeza para verlo; su rostro se veía pálido y sus ojos oscuros lo miraban con furia.

—¿Tú quién demonios eres? —preguntó Nicolas.

—Mireille Balin.

—Estás muy lejos de una pantalla de cine, ¿no? Inténtalo de nuevo.

—No importa, ¿o sí? —admitió sin aliento, pero con arrogancia—. Podría decir cualquier nombre y no tendría forma de demostrar si es

verdad o no.

—¿Cómo sabes quién soy?

—Porque solo un tonto elegiría una misión en la que tuviera que entrar a una habitación sin saber primero quién está adentro —opinó, enojada, antes de apoyar la frente en el suelo.

Nicolas frunció el ceño. Nada tenía sentido.

—No hay mujeres entrenando con nosotros en estas instalaciones.

—No —convino ella; su voz se escuchó apagada.

—Entonces, ¿de dónde viniste?

—De París.

—No me refiero a eso.

—Ya sé.

—¿Eres una espía?

Ella se tensó bajo su cuerpo.

—No después de esta noche —murmuró.

Tocaron la puerta y ambos se sobresaltaron.

—¿Capitán? ¿Está bien? —La voz se oyó amortiguada a través de la puerta—. Escuché un golpe.

Nicolas bajó la mirada y vio que la mujer lo observaba intensamente, con una expresión extraña que oscilaba entre la ira y el miedo; lo segundo era nuevo. Entendió que no era él lo que le daba miedo, porque era la primera vez que lo percibía en ella, sino que alguien, además de él, descubriera quién era. Interesante y, potencialmente, útil.

—¡Estoy bien! —gritó—. Disculpa. Me levanté de la cama y tiré el lavabo

—Seguro bebió de más esta noche, ¿no, capitán? —Se oyó una leve risa.

—Debe ser —respondió Nicolas—. Trataré de dormir para que se me pase. Buenas noches.

—Buenas noches. —Escuchó los pasos alejarse del otro lado de la puerta.

La mujer debajo de él resopló.

—Imbécil incompetente. —El miedo desapareció y regresó el veneno—. Espero que no sea ese hombre el que le cubra las espaldas

en el campo.

—¿Por qué?

—Usted no bebe. Jamás bebe hasta el punto en que despertaría borracho y chocaría con los muebles.

Nicolas parpadeó, inquieto.

—¿Y cómo diablos sabes eso?

—Porque lo he observado, lo he estudiado. —Por primera vez, el tono amargo de la derrota se coló en su voz—. En los *pubs* en las noches que sale. —Se golpeó suavemente la frente contra el suelo—. *Merde*. Y todo para nada.

—Explícate.

—No.

—Entonces voy a gritar para que mi amigo vuelva y le expliques a él, así como a todos los que quieran ver a la mujer que atrapé irrumpiendo en mi habitación.

—Es un bastardo.

—Me han dicho cosas peores. Mucho, mucho peores.

La mujer apoyó la mejilla en el suelo y cerró los ojos.

—Mi misión era robar algo de la habitación de un *jed* y salir sin ser detectada —explicó en un tono miserable.

Nicolas no se molestó en preguntar a dónde tenía que regresar. Supuso que a algún lugar cercano.

—Mis instructores no me creían capaz. Al parecer, tenían razón. —Abrió los ojos—. Quería ponerme a prueba contra el mejor, ¿sabe? Contra el imponente capitán Phillipe, cuya reputación le precede dondequiera que vaya. Porque, ¿qué sentido tiene meterse en la habitación de un estadounidense o británico que pasó por cuatro *pubs* y no recuerda ni su propio nombre? Podría entrar una compañía entera a su cuarto y el sujeto seguiría durmiendo profundamente.

—¿Qué te va a pasar ahora?

Ella se encogió de hombros, aunque el movimiento se vio bastante obstaculizado por el cuerpo de Nicolas.

—Fallé y esa será mi evaluación. Perderé cualquier oportunidad de regresar a Francia. A luchar.

Nicolas ajustó su peso mientras pensaba. Había oído que estaban enviando agentes mujeres tras las líneas enemigas; sin embargo, nunca había conocido a una. Hasta esa noche.

—Tenías razón. Podrías haberme matado antes de que supiera que estabas aquí.

—Bueno, mi misión no era matar al estimado capitán Phillipe, así que eso no viene al caso —respondió amargamente—. No cambia el hecho de que fracasé.

—Eres muy buena.

—No lo suficientemente buena.

—No estoy tan seguro.

—Dice el tipo que me tiene inmovilizada en el suelo —señaló, enojada—. No sea condescendiente.

—Creí que la pluma que me clavaste en las costillas era una pistola. Jamás perdiste la compostura. Todavía no sé cómo te llamas ni de dónde eres. Lograste recuperar mi encendedor por segunda vez y nunca me percaté de tu presencia en el *pub*. Ni una sola vez.

Ella apretó los labios.

—Puedo ayudarte.

La mujer se retorció bruscamente.

—No quiero su caridad.

Por un momento, Nicolas se transportó de vuelta al jardín de un castillo, donde un chico amargado y enojado había dicho lo mismo. El efecto casi lo desorienta.

—No es caridad —aseguró, no sin asombro, repitiendo las mismas palabras que Stasia le había dicho a él. Soltó abruptamente a la mujer, se puso de pie y recogió el encendedor del suelo—. Eres demasiado buena para no tener una oportunidad contra el verdadero enemigo. Demasiado buena para terminar en una sala de mecanografía o detrás de un escritorio escuchando el plan del enemigo a través de unos auriculares.

La agente se había puesto de pie de un salto y se frotaba los brazos, aunque no había huido. Lo estaba observando, con la barbilla alzada en un gesto desafiante.

—De todas las cosas que podrías haber tomado fácilmente —dijo, señalando el pequeño escritorio junto a la ventana sobre el que descansaban su diccionario francés-inglés, su pluma fuente y una postal de Notre Dame que le había enviado el teniente con quien viajó a Escocia—, ¿por qué querías esto? —Levantó el encendedor.

—Porque cuando sale, nunca va sin él. Porque está en su bolsillo en todo momento o en su mano. Es como una especie de amuleto de la buena suerte o un talismán. —Se tocó el lado del cuello donde él le había asentado el cuchillo e hizo una mueca de dolor—. Porque incluso un imbécil que lo observara durante media hora se daría cuenta de que es su posesión más valiosa.

Nicolas bajó la mirada y le dio vueltas al encendedor entre sus manos; recorrió cada ranura, cada rasguño, cada abolladura con las yemas de los dedos.

—Una mujer me lo dio. Antes de que me enamorara de ella o tal vez mientras me estaba enamorando de ella. —Lo abrió y observó la llama bailar, un círculo de oro cálido en medio de la luz de luna plateada.

—¿Y dónde está ella ahora?

—Está muerta.

La mujer no respondió nada y, por eso, Nicolas se sintió agradecido.

—«Por si se pone demasiado oscuro y necesitas una luz». —Cerró el encendedor y la llama se extinguió—. Eso fue lo que me dijo cuando me lo dio.

—Tiene suerte —comentó la mujer con un dejo de pesar.

Nicolas alzó la vista.

—¿Perdón?

—Yo no tengo nada de mi esposo.

—Eso no es cierto.

La expresión de la mujer se endureció.

—¿Me está diciendo mentirosa?

—No. Solo estaba tratando de ayudar…

—No necesito que me ayude más.

«No necesito que me ayudes más». Él también había dicho eso alguna vez en un callejón de Ruan. Y jamás había estado más equivocado.

Nicolas le ofreció el encendedor.

—Tómalo.

La mujer lo miró fijamente.

—¿Qué hace?

—Tómalo —repitió él.

—¿Es una especie de truco? —Parecía estar a punto de huir.

Nicolas dio un paso hacia ella y, como la mujer no se movió, dio otro. Tomó su mano y apretó el encendedor contra su palma.

—Quiero que te lo lleves. Por si se pone demasiado oscuro y necesitas una luz —enfatizó.

Ella no se movió, la luz de la luna bañaba su pálido rostro.

—No puedo aceptarlo.

—Sí puedes. Porque te equivocas. No es mi posesión más valiosa. Lo que más valoro son los recuerdos que guardo dentro de mí; nadie puede robármelos. Ni siquiera una espía francesa que casi me vence con una pluma.

Una lágrima se escurrió por la mejilla de la mujer y luego otra.

—¿Por qué es tan amable conmigo? —susurró ella.

En su mente, Nicolas veía a Stasia reír con ese humor irónico y veía sus alegres ojos color brandy.

—No soy tan amable —aseguró con la voz entrecortada mientras repetía las palabras de Stasia—. Soy práctico.

—¿Qué?

Él la miró.

—Francia necesita que los dos luchemos. —Sus manos todavía estaban unidas con el encendedor entre ellas—. Tenías una misión y la cumpliste. Eso es lo único que necesitan saber.

Con la mano libre, la mujer se secó las lágrimas de las mejillas.

—Usted no es como dicen que es.

—Todavía no sé del todo quién soy. No sé en qué tipo de hombre se convierte uno que sale de una guerra como esta. —Aunque sabía

qué tipo de hombre quería ser en ese momento. Uno que hiciera que Stasia se sintiera orgullosa; eso era a lo que se aferraba.

La mujer no habló durante un largo minuto.

—¿Cómo es estar ahí? —preguntó ella, finalmente, y Nicolas no necesitó preguntarle a qué se refería.

Pensó durante mucho tiempo antes de responder.

—Es esperar —dijo—. Esperar a que te den órdenes, esperar a que el enemigo ataque, esperar a morir, esperar a vivir. Te da miedo, del tipo que te retuerce las entrañas y se eleva hacia tu pecho y garganta, haciendo que sea imposible respirar. En esos momentos, te vuelves irreconocible para ti mismo; cuando la espera termina y el miedo se desvaneces, eres solo una criatura salvaje, una bestia intentando mantener la muerte a raya un segundo más. Un minuto más. —Nicolas se detuvo.

»Y luego, mucho más tarde, cuando estás en una taberna o caminando por la calle, pensarás que toda esa locura está escrita en tu cuerpo, pero nadie puede verla. El cantinero solo te pregunta si quieres otra, el vecino que pasa junto a ti solo asiente y sigue barriendo. Nunca mencionas esa locura porque reconocerla, aunque sea temporalmente, sería admitir lo frágiles que realmente somos. —Nicolas le cerró los dedos alrededor del encendedor y soltó su mano».

La mujer miró el encendedor, brillando suavemente bajo la luz de la luna.

—Gracias —le dijo—, por la verdad.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó Nicolas—. Tu esposo.

—Ephraim.

—En los momentos en los que te preguntes cómo es posible que el mundo siga adelante como si nada de lo que has hecho hiciera una diferencia, toma el encendedor y recuerda algo bueno sobre Ephraim. Recuerda cómo se reía y cómo solía iluminar la habitación para ti, de esta forma, la espera y el miedo y la locura tendrán menos control.

La mujer lo miró fijamente a la luz de la luna; Nicolas no tenía la menor idea de lo que ella estaba pensando. Entonces, sin previo

aviso, ella deslizó una mano alrededor de su nuca y lo besó lento en los labios.

Nicolas cerró los ojos.

—Qué afortunada fue —susurró contra su boca—. Qué afortunada de que usted la haya amado.

Cuando abrió los ojos, la mujer se había ido.

16

Stasia

Haarlem, Países Bajos
3 de febrero de 1944

Después de un tiempo, todas las películas de propaganda eran prácticamente iguales.

Un largometraje interminable sobre guapos y decididos artilleros que manejaban Panzers a través de campos en llamas, aviadores guapos y decididos que lanzaban bombarderos en cielos despejados, marineros guapos y decididos que comandaban botes en mares agitados, o soldados guapos y decididos que marchaban victoriosos por ciudades conquistadas. Siempre con una partitura alegre y edificante para asegurarle al espectador que la doctrina nazi era justa e ineludible.

Mientras las imágenes danzaban en la pantalla, Stasia veía, pero no ponía atención, sino que planeaba su propia versión de justicia ineludible para el oficial sentado a su lado.

Era un hombre de aspecto ordinario en cuanto a hombres se refiere, quizá con una mirada crítica, incluso menos que eso. Tenía un rostro delgado con sombras hinchadas bajo los ojos, anodino cabello café, una boca que rara vez sonreía y constitución escuálida, por lo que el uniforme le quedaba demasiado grande. Si Stasia lo hubiera conocido en la calle en un momento diferente, en un lugar diferente, en un mundo diferente, y él la hubiera saludado y halagado sus ojos, ella simplemente habría asentido cortésmente y continuado su camino, sin volver a pensar en él jamás.

En este mundo, cuando el *Obersturmbannführer* Wilhelm Faust le elogió sus bonitos ojos, después de que ella tropezara adrede con él en medio de la Grote Markt, ella le sonrió con la calidez de mil soles.

También, se sonrojó y disculpó profusamente por su torpeza en su alemán poco natural. Luego, le explicó que iba de camino al teatro Rembrandt para ver la última película y, debido a la emoción, no se había fijado por dónde iba. Entonces, él le dijo que él también iba a ver la película y si le gustaría acompañarlo. Stasia vaciló con recato antes de aceptar porque «parecía incorrecto resistirse a una coincidencia tan feliz», le dijo bajando la mirada.

Una coincidencia tan feliz, en efecto.

El *Obersturmbannführer* Faust, con sus hombreras trenzadas y las SS bordadas, sostuvo la puerta para que ella entrara e insistió en pagar su boleto. La ayudó a quitarse el abrigo y la acompañó a su asiento con toda la galantería y cortesía que podría esperarse de un príncipe de cuento de hadas. Stasia se preguntó si, como excomandante de su unidad de *Einsatzgruppe*, Faust había escoltado a las fosas comunes, con la misma amabilidad, a los hombres, mujeres y niños que había masacrado.

Los investigadores anónimos que recopilaban información para ella le dijeron que Faust había sido transferido de Polonia para llevar a cabo tareas especiales para las SS locales. Su reputación lo precedía, pues se comentaba que incluso el *Generalkommisar fur das Sicherheitswesen* Rauter le concedía autoridad en ocasiones. Los rumores que habían llegado desde Polonia eran horribles y nauseabundos, por lo que Stasia intentó no imaginarse qué tareas especiales tenía que realizar Wilhelm Faust contra la población neerlandesa. Si hacía bien su trabajo, no tendrían que averiguarlo.

En la pantalla, la película llegaba a su inevitable final: el guapo y decidido piloto de la Luftwaffe había superado todas las dificultades, profesado su gran amor por su país y recordado cuánto disfrutaba bombardear al enemigo. Stasia observaba con indiferencia cómo el protagonista y sus compañeros bombardeaban Inglaterra mientras cantaban una melodía animada, felices de volver a la guerra.

—¿Te gustó la película? —le preguntó Faust a Stasia cuando se encendieron las luces del cine y se levantaron de sus asientos.

—Mucho —mintió, con los ojos brillantes y una sonrisa seductora —. Gracias, estuvo muy emocionante. —Dejó que la ayudara a ponerse el abrigo, aceptó tomar el brazo que le ofreció e ignoró el escalofrío que le recorrió la piel—. Ojalá pudiera pilotar aviones. Creo que me gustaría cruzar el cielo como un pájaro.

—¿Y bombardear a tus enemigos? —Faust encontraba divertida su declaración.

«No tienes idea de cuánto», pensó Stasia con malicia.

—Y bombardear a mis enemigos hasta reducirlos a cenizas —asintió manteniendo la cálida sonrisa.

—Audaz y sanguinaria, ¿eh? —Faust la condujo fuera del calor del teatro hacia la amplia Grote Markt—. Eres afortunada. Son dos cosas que me gustan en una mujer.

Stasia parpadeó a la luz del atardecer. El sol empezaba a deslizarse hacia el horizonte; los días todavía eran cortos y las noches demasiado largas.

—Mmm… ¿Qué más te gusta en una mujer? —le preguntó apretando su brazo.

El teniente coronel la observó detenidamente.

—Muchas cosas —respondió.

—Quizá podríamos tomar algo mientras me cuentas más —sugirió, mientras los demás asistentes del teatro pasaban junto a ellos —. Yo invito. Por supuesto, si te parece bien.

Ya había seleccionado la taberna a la que lo llevaría y Jan estaría esperándolos ahí.

—Sí, me gustaría.

—Maravilloso. —Y lo era; a veces, sus objetivos no estaban tan dispuestos—. ¿Vamos…?

—Pero antes me gustaría ver la iglesia.

—¿La iglesia?

—La catedral de San Bavón. —Faust señaló el enorme edificio que estaba casi enfrente del teatro—. Todavía no he entrado. Me han dicho que es un lugar que no puedo perderme.

Stasia siguió su mirada. Era una hermosa iglesia de arquitectura gótica, con filas de ventanas ojivales y con vitrales, intercaladas con

pináculos decorativos. La tracería de cada ventana era impresionante, así como la combinación de piedra roja y crema del exterior, que le daba un llamativo atractivo visual. Las bóvedas en forma de torre, que Stasia alguna vez imaginó que eran como la prisión de Rapunzel, se elevaban hacia el cielo, enmarcadas por torretas estrechas y redondas. La aguja del centro de la iglesia llegaba a una altura incluso mayor, lo que hacía que San Bavón fuera fácil de identificar a la distancia.

Stasia se estremeció un poco, intentando no fruncir el ceño por la petición de Faust. No era una solicitud irracional, pero era inesperada y no estaba dentro de sus planes, por eso, Stasia dudó. Pasaba mucha gente por la Grote Markt y había un tránsito constante de civiles y hombres uniformados. Algunos coches estaban estacionados a los lados, frente a una fila de edificios con balcones elegantes, adornos minuciosos y fachadas almenadas. No vio nada fuera de lo común. Nada que indicara que la petición del Obersturmbannführer Faust tuviera otro fin que satisfacer su curiosidad.

—Muy bien —asintió Stasia, sin querer arriesgarse a perder a su acompañante. La taberna seguiría esperándolos cuando terminaran esa pequeña expedición. Jan seguiría esperándolos—. Vamos a ver la iglesia primero. —Se adaptaría. Siempre se adaptaba.

—Excelente.

El teniente coronel se dirigió a la entrada de la iglesia y Stasia caminó a su ritmo a lado de él. Intentó mantener los músculos relajados y una conversación ligera.

—La iglesia original se construyó a mediados del siglo XIII —comentó despacio en alemán—. La ampliaron en el siglo XVI. Además, Handel y Mozart han tocado el órgano de San Bavón.

«A lo mejor, cuando la guerra termine y los nazis, por fin, sean expulsados o exterminados, podría convertirme en guía de turistas de la ciudad», pensó con humor ácido.

Faust asintió, pero no dijo nada. Llegaron a la entrada y se apartaron para que salieran otros dos soldados de las SS vestidos de gris. El oficial volvió a sostener la puerta mientras entraban. Había

pasado mucho tiempo desde que Stasia había estado en San Bavón por última vez, pero seguía siendo tan magnífica como la recordaba.

La tenue luz del sol que entraba a través de los vidrios de colores daba al interior un ambiente fantástico. Muy por encima de su cabeza, el techo tenía un patrón geométrico que Stasia una vez había dibujado como estrellas que estallaban a lo largo de la nave. Las paredes pálidas hicieron que sintiera que había entrado a una nube y, con el efecto de la luz y las estrellas, se sintió tentada a imaginarse que había entrado a un rincón del paraíso.

Stasia se separó del brazo del oficial de las SS y caminó por la nave al lado de las filas de sillas para los feligreses; no quería tocar a ese hombre en un lugar como ese. En el extremo opuesto, las suntuosas columnas doradas del extraordinario órgano barroco por el que la iglesia era tan famosa se elevaban hasta el techo. En la parte superior, dos leones tallados flanqueaban el escudo de armas de Haarlem, mientras que una colección de esculturas vigilaba la iglesia desde la base y el ápice de las torres de los pedales.

Se detuvo frente a la pared occidental para contemplar el órgano. Pensó que era maravilloso que los nazis no hubieran logrado robárselo también. Habrían podido desmontarlo y empaquetar la estructura completa en cajas de madera para enviarlas en uno de sus trenes; luego, nadie nunca volviera a saber de él. Alguien le había dicho una vez que tenía más de cinco mil tubos. Un número que, tratándose de destrucción, no le quitaría el sueño a hombres como Faust, ya fuera que estuvieran hablando de instrumentos o de personas.

Alguien tosió detrás de Stasia y el ruido resonó en el espacio vacío. Sin desear hacerlo, se apartó del hermoso órgano. Solo había tres personas dispersas entre las sillas de la nave, suponía que rezando; sin embargo, no vio a Faust por ninguna parte. Maldijo para sus adentros, molesta consigo misma por su distracción. Su único trabajo era mantener cerca al oficial y no lo había hecho. Seguramente, no estaba lejos, tal vez en el transepto. No le gustaba cometer errores.

Stasia empezó a caminar por la nave. Algo le taladraba en la mente; tenía la inquietante sensación de que había pasado por alto algo importante. Recorrió la iglesia casi vacía con la mirada, tratando de identificar qué era, pero no vio nada fuera de lo común. Se detuvo. ¿Por qué la iglesia estaba tan vacía? ¿Dónde estaban los grupos de personas que venían en busca de respuestas a oraciones hasta ahora irresolutas? ¿Dónde estaban los clérigos que ofrecían consuelo y guía a las almas perdidas que llegaban a buscarlos? Se le erizó el vello de la nuca.

El hombre que estaba sentado en la silla más cercana a ella tosió de nuevo con un ruido miserable, desgarrador. Ella se volvió hacia él y se encontró con unos ojos grises azulados bajo una maraña de pelo plateado. Gracias a una enorme fuerza de voluntad, se controló para no salir corriendo en pánico. En lugar de eso, metió las manos en los bolsillos de su abrigo y deliberadamente dejó caer un guante al suelo. Se agachó despacio para recogerlo.

El hombre que ella conocía como Jan, el que había sido su compañero conspirador durante los últimos ocho meses, el que se suponía que la estaba esperando en ese mismo momento en una taberna de Haarlem, estaba sentado en la iglesia. Estaba solo, encorvado como si sintiera dolor, con los ojos inyectados de sangre y un lado de la cara hinchado y amoratado.

De rodillas, miró discretamente hacia atrás. Los otros dos hombres que estaban sentados en la nave se habían levantado. Probablemente eran policías. O tal vez de la Gestapo o soldados de la SD o las SS… supuso que en realidad no importaba, porque, quienquiera que fueran, estaban ahí por ella, estaba segura. Le tendieron una trampa y ella cayó como una tonta. Fuera de su vista, una puerta se cerró de golpe. Intentó mantener la respiración serena, pero la atravesó una punzada caliente, eléctrica y paralizante de terror.

—¿Qué hiciste? —le preguntó a Jan con voz ronca, guardando de nuevo el guante en el bolsillo de su abrigo.

—Lo siento, lo siento, lo siento mucho —gimió él.

—¿Qué hiciste?

—Tienen a mi familia. —Ahora estaba llorando; las pisadas de botas detrás de ella se hacían más fuertes—. Dijo que iba a matarlos si no le decía dónde estabas.

—Imbécil —susurró Stasia. Sus dedos encontraron la Webley en el fondo de su bolsillo—. Tu familia ya está muerta. —Y Jan sería el próximo. Igual que ella si no lograba escapar.

—¡No tuve opción! —gritó y lloró aún más fuerte.

—Siempre hay una opción. —Stasia jadeaba frenéticamente tratando de respirar—. Tú me lo dijiste.

¿Y cuáles eran las suyas? Había puertas en la pared occidental, bajo el órgano, pero estaban bloqueadas por los dos hombres que se acercaban desde ahí. También estaban las puertas transversales, pero, como no podía verlas, no tenía idea de quién o qué la esperaba enfrente o atrás de esas opciones. Había salidas en el extremo oriental de la iglesia; seguramente, había una docena más, salidas más pequeñas conectadas por cuartos, pasillos y pasajes, pero no estaba familiarizada con la distribución de la iglesia. Lo único que sabía era que no podía subir. No podía quedarse atrapada en los niveles superiores de la iglesia. Necesitaba salir…

—Rosa. —La voz con fuerte acento alemán se oyó casi casual—. ¿O es Rosa Silvestre? Tantas respuestas diferentes de tantas personas diferentes. Es difícil saber qué creer.

Stasia se puso de pie, alzando la barbilla.

El hombre estaba parado en la intersección de la nave y el transepto. Era alto, de casi dos metros, con el pelo oscuro peinado hacia atrás sobre el cráneo. Tenía un rostro rectangular, una boca gruesa, las nariz aguileña, los párpados caídos y unos ojos muy juntos, lo que le daba el aspecto de alguien perpetuamente miope. Llevaba uniforme gris, botas tan pulidas que parecían espejos y las hombreras trenzadas; los cuatro puntos bordados junto a las SS del cuello lo designaban como comandante.

Dio un paso adelante y sus ojos la recorrieron desdeñosamente. Frunció el ceño.

—Me tomó mucho tiempo encontrarte. Fuiste más difícil que muchas.

Jan soltó un ruido ahogado. Los hombres que estaban en la parte trasera se detuvieron a unos metros de ella. Stasia los ignoró a todos; se quedó inmóvil con la mano todavía en la Webley en el fondo de su bolsillo, pensando en sus verdaderas opciones. Se dio cuenta de que no se trataba de por qué puerta podría huir, sino a cuántos y a cuáles hombres podría matar antes de que la mataran a ella. La disyuntiva a la que se enfrentaba era si deseaba morir ahí, en ese pequeño rincón del paraíso, o si deseaba morir días o semanas después, en un cuarto oscuro cuando su cuerpo, por fin, se rindiera a la tortura que le infligirían. Esas eran sus opciones.

El terror que la había paralizado y dificultado la respiración hacía solo un momento se desvaneció y solo quedó una extraña sensación de calma. Había cierta libertad fatalista con la revelación de que el enemigo ya no acechaba en la oscuridad, esperando para atacarla. El enemigo ya no era una amenaza conceptual construida a partir de rumores y chismes que alimentaban un miedo debilitante, sino un hombre de carne y hueso. Y estaba ahí, parado en la luz frente a ella, así que ahora era su turno de tomar una decisión.

Le sostuvo la mirada al comandante sin encogerse.

No era un teniente coronel, por lo que no podía estar segura de que, en algún momento, hubiera comandado unidades de los *Einsatzgruppen*, aunque, en realidad, eso no importaba. Si tenía que morir ese día, en esa iglesia, se prometió a sí misma que se llevaría a ese oficial con ella.

—Usted es el hombre que el *Generalkommissar* envió a buscarme —dijo.

—Sí —confirmó él.

—¿Y lo envió con un ejército?

—No necesito un ejército.

—Mmm, bueno —respondió Stasia—. No creo que yo haya sido tan difícil de encontrar. Tal vez usted no es tan bueno en su trabajo como cree que lo es.

—Para una mujer en tu posición actual, eres bastante audaz —opinó el oficial alemán.

—El *Obersturmbannführer* Faust ya me acusó de eso —respondió con voz aburrida—. Qué redundantes son ustedes.

Una fugaz sombra de disgusto cruzó el rostro del hombre.

—El *Obersturmbannführer* estuvo a punto de no acceder a traerte aquí, ¿sabes? —comentó—. No creo que aprecie del todo lo cerca que estuvo de perder la vida hoy.

—Todavía podría remediarlo.

El comandante sonrió, aunque la sonrisa no se reflejó en sus ojos.

—Desde luego que creo que podrías remediarlo si tuvieras la oportunidad. Desafortunadamente, se terminaron tus oportunidades para seguir llevando a cabo tareas tan desagradables.

Stasia no respondió porque él no parecía esperar una respuesta.

—¿Sabes que ni una sola de las personas a las que interrogué pudo darme una descripción precisa de ti? Ni siquiera podía asegurar que la mujer con la que se encontró Faust esta tarde en la plaza fueras tú y no una prostituta torpe con un ridículo abrigo azul.

—Señaló a Jan—. Para eso estaba él aquí. Necesitaba que te reconociera.

Jan seguía llorando; un sonido suave y amortiguado.

Stasia deslizó un dedo sobre el gatillo de la Webley y pensó cuidadosamente sus próximas palabras.

—¿Ya mató a su familia?

—¿Perdón?

—El hombre que me traicionó —señaló a Jan con la cabeza— dice que usted tiene a su familia. ¿Ya los mató?

El hombre apretó sus gruesos labios.

—No soy un completo bárbaro.

Ella entornó los ojos.

—Es lo que yo habría hecho.

—Perra sanguinaria —dijo él.

—Faust ya me acusó de eso también. Como dije, son tediosos.

Eso claramente enfureció al comandante.

—Veintidós —dijo con furia.

—¿Veintidós? —repitió Stasia.

—Veintidós de los mejores hombres del Reich han muerto por tu causa.

Stasia sonrió.

—Le faltaron tres o quizá simplemente sea malo en matemáticas. Usted fue una mala elección del *Generalkommissar*. Y no ha respondido a mi pregunta.

El comandante enrojeció.

—Por supuesto que maté a su familia —gruñó—. Uno no puede infligir crímenes tan graves al Reich sin sufrir represalias.

Jan se lanzó por encima del respaldo de su silla con un rugido de dolor y rabia. El ataque, extrañamente, pareció sorprender al comandante y en el tiempo que tardó en buscar su arma Stasia ya tenía la suya afuera y corría hacia él. Disminuyó la velocidad a medida que se acercaba, tratando de apuntarle, pero Jan estorbaba y no tenía un tiro libre. Los hombres que se habían quedado atrás ahora gritaban y sus botas golpeaban el suelo.

El disparo de una pistola rebotó contra las paredes y resonó en el techo. Jan se puso rígido y luego se desplomó a un lado; Stasia se detuvo, apuntó a su objetivo y apretó el gatillo. El comandante gritó, un gorgoteo terrible, y retrocedió antes de derrumbarse de rodillas, cubriéndose el rostro con las manos. Stasia se dio la vuelta y disparó dos tiros más a los hombres que se acercaban a ella por detrás, aunque sabía que su puntería no sería precisa; sin embargo, sus perseguidores se lanzaron a los lados, brindándole preciosos segundos.

Stasia salió corriendo más rápido de lo que jamás había corrido en su vida; pasó junto al cuerpo sin vida de Jan y junto al comandante, que seguía de rodillas. Apenas alcanzó a ver que escurría sangre de entre los dedos del oficial, que salpicaba la parte delantera de su uniforme, antes de pasar junto a él dirigiéndose a la puerta del extremo norte del transepto que la sacaría a la concurrida plaza. La posibilidad de escapar pendía frente a ella como una pequeña y

brillante llama de esperanza. Llegó a la puerta y forcejeó para abrirla; la promesa de libertad estaba a solo unos centímetros de distancia.

Otro disparo retumbó en la iglesia y Stasia se azotó contra el umbral de piedra de la puerta. Sus piernas cedieron bajo su cuerpo y se tambaleó hasta caer de rodillas, confundida. Alguien la había golpeado o pegado con algo pesado; sin embargo, sabía que no había nadie lo suficientemente cerca como para haberlo hecho. Sintió el cuerpo entumido y fuera de su control.

Cuando tenía doce años, el caballo de su abuelo le había dado una patada. Un golpe que no vio venir y que la había alcanzado en el costado de la pierna, cerca del trasero. Recordaba que se había quedado tirada en la tierra, aturdida e inmóvil, mientras que su abuelo le gritaba que se levantara para que el caballo no la pisara o, pero aun, la pateara de nuevo.

En ese momento, su abuelo le estaba gritando otra vez o quizá fuera su propia voz la que le suplicaba que se levantara. El entumecimiento se estaba convirtiendo rápido en una ola de dolor. Un ardor al rojo vivo había comenzado a bajar de la parte superior de su hombro izquierdo hacía el brazo y el pecho. Pensó que iba a vomitar y giró la cabeza a un lado mientras se levantaba de nuevo con el brazo derecho. Notó vagamente que le habían disparado en la parte posterior del hombro o quizá en el brazo. Era difícil precisar el origen de la marea de dolor.

Stasia apenas había terminado ese pensamiento cuando sonó otro disparo y la pared cerca de su cabeza estalló en una lluvia de piedras. Disparó su propia arma hacia atrás, desesperada, y jaló la puerta, lo que hizo que la atravesara una nueva ola de sufrimiento. Jadeó y se tambaleó, pero consiguió abrir la puerta y se arrojó a la plaza, con la Webley todavía en la mano. Se preparó para que los soldados cayeran sobre ella en cualquier momento.

Pero no había soldados, ni policía ni la Gestapo, solo peatones que la miraban sorprendidos y se apartaban cautelosos de su camino, mientras que ella corría. Qué improbable, pero el comandante no le había mentido. No había ido a arrestarla con un ejército.

Con cada paso que daba sentía un dolor diferente a cualquiera que hubiera sentido antes, aunque cada uno le había recordado que todavía estaba viva. Se dirigió hacia el norte por la plaza, con la intención de llegar a la relativa seguridad de las calles estrechas. Había demasiado espacio libre en la plaza, por lo que era muy fácil que la vieran. Era demasiado fácil de identificar.

Enseguida de ese pensamiento, Stasia sacó el brazo izquierdo del abrigo, apretando los dientes para soportar la agonía que sintió cuando lo pasó por la manga. Se metió el revólver en la parte delantera del vestido. Le quedaba una bala que no serviría de nada contra el enjambre de hombres que, sin duda, le caerían encima en cualquier momento, pero no podía dejarla atrás. Lo que sí dejó atrás fue el abrigo azul brillante, que, una vez que sacó el brazo derecho, abandonó en la calle. Los soldados buscarían a una prostituta torpe con un ridículo abrigo azul, no a una mujer de vestido negro. Tal vez podría ganar unos valiosos segundos más. Había una posibilidad de que sobreviviera. Había un lugar en el que podría sobrevivir. Si tan solo pudiera llegar ahí.

El aire invernal se sentía frío contra su piel y su aliento salía en nubecillas. La luz se desvanecía rápido detrás de las nubes mientras el sol se hundía en el horizonte. Stasia se obligó a reducir la velocidad, incluso cuando los gritos que escuchaba detrás de ella en la plaza hacían que quisiera correr. Se abrió camino hacia el norte, alejándose de la iglesia por Smedestraat. La calle era estrecha, con edificios de dos o tres pisos a cada lado, y había menos peatones ahí. Mantuvo el ritmo justo detrás de un grupo de mujeres que llevaban bolsas del mercado. Con la cabeza gacha, hizo todo lo posible por volverse invisible. Una mujer que caminaba a prisa llamaría mucho menos la atención que una que corría de forma histérica. Se apretó el abdomen con la mano izquierda cuando unas manchas bailaron ante sus ojos. Se negaba a desmayarse. La sangre le escurría caliente y pegajosa por la espalda; tenía el vestido empapado, pero estaba agradecida por el color oscuro de la tela que, por suerte, lo hacía menos notorio.

Stasia miró hacia atrás. Ahora había policías en la Grote Markt, entre la entrada a Smedestraat y la iglesia; obviamente, los había llamado el comandante o, si él estaba muerto, sus hombres. Uno de ellos levantó su abrigo azul y gritó indicaciones que pusieron a los oficiales a correr en todas direcciones. Cuatro hombres de abrigos azul marino se separaron del grupo y se dirigieron hacia ella. Stasia se volvió y aumentó el ritmo, empujando a las mujeres con las bolsas del mercado e ignorando sus variadas exclamaciones de molestia y preocupación. No miró atrás, mantuvo los ojos enfocados al frente, buscando la entrada del callejón correcto. Una conmoción estalló detrás de ella. Voces masculinas exigían información a los civiles que se encontraban. Sería cuestión de segundos antes de que alguien señalara en su dirección.

Estuvo a punto de pasarse del callejón, porque estaba concentrada en mantener los pies en movimiento. Giró a la izquierda y se tambaleó por el estrecho pasaje. Ahí no había peatones entre los que pudiera mezclarse. La calma peculiar que había sentido en la iglesia hacía mucho tiempo que había desaparecido. Se sentía expuesta, vulnerable, y le aterraba que la oscuridad que avanzaba desde los bordes de su visión la derribara contra el edificio enfrente de ella. Por fin, llegó a la puerta de la esquina norte del edificio y tocó. La puerta se abrió solo un poco y se asomó un pálido rostro.

—Por favor —suplicó Stasia con voz ronca; todos sus esfuerzos se enfocaban en respirar y no desmayarse—. Yo soy…

El rostro parpadeó una vez, luego la puerta se abrió por completo y unas manos se extendieron para jalarla hacia adentro.

—Sé quién eres —aseguró la relojera—. Eres amiga de Lotte. Una vez nos entregaste unas cartillas de racionamiento.

—Sí. —Montones de cartillas de racionamiento falsificadas, más cartillas de las que jamás necesitaría una sola familia neerlandesa. A menos que esa familia escondiera muchas bocas extra que requirieran alimentos.

Unas manos rápidas y firmes ayudaron a Stasia a mantener el equilibrio y examinaron el corpiño de su vestido empapado de

sangre. Una suave voz emitió una serie de órdenes. Apareció una toalla que alguien presionó contra su herida y un vendaje que envolvieron con firmeza alrededor de su espalda y pecho para mantenerlo en su lugar. En algún lugar, fuera de su línea de visión hubo una discusión urgente y en voz baja. Stasia se tambaleó y se maldijo a sí misma por ser tan débil.

—Lo siento —susurró.

—No te disculpes —le dijo la relojera—. Estás en buenas manos. Nos ocuparemos de tu herida, pero todavía no. Por el momento, tienes que venir conmigo y rápido.

Stasia asintió; siguió a la relojera por una puerta y subió un tramo de escaleras estrechas y retorcidas. Cada paso hacia arriba era más difícil que el anterior hasta que, en un punto, tuvo que gatear los últimos tres escalones. Justo después del rellano, entró tambaleándose a un cuarto demasiado femenino. Era pequeño, con el espacio justo para poner una cama individual y un armario alto y estrecho. Las delicadas flores impresas en el tapiz de las paredes bailaron ante sus ojos. Era posible que todo ese esfuerzo fuera en vano. Era muy posible que ella muriera después de todo.

Abajo, muy abajo, alguien golpeaba la puerta con rabia; era un sonido sordo y ominoso que resonó por toda la casa.

—Lo siento mucho —musitó Stasia de nuevo; todo su ser se había reducido a un mundo de dolor. Le dolía moverse, le dolía respirar y le dolía pensar que había llevado a los lobos a la puerta de estas personas.

—No te disculpes —le aseguró la relojera—. Confía en Dios como yo lo hago y cree en que todo saldrá bien. Ahora, rápido, vamos a esconderte.

Stasia no confiaba en nada ni en nadie, excepto en la figura que, en ese momento, se inclinaba para abrir el panel posterior debajo del estante inferior del armario.

—Entra. Y, oigas lo que oigas, no salgas. No hagas ruido.

Stasia asintió y se arrastró por el hueco, con el brazo izquierdo atado fuertemente contra las costillas. Consiguió meterse por la

abertura que era apenas más grande que su cuerpo, conteniendo otro sollozo mientras el dolor la atormentaba con cada movimiento. El espacio en el que se derrumbó, entre el armario y la pared del cuarto, era estrecho, oscuro y sofocante.

Aunque seguro.

La relojera se agachó, mirando a través de la abertura, y le ofreció una sonrisa sombría.

—La Gestapo podría buscar para siempre y jamás encontraría este lugar. Dios está de nuestro lado.

Stasia asintió, ya que no podía hacer otra cosa. Se preguntó si esta persona extraordinaria, devota y amable la escondería si supiera que ella era más que una ladrona de cartillas de racionamiento. Si le confesara quién era realmente y la razón por la que la estaban cazando.

Una mano entró por la pequeña abertura cuadrada y le apretó suavemente el brazo bueno.

—Vas a estar bien. Te lo prometo.

Stasia miró los bonitos ojos azules de la bonita relojera.

—Gracias —susurró.

17

Stasia

En algún lugar de Bélgica
9 de abril de 1944

Stasia se recargó en la pared de piedra de superficie áspera y fresca. En ausencia del sol, el aire nocturno era frío, lo que le recordaba que el verano todavía estaba lejos. Jaló una profunda bocanada de su cigarro; la brasa se encendió y apagó en el manto de negrura que la rodeaba. En lo alto, la luna creciente estaba parcialmente oscurecida detrás de una cortina de nubes y las estrellas visibles, a través del mosaico nuboso, eran solo puntos apagados en el terciopelo del cielo, como si se hubieran cansado de luchar contra la oscuridad. O tal vez solo Stasia las veía así; tal vez las estrellas reflejaban su propio cansancio. Su propio vacío.

Stasia echó la cabeza hacia atrás. Las nubes ahora habían ocultado la luna por completo, sumiendo el jardín en las sombras. El aire se había quedado quieto, como conteniendo el aliento; en cambio, el olor de la piedra se mezclaba con el olor terroso de la vegetación que brotaba de entre los restos marchitos del año anterior. El silencio era absoluto y no estaba segura de si se sentía tranquila o resentida por eso.

Dejó caer el cigarro consumido al sentir el calor mordiendo sus dedos. Se movió y aplastó la chispa bajo su talón hasta reducirla a nada, observando cómo se convertía en una mancha invisible en la oscuridad. «Qué apropiado», pensó con indiferencia. Todo lo que una vez fue brillante se reducía a cenizas. Se reducía a polvo y se olvidaba como si nunca hubiera existido…

Ya no estaba sola.

Stasia se quedó quieta, escuchando el suave crujido de unas hojas que se aplastaban bajo pasos pesados. El ruido se detuvo, seguido por un leve suspiro de frustración y el inconfundible rasguño de un encendedor al prenderse. Una chispa saltó en la oscuridad frente a ella, pero se extinguió de inmediato. Se oyó el sonido dos veces más y una llama apareció y murió, aunque el breve resplandor permitió que Stasia identificara al individuo que sostenía el encendedor. Era el hombre rubio que había visto desde la ventana del ático hacía dos días, escondido en el cobertizo detrás del granero. No estaba segura de si le irritaba su presencia o la aliviaba que no fuera alguien más.

Aliviada, decidió después de un momento. El silencio se había vuelto ensordecedor.

Stasia se separó de la pared de piedra e hizo una mueca al sentir su hombro protestando de dolor. Sacó el encendedor de su bolsillo y, con un movimiento de los dedos, dio vida a una llama.

En la oscuridad, escuchó que el hombre caminaba hacia atrás, se tropezaba por la irregularidad del suelo y maldecía por lo bajo.

—¿Me permites? —preguntó Stasia en francés, sin moverse. De repente la asaltó el recuerdo de haberle ofrecido la misma cortesía a otro hombre, antes de que siquiera pudiera llamársele como tal, en un jardín bañado por el sol.

Stasia retrocedió. Pensó que se había deshecho de esos recuerdos. Que había sellado todos esos sueños y promesas en un oscuro pozo dentro de ella para no recuperarlos nunca más. Si los olvidaba, no podrían lastimarla; porque, a pesar de que muchos se lo habían asegurado, el tiempo no había curado nada.

—Gracias. —Tenía una voz grave.

Más que verlo, Stasia sintió su presencia. La figura del hombre se movió hacia el círculo de luz mientras se inclinaba hacia ella para encender su cigarro; la miró de reojo mientras lo hacía.

Era tremendamente guapo y muy joven. Mucho más joven de lo que le había parecido desde la ventana; sin embargo, debajo del cabello rubio que le colgaba sobre la frente, sus ojos, unos charcos

color chocolate derretido, se veían viejos y cansados. Tan viejos y cansados como ella se sentía.

Él inhaló y la punta del cigarro brilló con intensidad; Stasia cerró su encendedor de golpe. Volvieron a quedar sumidos en la oscuridad.

—No quería sobresaltarte —aseguró ella.

—Pensé que tenía el jardín para mí solo. —Su francés era bueno, pero tenía un acento familiar.

—Necesitaba ver el cielo de nuevo —comentó, extrañada de estar hablando con él—. Aunque fuera por unos segundos.

—Entiendo.

Stasia podía oler el aroma acre del humo del tabaco.

—Te vi cuando llegaste, pero pensé que ya te habías ido.

—«Otro día», me dicen. No pueden moverme de nuevo.

—Ahora mismo es peligroso. Tienen razón en esperar.

Pareció reflexionar al respecto.

—Eres una… invitada aquí, como yo —comentó; no era realmente una pregunta.

—Algo así. —No era realmente una respuesta. Aunque, que estuviera ahí era la razón por la que seguía viva.

Había estado a punto de morir en el pequeño espacio escondido entre el armario y la pared de Haarlem. Cuando la relojera y su familia consideraron que era seguro sacar a Stasia, ya había perdido una peligrosa cantidad de sangre. Consiguieron a un médico, un hombre anónimo que trabajó en silencio y no hizo preguntas. Entre todos, habían logrado salvarle la vida.

También encontraron la manera de que huyera de Holanda. De que huyera de los Países Bajos por completo, porque era demasiado peligroso que se quedara. Días después, cuando tuvo fuerzas suficientes para sentarse, le dijeron que había un retrato hablado de ella pegado por todo Haarlem. La red de la Resistencia en la que Stasia había operado se había deshecho y ocho de los diez miembros de la célula estaban muertos o habían sido arrestados. Según la policía, la buscaban por robar y falsificar cartillas de racionamiento. Además, ofrecían una recompensa a cualquier persona que pudiera proporcionar información que condujera a su captura. Todos

pensaban que era una medida demasiado severa para una falsificadora, pero ¿quién comprendía las motivaciones de los nazis? La familia de la relojera tenía conexiones con personas que, a su vez, estaban vinculadas con vastas redes en el extranjero especializadas en el contrabando de vidas humanas. Hicieron todos los arreglos para su salida. Jamás le formularon las preguntas que Stasia podía ver en sus ojos y ella nunca les dijo nada.

Se decía a sí misma que callaba para protegerlos, pero era mentira. La egoísta y cobarde verdad era que no soportaba que esas personas extraordinarias, que le habían abierto las puertas de su hogar y corazones y que poseían una fe y bondad sorprendentes, supieran quién era ella realmente. Lo que era realmente.

Stasia todavía no estaba segura de haber merecido sus esfuerzos y sacrificios.

—Es una hermosa noche. —La voz del hombre flotó desde la oscuridad. La punta de su cigarro se encendió y ella lo oyó exhalar.

—Sí. —Se recargó en la pared y se deslizó cuidadosamente hacia el suelo.

—Todavía hace calor.

—Sí.

—Yo… —Se interrumpió con una maldición apenas audible, el brillo de su cigarro subía y bajaba mientras lo manipulaba con torpeza en la oscuridad—. Soy terrible forjando cigarros, la verdad —murmuró para sí mismo.

Otro recuerdo se deslizó desde el olvido y Stasia se estremeció. Miró al cielo, preguntándose si los dioses y hados estarían ejecutando su propio y exquisito estilo de castigo al poner en su camino a este hombre y los recuerdos que incitaba. De ser así, era un castigo mucho más doloroso que una bala.

El brillo anaranjado se estabilizó y parecía que el hombre había solucionado las deficiencias que tenía con su cigarro.

El silencio se extendió.

—Te dejo en paz —dijo el hombre.

—Quédate. —La palabra se le escapó antes de que Stasia lo pensara bien. Cerró los ojos: era un error. Debía pedirle que se

retirara, que se fuera y se llevara con él los recuerdos dolorosos que parecía provocar; sin embargo, permaneció en silencio.

Quizá se estaba castigando a sí misma.

—Bueno —respondió él con la voz entrecortada.

En el cielo, las nubes se abrieron lo suficiente como para crear siluetas fantasmales. El hombre se acercó y se sentó a su lado, con los codos apoyados sobre las piernas como si no estuviera del todo cómodo.

Stasia observó su perfil a la luz de la luna.

—No eres parte la Resistencia.

—Depende de a quién le preguntes —murmuró en neerlandés—. El Escuadrón 167 tiene la impresión de que estamos resistiendo.

—No sé qué es eso —respondió ella en la misma lengua.

Él giró bruscamente la cabeza para mirarla. Stasia podía sentir su mirada y el peso de las preguntas que había detrás.

—¿Te sobresalté de nuevo? —preguntó Stasia.

—Sí.

—Perdón.

—No te preocupes. —Él apartó la mirada y dio una larga fumada a su cigarro—. ¿De dónde eres? —preguntó.

Ella dudó.

—Lo siento. Sé que no debería preguntar…

—De Róterdam. —Se dio cuenta de que quería responder. Necesitaba responder. ¿Por qué? Nada bueno saldría de ello.

Él la estaba mirando de nuevo quizá pensando en su siguiente pregunta.

—¿Qué es el Escuadrón 167? —preguntó Stasia antes de que él pudiera hacer la pregunta inevitable.

Él se recargó en la pared y rozó el hombro de Stasia. Por costumbre, ella iba a moverse, a alejarse, para mantener su espacio y distancia; no obstante, algo la detuvo y se quedó en donde estaba. El calor de su cuerpo traspasaba las capas de ropa y tocaba su piel.

—Es un escuadrón neerlandés de la RAF —le respondió—. Derribamos las bombas que lanzan los cobardes nazis de mierda. —Se

detuvo—. Perdón.

—¿Por qué?

—Por mi lenguaje.

—Me importa una mierda tu lenguaje de mierda.

Él soltó un ruido ahogado que quizá fue una risa. Era un sonido extraño, desconocido; Stasia no recordaba cuándo fue la última vez que oyó a alguien reír.

—¿Cómo? —preguntó ella.

—¿Cómo qué?

—¿Cómo se detiene una bomba sin piloto?

—La detonas en el cielo intentando no estallar con ella. Si te quedas sin munición o el riesgo de detonación es demasiado grande, la inclinas con tu avión.

—¿Cómo que la inclinas con tu avión? ¿Qué significa eso?

Sintió que él se encogía de hombros.

—Acercas tu nave y rozas la punta de su ala con la tuya. Si lo haces bien, la bomba desvía su curso y se pone a girar en espiral. Todas las bombas que caen en un campo vacío o sobre el Canal no caen en Londres.

—¿Y si lo haces mal?

—Acabas muerto o escondido en el cobertizo de una granja, durmiendo en un catre y dependiendo de la generosidad de unos extraños para que te ayuden a regresar a Inglaterra.

—¿Cómo te…? —Se contuvo para no hacer preguntas que sabía que él no querría responder o, probablemente, no debía responder.

—El avión se averió y se estrelló en el Canal. Un pescador me sacó del agua. —Su cigarro se encendió de nuevo—. Debería estar muerto —reflexionó entre una nube de humo. Sonaba devastado, como si fuera un hecho y no una conjetura.

—Pero no moriste.

—No morí —convino—. Perdón.

—¿Por no haber muerto?

—Por arruinar tu pacífica velada con mis reflexiones sentimentales. Me encuentro en un jardín iluminado por la luz de la

luna con una mujer hermosa. Debería estar encantándote con palabras ingeniosas e inteligentes.

—No soy de las que se encantan fácilmente, ni con palabras ni de otra manera. Y deja de disculparte.

El hombre bajó la cabeza; el pálido cabello le cayó sobre la frente como hilos de plata.

—Lo odio.

—Vas a tener que ser más específico. Hay muchas cosas que uno puede odiar en estos tiempos.

—Cada vez que vuelo, estoy tentando a Dios, o al destino o a todo en lo que se puede creer; sin embargo, no me siento aliviado ni satisfecho cuando vuelvo a la tierra y salgo arrastrándome de la cabina. Me siento… —Hizo una pausa para buscar la palabra correcta.

—Culpable —susurró Stasia.

—Sí. —Volvió la cabeza hacia ella.

Algo se agitó en el fondo de Stasia, debajo del entumecimiento que dejaba el vacío. Fue como si, cobijada por el manto de la oscuridad, el anonimato y la certeza de que ese instante sería fugaz apartara por un momento la protección de ira y odio que había cultivado con tanto esmero.

Stasia apoyó la cabeza contra la piedra.

—Te sientes culpable por seguir vivo mientras otros mueren.

—Sí. —La punta encendida de su cigarro cayó al suelo y se extinguió de inmediato—. ¿Por qué? ¿Por qué yo sigo vivo y otros hombres mejores que yo, hombres que eran esposos y padres, no? —Por primera vez en la conversación, sonaba tan joven como era realmente.

—No tengo una respuesta. Nadie la tiene. Por lo menos, no una que sea contundente.

—Pero tú sabes. —Todavía la estaba mirando y Stasia se preguntó qué veía—. Tú sabes qué se siente.

—Sí. —La invadió un deseo repentino e inexplicable de extender la mano para tocarlo—. Todos los días me pregunto por qué a mí se

me permite vivir, mientras que personas mejores que yo están muertas.

—Después de que aterricé en el agua, hubo un momento en que… —Se detuvo abruptamente.

—¿Te preguntaste si sería menos doloroso si simplemente te rindieras? —preguntó Stasia en voz baja.

El hombre respiró profundamente y agachó más la cabeza, presionando la frente contra sus manos.

—Me avergüenza admitirlo. —Sacudió la cabeza—. No sé por qué te estoy contando todo esto —murmuró—. Ni siquiera sé cómo te llamas.

—Por eso. —Entonces, Stasia lo tocó; el músculo sólido de su antebrazo se sentía cálido bajo las yemas de sus dedos.

Él se quedó quieto.

—Yo también debería haber muerto —confesó Stasia—. Pero algunas personas mejores que yo, se aseguraron de que siguiera viva. Y ahora aquí estoy, en este lugar, en este momento, no porque crea que merezco vivir, sino porque no puedo despreciar sus acciones.

—Entonces seguirás luchando.

—Entonces seguiré luchando. —Stasia retiró su mano, pero él alzó la cabeza y atrapó sus dedos con los suyos.

Sus manos eran ásperas, callosas y ligeras.

—¿A dónde irás?

—A casa.

—¿A Róterdam?

—No. —Regresaría a Normandía, insistía en ello, para consternación de quienes afirmaban que sería mucho más seguro ir a Inglaterra. Stasia no quería seguridad, quería un propósito.

—Dime de dónde eras. Antes de que llegaras a volar aviones para la RAF —le pidió Stasia antes de que él pudiera hacerle más preguntas.

—De Dordrecht.

—¿Todavía tienes familia ahí?

Apretó su mano con más fuerza.

—No, murieron. —Respiró entrecortadamente—. ¿Y tú?

—Muertos. —Odiaba esa palabra—. ¿Algún amor?

Él bajó la cabeza y negó, mirando fijamente sus manos entrelazadas.

—No.

—Pensé que los pilotos tenían tantas mujeres como las lámparas de araña cristales colgando. —Le dio un leve golpe con el hombro.

Los dientes del hombre brillaron en la penumbra antes de desaparecer de nuevo.

—A mi escuadrón también le gusta pensar eso. Me han dicho que soy una enorme decepción para ellos. —Pareció ponerse serio—. Es que… nunca he podido disfrutar las fiestas o los bailes del cuartel. No voy. Me parecen reuniones de alegría forzada, seguidas de despedidas forzadas.

La asaltó la imagen de Nicolas arrodillado frente a ella, con el corazón y un anillo en la mano. El recuerdo hizo que se doblara de dolor y pena.

—Es peor no tener la oportunidad de despedirse. En especial, cuando… —No confió en su voz para continuar.

—En especial, cuando era el amor de tu vida —concluyó él por ella.

Maldita intuición la suya.

—Sí.

—Lo siento.

Stasia negó con la cabeza; se sentía peligrosamente cerca del llanto, lo que la enfureció de nuevo.

—Te pedí que dejaras de disculparte —dijo con la voz entrecortada—. Lo amaba y lo perdí; ya nada puede cambiar eso. Está muerto. —Esa maldita e insoportable palabra otra vez.

—¿Te parece egoísta que yo quiera lo que ustedes tuvieron? —le preguntó él en voz baja—. ¿Aun sabiendo que también se perderá? ¿Que haré promesas que no podré cumplir? ¿Que llegará un día en que no volveré?

—Sí —respondió ella bruscamente—. Sí es egoísta. —Se frotó los ojos, furiosa—. Nadie vive feliz para siempre. No hagas que alguien te ame y luego la dejes.

Apretó su mano con más fuerza.

—Entonces ¿te arrepientes?

—¿De qué? —Se le cortó la respiración.

—Quiero saber si te arrepientes de haberlo amado.

Era una pregunta horrible que ella había estado evitando; le provocó un cegador golpe de dolor. Debió levantarse, irse y dejar a este hombre con su terrible pregunta en la oscuridad. Sin embargo, perversamente, se obligó a pensarlo. Le dio vueltas en su mente una y otra vez. Consideró la implacable tortura de los hubiera y el filo cortante de lo que podría haber sido. Fue suficiente para dejar lo que quedaba de su alma hecha jirones ensangrentados.

—Me arrepiento de no haber dicho lo que debí decir cuando podía —contesto finalmente en la oscuridad de la noche—. Me arrepiento de no haberle dicho adiós cuando pude hacerlo.

—Algo se quebró dentro de ella cuando se le escapó la verdad—. Pero nunca, jamás me arrepentiré de haberlo amado.

El hombre que estaba con ella no respondió nada de inmediato, solo deslizó sus dedos sobre los de ella como si estuviera probando su fuerza.

—Te envidio eso —susurró por fin.

Se le atoró en la garganta un ruido de amargura.

—No es motivo de envidia.

—Pero…

—No es motivo de envidia —repitió; sus palabras eran frías y duras —. Porque mientras que yo me enamoré de un hombre que era real, imperfecto y bueno, él se enamoró de una ilusión.

Él empezó a negar con la cabeza.

—Tú eres…

—No, por favor. No hables de lo que no sabes. —Había sido un error quedarse ahí con ese extraño, así, en el silencio. Era demasiado. Demasiada honestidad, demasiada verdad. Demasiados recordatorios de lo que había perdido—. Tú no sabes quién soy. Qué soy.

Stasia retiró su mano bruscamente.

—Quédate —suplicó el hombre—. Por favor.

—No puedo. No tengo nada que ofrecerte. Nada bueno. —Se puso de pie con trabajo y desempolvó la tosca tela de sus pantalones.

Le temblaban las manos. Se dio la vuelta y se alejó despacio, odiándose a sí misma por su cobardía.

—Debí haberlo hecho.

Ella se detuvo, ahora dándole la espalda.

—¿Qué debiste haber hecho?

—Bailar. Enamorarme de alguien real, imperfecto y bueno.

Stasia oyó que se ponía de pie.

—Baila conmigo —le pidió él en voz baja.

Stasia cerró los ojos, inmóvil.

—No quieres bailar conmigo…

—No —interrumpió él, con voz ronca—. «No hables de lo que no sabes» —repitió las palabras de ella antes de volver a pedírselo—. Baila conmigo.

Stasia abrió los ojos y miró hacia las estrellas, que todavía luchaban contra la oscuridad para ser vistas; se dio cuenta de que se había equivocado. Sí tenía algo que ofrecerle a ese piloto que había vivido mil vidas en la cabina de un avión, solo en el cielo, y, sin embargo aún no había vivido nada.

Se dio la vuelta lentamente para mirarlo. Sus rasgos estaban esculpidos en plata y sombras.

A su alrededor, el aire se sentía fresco y pesado; solo el ululato de un búho solitario a la distancia quebró el silencio. Despacio, Stasia puso las manos sobre el pecho del hombre, con las palmas contra la fina tela de su camisa. Su pecho subía y bajaba de forma superficial bajo su tacto.

Él puso una de sus manos sobre la de ella y deslizó la otra por su espalda para acercarla; su contacto era fuerte y firme. La guio, mientras ella seguía la música de la brisa. Stasia apoyó la mejilla sobre su pecho y escuchó el latido rítmico de su corazón. Solo después de un minuto, se dio cuenta de que estaba llorando calladamente y que sus lágrimas empapaban la camisa del hombre; sin importar cuánto tratara de evitar el llanto, no podía parar. Él no la soltó, sino que la mantuvo cerca de él.

En algún momento, sus lágrimas disminuyeron hasta convertirse en un sollozo entrecortado. En algún momento, dejaron de moverse y

solo se quedaron de pie en el jardín.

—Me pidió que me casara con él —susurró ella sobre su pecho—. Pensé que teníamos tiempo.

Seguía oyendo bajo su oreja el latido de su corazón, ininterrumpido y constante.

—Me recuerdas a él.

Él no dijo nada.

Stasia alzó la vista y, de repente, estaba insoportablemente avergonzada. Esto era algo que ella había pensado en ofrecerle a él; no obstante, había fracasado. De alguna manera, la escena había empezado a tratarse sobre ella.

—Perdón. No era… No quise decir que…

Él interrumpió sus palabras con un beso, un gesto tan sutil y suave que a ella le ardieron los ojos de nuevo pese a que le correspondió.

—No quiero que te disculpes —susurró él contra sus labios—. Quiero que puedas decir adiós.

Stasia se quedó inmóvil. Él se apartó sin dejar de mirarla bajo la pálida luz plateada. Ella entendió lo que le estaba ofreciendo. Lo que ambos se ofrecían.

—Cierra los ojos —dijo y Stasia obedeció.

Con un movimiento ágil, el piloto la cargó en sus brazos. Ella envolvió su cuello con las manos y él atravesó el jardín, abrió la puerta del cobertizo con el hombro y la acostó en su catre.

En algún momento de la noche, mientras sus cuerpos estaban acurrucados el uno contra el otro, Stasia por fin le dijo adiós a Nicolas.

18

Nicolas

Londres, Inglaterra
28 de mayo de 1944

La bandera era azul.

Ondulaba de forma aletargada cerca de la base de un mástil que se había incorporado al techo del edificio al otro lado de la calle; parado junto a ella, la atendía un solo hombre con casco. Nicolas y su equipo habían llegado al edificio designado a las siete de la mañana y, en el cuarto de hora que llevaban esperando en la sala de juntas del último piso, el hombre del casco todavía no izaba la bandera, solo miraba alternativamente el cielo y la cuerda que tenía en la mano.

—¿Creen que sea tonto? —preguntó el comandante Lewis Franklin mientras miraba al hombre por la ventana, que, en ese momento, veía boquiabierto las nubes que se desplazaban en el cielo.

—¿Qué? —Nicolas se recargó en su silla.

Franklin hizo un gesto hacia el otro lado de la calle, donde el hombre seguía inmóvil.

—En Minnesota, crecí con un tipo que se cayó de un árbol cuando tenía seis años y aterrizó de cabeza. Nunca volvió a ser el mismo después de eso. De grande, la gente lo contrataba para quitar la nieve con una pala, pero, de vez en cuando, tenías que ir a recordarle que siguiera trabajando. De lo contrario, se quedaba apoyado en la pala, mirando al vacío. Igual que él.

El tercer hombre en la habitación, el teniente Thatcher, se acercó a Nicolas y apartó a Franklin con el codo.

—Es un vigilante antiaéreo, jefe. Iza la bandera azul cuando ve caer una bomba.

Las gruesas cejas de Franklin desaparecieron bajo las ondas de cabello castaño que le cayeron sobre la frente.

—¿Por qué?

—Para advertir al vecindario. —Roy Thatcher cruzó los brazos.

—¿Quién demonios tiene tiempo para ver a un hombre parado en el techo? Además, para cuando el vigilante ve caer la bomba, ya será demasiado tarde para…

De repente, el vigilante empezó a izar la bandera y, a lo lejos, Nicolas oyó el débil zumbido del motor de una bomba antes de que esta tosiera y se apagara, devolviendo al cielo su silencio. Un segundo después sonó a la distancia un ruido sordo y, sobre los tejados de los edificios, se elevó una tenue nube de humo y polvo.

El vigilante comenzó a bajar la bandera de nuevo con movimientos lentos y mecánicos.

—Dios mío… —Franklin se acercó a ver la nube de humo. Sus enormes hombros bloqueaban casi toda la ventana.

—Yo sugeriría que un hombre capaz podría servir mejor en otro puesto —opinó Nicolas desde su silla.

Thatcher suspiró y volvió a la mesa. Sacó una silla y se sentó junto a Nicolas.

—Es una instrucción de la autoridad de la Defensa Civil para subir la moral de la población, ¿ven? Para que los londinenses se convenzan de que se están tomando todas las precauciones posibles.

—¿Y tú estás convencido? —preguntó Nicolas con ironía.

—Bastante.

—Oí que los aviadores derriban esas bombas en el aire —comentó Franklin, apartándose de la ventana.

—No creo —afirmó Thatcher.

—Es verdad. Oí que era como cazar patos desde un avión.

—Los patos no explotan —dijo Nicolas.

Thatcher parecía divertido. Metió la mano en su bolsillo y, con sus dedos largos y elegantes, sacó sus cigarros.

A Nicolas seguían sin agradarle mucho *les anglais*, pero descubrió que le agradaba bastante el inglés que ocupaba el puesto de operador

de radio de su equipo: Roy Thatcher. Le recordaba los retratos antiguos que había visto en las habitaciones del castillo de Montissaire: hombres de aspecto severo con rostros aristocráticos y porte regio. Una vez, durante la cena, le había preguntado al teniente si era un *lord* de algo. Thatcher solo se rio de forma enigmática y le pidió a Nicolas que le pasara la sal.

Franklin se alejó de la ventana y caminó hacia la puerta.

—El coronel está retrasado.

Thatcher miró su reloj, cruzó las piernas y encendió un cigarro.

—Mmm…

—El coronel solo se retrasa si eres un general —dijo Nicolas, poniéndose cómodo de nuevo. Contempló los mapas de Francia que había pegados en la pared opuesta, preguntándose qué propósito tendrían.

Franklin caminó de regreso a la ventana como un león enjaulado.

—Si no recibimos nuestras órdenes hoy, me voy a subir al techo con ese hombre y algo más efectivo que una bandera para derribar las malditas bombas…

La puerta se abrió de golpe y Nicolas se puso de pie de un salto. Thatcher descruzó las piernas y se levantó con más calma.

El coronel Giroux entró aprisa; su cabello blanco flotaba alrededor de su cabeza como una bola de algodón. Llevaba un portafolios gastado que puso sobre la mesa con un golpe sonoro, se acomodó en un lado de la mesa y les hizo señas a los hombres del equipo Jedburgh para que ocupara las sillas del otro lado. Nicolas tuvo un *déjà vu*, solo que ahora la apuesta, sin duda, eran mucho más alta que la primera vez que se reunió con el coronel en Londres.

Volvió a sentarse junto a Thatcher y Franklin se sentó en el borde de la silla al extremo de la mesa. El inglés fumaba y el estadounidense tamborileaba con los dedos sobre la mesa. A través de la ventana, detrás del coronel, Nicolas todavía podía ver la bandera azul y al vigilante aéreo en posición de firmes.

—*Très bien.* —Giroux miró fijamente a Franklin por encima de sus pequeños anteojos redondos—. Comandante Lewis Franklin,

¿verdad? ¿Jefe del equipo Hubert?

—Sí, señor. —Franklin inclinó la cabeza hacia los dos hombres que estaban sentados a su lado—. Teniente Roy Thatcher, operador de radio, y capitán Thomas Phillipe, subjefe.

Giroux miró a Nicolas.

—Sí, sí, el ingeniero naval francés. Lo recuerdo.

La bandera azul comenzó a subir lentamente por el mástil de nuevo, lo que llamó la atención de Nicolas.

Giroux abrió el portafolios y un alud de mapas y documentos se deslizó sobre la mesa. Nicolas detuvo uno con el dedo antes de que cayera sobre sus piernas.

El ruidoso zumbido de una bomba se filtró por la ventana. Nicolas se tensó.

—*Très bien* —exclamó el coronel mientras recuperaba los documentos fugitivos al igual que una mamá gallina reuniendo a sus pollitos. Ignoró el sonido de la bomba que se acercaba—. Estoy seguro de que están ansiosos por recibir sus órdenes.

—Desde finales de abril y ya casi es junio. —Franklin vio la bandera azul y apoyó sus manos carnosas sobre sus rodillas.

El zumbido se detuvo. Thatcher interrumpió el camino de su cigarro hacia sus labios.

—En una semana —dijo el coronel, distraído—. Aterrizarán en una semana si las condiciones lo permiten. —Sacó una pluma fuente y apuñaló con ella un mapa sobre la pila de documentos—. En Normandía.

Un estruendoso estallido sacudió el edificio y una leve lluvia de polvo cayó del techo. La bandera azul bajó despacio. El cigarro de Thatcher reanudó su viaje. Franklin se aclaró la garganta y se concentró en el mapa.

—*Très bien.* —El coronel continuó despreocupadamente—. ¿Entienden que es un lanzamiento muy peligroso?

—Para eso nos entrenaron —le aseguró Franklin al coronel—. Nuestro equipo está listo.

—*Très bien.* —El coronel se subió los anteojos sobre el puente de la nariz y miró a los *jeds*—. Antes de proseguir, les recuerdo que la práctica actual de los alemanes es dispararle a cualquier miembro de un comando en cuanto lo ven. Tengan el uniforme o no, lo que, por supuesto, es una violación directa de la Convención de Ginebra. —Se encogió de hombros—. Aunque las SS nunca se hayan adherido, les van a disparar por diversión. Una vez que estén en tierra, el uniforme solo les servirá para impresionar a los maquis y no mucho más, ¿entendido?

—Entendido —respondió Nicolas por sus compañeros de equipo. No era nada que no supieran.

Detrás de Giroux, la bandera azul volvía a izarse.

El coronel hojeó una pila de documentos y sacó uno con un ademán elegante.

—Este es el informe de inteligencia más reciente del área que será su objetivo. —Miró las pulcras líneas mecanografiadas con el ceño fruncido—. Normandía carece de la protección que tiene el sur. No hay montañas en las que los maquis puedan esconderse, lo que dificulta mucho su labor ahí. Solo hay tierras agrícolas llanas.

Se oyó otro zumbido, esta vez mucho más cerca.

El extremo de la pluma del coronel golpeó la mesa.

—Pero la zona tiene bosques, muchos. Ahí es donde se encuentra la mayor parte de los maquis que todavía no han sido arrestados o fusilados. —Hizo una mueca y consultó el documento que tenía en la mano—. El informe indica que sus redes están desorganizadas, que sus líderes son inexpertos y caóticos, y que tienen recursos muy limitados; sin embargo, están dispuestos a luchar. —Tuvo que gritar la última frase para que se oyera por encima del zumbido.

El ruido se calló.

El coronel abrió la boca para hablar, pero luego cambió de opinión y levantó un dedo.

Nicolas contuvo la respiración y se estremeció con el estruendo. El edificio tembló y el cristal de la ventana se agrietó, pero no se rompió. Una nueva lluvia de polvo cayó sobre la mesa.

—Dios. —Franklin se puso de pie.

El coronel lo miró por encima de sus anteojos y el estadounidense volvió a sentarse.

La bandera azul volvió a bajar por el mástil.

—*Très bien.* —El coronel bajó el dedo—. ¿Alguna pregunta? —cuestionó a los hombres.

Nicolas parpadeó.

—¿Siempre es así? —preguntó Franklin.

—¿Así cómo? —Giroux pareció confundido.

—¿Siempre hay tantas bombas?

—Ah, depende del día, supongo. —El coronel se encogió de hombros—. ¿Alguna pregunta sobre su misión hasta ahora? —Agitó la mano con leve irritación.

—¿Cómo sabemos que este informe es preciso? —preguntó Nicolas.

—En febrero, hubo un agente en el terreno que proporcionó esta evaluación.

—¿Y confía en esta persona? —preguntó Franklin.

—Queda implícito. —Dejó el documento a un lado y se puso de pie—. Su misión tiene dos objetivos. El primero es establecer contacto con la Resistencia, tomar el mando, ayudarlos a organizarse y proporcionarnos una lista detallada de los recursos que necesitarán para las siguientes semanas. Por supuesto, aterrizarán con una significativa dotación de armas y explosivos que usarán en el segundo objetivo, más inmediato.

—¿Y cuál es el segundo objetivo? —preguntó Thatcher. Una voluta de humo se elevó de su cigarro y desapareció encima de su cabeza.

—Sabotear los principales centros de comunicación y la infraestructura de la zona para eliminar o reducir la capacidad de transmisión por cable de los alemanes.

—Quieren obligarlos a usar transmisiones inalámbricas —manifestó Nicolas, entendiendo de inmediato el propósito.

—Lo que quiero es que no puedan comunicarse en lo absoluto —corrigió Giroux con brusquedad—. Pero sí, nos gustaría dificultar sus

comunicaciones de modo que, cuando tengan que hacerlo, no les quede más remedio que usar transmisiones inalámbricas.

—Que nosotros podamos escuchar.

—*Très bien*. Estamos mejorando en eso; al menos, es lo que dice la gente aquí en Londres.

—¿Y los puentes? ¿Las líneas de ferrocarril? ¿Las carreteras? —Franklin se inclinó hacia adelante.

—No son su prioridad. Al principio, por lo menos. —Miró a Thatcher—. Usted, por supuesto, estará en contacto regular con nosotros por radio. Se le mantendrá informado de los cambios e informará el progreso.

El operador de radio del equipo asintió.

—Por supuesto.

—La Gestapo fusiló a los líderes de los maquis del sur de Ruan, donde solíamos realizar nuestros aterrizajes. Ya no hay comités de recepción operando ahí. —Señaló el mapa con la pluma—. Aterrizarán aquí, al oeste de Ruan en esta curva del Sena.

Nicolas se quedó mirando, perplejo, el mapa donde se había clavado la punta de la pluma. Reconoció la zona.

—Seleccionamos a su equipo para esta misión por el capitán Phillipe. —Ahora la pluma de Giroux apuntaba a Nicolas—. En específico, porque tengo entendido que está bastante familiarizado con la geografía de la zona. Todas esas primeras entrevistas que realizamos no fueron en vano, ¿verdad?

Nicolas ignoró las miradas de curiosidad de Franklin y Thatcher, seguía mirando el terreno familiar del mapa.

—Habrá un comité de recepción esperándolos. El río es un riesgo, pero es un punto de referencia claro para los pilotos; además, es poco probable que caigan sobre el chapitel de una iglesia. —Giroux arrastró la pluma sobre el mapa—. Después de aterrizar, se dirigirán al este para contactar con los maquis que actualmente operan en esos bosques. —El coronel los miró—. ¿De acuerdo?

—Sí —respondió Nicolas con voz débil.

—Su objetivo principal será el Cuartel General de Comunicaciones que está al suroeste de Ruan y que actualmente

utiliza la Wehrmacht. —Deslizó la punta de la pluma hacia el sur—. Queremos que quede inutilizable, ¿entendido?

—¿Inutilizable? —preguntó Franklin.

—Inutilizable. —El coronel dejó el mapa y volvió a la mesa. Buscó entre los documentos y sacó una foto en blanco y negro. La dejó sobre la mesa enfrente de Franklin—. Nuestro agente tomó esta foto en febrero. Es su objetivo.

Detrás de Giroux, la bandera azul volvió a izarse en el mástil.

—Es un lugar muy elegante —comentó el estadounidense—. Será una pena destruirlo.

El zumbido irregular de otra bomba se hizo audible a la distancia.

—No es un lugar elegante, es un lugar peligroso —espetó Giroux —. Mantiene conectados a todos los nazis de la costa noreste de Francia y del interior con los tomadores de decisiones en París y Berlín. Por eso, está fuertemente custodiado. El centro de comunicaciones se encuentra en el cuadrante inferior noroeste del edificio; sin embargo, no hay fotos ni bocetos que nos indiquen cómo es el interior. Todo apunta a que algunos oficiales de alto rango se alojan ahí. Es altamente deseable que eliminen a algunos o a todos estos oficiales en el proceso. Caos y destrucción, ¿sí?

El zumbido se volvió más insistente a medida que la bomba se acercaba. La bandera estaba ahora en lo alto del mástil, ondeando con tristeza al viento.

—Es muy probable que haya hombres apostados en las entradas para vigilar quiénes entran o salen. Seguro encontrarán más hombres en los alrededores. Los oficiales alojados parecen estar en la primera planta. Si tienen suerte, encontrarán a algún lugareño que sepa algo. Es posible que los maquis de la zona puedan ayudarlos con eso.

Franklin deslizó la foto hacia Thatcher, quien la estudió mientras apagaba su cigarro contra la suela de su zapato. La bomba zumbaba encima de ellos.

—Destruyan ese centro de comunicaciones nazi a como dé lugar. No me importa si tienen que incendiarlo hasta los cimientos, pero no puede seguir en operación cuarenta y ocho horas después de que

pongan un pie en Normandía. —Giroux golpeó la parte superior del portafolios con la pluma—. ¿Está claro?

—Más claro que el agua —confirmó Roy Thatcher cordialmente.

Deslizó la foto en blanco y negro sobre la mesa y Nicolas la tomó.

El zumbido de afuera se detuvo.

En la foto, en primer plano, había un vehículo de color oscuro estacionado con una pequeña bandera nazi en la defensa delantera, que se reconocía con facilidad. Unos cuantos soldados alemanes estaban parados de manera casual en el terreno, con los rifles colgados sobre los hombros, sobre sus abrigos. Al fondo, se alzaba un castillo, con un par de altas puertas de madera y filas ordenadas de ventanas arqueadas a los lados. Se veían dos voluminosas chimeneas en cada extremo y las ventanas de las buhardillas sobresalían del techo de pizarra.

La bomba detonó en ese momento. El cristal de la ventana se hizo añicos y cayó en una cascada de fragmentos de vidrio. Se formó una grieta en la esquina de la pared cerca de los mapas de Francia. Los documentos junto al portafolios del coronel cayeron al suelo en un torbellino blanco.

Franklin maldijo y Thatcher encendió un nuevo cigarro.

Afuera, la bandera azul descendió de nuevo.

Nicolas limpió con cuidado la capa de polvo que había caído sobre la foto del castillo de Montissaire.

19

Isabelle

Ruan, Francia
22 de junio de 2022

Habían acordado reunirse en el castillo.

Ver el dibujo que hizo esa mujer, conocida solo como Rosa Silvestre, fue muy impresionante. No solo por su familiaridad, sino también por las teorías y posibilidades que generaba. Teorías inverosímiles y posibilidades cuestionables que a Isabelle le costaba creer, pero el dibujo era demasiado real como para descartarlo así como así. Decidió hacer algunas llamadas, comenzando por la mujer que seguía en posesión de los documentos originales de Montissaire en el Memorial de Caen, en Normandía.

Lise sintió curiosidad cuando Isabelle la llamó para preguntarle por la leyenda de Rosa Silvestre. La historiadora y curadora respondió que sí estaba familiarizada con la leyenda; sin embargo, confesó que nunca había indagado demasiado. Convino con Isabelle que la supuesta lista de oficiales nazis fallecidos y desaparecidos, que decía *Dornröschen* en la parte inferior, era interesante. También, aseguró de forma resolutiva que sería un placer investigar un poco.

Y ahora, un mes después, Lise estaba de vuelta en el castillo para mostrarles a Isabelle y Emilie lo que había averiguado.

—Perdón por llegar tarde. —Emilie caminaba con prisa hacia la entrada para reunirse con Isabelle en los escalones del castillo.

—En realidad, llegaste temprano —le aseguró Isabelle.

Emilie vio el Fiat desconocido estacionado junto a la camioneta de Isabelle.

—¿Crees que la historiadora haya encontrado algo?

—No creo que hubiera insistido en venir hasta Montissaire si no hubiera encontrado algo. —Isabelle había tenido un peculiar nudo en el estómago todo el día.

—No puedo creer que sigamos pensando lo que estamos pensando.

—Intento no pensar en nada hasta que hablemos con Lise.

—Claro, fue muy amable de su parte hacer esto. —Emilie se detuvo frente a las puertas del castillo.

—Sí —asintió Isabelle—. Hemos desarrollado un buen sistema a lo largo de los años. Yo le doy cualquier cosa de importancia histórica que me encuentre en mis proyectos, específicamente todo lo relacionado con las guerras mundiales. Por su lado, ella se encarga de que llegue a las manos adecuadas para su preservación, ya sea en Caen, en París o más lejos. A cambio, me ayuda con cualquier consulta histórica. Incluso aunque sean…

—¿Extrañas?

—Iba a decir locas, pero ambos adjetivos sirven. —Hizo una pausa —. Hablando de París, me preguntaba si podemos ir al jardín antes de que regreses para ver si se te ocurren algunas ideas.

Emilie se movió con nerviosismo.

—Pues, en realidad, estaba pensando en quedarme hasta finales del verano. Podríamos empezar el jardín juntas.

—Sí, claro —estaba gratamente sorprendida— me gustaría mucho. —Dudó y luego decidió que no tenía sentido evitar el tema—. ¿Qué ha pasado con Marcus? —Emilie no lo había mencionado de nuevo desde su abrupta confesión en la taberna de Val-de-Hayes.

—Se mudó, así que en mi casa no me espera nadie.

—Oh. —Isabelle dudó de nuevo—. Lo siento.

—No te preocupes.

—¿Cómo te sientes?

—No sé. Humillada. Pensé que tenía la vida perfecta y que había trazado mi perfecto final feliz desde el principio. El trabajo, el marido y el departamento perfectos. Todos los ambientes, las fiestas y las conexiones correctas.

—No creo que exista la vida perfecta.

—Es probable que tengas razón. También me siento enojada y decepcionada. Decepcionada de mí misma.

—¿De ti misma? —Isabelle estaba indignada—. Tú no tienes la culpa de su infidelidad…

—No, no estoy enojada conmigo por eso. Esperó a que me fuera para escabullirse como una rata cobarde. Eso es cosa suya, no mía. Estoy enojada y decepcionada conmigo porque no me di cuenta desde antes de lo poco que lo extraño. —Hizo una pausa—. No sé. Tal vez sea porque he estado muy ocupada aquí o porque nunca nos veíamos mucho de todos modos. —Hizo una mueca—. Estoy enojada conmigo misma por haber desperdiciado tantos años.

Isabelle se apoyó en la pesada puerta de madera.

—No creo que los hayas desperdiciado. Un hombre no te define a ti ni tus logros. Y tú has logrado mucho.

—Gracias. —Emilie parecía avergonzada.

—¿Y tu empresa? ¿No necesitas estar ahí? —preguntó Isabelle con cautela.

Emilie jugaba con el puño de su manga.

—Hay dos arquitectos muy talentosos y ambiciosos que pueden dirigir nuestra empresa en mi ausencia.

—¿Nuestra?

—Aceptaron mi oferta de sociedad. Presentaron algunas ideas muy buenas sobre el rumbo que podría tomar la empresa. Algunas áreas clave en las que podríamos expandirnos… —Emilie miró a Isabelle—. Ay, no pongas esa cara de presumida. Prefiero que estén en mi equipo a tener que competir con ellos.

—Mmm… Cierto.

—Es un mercado muy competitivo —insistió Emilie.

—Seguro, además está claro que están creando algo increíble —comentó Isabelle—. Esto es solo el principio. Lo sé.

—Me emociona ver lo que pueden hacer —admitió Emilie—. Aunque, ceder el control es un poco desquiciante.

—Bueno, me da gusto que estés feliz de nuevo. Aprovecha el viaje, a dondequiera que te lleve. No tienes que demostrarle nada a nadie y menos a un hombre como Marcus.

La sonrisa de Emilie se desvaneció y frunció el ceño.

—Mi esposo me acusó de amar mi trabajo más que a él. No sé si se equivocaba.

Isabelle permaneció en silencio.

—Tal vez hiciste bien, Izz. En no casarte nunca. En mantenerte soltera.

—No lo planeé. Simplemente… nunca se presentó la oportunidad, supongo. No es una queja. Y, sí, tal vez fue lo mejor. —Se encogió de hombros—. Yo me quedé. Tú te fuiste y creaste tus oportunidades. Y yo no.

—Has creado muchas oportunidades aquí. Todo el mundo te conoce y te respetan.

Isabelle se encogió de hombros de nuevo.

—Debí haber venido. —Emilie miraba las puntas de sus botas de trabajo—. Cuando mi papá tuvo el infarto.

—Sí, debiste venir.

—Es que tú encajas aquí. Yo no.

—No es cierto, eso es una excusa.

—¿Una excusa? —repitió Emilie, enojada.

—Para no tener que lidiar con las dificultades. —Isabelle apoyó la cabeza en el borde de la puerta—. Dime que me equivoco.

—Tal vez. —Emilie apartó la mirada—. O tal vez solo estás celosa.

—Estoy celosa —respondió Isabelle sin miramientos—. Algunos días. Algunos días deseo que mi trabajo sea mi única responsabilidad. Algunos días deseo haberme ido también.

—No te has muerto. Todavía puedes irte.

—¿Y quién va a cuidar la granja? ¿Quién va a ayudar a mi mamá y papá…?

—¿Ahora quién está poniendo excusas? —cuestionó Emilie—. Nunca me pediste ayuda, ni una sola vez.

—No tenía que pedírtela.

—Tal vez. Tal vez no respondí bien cuando tenía que hacerlo, pero tampoco te puedo leer la mente. No te puedo ayudar si no me dices que necesitas ayuda.

—¿Habrías venido? —preguntó Isabelle—. ¿Si te lo hubiera pedido?

Emilie se movió.

—Sí, habría venido. —Miró a Isabelle—. Seguramente, habría estado insoportable, pero habría venido.

—Habría preferido que estuvieras insoportable —declaró Isabelle —. Estar con alguien insoportable habría sido mucho mejor que estar sola.

—Bueno, ya estoy aquí.

«¿Pero por cuánto tiempo?», quería preguntar Isabelle, pero no lo hizo. Sospechaba que, en el fondo, no quería saber la respuesta. Apoyó sus dedos en la madera de la puerta.

—¿Entramos? —preguntó.

Emilie asintió y las dos se adentraron en el edificio.

El aire del castillo ya no olía a abandono, sino que tenía un aroma embriagador por la madera cortada, el yeso fresco y la pintura nueva; olores que Isabelle siempre relacionaba con un proyecto exitoso. Las paredes por las que iban pasando estaban restauradas y los espacios ya no se veían oscuros ni desgastados, ahora eran luminosos y acogedores. Ya podía imaginarse cómo se vería el lugar cuando pusieran los muebles.

—Izz.

Isabelle se detuvo en el pasillo y se volvió hacia su hermana.

Emilie parecía inusualmente incómoda.

—¿Crees que a mis papás les parezca bien si me quedo con ellos? ¿Contigo? ¿Mientras estoy aquí?

Isabelle frunció los labios.

—¿Qué tiene de malo el hotel de Ruan?

—Nada. Es que… olvídalo. —Hizo ademán de marcharse.

—Claro —respondió Isabelle—. Les encantará que te quedes con ellos. Te extrañan mucho.

—Ah, muy bien. Quizá podría ayudar un poco en la granja.

—Sería genial.

Emilie alzó la barbilla.

—Y ¿para ti está bien si me quedo contigo?

Isabelle respiró hondo.

—Me gustaría mucho.

La biblioteca seguía siendo la habitación favorita de Isabelle, sobre todo ahora que las ventanas estaban completamente restauradas, el suelo de piedra pulido y las estanterías relucientes. Ahí se encontraron con Lise y Luc; la historiadora ya estaba sentada frente al enorme escritorio de ébano y Luc se paseaba junto a las ventanas.

—Lise —exclamó Isabelle con voz cálida.

La delicada historiadora que las esperaba en la biblioteca de Montissaire llevaba una blusa colorida, una falda ajustada y abundante joyería; todo tenía un estilo bohemio.

—Discúlpenme. —Lise alzó la vista de su computadora, que estaba en medio de una tormenta de documentos muy bien organizada, aunque cubría la superficie entera del escritorio—. Llegué temprano. El señor Legassé tuvo la amabilidad de dejarme pasar. También me dio un pequeño recorrido por el castillo. Espero que no les moleste.

—Por supuesto que no. Y, por favor, no te disculpes. Estamos muy agradecidos de que pongas tu tiempo y experiencia a nuestra disposición. No se me olvida que hoy es tu día libre.

Lise agitó una mano y los brazaletes de plata de sus muñecas reflejaron la luz que entraba por las ventanas de la biblioteca.

—Es un día precioso para dar un paseo en coche. Además, quería ver qué habían hecho con el castillo desde la última vez que lo vi. Es extraordinario, hermoso.

—Es porque tuvo a los mejores trabajando en él —opinó Luc mientras le guiñaba un ojo a Isabelle.

—Incluyéndote a ti —comentó Isabelle.

Lise los miró alternativamente con una ligera sonrisa.

—Ah, bien, sabía que estaba en buenas manos. Me da gusto ver que la historia de este país se conserva con tanto cuidado.

Emilie estaba observando la disposición de los documentos sobre el escritorio.

—¿Qué es todo esto?

El rostro de Lise se iluminó.

—Qué buena pregunta. Por favor, tomen asiento. Déjenme mostrarles lo que he encontrado.

—¿Encontraste algo sobre Rosa Silvestre? —le preguntó Luc.

Lise inclinó la cabeza.

—Sí y no.

—Suena interesante —declaró Isabelle con tono ligero. Acercó tres taburetes que estaban cerca de la chimenea.

Luc rechazó con un gesto el que le ofreció a él.

—No puedo estar sentado para esto —manifestó—. Es demasiado emocionante.

Lise se rio mientras Isabelle y Emilie se sentaban; todas observaron que Luc reanudaba sus idas y vueltas junto a las ventanas.

—Empecemos con el dibujo que me mandaste. El que supuestamente dibujó Rosa Silvestre. —Deslizó sobre la mesa una copia del dibujo de Renaud Dubois de él mismo a los doce años sobre el lomo de un grifo—. Es excepcional. Ahora veo a qué te referías con respecto a esta biblioteca y estas esculturas. —Lise miró el dibujo y luego vio a los grifos, que observaban los acontecimientos en silencio desde su ubicación a ambos lados de la chimenea.

—Son los mismos —interrumpió Luc y dejó de caminar solo lo necesario para comentar eso—. El grifo del dibujo es el mismo que el de esta biblioteca.

—Estoy de acuerdo. —Lise se ajustó los anteojos y se acomodó el cabello castaño detrás de la oreja—. No es irracional pensar que quien dibujó este boceto vio estas esculturas en algún momento; sin embargo, eso no nos dice nada de quién lo dibujó. No tiene nombre ni fecha. No hay nada en este dibujo que nos ofrezca más que suposiciones y conjeturas.

Isabelle y Emilie intercambiaron miradas. Habían acordado esperar hasta después de que escucharan a la historiadora para mostrarle el dibujo de su bisabuela.

—Ahora bien, conozco la leyenda local de Rosa Silvestre —les aseguró Lise—. Es similar a las historias de Simone Segouin, Lucie Aubrac o Madeleine Truel. No obstante, lo que esas mujeres tienen,

que Rosa Silvestre no, son pruebas: registros, fotos. Algún tipo de documentación sobre su quehacer, de dónde venía, quién era, cómo luchó y qué le sucedió. —Dejó el dibujo sobre la mesa—. Algo más que un bonito dibujo.

—¿Y la palabra del señor Dubois?

—No es una pregunta descabellada —reconoció Lise—. No tengo ninguna duda de que una mujer lo bendijo de niño con un acto de bondad. Aun así, dilucidar quién era realmente esa mujer es mucho más difícil de demostrar. Podría haber sido cualquiera y de cualquier lugar. No fue la única persona desplazada en Europa durante esos turbulentos años.

—¿Entonces eso es todo? —preguntó Luc desde la ventana—. ¿Llegamos a otro callejón sin salida?

Lise lo miró por encima de su computadora.

—Difícilmente.

Isabelle se inclinó hacia delante.

—¿Qué significa «difícilmente»?

—Significa que amplié mi búsqueda y me puse en contacto con algunos colegas de diferentes museos y universidades. —Tomó la lista de oficiales nazis muertos y desaparecidos que Isabelle le había mostrado a Dubois—. Aunque, en Francia no hay pruebas concretas sobre una agente de la Resistencia llamada Rosa Silvestre, sí hay documentación sustancial sobre una agente neerlandesa que se hacía llamar Rosa. —Golpeó con una uña pintada la parte inferior de la página—. O *Dornröschen,* como aparece en varios registros alemanes.

—Neerlandesa —repitió Isabelle en voz baja, preguntándose si había oído bien.

—Sí —respondió Lise, girando su computadora para que Isabelle y Emilie pudieran ver la pantalla—. Irónicamente, en más de un documento se le menciona como un fantasma.

—En la pantalla aparecían varios documentos escaneados que parecían informes. Algunos estaban mecanografiados, otros escritos a mano con letras apretadas, pero todos tenían el Reichsadler en el encabezado.

»Estos son informes que se hicieron entre junio de 1943 y febrero de 1944. Todos fueron escritos por el *Sturmbannführer* Otto Ferdinand Diekmann, un comandante de las SS, o están dirigidos a él. Es la misma letra y son las mismas iniciales que están en la parte inferior de esta lista. —Señaló la lista de oficiales que le había dado Isabelle».

—El nombre no me es familiar —dijo Emilie desde su taburete—. ¿Era importante?

—No tanto como el hombre al que le reportaba. —Lise apretó una tecla y la pantalla cambió a una foto en blanco y negro de un hombre de mediana edad, vestido de gris, con mandíbula cuadrada, frente amplia y la línea de cabello en retroceso—. Él era el jefe de Diekmann, el *Generalkommisar für das Sicherheitswesen* Hanns Albin Rauter.

—Puta ma… —Luc se detuvo en seco.

Tres pares de ojos se volvieron hacia él y lo miraron fijamente.

Luc se aclaró la garganta.

—Rauter fue un criminal de guerra convicto. Lo ejecutó un pelotón de fusilamiento después de la guerra. La ubicación de su tumba todavía es secreta.

—Sí —asintió Lise, alzando una ceja—. Impresionante.

—Perdón, es mi pasatiempo. No quería interrumpir —se disculpó Luc.

—Para nada, no te disculpes —dijo Lise—. Tienes razón. Rauter era el oficial de las SS de más alto rango en los Países Bajos durante la Ocupación, por lo que le informaba directamente a Himmler. Durante su permanencia en el cargo, Rauter deportó a más de trescientos mil holandeses a los campos de trabajo forzado y a más de cien mil judíos a los campos de concentración y exterminio. —Apoyó un codo en el borde del escritorio—. Los Países Bajos tuvieron el mayor número de víctimas judías en Europa Occidental. Asesinaron a tres cuartas partes de la población judía neerlandesa; Rauter fue una pieza fundamental en el genocidio. —Apretó otra tecla y apareció una foto de la ejecución de cuatro civiles por un pelotón de fusilamiento alemán—. Como comandante de la policía, Rauter

también fue responsable de la represión, la persecución y las represalias contra la resistencia neerlandesa.

—¿Qué nos quieres decir? —preguntó Isabelle.

—Que todos estos informes —volvieron a aparecer en la pantalla los informes de las SS— son comunicaciones entre Rauter y Diekmann sobre una agente de la resistencia neerlandesa a la que, a veces, se referían como Rosa y otras como *Dornröschen* o, como ustedes saben, Rosa Silvestre. Rauter eligió personalmente a Diekmann para cazar y eliminar a esta agente en particular. Aquí hay correspondencia que registra el arresto y el posterior interrogatorio de personas que se creía que formaban parte de su célula en la Resistencia. Y por «interrogatorio» me refiero a tortura. Todos las personas a las que arrestaron murieron poco después. —Deslizó sobre el escritorio la lista que Isabelle había encontrado—. Esta lista es exactamente lo que parece. Es una lista de oficiales nazis que estuvieron en los Países Bajos durante la ocupación, casi todos en Ámsterdam y Haarlem, que desaparecieron o se dieron por muertos y cuya desaparición se atribuyó a esta mujer en particular, fuera quien fuera.

Isabelle tragó saliva.

—¿Encontraste alguna foto de esta agente de la Resistencia? —preguntó, con una voz que le sonó extraña incluso a ella misma. Era una pieza del rompecabezas que, en la superficie, encajaba lógicamente, pero que, en muchos otros aspectos, parecía por completo inverosímil.

Preocupada, Isabelle trató de imaginar a su bisabuela matando nazis a diestra y siniestra. Intentó conciliar la imagen de la mujer amable y de voz suave que había conocido toda su vida con la de una asesina fría y metódica, pero no lo consiguió. Aunque, también pensó que no había conocido a su bisabuela durante la guerra.

—No —respondió Lise—. Ni una sola foto. Varias descripciones, aunque ninguna consistente. Quienquiera que fuera, era inteligente y cuidadosa.

—¿Nunca la atraparon? —Luc hizo la siguiente pregunta obvia—. ¿O la mataron?

Lise se puso los anteojos sobre la cabeza.

—Diekmann no escribió ningún informe que confirmara que hubieran atrapado o matado a esta agente a la que se referían como *Dornröschen*. Después, a principios de 1944, ella desaparece de cualquier correspondencia o registro.

—¿No era de esperarse que la captura o ejecución de una célebre luchadora de la Resistencia apareciera en toda su propaganda? —preguntó Emilie.

Lise se encogió de hombros.

—Uno pensaría que sí, pero también es posible que la hayan desaparecido para evitar convertirla en una mártir. También, es posible que esos registros hayan sido destruidos o que yo no los haya encontrado. —Lise apretó el teclado dos veces más y apareció la imagen de un nuevo documento—. Lo que sí sé es que la búsqueda de *Dornröschen* parece haber terminado definitivamente en la primavera de 1944. Esta es una orden, fechada en mayo de 1944 y firmada por Rauter, para el traslado del *Sturmbannführer* Otto Diekmann a Francia.

Luc se apartó de las ventanas y observó la imagen en la pantalla.

—Entonces ella sí estuvo aquí —jadeó—. Y el *Sturmbannführer* Diekmann la siguió.

Lise se recargó en su silla, con una expresión divertida.

—Es una suposición un poco exagerada, me parece. Seguro que un hombre como Diekmann tendría mucho trabajo en los meses anteriores al Día D. Para entonces, los Aliados tenían todo tipo de agentes encubiertos trabajando en Normandía y muchos de ellos colaboraban con los grupos maquis. Suponiendo que lo enviaron a cazar agentes aliados o células de la Resistencia en Normandía, seguro tuvo un terreno de caza fértil. Y no habría sido el único. La Gestapo estaba por todas partes.

—¿Qué le pasó a Diekmann después de que lo enviaron a Francia? —preguntó Isabelle.

—No sé. Es posible que haya estado aquí en algún momento, tomando en cuenta los documentos que encontraste, o quizá le

enviara sus notas a otra persona. No encontré nada además de esta orden. —Señaló la pantalla y la imagen de la orden de traslado—. Lo que no es del todo inesperado. Los nazis eran muy meticulosos en sus registros, pero también eran minuciosos destruyendo pruebas y la documentación de sus acciones cuando se enfrentaban a una retirada inevitable. Además, los bombardeos aliados en las ciudades ocupadas no solo destruyeron infraestructura, sino también registros. Desde la perspectiva de un historiador, los documentos que dejaron en este escritorio son un descuido raro y afortunado. En especial, tomando en cuenta la destrucción deliberada de otras partes del castillo.

—¿Y los *jeds*? —preguntó Luc—. Los oficiales que recordaba el señor Dubois. Los que dijo que trabajaron con Rosa Silvestre.

—Eso fue más fácil. —Lise tomó un fólder con una nota sujetada con un clip a la portada—. Hay registros precisos de un equipo *jed* que aterrizó en Normandía, cerca de Ruan, justo antes del Día D. Había tres hombres en el equipo; un estadounidense, el comandante Lewis Franklin; un británico, el teniente Roy Thatcher, y un francés, el capitán Thomas Philippe. Aterrizaron con armas y explosivos; además, tenían experiencia en sabotaje y órdenes de colaborar con los maquis locales. Saqué una copia por si quieren revisar el expediente más tarde. Sin embargo, en estos registros, no se menciona nada sobre una agente altamente capacitada de la resistencia neerlandesa que se haya adherido a la facción francesa, si era lo que esperabas. De hecho, en los detalles de la misión, les advierten de forma explícita a los oficiales *jeds* sobre la organización particularmente pobre y las limitadas capacidades de los maquis locales.

—Estuvo aquí —insistió Luc—. La agente de la Resistencia que se llamaba *Dornröschen*. Sé que estuvo aquí.

—Pero no hay nada que lo compruebe —replicó Lise con amabilidad.

—Muéstrale —le dijo Luc a Isabelle de repente—. Muéstrale el dibujo.

Lise dirigió una mirada expectante hacia Isabelle.

—¿Qué dibujo?

Lentamente, Isabelle se levantó y caminó hacia la chimenea. Había bajado de la repisa el dibujo de su bisabuela para compararlo con la copia del que les había dado Dubois; luego, había puesto el dibujo enmarcado dentro de un sobre apoyado contra la pata de un grifo.

Llevó el paquete al escritorio y sacó el dibujo, que puso cuidadosamente sobre el escritorio enfrente de Lise.

La historiadora frunció el ceño.

—¿Qué es esto?

—Es un dibujo que mi bisabuela nos hizo a mí y Emilie cuando éramos niñas. Ella escribía e ilustraba sus propios cuentos infantiles, cuentos de hadas. Era su pasatiempo. No se publicaron, pero hizo ejemplares solo para nosotras.

Lise buscó el dibujo del señor Dubois y los puso uno al lado del otro.

—No soy experta, pero, desde luego, parece que los hizo el mismo artista. La rosa, la cadena, las alas… me atrevería a decir que son demasiado únicos para llegar a otra conclusión.

—Sí —convino Isabelle—. Eso fue lo que nosotros pensamos también.

Lise entornó los ojos y frunció el ceño mientras los miraba alternativamente a los tres.

—No estoy segura de adónde quieres llegar con esto —manifestó —. ¿Su bisabuela luchó con la resistencia francesa?

Isabelle negó con la cabeza.

—No… no sé.

—Yo sí. —Luc señaló los dos dibujos—. Su bisabuela era Rosa Silvestre. Así era como Renaud Dubois la llamaba. Era la misma persona que Otto Diekmann estaba cazando en los Países Bajos. La misma Rosa Silvestre que siguió hasta Francia.

Lise negó con la cabeza.

—Me gusta tu entusiasmo, pero, de nuevo, creo que es una suposición exagerada, demasiado.

—Era neerlandesa —dijo Emilie—. Nuestra bisabuela.

—¿Qué? —Lise dejó el dibujo sobre la mesa.

—Nació y creció en Róterdam —añadió Isabelle—. Pero de niña pasaba los veranos en nuestra granja, que, en ese entonces, era propiedad de sus abuelos. Nuestros tataratatarabuelos.

—¿Están diciendo que creen que su bisabuela era *Dornröschen*?

Isabelle se estremeció al escucharla decirlo en voz alta, le pareció más inverosímil que nunca.

—No sé. ¿A lo mejor?

—De acuerdo —dijo Lise lentamente—. ¿Tienen alguna prueba de que estuviera en los Países Bajos durante la guerra?

—No.

—¿Alguna vez mencionó algo sobre los Países Bajos? ¿Ámsterdam? ¿Haarlem?

—No.

Lise hizo una mueca.

—No tenemos idea de dónde estuvo durante la guerra —confesó Isabelle—. Pero sé que estuvo en Róterdam cuando los bombardearon en 1940. Sobrevivió al bombardeo. Nunca hablaba de eso a detalle, pero vi las cicatrices de sus piernas y su espalda.

Lise frunció el ceño.

—¿Y creen que después de eso volvió a Francia?

Isabelle alzó las manos.

—No sé. Yo siempre di por hecho que había vuelto a Francia después de la guerra. Vivió en París durante algunos años, de eso sí nos habló. Creo que ahí conoció a su esposo. Nuestro bisabuelo.

—¿Y él alguna vez mencionó algo sobre su pasado? ¿O sobre la guerra? Si él era francés, habrá tenido sus propias experiencias.

—Él tampoco hablaba de la guerra nunca. —Isabelle miró a Emilie, quien solo asintió—. Ni del pasado. Ninguno de los dos lo hacía. Era como si la vida de ambos hubiera comenzado en París después de la liberación.

—¿Qué decía su bisabuela de París?

—Que era hermosa, aunque un poco concurrida para su gusto. —Algo que Isabelle siempre había entendido porque ella sentía lo mismo—. Aunque, tal vez lo interpreté mal. Tal vez ella estuvo en París antes de que terminara la guerra. Quizá estuvo en Normandía

antes de que terminara la guerra. Esos años son un gran vacío en su vida. Ella nunca hablaba de eso. —Suspiró, la idea que estaban tratando de justificar parecía demasiado fantasiosa para ser real—. Ya sé que suena por completo loco. Lo siento.

—No completamente loco —le aseguró Lise—. Desde luego, hay puntos que podrían conectarse. ¿Alguien de su familia tiene más información?

—No —respondió Emilie—. Ya hemos preguntado, pero Izz tiene razón. La guerra era un tema que estaba fuera de discusión y nunca se hablaba de ella. Si alguna vez la bisabuela le hubiera contado algo a alguien, habría sido a Izz. Eran muy cercanas. Izz tiene el mismo corazón bondadoso que ella.

Isabelle miró a Emilie; el inesperado cumplido la tomó por sorpresa.

—Es verdad —le aseguró su hermana mirándola a los ojos.

Lise estaba golpeando distraídamente el costado de su computadora.

—No sé qué decirles. Todo es posible, supongo, pero es bastante circunstancial. Desde una perspectiva académica, no hay suficientes pruebas para conectar sin lugar a dudas todos los puntos. Tal vez su bisabuela regresó antes del final de la guerra y luchó con los maquis de la zona. Tal vez ella le dio un dibujo a un niño desconsolado. Tal vez incluso se hacía llamar Rosa, o Rosa Silvestre, en honor a la agente de la resistencia neerlandesa. —Miró a todos como si se disculpara—. Sin embargo, en cuanto a la teoría de que estuvo aquí la verdadera *Dornröschen*, la responsable de liquidar de forma sistemática a oficiales nazis en los Países Bajos, luchando con la resistencia francesa… Simplemente, no hay pruebas sólidas.

Isabelle llegó al jardín y el sol comenzaba a ponerse.

Se abrió paso entre la exuberante vegetación, la cual brotaba de cada rincón con el vigor colorido de principios de verano. Las criaturas nocturnas todavía no se mostraban, pese a que las que

habitaban las horas de sol ya se habían retirado a descansar. Rozó con los dedos un matorral de salvia lila; las delicadas flores tenían un borde dorado por efecto de la luz del ocaso. Bordeado por el antiguo muro de piedra y el espeso bosque, el jardín seguía siendo un lugar verdaderamente mágico. Isabelle sintió que tenía doce años otra vez y que estaba perdida en un mundo de cuento de hadas.

Había estado tan ocupada con el interior del castillo, que no había vuelto al jardín desde principios de la primavera cuando todo estaba dormido y húmedo. Cerró los ojos y respiró hondo, dejando que la paz y la tranquilidad del espacio se instalaran en ella.

Un leve sonido, como de raspadura, hizo que abriera los ojos y se volviera. Curiosa, Isabelle se abrió paso a través de los estrechos senderos, siguiendo el ruido constante hasta que llegó al borde del pequeño claro en donde la escultura del ángel se elevaba sobre la hierba alta y la maraña de flores. Luc estaba agachado en la base del pilar de piedra, con un par de tijeras de podar, despejando de forma metódica las enredaderas que habían empezado a ascender por la columna tallada.

—¿Vas a cobrar horas extras por esto? —bromeó Isabelle mientras entraba en el claro.

Luc se puso de pie de un salto y ahogó un grito. Las tijeras se le resbalaron de la mano y, a pesar de su intento desesperado por atraparlas, cayeron al suelo.

Isabelle intentó reprimir la risa, pero no lo consiguió.

—Perdón, no era mi intención asustarte.

—Lo creería más si no te estuvieras riendo. —Luc se agachó a recoger las tijeras.

A Isabelle se le escapó otra carcajada que no pudo contener.

—Lo siento mucho, de verdad —jadeó.

—Se nota. —Luc se enderezó.

—Es que, por un momento, pareciste un muñeco. —Agitó los brazos imitando sus movimientos.

—Un muñeco —repitió él con un gesto de pesar—. Qué humillante.

Isabelle logró controlar la risa.

—Pero un muñeco muy guapo.

Él se quitó los guantes y se secó la frente con el dorso de la mano. La miró con un brillo especial en los ojos.

—¿Entonces crees que soy guapo?

Isabelle sintió que se sonrojaba. Había caído directamente en la trampa.

—Sí, si es importante para ti —respondió con toda la arrogancia que pudo reunir. Evitó ver cómo se ceñía la camiseta a sus anchos hombros y cómo se ajustaban a su estrecha cadera los pantalones de mezclilla—. ¿Qué haces aquí? —Intentó no avergonzarse por el evidente y torpe cambio de tema.

Él le dijo con la mirada que no engañaba a nadie y señaló el pilar de piedra.

—Pensé en arreglar la tumba. Por lo menos, podemos demostrar esta parte de la historia del castillo.

Isabelle se acercó y desprendió los zarcillos de la enredadera, que seguían aferrándose a la piedra.

—Qué lástima que Lise no nos hubiera dado una mejor respuesta. Una respuesta que demostrara que tenías razón sobre Rosa Silvestre. —Sintió una profunda decepción. Ella también deseaba tener una respuesta favorable sobre la conexión entre su bisabuela y Rosa Silvestre; no obstante, cuanto más sabían, más complicado e incierto se volvía todo. Aunque, Isabelle no estaba dispuesta a rendirse todavía. Seguiría buscando.

—Por Dios, Izz, no pasa nada —aseguró Luc—. El objetivo no era demostrar que yo tenía razón, sino descubrir la verdad. La historia rara vez es transparente y ordenada, no se empaqueta y se entrega para que encaje a la perfección en la narrativa de nuestra preferencia. Me gusta creer que una mujer a la que llamaban Rosa Silvestre luchó aquí, pero eso no significa que haya pasado. Me gusta creer que tu bisabuela pudo haber sido esa persona, pero eso no significa que lo fuera. —Guardó los guantes en el bolsillo trasero de su pantalón—. Además, era tu bisabuela, no la mía. De todos modos, esa historia no me pertenece.

—La historia no le pertenece a nadie. Excepto a la propia historia. —Isabelle retiró las hojas enmarañadas sobre las letras grabadas en la piedra, revelando la inscripción completa.

SIMONE HENRIETTE BRODEUR,
AMADA HERMANA, 1856-1872
UN JARDÍN PARA PASEAR Y UNA INMENSIDAD PARA SOÑAR.
¿QUÉ MÁS PODÍA PEDIR?

—¿Conoces esta historia?

Luc contempló la inscripción.

—La verdad, no. Aparte de que murió demasiado joven. —Hizo una pausa—. Es una frase muy hermosa. Seguro ella amaba este jardín tanto como tú.

—Es una cita de *Los Miserables*, de Hugo, ligeramente adaptada. —Isabelle pasó la mano sobre la piedra todavía caliente por el sol. —Emilie y yo encontramos la historia de Simone cuando estábamos haciendo la investigación antes de comprar el castillo —le explicó—. Simone era la menor de las dos hijas de Richard y Huguette Brodeur, los últimos condes de Cossé que vivieron en el castillo. En 1860, Huguette murió de difteria. En 1870, Richard se fue a luchar en la guerra franco-prusiana. Sobrevivió y regresó en 1871, pero se retiró de la sociedad y se convirtió en una especie de ermitaño excéntrico. Despidió a los sirvientes y a los tutores de sus hijas. Mantenía las ventanas cerradas y tapiadas, incluso en pleno verano. No dejaba entrar a nadie al castillo, con excepción del médico del pueblo, quien le diagnosticó brotes de manía y melancolía. En 1872, Richard se suicidó, aunque antes de mató a su hija menor, Simone.

Luc miraba fijamente a Isabelle.

—Qué horrible.

—La hija mayor, Charlotte, enterró a su amada hermana aquí, en el jardín, donde pudiera estar cerca de ella. Charlotte Brodeur fue la última persona que vivió en el castillo. Nunca tuvo hijos ni se casó y murió en 1930 a los setenta y siete años. —Isabelle se agachó para quitar la hierba a la izquierda del pilar de piedra. Encontró casi de

inmediato la pequeña placa de la segunda tumba, con una inscripción que decía «Charlotte Marie, 1853-1930»—. En los documentos que dejó, esta era la única petición de Charlotte, que la enterraran en este jardín junto a su hermana. —Isabelle limpió la superficie de la placa.

—Ni siquiera me había dado cuenta de que había dos tumbas. —Luc dejó las tijeras a un lado—. El conde se trajo su guerra a casa con él.

—Creo que sí. Como tantos otros en tantas guerras. —Isabelle miró las alas despostilladas y maltratadas del ángel—. Me pregunto cómo le hizo ella.

—¿Quién?

Isabelle se puso de pie y metió los pulgares en los bolsillos de su pantalón.

—Mi bisabuela. Me pregunto cómo hizo para dejar atrás su guerra, por horrible que haya sido, para entregarse al futuro con tanta alegría, generosidad y propósito.

—Tal vez tenía a alguien con quien hablar. Alguien que entendiera que habría días en los que la alegría, la generosidad y el propósito serían difíciles de encontrar.

—Quizá, aunque, sin duda, no fuimos nosotras.

—¿Quizá tu bisabuelo? ¿O un amigo?

—Puede ser. —Isabelle hizo una pausa—. Ya de grande, me pregunté si los cuentos de hadas que escribió sobre el castillo de alguna manera eran terapéuticos para ella. Una forma de concentrarse en la felicidad y la esperanza. Tal vez un intento de devolverle al castillo algo de su encanto y maravilla.

—Tomando en cuenta que sus bisnietas lo están restaurando como una acto de amor, creo que tuvo éxito.

—Por amor y por un catálogo arquitectónico —manifestó Isabelle con sequedad.

—¿Eso es completamente malo?

—No. —Isabelle sacó los pulgares de sus bolsillos y miró a su alrededor—. Solo que Emilie insiste en que devolvamos este jardín a

sus orígenes del siglo XVIII, con líneas de flores, setos bien cortados y amplios caminos en los que quepan un par de alforjas.

Luc hizo una mueca.

—Eso arruinará la magia.

—Estoy de acuerdo. Estoy tratando de convencerla.

—¿Cuándo se regresa a París?

—No va a regresar hasta finales del verano.

—Oh. —Luc pareció sorprendido, pero, por fortuna, no hizo más preguntas—. ¿Alguna vez te has querido ir? —le preguntó de repente.

—¿A París? He ido tres veces. Una vez para un taller de yeso…

—No, no me refiero a eso. —Cambió de posición y se acercó lo suficiente a ella como para que sus hombros se rozaran—. ¿Por qué nunca te fuiste?

Isabelle abrió la boca para responder mientras resonaba en su cabeza la conversación que había tenido con Emilie sobre el mismo tema.

—Perdón. No tienes que responder…

—¿Por qué te fuiste? —preguntó ella a su vez.

Luc inclinó la cabeza, protegiéndose los ojos de los últimos rayos del sol. Tenía la mirada fija en algún lugar distante y le tomó mucho tiempo responder.

—Necesitaba descubrir a dónde pertenecía, creo.

—Seguro hubo muchos contendientes. Imagino que la mayoría en lugares con palmeras. —Hizo lo posible por mantener un tono ligero.

—No. —Se volvió hacia ella y le sostuvo la mirada con sus ojos oscuros—. Solo un contendiente y nada de palmeras, aunque hay un jardín.

La embargó una emoción de anhelo y deseo que se alojó en su pecho, haciéndole imposible respirar. Haciéndole imposible pensar.

Él levantó la mano y deslizó los dedos por el costado de la cara de Isabelle, a lo largo de su mandíbula, hasta el hueco de su garganta, donde podía sentir su pulso latiendo con fuerza.

—Pero resulta que el jardín no es tan importante como podrías pensar, porque a donde pertenezco no es un lugar.

Isabelle intentó hablar y no lo logró; la sensación de su piel contra la de ella era eléctrica.

Los dedos de Luc se deslizaron hacia su nuca, luego acercó sus labios al cuello de Isabelle, rozándolo. Ella inclinó la cabeza hacia atrás y deslizó las manos alrededor de la cintura de Luc.

—Luc…

Cualquier palabra que fuera a murmurar se perdió cuando él acercó su boca a la de ella. La besó a fondo, sin prisa, en un jardín mágico bajo la luz dorada del sol escondiéndose; por primera vez en su vida, Isabelle se sintió como una princesa de un cuento de hadas.

—Hace mucho tiempo que quería hacer esto —murmuró Luc.

—¿Qué? —susurró ella tontamente, tratando de recuperar el aliento y serenarse.

—Quería saber cómo se sentiría pertenecerte. —Levantó la cabeza para mirarla.

Isabelle cerró los ojos y tragó saliva. Por un momento, atrapada en ese mágico cuento de hadas, creyó que ese encantamiento perfecto jamás terminaría, incluso si el reloj marcaba inevitablemente la medianoche. Sin embargo, con la misma inevitabilidad, la realidad se instaló de nuevo en sus pensamientos.

—Luc…

—No. —Él dio medio paso hacia atrás, pero la tomó de la mano—. No digas lo que vas a decir.

—No sabes qué voy a decir.

Él le sonrió con tristeza.

—Te conozco desde que teníamos cinco años, Izz. Y conozco esa expresión.

—¿Y si te vas otra vez? —preguntó ella en un susurro.

—¿Y si no me voy?

Isabelle negó con la cabeza.

—Me gusta… lo nuestro, Luc. Me gusta cómo somos. Hacemos un gran equipo.

—Es cierto —asintió él.

—Si te vas, no puedo quedarme aquí preguntándome si…

—¿Y si la que se va eres tú? —la interrumpió con un ligero tono de irritación en la voz.

—Yo no me iré.

—¿Y si te vas y yo voy contigo? —Era implacable—. ¿Y si me voy y tú vienes conmigo? Nuestro futuro está lleno de incógnitas, de oportunidades sin garantías.

—Soy consciente de ello.

—Entonces, ¿qué te da tanto miedo?

—No tengo miedo.

—¿Estás segura? Porque suenas como si lo tuvieras. —Luc dejó caer su mano e Isabelle sintió la pérdida del contacto en todo su cuerpo.

—No me estás escuchando —exclamó Isabelle con algo de frustración—. Mi lugar está aquí. Esta tierra ha sido de mi familia por generaciones. Es donde mis bisabuelos reconstruyeron su hogar después de la guerra y donde criaron a su familia. Es donde mi abuela y mi mamá se quedaron a criar a su familia. Tengo responsabilidades aquí. Con mi familia y con la granja. No puedo simplemente darles la espalda.

—No te estoy pidiendo que lo hagas. No te estoy pidiendo que hagas nada más que entregarte a la misma esperanza y felicidad que tanto admirabas en tu bisabuela. Que vivas con la misma alegría y propósito, aunque te dé un poco de miedo de vez en cuando.

—Todavía no entiendes.

—Vamos a Bora Bora o a Bali. No importa. Tú elige.

—¿Qué?

—Una vez me dijiste que deseabas ver los lugares en los que he estado. Empecemos con uno de esos. Déjame llevarte. Una semana, tal vez dos.

—Luc…

—Podríamos irnos en unos días. Volar de último minuto. Podríamos caminar por las playas, bucear en los arrecifes, escalar las montañas. Perdernos un par de veces. Quizá por mucho tiempo.

—No sé bucear.

—Aprenderás.

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Porque… —Isabelle se interrumpió, furiosa de que Luc la pusiera en esa posición. Furiosa consigo misma por no poder darle la respuesta que él quería—. No puedo simplemente irme. Hay gente que me necesita aquí. Hay demasiado que hacer.

Un músculo se tensó en la mandíbula de Luc.

—Claro.

—Por qué no se lo pides a Emilie. —Isabelle apartó la mirada—. Ella sale volando a la menor oportunidad.

Luc no dijo nada, pero su silencio era condenatorio.

—Perdón por no ser como mi hermana —dijo Isabelle.

—No estoy enamorado de tu hermana.

Isabelle giró la cabeza bruscamente y le dio un vuelco el corazón.

—¿Qué?

—Me oíste. —Sacó sus guantes de su bolsillo trasero y se los puso —. No he tenido una vida perfecta y, desde luego, tengo algunos remordimientos, pero no ser honesto conmigo y con las personas más cercanas a mí, para bien o para mal, no es uno de ellos.

—No sé qué decirte —logró responder Isabelle.

—Dime que no sientes lo que yo siento —pidió Luc en voz baja—. Dime que no sientes nada por mí o que no hay una conexión entre nosotros que va mucho más allá de ser un buen equipo. Dime eso y te dejaré en paz y nunca volveré a mencionar esta conversación.

—No puedo. —Isabelle no se atrevía a mentirle, pero tampoco podía decirle nada más.

—Bueno, algo es algo, supongo —dijo Luc.

—Perdón…

—No quiero que te disculpes. Amar a alguien es aterrador, Izz. Es lo más aterrador que he hecho en mi vida y mira que he hecho bastantes cosas cuestionables. Pero el arrepentimiento que sentiría por no haberme arriesgado, por no vivir de verdad, es mucho peor que el miedo.

Isabelle solo podía mirarlo.

—Tienes mucho que ofrecerle al mundo como para esconderte. —Luc se inclinó hacia ella y la besó suavemente en la mejilla—. Eres una mujer brillante, talentosa, hermosa, capaz y mucho más valiente de lo que crees. —Recogió las tijeras de podar y, con movimientos deliberados, reanudó el ataque a las enredaderas—. Cuando empieces a creerlo, Isabelle Lange, te estaré esperando.

20

Nicolas

Al norte de Ruan, Francia
6 de junio de 1944

El comité de recepción que los esperaba había sido hábil, rápido y competente.

Exactamente, lo contrario de lo que le habían dicho al equipo Hubert que esperara al aterrizar al este de Ruan. Para cuando las botas de Nicolas hicieron contacto con el suelo, un pequeño grupo de cuerpos, apenas visibles en la oscuridad, ya estaba recogiendo los contenedores con el equipo y los suministros que habían lanzado junto con ellos. También, antes de que Nicolas desenganchara su paracaídas y se quitara el saco, los mismos contenedores voluminosos ya estaban ocultos en la parte trasera de una carreta de granja. Y, para cuando se reunió con Franklin, quien había aterrizado un campo más al norte, y con Thatcher, quien aterrizó a medio kilómetro de distancia en una cantera, los paracaídas, carros, caballos y todo el comité había desaparecido. El trabajo se había hecho silenciosa y rápidamente; los *jeds* se quedaron mirando unos a otros con una sensación de alivio inmediato, aunque cauto.

Un solo joven quedó atrás, presumiblemente para ser su guía. Nicolas no tenía idea de cuántos años tenía, quizá catorce o quince, pero su apariencia era casi salvaje. Tenía un rostro delgado con las mejillas más hundidas de lo que debían y el cabello demasiado largo, por lo que se le rizaba a la altura del cuello de su suéter de lana, visiblemente roto de un hombro. No dijo nada, solo miró el uniforme de Nicolas, luego sujetó con fuerza el subfusil Sten que llevaba en la mano y sacudió la cabeza señalando en dirección al río.

Nicolas observó con cierta consternación cómo sujetaba el Sten, pues eran armas muy peligrosos en manos inexpertas.

—Cuidado con eso…

—Silencio. —El adolescente se llevó un dedo a los labios—. Hay demasiados alemanes en los alrededores, ¿entienden? —susurró—. Seguro oyeron el avión. Además, conocen este campo y ya llevamos demasiado tiempo aquí.

Nicolas se habría reído de lo absurdo que era que lo reprendiera un muchacho apenas con la edad suficiente para afeitarse, pero la sensación de estar expuesto a la intemperie le produjo un desagradable retortijón. El chico tenía razón. Estaban en medio de una amplia tierra de cultivo, interrumpida solo por alguno que otro seto y atravesada por varios caminos. No había sobrevivido a todo lo ocurrido solo para morir a manos de la Gestapo porque su ego, demasiado frágil, le había impedido escuchar a un chico que conocía esa oscuridad mejor que él.

Apenas había terminado ese pensamiento cuando cortó el silencio el estruendo de unos vehículos que se acercaban. Al norte, apareció una luz que barrió los campos vacíos de un lado a otro.

—Por Dios —maldijo Franklin y desenfundó su pistola.

—Rápido. —El chico ya estaba corriendo hacia el seto más cercano.

Nicolas y su equipo no perdieron un segundo en seguirlo; el equipo y las armas les golpeaban el cuerpo conforme avanzaban. Tres pares de faros aparecieron sobre una cresta y avanzaron hacia ellos por el camino lleno de baches, entonces, se arrojaron a la maleza.

Nicolas se apretó contra la tierra. La carabina que llevaba asegurada contra el pecho se le clavaba dolorosamente en el hombro. Los vehículos siguieron avanzando del otro lado del campo, disminuyendo la velocidad, y unas sombras salvajes bailaron alrededor de ellos cuando balancearon el reflector sobre sus cabezas.

«Sigue avanzando», pensó Nicolas. «Sigue avanzando».

El chillido de los frenos asaltó sus oídos. Mantuvo la cabeza abajo; no se atrevía a levantarla. La puerta de un coche se cerró de golpe y, por encima del sonido de su pulso que le latía en los oídos, escuchó

voces altas y después gemidos de perros. Sintió que el estómago se le caía hasta los pies y que el corazón se le subía a la garganta. Podrían esconderse de los hombres, pero no de los perros. ¿Era posible que la misión terminara ahí siquiera antes de haber iniciado? Muy despacio, empezó a mover una de sus manos por su cuerpo, intentando desenvainar el cuchillo.

De repente, atravesó la noche un inconfundible ruido de disparos provenientes del sur, aunque era difícil precisar la distancia. Los perros se pusieron a ladrar con furor. Nicolas oyó el rugido de los motores y el crujido de los neumáticos sobre la grava y la tierra. En cuestión de segundos, los vehículos corrían por la carretera en busca de los perpetradores; el estruendo se fue apagando poco a poco. Minutos después, solo se oían los grillos y la respiración agitada de los hombres.

Franklin murmuraba entre dientes en inglés.

—Quizá podríamos recomendarle a Londres una nueva ubicación para los aterrizajes —comentó Nicolas con una calma que no sentía del todo—. Eso estuvo muy cerca.

—Una idea crucial —coincidió Thatcher, que todavía sonaba agitado.

—Los alemanes vienen a buscar los contenedores. —La voz del chico salió de la oscuridad. Su voz sonaba inmutable, lo que era extraordinario—. Siempre llegan cuando viene un avión. Son rápidos, pero ahora nosotros lo somos más.

—¿Siempre llegan con perros? —preguntó Thatcher; Nicolas notó el estremecimiento en su voz.

—Los perros son nuevos —respondió el chico poniéndose de pie —. Han llegado más. Militares, Gestapo, las SS también. Son como un enjambre en Ruan y ahora nos están cazando con más fuerza —comentó con algo de orgullo.

Era la segunda vez que el muchacho aludía a un «ahora».

—¿Qué hay de diferente ahora? —le preguntó Nicolas.

—Ahora los nazis nos tienen miedo —contestó el chico con ferocidad—. Están cosechando lo que han sembrado.

Nicolas no estaba seguro de qué significaba eso exactamente, pero antes de que pudiera preguntar, Franklin lo interrumpió.

—¿De dónde vinieron los disparos? —lo cuestionó—. ¿Quién le disparó a quién? —Se puso de pie y revisó su arma.

El adolescente se encogió de hombros.

—Nadie le disparó a nadie. Las noches de lanzamiento tenemos gente dispersa en los bosques para crear distracciones. Para mantener a los alemanes persiguiendo sus colas toda la noche, buscando fantasmas.

Nicolas intercambió una mirada con el jefe de su equipo. La apreciación de que estos maquis eran desorganizados, inexpertos y caóticos evidentemente no era precisa. Se preguntó qué otra información había sido incorrecta.

—Síganme. —El chico levantó el Sten y se dirigió hacia el este al lado de los setos. De vez en cuando, se detenía y escuchaba con atención antes de seguir adelante. Era un proceso lento y metódico, pero Nicolas no tenía prisa por caer en una trampa alemana.

Pasaron por una pequeña aldea y dieron un amplio rodeo a las casas. Aun así, un perro de granja ladró a modo de advertencia y todos se quedaron inmóviles, escuchando, pero no se alzaron voces ni se encendieron motores. Continuaron.

En un momento, Nicolas identificó el aroma familiar y acre de la vegetación podrida y el lodo, el cual se había fijado para siempre en su memoria. Estaban cerca del río, lo sabía. Un destello plateado brilló a través de los densos árboles y Nicolas, de repente, se encontró en un pequeño claro a la orilla del Sena. Miraba la amplia y llana extensión de agua que fluía interminablemente y pensó que aquello era un poco surrealista A su alrededor, el paisaje y los olores habían permanecido iguales, como si hubieran estado esperando su regreso. Como si intentaran convencerlo de que nada había cambiado durante el tiempo que se había ido. Nada podía estar más lejos de la verdad.

—Por aquí. —Su guía giró hacia el norte a lo largo de la orilla del río, siguiendo un sendero estrecho y lleno de baches. Los condujo por encima de una cerca y a través de un pastizal vacío hasta el patio

oscurecido de una granja. Entonces, pudieron ver una casa de campo; una construcción robusta de dos pisos hecha de pesada piedra con un techo de paja muy inclinado. No había ropa en el tendedero, ni luces en las ventanas, ni animales en el patio ni humo saliendo de la chimenea. Una carreta estaba abandonada en el patio junto a un granero ruinoso que tenía un extremo derrumbado.

Nicolas examinó la carreta. Se parecía mucho a la que se había llevado los contenedores en la oscuridad, pero no podía estar seguro.

Sin detenerse, el chico subió rápidamente los escalones de piedra y tocó la puerta dos veces.

Nicolas mantuvo la mano sobre su pistola mientras examinaba el patio de la granja; aunque no encontró nada de interés. Los rodeaba una pared de bosque impenetrable, envuelto en la oscuridad. Podría haber cien hombres entre esos árboles, amigos o enemigos, y él no podría verlos. No estaba seguro de si eso lo tranquilizaba o lo ponía nervioso.

—Pasarán aquí la noche —les dijo su guía, sin preámbulos.

—Esto no me gusta —dijo Franklin, volteando hacia el chico—. ¿Dónde están los hombres que nos recibieron en el aterrizaje? ¿Dónde están nuestros contenedores?

—Y mi equipo de radio —añadió Thatcher.

—No sé. Pero están a salvo.

—¿Cómo que no sabes? —le preguntó Franklin, impaciente.

—Pues no lo sé. No me dijeron nada. Mi trabajo era traerlos aquí. Yo solo sigo órdenes.

—Pero no mis órdenes —gruñó Franklin—. Recogieron y ocultaron los contenedores antes de que pudiera quitarme el maldito paracaídas. Incluso, antes de que pudiera contactar con alguien en tierra. Necesito saber quién se los llevó o a dónde los llevaron.

El chico se encogió de hombros.

—Para nosotros es más seguro que no lo sepan.

—¿Qué demonios significa eso?

El adolescente tenía las manos sobre el Sten de forma casual y ni se inmutaba por la irritación de Franklin. Nicolas respondió por el chico.

—Significa que recogieron los contenedores primero para que los suministros no se perdieran si los alemanes nos capturaban después del aterrizaje.

El joven lo observó sin discutir.

Nicolas pensó en los explosivos, las armas y las municiones dentro de los contenedores y consideró que la forma en la que procedieron no solo había sido astuta, sino necesaria.

—Y también significa que —continuó Nicolas— si nos capturan ahora, no podremos decirles nada a los alemanes.

—Dios… —murmuró Franklin—. ¿Eso es cierto? —le preguntó al chico—. ¿Su líder le dio prioridad a los suministros y no al personal?

El adolescente se encogió de hombros.

—Con un contenedor de armas en nuestras manos, nosotros podemos matar a muchos nazis, pero todavía no estamos seguros de lo que ustedes pueden hacer.

Thatcher resopló.

—Me cae bien este chico, quienquiera que sea.

—Quiero conocer a quien está a cargo —demandó Franklin—. De inmediato.

—Tendrá la oportunidad esta noche en algún momento.

—¿Cuándo?

—No sé. Solo me dijeron que le dijera que esta noche.

El jefe se enfureció.

—No creo que tú…

De repente, la puerta de la granja se abrió y una anciana envuelta en una bata gruesa con pelo blanco, que resaltaba entre las sombras, se paró en el umbral.

—¿Quiere que nos disparen a todos, señor? —preguntó—. Porque, si es así, por favor, hable más alto.

Franklin dejó escapar un suspiro de desesperación.

—Entren —ordenó la anciana, abriendo la puerta de par en par.

Los *jeds* se agacharon para pasar por la puerta; Nicolas se dio la vuelta para asegurarse de cerrar la puerta detrás del chico, pero su

guía había desaparecido sin dejar rastro. Por alguna razón, esto no le sorprendió.

La anciana se acomodó la bata sobre los hombros y los condujo a oscuras a través de la casa, no encendió siquiera una vela. Franklin maldijo en la penumbra cuando su pie chocó con algo inamovible. La mujer no ofreció disculpas y continuó hasta que llegaron a un tramo de escaleras. Lentamente, pero con seguridad, los guio al segundo piso a una pequeña habitación en la esquina trasera de la casa. Una vez que estuvieron todos adentro, encendió una pequeña linterna.

Nicolas parpadeó en la luz. Estaban en un cuarto con una cama matrimonial pegada a la pared del fondo; una pesada cortina cubría lo que Nicolas supuso que era una ventana justo en la cabecera de la cama. El único otro mueble era una cómoda gastada que estaba cerca de la puerta, donde la mujer puso la linterna.

La anciana anfitriona se dio la vuelta para observar a los tres hombres. Tenía el cabello largo y amarrado en una trenza que colgaba sobre sus hombros encorvados. Profundas arrugas marcaban su rostro curtido, pero sus ojos eran astutos y su comportamiento ágil. Examinó dubitativamente, al igual que el adolescente, sus uniformes y luego sus insignias de las Fuerzas Especiales.

—Escondo agentes vestidos de civiles, no soldados. —Agitó la mano hacia ellos y hacia las armas que los tres hombres estaban desabrochándose para dejar en montones ordenados en el suelo—. No deseo que mi casa se convierta en un cuartel.

—Nosotros tampoco —le aseguró Nicolas.

—Ajá, los despertaré en la mañana. —Parecía muy poco impresionada—. Por favor, no salgan de la casa y manténganse lejos de las ventanas. Los alemanes rara vez vienen aquí porque tengo mucho cuidado en no darles motivos para hacerlo, así que me gustaría que siguiera siendo así.

—Necesito enviar un mensaje a Londres mañana, señora —dijo Thatcher—. Siempre y cuando recupere mi radio.

—Lo recuperará —le aseguró.

—¿Puedo revisar el ático?

La mujer hizo un gesto hacia atrás, en dirección al pasillo por el que acababan de llegar.

—El acceso al ático está al final del pasillo, en el techo. Las ventanas están cubiertas, así que lleve su linterna.

Nicolas contempló a la mujer, preguntándose cuántas veces había hecho esto.

—Tengan cuidado —continuó— porque los nazis ahora tienen camiones que detectan las transmisiones de radio. Estén atentos y limiten sus transmisiones a menos de cinco minutos.

Otra vez la palabra *ahora*. Nicolas frunció el ceño.

—Cuidado con las ratas —le dijo a Thatcher cuando salía de la habitación.

—¿A qué se refiere con *ahora*? —preguntó Nicolas.

La anciana se volvió hacia él y lo miró parpadeando como un búho.

—¿Perdón?

—Dijo que ahora los nazis tienen camiones que pueden detectar las transmisiones de radio. El muchacho que nos trajo dijo que ahora los persiguen con perros las noches de aterrizaje. —Nicolas era consciente de que Franklin lo observaba—. ¿Qué es lo que ha cambiado?

La mujer no respondió, solo se apretó más la bata raída que llevaba puesta.

—Estamos aquí para ayudar —le aseguró Nicolas—. Estamos aquí para hacer lo que sea necesario para devolverles Francia a los franceses. Este también es mi hogar.

La mujer no respondió.

—Por favor —insistió Nicolas—, si queremos hacer el trabajo para el que nos enviaron, necesitamos saber a qué nos enfrentamos. Nos dijeron que la Resistencia aquí era ineficaz e inexperta.

La mujer pareció tomar una decisión.

—Así era antes de Rosa Silvestre —dijo.

Nicolas se sobresaltó. Ese nombre le trajo fragmentos de memorias que lo atravesaron. Recuerdos que se crearon en un jardín abandonado detrás de un castillo olvidado. El comienzo de un viaje

que lo había llevado al otro lado del mundo y lo había traído de vuelta a casa, justo al mismo castillo que tenía que destruir. La ironía era sobrecogedora.

—¿Y qué es, exactamente, Rosa Silvestre? —preguntó Franklin.

La mujer resopló.

—No es un *qué*, sino un *quién*. Es la líder de la Resistencia.

—Ay, Dios. —Franklin se frotó la cara con las manos—. Justo lo que necesitábamos. Una tipa que se cree general y anda corriendo por ahí con una pistola.

La anciana le dirigió una mirada fría.

—Su hombre me preguntó cuál era la diferencia ahora, así que se lo diré. Ahora, los que luchan tienen un líder. Ahora, los que luchan ya no discuten entre ellos, sino que trabajan juntos. Los que llegaron aquí huyendo después de sobrevivir crueldades a manos de los nazis ya no son imprudentes e irreflexivos. Lo que antes era desorganizado, ahora es peligroso.

Franklin dejó caer la mano.

—Y ¿quién es esta mujer? ¿Es una agente? ¿SOE? ¿OSS? ¿Es francesa? ¿De dónde vino?

El rostro de la mujer se volvió inexpresivo.

—No sé. Es como un fantasma.

—¿Cuándo llegó? —preguntó Nicolas en voz baja, recordando que el informe no contenía esta información.

—Tal vez en abril. Nadie sabe con seguridad.

—Estupendo. —Franklin caminaba de un lado a otro; su tamaño hacía que el espacio de la habitación pareciera aún más pequeño—. Y este fantasma, ¿qué ha hecho para inspirar tanta lealtad?

—Mata nazis.

La respuesta detuvo a Franklin en seco.

—¿Qué? ¿Cómo?

La mujer alzó los hombros huesudos bajo la túnica.

—No sé. Yo solo soy una anciana. Solo puedo hacer mi parte, por pequeña que sea, ¿sí?

Nicolas no pensaba para nada que esconder agentes aliados fuera una participación pequeña. Tampoco se tragó que la mujer fuera tan ignorante como fingía ser.

—Estoy cansada —anunció la anciana abruptamente—. Ustedes también deberían descansar. —Bajó la luz de la linterna y la habitación se sumió de nuevo en las sombras; el resplandor era demasiado débil para iluminar los rincones—. Buenas noches.

No les dio a los dos hombres la oportunidad de responder antes de salir de la habitación arrastrando los pies.

Franklin resopló.

—Esto cambia las cosas, Phillipe.

—Hasta cierto punto, sí —asintió Nicolas—. Que la Resistencia esté organizada es algo bueno, aunque significa que los alemanes no estén tan confiados como esperábamos. Nuestra misión sigue siendo la misma, pero…

—Pero tendremos nazis hasta en el trasero —terminó Franklin la oración por él.

—Que vengan —dijo Nicolas—. Estaremos listos.

Franklin gruñó y tomó con brusquedad la linterna de la cómoda.

—Voy a ver qué hace Thatcher en el ático.

—Cuidado con las ratas. —Nicolas le sonrió a su jefe.

—Muy gracioso —murmuró Franklin y desapareció.

Nicolas se sentó en el borde de la cama y se inclinó para desamarrar a tientas los cordones de sus botas. Luego se recargó hacia atrás y su movimiento estuvo acompañado por un coro de resortes que protestaron dentro del colchón hundido. Lo embargó el agotamiento. No, se dio cuenta de que no estaba agotado; más bien, se sentía aliviado de que él y su equipo no hubieran muerto en el aterrizaje o en el traslado hasta esa casa. Entrelazó las manos detrás de la cabeza y miró fijamente el techo, con los ojos bien abiertos, mientras repasaba en su mente lo que les habían encomendado para las próximas cuarenta y ocho horas.

No se sentía cómodo con la destrucción del castillo de Montissaire. El castillo, más que cualquier otro lugar, había sido su hogar; aunque solo fuera porque ahí había encontrado refugio cuando su padre se

volvía violento e inmanejable. También fue ahí donde se enseñó a sí mismo las habilidades que se convirtieron en su fuente de vida. Donde conoció a Stasia. La primera persona que creyó en él. La primera persona que lo había hecho desear ser mejor. En ese jardín, había escuchado su primer cuento de hadas y le habían hecho creer que podía tener un final feliz.

Las bisagras de la puerta crujieron.

Nicolas volteó, esperando ver a Franklin o Thatcher, pero no había nadie ahí. Solo veía el contorno difuso de la puerta y las sombras más profundas del pasillo detrás. Se incorporó y escuchó con atención. No oyó nada, salvo un ruido ligero y apagado encima de su cabeza. Inhaló y se quedó inmóvil.

Humo de leña y lana húmeda. Fueron los dos olores que identificó de inmediato. El tercero fue sudor. No el olor acre del miedo, sino el sudor de un cuerpo caliente que ha corrido una buena distancia.

—¿Qué quieres? —preguntó en la oscuridad.

El aire se movió en la habitación, una perturbación casi imperceptible que no habría notado si no hubiera estado tan alerta. Un fantasma, en efecto.

—Qué primera pregunta tan interesante —respondió la voz. No era la voz de la anciana, esta era suave y pausada.—. La mayoría pregunta quién soy.

—Quién eres es bastante subjetivo. Qué quieres es mucho más preciso. —Nicolas no se había movido.

—Estoy de acuerdo.

Ahora estaba más cerca, en algún lugar cerca de la cabecera de la cama.

—Ustedes son los hombres que enviaron de Londres.

—Y usted es la responsable de nuestra recepción: Rosa Silvestre.

—Solo soy una persona. La recepción se llevó a cabo por muchos.

—¿Y las armas y el equipo?

—Los recuperamos. Las armas son bienvenidas, pero los explosivos lo son más aún. Solo desearía que hubieran sido más.

—¿Más? Eran tres contenedores llenos de explosivos.

—Ah. —La voz sonó pensativa.

—¿Ah? ¿Qué significa eso?

—Dos contenedores desviaron el curso y se perdieron en el río. No sabíamos qué tenían adentro.

—Mierda. —No pudo contener la maldición que se le escapó en voz baja.

El aire se movió de nuevo, aunque todavía no pudo verla.

—Agradezca que no fue usted quien cayó en medio del Sena con un paracaídas sobre la cabeza.

Nicolas no respondió. Tenía razón, pero la pérdida de los explosivos era preocupante.

—A su operador de radio le dará gusto saber que su equipo no sufrió daños en el aterrizaje. Se lo traerán aquí, dentro de una hora.

—Gracias. —Por lo menos, esas eran buenas noticias.

—Enviaré a alguien para que los recoja a usted y a sus hombres justo antes del amanecer; los llevarán a nuestro campamento. El resto de sus pertenencias los estará esperando allá. Me disculpo por esta parada adicional, pero tenemos que ser sumamente cuidadosos. Ahora mismo los caminos están llenos de nazis, buscando lo que sea o a quien sea que se haya lanzado desde el avión, así que lo mejor es esconderse durante la noche. Mañana vendrán a buscar a las granjas, pero ustedes ya se habrán ido para entonces.

—Entendido.

—Le pediré a su operador de radio que le transmita nuestro agradecimiento a Londres. Es complicado esperar suministros que pueden o no llegar nunca. Es difícil luchar de forma eficaz cuando faltan las herramientas para hacerlo.

Mientras Nicolas escuchaba las instrucciones, lo atormentaba la sensación de que había algo extrañamente familiar en la cadencia de su voz. Tenía un acento mínimo que sugería que, quienquiera que fuera esa mujer, no era francesa.

—El muchacho que nos trajo aquí dijo que los alemanes últimamente están cazando a gente de su grupo con mucha más dureza. Que han traído más hombres y perros.

—Es que… —Se detuvo, como reconsiderando sus palabras.

—¿Es que qué?

—Me están cazando a mí. —Hizo una pausa—. Usted y su equipo deben estar al tanto de esto si se quedan aquí.

Nicolas frunció el ceño.

—La guerra no está saliendo bien para los alemanes. Cualquiera con una radio lo sabe —continuó antes de que él pudiera hacer alguna pregunta—. Cada vez son más crueles y están más desesperados por mantener el control. También deben saber eso.

—Entiendo.

—¿Sí? —No sonaba convencida.

—Sí. Porque, por lo que me ha contado, incluso con recursos limitados usted ha sido mucho más eficaz de lo que sugiere.

—Quizá.

—La están cazando porque su objetivo ha sido atacar al personal —adivinó—. A los oficiales. —Lo sabía porque era lo que él habría hecho.

—Cuando uno solo tiene unas cuantas balas a su disposición, no le apunta a la cola de la serpiente, ¿verdad?

Nicolas supuso que era una agente del SOE. La respuesta que le había dado era muy al estilo Churchill y sugería un entrenamiento muy parecido al suyo.

—Deberían reconsiderar usar sus uniformes —comentó ella abruptamente—. Van a hacer que les disparen.

—Tenían la intención de impresionar a los partisanos para que comprendieran la naturaleza militar y la urgencia de esta misión.

—Un soldado muerto no impresiona mucho. Un soldado inteligente, sin embargo, se gana el respeto.

—¿Eso es usted? —No pudo evitar el comentario—. ¿Inteligente?

—¿Para qué vinieron usted y sus hombres? —Ignoró su pregunta —. Nos dijeron que esperáramos a tres agentes y suministros, pero no nos dijeron a qué venían. Para qué están ustedes aquí, no los suministros, desde luego.

—Hay un Cuartel General de Comunicaciones nazi no muy lejos de aquí.

—En el castillo de Montissaire.

—¿Lo conoce? —Nicolas hizo una mueca, se dio cuenta de que había sido una pregunta estúpida.

—Por supuesto. —Ella exhaló en la oscuridad—. Vinieron a destruirlo. —Era una afirmación, no una pregunta, y desprovista de cualquier emoción.

—Sí.

—¿Cuándo?

—De inmediato.

—Finalmente llegarán: los Aliados. —De nuevo, no era una pregunta.

—Sí.

—¿Cuándo?

—No lo sé. Pronto.

—Pero demasiado tarde. Demasiado tarde para muchos. —Ella se quedó un momento en silencio—. Van a necesitar nuestra ayuda.

—Sí.

—La tendrán. Aunque, no sé si su líder se sentirá cómodo trabajando con una tipa que se cree general y anda corriendo por ahí con una pistola.

Nicolas se estremeció de nuevo.

—Lo escuchó.

—Por supuesto que sí. Estaba poniendo atención y la información es poder. Siempre que sea posible uno tiene que recopilarla. Invisible e inaudible.

—Como un fantasma.

—Los fantasmas son cosas que la gente inventa para mantener a los demás lejos y fuera de sus asuntos.

Nicolas se quedó muy quieto. Una idea irracional se originó en su mente. Una idea demasiado improbable como para creer en ella; no obstante, se le erizó el vello de la nuca.

—Esperó a que estuviera solo para tener esta conversación —dijo él—. ¿Por qué?

—Porque necesitaba tener una conversación con un hombre que hablara conmigo en lugar de darme órdenes. Porque dijo que la zona

era su hogar y porque, cuando habló, me recordó a alguien que conocí hace mucho tiempo.

Nicolas tragó saliva con fuerza, aunque se le había secado la boca. La idea que se había plantado en su mente estaba germinado y echando raíces ante las posibilidades absurdas que surgían en su conciencia. Trató de decirse a sí mismo que lo que estaba pensando era algún tipo de locura temporal producto de haber regresado a Francia. De haber vuelto a un lugar rico en preciados recuerdos, emociones desgarradoras y sueños no realizados.

Sin embargo, ahora que había permitido que la idea se iluminara, no podía ignorarla. Tenía que saber.

—¿A quién le recuerdo? —preguntó vacilante.

—No importa.

—Creo que podría importar.

—No, no importa. —Su voz era fría y ronca—. Está muerto. No debí haberlo mencionado.

Nicolas se impulsó de la cama y se puso de pie entre un nuevo coro de resortes.

—Antes que usted, conocí a otra mujer que me dijo que los fantasmas eran cosas que la gente inventaba para mantener a los demás lejos y fuera de sus asuntos. —Eligió sus palabras con cuidado —. Me lo dijo en el jardín del mismo castillo que vengo a destruir, después de que me contara el cuento de *La Bella Durmiente* mientras me cosía una herida que tenía en la cara.

El silencio que siguió fue ensordecedor, se prolongó más y más tiempo. Nicolas tuvo miedo de respirar. Tuvo miedo de moverse. Tuvo miedo de que, si parpadeaba, descubriría que estaba soñando y todo eso dejaría de existir. Ella dejaría de existir.

—¿Nicolas? —Su nombre flotó en el espacio entre ellos, apenas en un susurro.

No sentía las piernas, pero dio un paso hacia adelante y luego otro.

Estaba lo suficientemente cerca de ella como para oír su respiración. Podía oler el humo de leña en su cabello y ropa. Lo

recorría una especie de desesperada alegría que le dificultaba pensar. Muy despacio, extendió una mano, con el temor de no tocar nada y descubrir que simplemente se había desligado de la realidad. Sin embargo, sus dedos encontraron la firme calidez de un brazo. Subió la mano hasta el hombro y sintió la lana áspera del suéter. Podía percibir el rápido ascenso y descenso del pecho, podía oír los suaves sonidos de una respiración agitada. Ella no se había movido para nada, como si estuviera paralizada.

—¿Cómo es que estás aquí? —le preguntó con la voz estrangulada —. Yo vi tu nombre. En la lista de muertos del Bretagne…

—No, no, no. —Nicolas cerró la distancia que quedaba entre ellos y tomó su rostro entre sus dos manos—. Por Dios, Stasia, eso fue un error.

—¿Un error? —preguntó ella con voz ronca—. Te moriste, Nicolas. Te moriste sin darme la oportunidad de decir adiós. — Respiraba con dificultad, como si acabara de correr un kilómetro.

—Tú también. —La piel que sentía bajo sus manos era suave y cálida. Dejó que sus dedos la exploraran, recorriendo la línea de su mandíbula y el ángulo agudo de sus mejillas. Hundió los dedos en su cabello y las puntas le rozaron las muñecas; apoyó su frente contra la de ella. La sensación era familiar y extraña a la vez—. ¿Qué pasó en Róterdam? —susurró.

Ella sacudió ligeramente la cabeza, su piel rozaba la de él.

—¿A dónde fuiste? —le preguntó él y cerro sus dedos en su cabello.

Ella no respondió.

—¿Stasia?

Soltó un leve sonido desde el fondo de su garganta.

—Nadie me ha llamado así en mucho tiempo.

Lo azotaban miles de preguntas, necesitaba entender cómo era posible que ella estuviera ahí. Que estuviera viva. Pero las ignoró todas porque no importaban. No en ese momento. Lo único que importaba era que estaba viva.

Ella seguía inmóvil. Nicolas alzó la cabeza, tratando de ver su rostro en la oscuridad de la habitación, pero solo había luz suficiente para iluminar sus ojos mientras lo miraba. Recorrió su labio inferior con el pulgar y vio que ese brillo se desvaneció cuando ella cerró los ojos.

—Stasia —susurró de nuevo, pero esta vez ella se estremeció bajo su contacto. Nicolas detuvo sus dedos.

Ella volvió a abrir los ojos.

—No.

Stasia se apartó y él la dejó ir.

El aire frío ocupó el espacio donde antes sentía su calor.

—Stasia, yo…

—No me llames así. —Ella dio otro paso hacia atrás—. Ya no soy Stasia.

Nicolas se quedó de pie, impotente, en la oscuridad. Luchó contra el impulso de alcanzarla, atraerla hacia él y abrazarla. De llevarla lejos, lejos de esa habitación, de esa casa, de toda esa maldita guerra y jamás mirar atrás. Lo único que deseaba era mantener el amor más grande que había conocido en la vida a salvo del mundo que los rodeaba; el amor que había perdido y que ahora, de alguna manera, había vuelto a encontrar. No quería volver a perderla nunca más.

—No puedo estar aquí —confesó ella—. No puedo hacer esto. Lo siento. —Se había movido de nuevo porque su voz llegaba desde el otro lado de la habitación.

Fuera de su alcance.

—No entiendo —dijo Nicolas con voz áspera. La desesperada alegría que lo había embargado se había convertido en una angustia desesperada—. Por favor, quédate. No te vayas todavía. —Dio un paso hacia adelante y se tambaleó.

—No lo hagas más difícil de lo necesario, Nicolas.

—¿Más difícil? —se atragantó—. Stasia, creí que estabas muerta. Fue el momento más difícil de toda mi maldita vida. Pensé que te había perdido.

—Eso fue precisamente lo que pasó, Nicolas. —Stasia se había alejado aún más—. Me perdiste.

21

Stasia

Cerca de Ruan, Francia
6 de junio de 1944

Llegaron al campamento justo después del amanecer.

Sascha Dubois guio a los tres *jeds* de la granja a la base de los maquis. Stasia los observó desde un lugar más elevado que dominaba el campamento, donde, usualmente, se sentaba en silencio e inmóvil entre la vegetación espinosa y enmarañada que la rodeaba. Había elegido a Sascha para ese trabajo porque era rápido e inteligente; además, fue él quien los llevó a la granja la noche anterior. Sabía que los tres soldados se sentirían más tranquilos si los recogía una cara familiar antes del amanecer.

Observó a los tres hombres entrar al campamento. Su líder, el que se llamaba Franklin, entró primero, seguido del operador de radio, Thatcher. Los dos eran un ejemplo de opuestos: el estadounidense tenía un cuerpo de toro, que mostraba sin la más mínima vergüenza; mientras que el inglés chorreaba refinamiento aristocrático. Sin embargo, Stasia solo tenía ojos para el tercero.

Pensó que se había preparado para ese momento, cuando, a la luz del día, ya no dependería de su imaginación para ver a Nicolas Navarre, pero verlo le seguía cortando la respiración. Desde donde lo observaba, notó que su rostro estaba marcado por líneas más severas de las que recordaba, como si las vicisitudes que había atravesado en los últimos años se hubieran grabado de manera permanente en sus rasgos. Su pelo rubio corto resplandecía bajo la boina. Seguía moviéndose con una gracia natural, aunque sus ojos estaban siempre alertas y su postura era la de un hombre que ya no daba la seguridad

por sentada. Llevaba una mochila grande a la espalda y manipulaba con soltura su carabina.

Stasia cerró los ojos un momento y se estremeció al recordar la sensación de sus manos sobre su piel la noche anterior. Por un instante, se sintió tentada a ignorar los últimos años, a fingir que nunca habían existido, y permitirse volver al jardín olvidado lleno de sueños ingenuos y feliz inocencia. Era el clímax perfecto para un cuento de hadas perfecto. Una escena que, si hubiera estado escribiendo una historia de ficción, estaría llena de euforia y felicidad inconmensurables, pero no era el caso. Sentía que se ahogaba en una profunda angustia y arrepentimiento, porque su historia era solo eso: ficción. Nadie vivía en un cuento de hadas y nadie podía deshacer el pasado. La mujer que él dejó ya no existía.

No podía retroceder en el tiempo… tampoco él.

—Qué lugar tan estupendo.

Stasia se sobresaltó al oír una voz desconocida, estaba tan absorta observando a Nicolas que no se percató que alguien estaba cerca. Se dio la vuelta y vio que Sascha había llevado a la ladera al operador de radio, Thatcher. Los dos estaban de pie a poca distancia; Thatcher miraba las ramas de los árboles, mientras que Sascha lo observaba con los ojos muy abiertos.

—¿Qué hacen aquí arriba? —les preguntó, molesta por su propia falta de atención.

—El teniente está buscando un lugar para transmitir —le dijo Sascha con entusiasmo.

—Discúlpeme si la molesté —dijo el inglés, aunque no sonaba muy apenado.

Thatcher examinó el entorno antes de devolver su atención al claro de abajo. Stasia siguió su mirada. Los hombres que vivían en el campamento habían salido de sus refugios y, aunque esperaban a los soldados, se acercaban con cautela a Franklin y Nicolas, como si fueran un par de animales exóticos. Renaud Dubois, el hermano pequeño de Sascha, no tenía la misma reserva, así que se puso a corretear alrededor de Franklin, como un cachorro entusiasmado, examinando su uniforme y sus armas.

—¿Quiere que le diga a Renaud que se calme? —Sascha frunció el ceño, pues observaba la conmoción en el claro y veía cómo su hermano pequeño le jalaba el brazo a Franklin.

—No. —Stasia se volvió hacia el operador de radio solo para descubrir que ya la estaba observando. No estaba segura de que le agradara—. Déjalo. Si dos *jeds* adultos no pueden con un niño, entonces no tienen esperanza contra los alemanes.

Thatcher parecía divertido.

—¿Cuáles son mis órdenes? —Sascha miraba alternativamente a ambos, inquieto y emocionado. Su cabello rizado color nuez no había visto un peine en quién sabe cuánto tiempo y rebotaba alrededor de su cabeza como un halo lanudo—. Ahora que los *jeds* están aquí. Ahora que podemos luchar de verdad. Con armas adecuadas y explosivos reales y…

—Basta —ordenó Stasia secamente—. Esperarás el plan. Como siempre.

—De acuerdo. —Sascha asintió y frunció el ceño de nuevo—. Mientras tanto, puedo mostrarle lo que puedo hacer, señor —se dirigió con seriedad al teniente—. Corto líneas telefónicas. Soy bastante bueno en eso. Además, soy rápido. El más rápido.

—Sin duda —respondió Thatcher.

—Ella me enseñó, señor. —Le sonrió a Stasia y aparecieron dos hoyuelos en sus mejillas que lo hicieron parecer tremendamente joven.

Stasia negó con la cabeza.

—No vas a subirte a ningún poste ni a cortar nada ahora mismo. No después del aterrizaje de anoche. Los alemanes estarán alertas, buscando cualquier situación inusual.

—Pero eso es bueno. Si están ocupados buscando, podría cortar, por fin, las líneas de la carretera del norte…

—No. —Su voz fue más aguda de lo que quería, pero lo que el muchacho estaba sugiriendo era demasiado peligroso—. No tienes que demostrarle nada a nadie y menos a estos hombres.

Sascha se veía abatido.

—Pero podría…

—Tu hermanito te necesita. No hagas nada estúpido.

—Ella tiene razón —convino Thatcher—. No te preocupes. Estoy seguro de que tendrás tu oportunidad.

El chico asintió, abatido.

—Baja y espera órdenes —le pidió Stasia—. Y salva a tu hermano de sí mismo mientras tanto. —Abajo, Franklin le había dado al extasiado Renaud su cuchillo de comando para que lo examinara. Stasia hizo una mueca cuando el niño blandió el arma en círculos erráticos.

—Sí, señora. —Sascha lanzó una mirada más hacia Thatcher con los ojos muy abiertos antes de bajar de nuevo por la pendiente—. Señor.

Se hizo un silencio que Thatcher rompió.

—No nos hemos presentado formalmente. ¿Rosa, supongo? ¿O es Rosa Silvestre?

Stasia se encogió de hombros.

—No me importa cómo quieras llamarme.

—No, supongo que no. —Se le quedó viendo, evaluándola con sus penetrantes ojos verdes.

—Teniente Roy Thatcher, un servidor.

—Encantada. —Stasia sostuvo la mirada del inglés.

De nuevo, Thatcher parecía estar divirtiéndose un poco.

—¿Algún problema en el camino? —le preguntó ella.

—Ninguna señal de alemanes si es lo que pregunta. Nuestro guía es bastante competente. —Sacó un arrugado paquete de cigarros de su bolsillo—. Pero usted ya sabe eso, claro. —Le ofreció un cigarro a Stasia.

Stasia se levantó y aceptó tanto el cigarro como el fuego.

—Gracias —fue lo único que dijo.

—El chico que nos trajo aquí, ¿cómo se llama?

—Sascha —respondió Stasia, sin pensar en una razón para no decírselo. Abajo, los maquis y los *jeds* estaban presentándose; Nicolas

intervenía cuando los franceses hablaban muy rápido o con un francés demasiado provinciano para el estadounidense.

Sascha llegó al claro, le quitó a Renaud el enorme cuchillo de la mano y se lo devolvió a Franklin en medio de las quejas del niño.

—Le tiene cariño. A nuestro guía.

—No —mintió Stasia—. Me da lástima. Enviaron a su padre a un campo de trabajo alemán el año pasado y su madre murió poco después. Luego asesinaron a su hermano mayor a tiros en una granja abandonada hace nueve meses. Estos hombres son la familia que les queda a él y a su hermano.

—Y usted.

Stasia negó con la cabeza.

—No me necesitan.

—Mmm... Nos habló de usted, ¿sabe? En el camino hacia aquí. La idolatra. —Thatcher encendió su propio cigarro.

—Es muy joven. —Apenas tenía quince años—. No conoce nada mejor.

—Quizá.

Podía sentir que el inglés la seguía observando.

—Nos dijo que usted es su líder. Que ha convertido a estos hombres en… —parecía estar buscando una palabra— *combattants de la liberté*.

—No los convertí en nada que no fueran. Simplemente les di… enfoque.

—Jumm... —Devolvió el encendedor a su bolsillo con sus largos dedos y miró de nuevo a Stasia, meticulosamente—. ¿Por qué está aquí arriba?

—Me gusta la vista.

—Permítame reformular: ¿por qué no está abajo con sus hombres?

—No son mis hombres. Son sus propios hombres, luchando por su país, por sus familias y el uno por el otro. Ya lo descubrirá usted mismo.

—Ya veo. —Exhaló una bocanada de humo—. Confieso que lamento haberme perdido su visita anoche.

Stasia estudió la punta encendida de su cigarro.

—Cuando bajamos del ático, parecía que el capitán Phillipe hubiera visto un maldito fantasma. Estaba a punto de perder la cabeza.

Stasia tiró un poco de ceniza y la vio caer al suelo.

—No se inquieta fácilmente; sin embargo, en el poco tiempo que pasó con él, logró lo que no pudo ningún aterrador comandante con el que lo haya visto cruzarse.

Ella examinó el borde deshilachado de su manga.

—Nos dijo muy poco sobre el encuentro. Aparte de su disposición para ayudarnos durante los próximos días y pedirles a sus hombres, que no trabajan para usted, por supuesto, que nos ayuden.

Siguió un silencio, interrumpido por los murmullos de las voces que venían de abajo.

—¿No tiene nada que decir?

Stasia alzó la cabeza.

—¿Y detener su fascinante narración de los eventos de anoche? Ni en sueños. Estoy esperando ansiosa la parte de las ratas.

Thatcher sonrió de repente.

—Ya veo por qué les agrada a sus hombres.

—¿Porque respondo sus preguntas sin sentido? —Ignoró la referencia a «sus hombres».

—Porque no las responde.

—¿Teniente Thatcher?

Tanto Stasia como el operador de radio se volvieron y encontraron a Nicolas de pie detrás de ellos. Ya no sostenía su arma en las manos, sino algún tipo de documento enrollado. Evitó mirar a Stasia.

—El comandante Franklin necesita hablarle.

Stasia miró hacia el claro; Franklin estaba sujetando un mapa al tronco de un árbol ancho. Los hombres se agolpaban a su alrededor, tratando de tener una mejor vista.

—Ya veo. Gracias, capitán Phillipe. —Thatcher miró alternativamente con ojos lánguidos a Stasia y Nicolas. Le hizo a Stasia una reverencia cortés, como si se excusara en una corte—. Un placer, Rosa —dijo.

Ella asintió y observó al operador de radio regresar al claro.

De nuevo, se hizo el silencio. En algún lugar sobre sus cabezas, un pájaro graznó; fue un sonido agudo y enojado. A Stasia le latía el corazón con fuerza y le empezó a sudar la piel.

—Stasia…

—Rosa. —Apagó el cigarro y lo dejó caer al suelo—. Si tienes que llamarme de alguna manera, llámame Rosa.

Nicolas se paró frente a ella y la condujo algunos pasos hacia atrás de modo que ya no pudieran verlos desde abajo. Alzó la mano y tocó con los dedos las puntas ásperas del cabello de Stasia. Ella se estremeció, imaginando lo que él veía mientras la miraba. Una mujer que había perdido demasiado peso, con el pelo pintado de negro y cortado con el filo de un cuchillo de caza, usando unos pantalones desgastados y un suéter de segunda mano.

Nicolas dejó caer la mano.

—No pude dormir anoche. Temía que hubieras sido un sueño, pero no lo eres. Eres real y estás aquí. Conmigo.

Stasia negó con la cabeza, tenía la mirada fija en las puntas de sus botas. Una parte de ella quería huir. Darse la vuelta, correr y no mirar atrás. No podía hacerlo, se quedó paralizada, sintiendo un pánico extraño y asfixiante que iba aumentando en su pecho. Señaló el documento enrollado que él tenía en la mano, aprovechando la distracción.

—¿Es un mapa del castillo? —Las palabras le sonaron forzadas incluso a ella, pero continuó—. Me imagino que querrán hacer su propio reconocimiento. Hace mucho tiempo que los alemanes no utilizan a la población local para hacer trabajos domésticos en el castillo, así que no puedo darles información del interior. Hay dos hombres en el claro, allá abajo, que hablan alemán con fluidez. Se los presentaré. Tal vez los necesiten. Creo que los dos sabemos cómo burlar a los guardias…

—Detente.

Stasia se estremeció.

—¿Qué estás haciendo?

—Mi trabajo. —Las ganas de correr eran casi insoportables.

—¿Tu trabajo? —Hablaba en voz tan baja que Stasia tenía que esforzarse para oírlo—. Ahora mismo no quiero hablar de tu trabajo. Ni del mío. —Tiró a un lado el mapa del castillo y sus alrededores—. Estos últimos cuatro años pensé que estabas muerta.

Stasia no lo miró.

—Anoche te pregunté qué pasó en Róterdam.

—No importa.

Nicolas le puso un dedo debajo de la barbilla y la obligó a alzar la cara. Ella lo vio a los ojos, helados y grises cual tormenta báltica.

—Recibí una carta del abogado de tus abuelos. Decía que tú y tu papá habían muerto cuando bombardearon la ciudad.

—Mi papá murió. Yo sobreviví.

—Eso no me dice nada.

—Te dice todo lo que necesitas saber.

—Lo siento por tu papá.

—Yo lo siento por muchas cosas. —«Por tantas cosas», pensó.

Él arrugó la frente.

—¿A dónde fuiste? ¿Qué te pasó?

Stasia apartó la barbilla.

—No importa.

Nicolas se alejó de ella y caminó hasta el borde de la ladera antes de volver.

—Por supuesto que me importa, demonios.

—No sé qué quieres que te diga.

—La verdad. —Se pasó las manos por el pelo—. Solo dime la verdad.

Stasia se apretó los ojos con los dedos e hizo que unas manchas negras bailaran detrás de sus párpados.

—¿Cómo es que estás con la Resistencia? —intentó Nicolas—. ¿Aquí en Normandía?

—Tuve que… abandonar Holanda. —Buscaba las palabras adecuadas—. Entonces, vine aquí. Le debía tanto a demasiada gente como para esconderme, rendirme o darme por vencida.

—¿Regresaste a la granja?

—Lo intenté, pero ya no estaba. La quemaron hasta los cimientos antes de que llegara.

—¿Quién?

—La Gestapo, las SS, me dijeron. —Tragó saliva. —Ni siquiera sabía que mis abuelos habían muerto hasta que volví. No sabía que habían muerto hacía años, lo cual, me imagino, fue lo mejor. No vivieron para ver en lo que se convirtió su granja. —Dejó caer las manos y parpadeó para aclarar su visión—. La Resistencia había estado usando la casa y los graneros. Los alemanes les dispararon a todos los que encontraron. Cuatro eran niños. Querían dar un ejemplo. Entonces, yo elegí hacer lo mismo. Después de todo, soy buena para eso.

—¿Para qué? ¿Qué significa *eso*?

—Significa que sigo luchando contra los nazis. En Francia, en Holanda, no importa.

—Stasia…

—Te pedí que me llamaras Rosa.

—No.

Ella lo miró fijamente.

—¿No?

—Otros hombres pueden llamarte Rosa o Rosa Silvestre, pero yo no. Ese no es tu nombre.

—Lo dice el capitán Thomas Phillipe —se burló.

A Nicolas se le crispó un músculo de la mandíbula.

—Para ti soy Nicolas y siempre lo seré. Así como tú eres Stasia para mí. Nunca dejé de amarte ni siquiera cuando pensé que habías muerto. ¿Lo entiendes? El recuerdo de tu corazón, tu bondad, tu… generosidad fue lo que me ayudó a superar los días en los que solo había oscuridad. Eso nunca cambiará.

—Todo cambió. Yo cambié. —Stasia negó con la cabeza—. Vuelva con sus hombres, capitán Phillipe.

—No sin ti. Vine por ti.

—Viniste por alguien que no existe —susurró con rabia—. No soy la princesa dulce y bondadosa, atrapada bajo un hechizo, que espera

en el bosque a que su príncipe la salve de un malvado dragón.

—No creo que lo seas…

—No soy la princesa bondadosa, soy el maldito dragón, Nicolas —objetó con voz ronca—. El dragón que mata a sus enemigos y solo lamenta no haber matado a más.

—Qué bueno. —Sus ojos ardían furiosos—. Porque el mundo en el que nos encontramos necesita dragones. Dragones fuertes, aterradores y feroces. Yo nunca quise una princesa. Solo te quiero a ti.

Lo empujó del pecho y Nicolas se tambaleó hacia atrás.

—No me estás escuchando. He visto cosas terribles. He hecho cosas terribles. Y seguiré haciendo más cosas terribles.

—¿Y crees que eres la única? —Nicolas recuperó el equilibrio y avanzó un paso; ahora fue Stasia quien tuvo que retroceder—. ¿Crees que eres la única que ha visto y hecho cosas terribles?

La cadera de Stasia rozó la áspera corteza de un roble y quedó atrapada entre Nicolas y el árbol. Apoyó las palmas sobre su pecho, como si ese gesto pudiera detener la intensa emoción que crepitaba entre los dos como un rayo.

—Si quieres huir de mí, está bien —declaró él con fiereza—. Si quieres creer que eres la única persona a la que ha cambiado esta guerra, adelante. Pero tienes que saber algo.

—Puso una mano a cada lado de la cabeza de Stasia y acercó su rostro a centímetros del de ella—. No te dejaré ir por segunda vez.

Stasia agarró el frente de su uniforme un segundo antes de que sus labios chocaran con los de él. Lo besó y se aferró a él con cada pizca de ira y arrepentimiento que amenazaba con ahogarla. Lo besó con la urgencia y la desesperación con las que debió haberlo besado hacía cuatro años cuando todo aún era posible. Lo besó con el corazón roto y la angustia que le oprimía el pecho como una prensa, porque sabía que esa era la última vez que lo haría.

Y después se alejó de él; los dos respiraban con dificultad. Con un movimiento errático, Stasia pasó debajo del brazo de Nicolas y se retiró a una distancia segura.

—Hoy planearemos lo que tenemos que hacer y llevaremos a cabo esos planes juntos porque no voy a huir de ti ni de esta lucha —manifestó con voz temblorosa, luego dio otro paso hacia la pendiente.

Nicolas se volteó para mirarla, pero no hizo ningún esfuerzo por seguirla.

—Y después de eso, si sigo viva, me olvidarás. Me dejarás ir. Encontrarás a una mujer bondadosa que todavía tenga un corazón que darte y la harás muy feliz. —Stasia se armó de valor para superar la emoción que amenazaba con tomar el control—. Pero esa mujer no seré yo, Nicolas.

El castillo de Montissaire estaba infestado.

Stasia no se podía sacar esa palabra de la mente mientras observaba el castillo, escondida entre la espesa maleza del bosque que bordeaba el límite occidental de la propiedad. Una fila de autos negros como escarabajos iban y venían a lo largo del camino que llevaba a la entrada; el sendero descargaba a sus serios pasajeros y recibía a otros nuevos. A través de los altos ventanales podía ver a hombres vestidos de gris pululando por todo el castillo; otros, cuyos cascos brillaban bajo el sol como caparazones, caminaban de un lado a otro por los terrenos.

—Qué cantidad infame de bastardos, ¿verdad? —expresó Thatcher; su largo cuerpo estaba acomodado en una posición extraña entre dos troncos caídos y tenía los binoculares pegados a la cara—. No parecen felices. Seguro que agitamos el avispero.

Los Aliados estaban en las costas de Francia. Todos los que pudieron habían escuchado la transmisión de la BBC; los radios chisporroteaban con la noticia. Una parte de Stasia temía que fuera una falsa alarma y que, al día siguiente, se diera la noticia de que los Aliados no estaban avanzando tierra adentro desde las playas, sino que seguían asediados por el mal clima, la mala planificación, la mala suerte o todo junto.

Por ahora, sin embargo, creería en el comienzo del fin. Los *jeds* también lo creían. La transmisión los había puesto en un estado de sombría urgencia que había contagiado al resto del campamento. Los maquis les concedieron la autoridad a los *jeds* de inmediato. Stasia no sabía si los había convencido la audacia de Franklin, el contacto directo de Thatcher con Londres o la confianza serena de Nicolas al platicar con los hombres; era imposible determinarlo. Tal vez habían sido los uniformes.

Stasia se puso pecho a tierra entre la maleza donde estaba; la humedad del suelo se filtró por sus pantalones y por los codos del suéter. El penetrante aroma del suelo se sentía pesado a su alrededor. Sobre su cabeza, los pájaros cantaban y revoloteaban entre las frondosas copas de los árboles; su trino se superponía al zumbido incesante del motor de una máquina invisible en algún lugar atrás del castillo. Un generador, supuso Stasia, que podían ver Franklin y Sascha, apostados en las sombras del límite opuesto de la propiedad.

A su lado, Nicolas se ajustaba los binoculares mientras otro auto negro llegaba rugiendo por el camino; sus ruedas salpicaban el lodo de los charcos.

Ella mantenía la vista fija en el edificio, cuidándose de no mirarlo, de no tocarlo.

—Ha entrado y salido media docena de oficiales —comentó Nicolas—. Es difícil saber quién podría alojarse ahí. Quizá haya una docena de hombres operando la central telefónica. Cuatro más patrullando el exterior. —Hizo una pausa—. Hemos vigilado unas horas y no hay forma de saber cuántos hay adentro; necesitamos días, no horas. Seguro hay cocineros, empleados y demás.

—No tenemos días —declaró Thatcher inútilmente—. Pero tienes razón. Hay demasiado tráfico para un atentado diurno.

Stasia se quedó callada y escuchó hablar a los hombres. Ya habían tenido esa conversación en el campamento y ella les había expresado la misma opinión. Que la actividad del castillo, en especial ahora, convertiría un atentado diurno en un suicidio.

Thatcher jugueteó con sus binoculares.

—¿Y el túnel que nos dijiste, Phillipe? ¿Sale a ese jardín?

—A la esquina sureste, en un cobertizo de piedra.

—¿Y crees que todavía sea accesible?

Stasia oyó a Nicolas exhalar.

—Creo que sí —dijo—. A menos que sepas dónde buscar, está bien escondido.

—¿Usted también ha estado en ese túnel? —le preguntó Thatcher a Stasia.

—Sí. —Ignoró la mirada de curiosidad con que el inglés la veía—. Y el capitán tiene razón —convino—. A menos que sepas dónde buscar, será difícil encontrarlo.

—Sin embargo, los dos lo encontraron.

En esa afirmación, había una pregunta implícita que Stasia decidió no responder. Igualmente Nicolas.

—No veo ningún perro —dijo en cambio—. Eso te debe dar gusto, Thatcher. —Miró su reloj—. Tenemos que irnos. Franklin nos espera…

—Espera. —El operador de radio lo interrumpió y miró por sus binoculares.

Se detuvo frente al castillo el auto negro que había salpicado el lodo del camino. El conductor salió desesperado para abrir la puerta del pasajero. Llegó demasiado tarde. El oficial alemán ya había abierto la puerta y salía con movimientos enojados y erráticos.

—¿Quién es ese príncipe encantador? —preguntó Thatcher—. Parece importante. De las SS, si no me equivoco. —Le pasó los binoculares a Stasia—. ¿Lo reconoce?

Stasia miró a través de los binoculares, aunque no tenía que hacerlo. Ella ya sabía quién era el oficial, pues lo había visto hacía más de quince días, en Val-de-la-Haye, cuando fue al pueblo a recoger mensajes. Se fue vestida como una campesina francesa, con un vestido voluminoso para ocultar su figura y un chal sobre la cabeza para esconder su rostro.

Lo reconoció de inmediato, incluso con el parche que ahora llevaba sobre un ojo y la cicatriz roja, a medio curar, que le fruncía la

piel de la mejilla izquierda. Era la primera vez que lo veía desde que le disparó. Verlo la había conmocionado y sacudido tanto que hubiera querido regresar al bosque, sin los mensajes, para recuperar la compostura y calmar su respiración.

Cuando sus facultades se estabilizaron, le quedó el profundo malestar de no haberlo matado después de todo. Había sobrevivido y ahora estaba ahí.

Y Stasia sabía, sin duda, que estaba ahí por ella.

—El *Sturmbannführer* Otto Diekmann.

Tanto Nicolas como Thatcher se volvieron para mirarla. Adrede, ella mantuvo los binoculares sobre sus ojos. Otros dos soldados de abrigo gris salieron de la parte trasera del vehículo y caminaron rápidamente hacia la parte trasera del castillo.

—Parece segura de su identidad —comentó Thatcher.

—Sí.

—Lo conoce —dijo Nicolas.

—Sí —confirmó ella.

—¿De dónde?

—Una iglesia —respondió.

—¿Me permite sugerirle que este podría ser un momento oportuno para que nos responda con frases completas? —Las palabras de Nicolas eran secas y cortantes.

—En una iglesia de Haarlem. —Dos hombres salieron del castillo para encontrarse con el iracundo *Sturmbannführer*. Diekmann llevaba una pequeña bolsa de lona en la mano que arrojó, furioso, a los pies de los hombres. Gritaba y hacía gestos furibundos con las manos, aunque Stasia estaba demasiado lejos para oír lo que decía.

Thatcher extendió la mano hacia los binoculares, se los arrebató y miró a través de ellos.

—Los hombres a los que se dirige son de la Gestapo —caviló. Bajó los binoculares y miró a Stasia con ojos sombríos—. La Gestapo no está aquí para pelear en las trincheras y defender a sus amos nazis de la oleada militar que llegue por tierra desde las playas.

—No. Están aquí por mí. Diekmann seguro que sí —subrayó ella.

—¿Por usted? Esa afirmación es un tanto… audaz.

Stasia observó que otro oficial de abrigo gris salía del castillo con las manos alzadas en un gesto conciliador. No tenía idea de quién era ese nuevo alemán, pero Diekmann detuvo su furor durante el tiempo suficiente para apuntar en la dirección general hacia el norte. Los dos hombres iniciaron una discusión de algún tipo.

—No respondió a mi pregunta —señaló Thatcher.

—Me dio una opinión, no me hizo una pregunta.

—De acuerdo, permítame reformular: ¿por qué un *Sturmbannführer* de las SS estaría buscándola a usted? —El tono de la pregunta de Thatcher era engañosamente amable. Bajó de nuevo los binoculares para mirarla.

Era otra versión de la misma pregunta que Nicolas había intentado hacerle anteriormente, pero sus emociones estaban fragmentadas y eran traicioneras y volubles. En aquel momento, ella no había podido responderle como él hubiera querido. No había sido capaz de mirarlo a los ojos y destruir, sin remedio, cualquier ilusión a la que él aún pudiera aferrarse; sin embargo, ahí, ella no estaba mirando a Nicolas a los ojos. Miraba al enemigo y recordaba la devastación que esos uniformes negros y grises habían dejado a su paso y en todo lo que tocaban.

En ese momento, sus emociones no eran traicioneras ni volubles, sino libres y afiladas.

—Está aquí por mí porque liquidé a treinta y seis de sus contemporáneos —le respondió a Thatcher con un tono igual de amable. Era sorprendentemente fácil hablar con ese operador de radio a quien ella no conocía y que no la conocía a ella. Era fácil decirle lo que debió haberle dicho a Nicolas antes, pero no se había atrevido—. Veinticinco en Holanda y, hasta ahora, once en Ruan.

Thatcher parpadeó.

—Empezó a cazarme en Haarlem. Torturó y mató a miembros de la Resistencia y a sus familias para llegar a mí. Casi lo consigue, pero no logró matarme ni yo a él. Los dos llevamos las cicatrices del altercado. Diekmann llegó a Ruan después de que desapareciera a

siete oficiales alemanes. No creo que su llegada sea una coincidencia, aunque quizá usted albergue una opinión diferente, ya que tiene muchas. —Se levantó apoyándose en los codos—. ¿Son oraciones lo suficientemente completas para los dos?

El inglés se aclaró la garganta.

—Bastante.

—Usted me preguntó por qué no estaba abajo con mis hombres —le dijo al inglés—. Cuanta más distancia ponga entre los hombres que se quedaron a luchar y yo, más seguros están ellos y más segura estoy yo. No me siento en el campamento a conversar sobre sus familias o sus futuros. No quiero saber sobre sus esposas y los hogares que dejaron atrás. No soy su amiga y ellos no son mis amigos. —Stasia respiró hondo—. Ya me traicionaron una vez porque no entendía que todos los hombres tienen un precio o una debilidad que se puede explotar. He tenido el cuidado de no cometer ese error otra vez. —No miró a Nicolas durante todo el tiempo que estuvo hablando ni esperó a que él dijera nada. Solo se marchó arrastrándose hacia atrás entre la maleza.

No esperó a los *jeds*, sino que se retiró sola, siguiendo antiguos senderos de animales que zigzagueaban hacia el corazón del bosque que alguna vez atravesó de niña. El aire estaba fresco y la temperatura a la sombra del bosque era casi helada. Se abrazó a sí misma y miró hacia las copas de los árboles que bloqueaban un cielo gris y melancólico. Se preguntó dónde estarían en ese momento los hombres que, supuestamente, habían desembarcado en algún lugar de las costas de Normandía. Hasta dónde habrán llegado. Los alemanes que defendían las costas de Francia morirían por fin, pero no lo pondrían fácil. Exigirían un precio por esas muertes.

El comandante Franklin, sentado inmóvil en un tronco caído, ya los estaba esperando en el lugar acordado. La vio y saludó brevemente, aunque sus ojos seguían observando el bosque y su postura seguía siendo rígida.

—Ya era hora. —No parecía feliz—. ¿Dónde están Thatcher y Philippe?

Ella se encogió de hombros.

—Detrás de mí.

—Sí, ya los vi. —Miraba hacia el lugar de donde ella había salido. Esperó que Thatcher y Nicolas se reunieran con ellos—. Todos llegaron tarde. El tiempo no es nuestro amigo en este momento. —Frunció el ceño—. ¿Qué vieron?

Thatcher ignoró el regaño e inició el recuento de sus observaciones. No mencionó a Diekmann. Franklin asentía con la cabeza mientras el inglés hablaba, aunque era difícil saber si las noticias lo complacían o disgustaban.

—Por lo que vi, los cables telefónicos entran al castillo por la esquina noroeste donde está marcado el salón de baile —explicó el comandante—. Supongo que las terminales y los conmutadores se alojan en el mismo espacio. Lo cual sería un golpe de suerte. —Miró a Nicolas entornando los ojos—. ¿Estás seguro de que no hay nada debajo del salón de baile?

Nicolas se encogió de hombros.

—Solo hay una bodega debajo de las cocinas.

—Que tú sepas.

—Que yo sepa.

Franklin gruñó y dirigió la mirada a Stasia.

—Usted ha estado adentro. ¿Está de acuerdo con el capitán en que no hay un sótano o una bodega debajo del salón de baile? Donde deben estar instaladas las terminales debajo de los conmutadores.

—Solo estuve adentro una vez. —No miró a Nicolas—. Pero sí, la bodega que hay debajo de la cocina no es muy grande y no se extiende muy lejos. Con toda seguridad, no llega al salón de baile. Eso es todo lo que puedo decir.

—Una misión basada en malditas suposiciones —gruñó Franklin —. Y con tan pocos explosivos tener que confiar en esas suposiciones no me gusta. —Frunció el ceño mientras se golpeaba el muslo con sus gruesos dedos—. Hay un generador en la parte de atrás del castillo, cerca de la entrada de lo que parece uno de esos jardines elegantes que solían tener los reyes. Al generador le construyeron un cobertizo encima para protegerlo del clima. Es de diésel por lo que veo.

Supongo que alimenta todo el sistema telefónico. ¿Quizá todo el castillo? No lo sé con certeza, pero creo que debemos destruir tanto el equipo de comunicaciones como el generador. No quiero que los malditos alemanes lo tengan funcionando en una semana. Tiene que quedar irreparable.

—¿Tenemos suficientes explosivos para destruir también el generador? —preguntó Thatcher.

—Sí, pero eso significa que cada detalle cuenta —respondió Nicolas con calma—. Significa que tendremos que entrar en esa habitación a poner los explosivos cerca de los conmutadores y las terminales para causarles el mayor daño posible. —Hizo una mueca —. Y eso será… un reto, incluso de noche.

—No para un alemán —señaló Stasia.

Tres pares de ojos se clavaron en ella.

—Tenemos suficientes uniformes nazis para elegir. —Se encogió de hombros—. Y, si el generador es lo primero en fallar y la electricidad del castillo se viera comprometida, si estuviera oscuro y hubiera confusión, tendríamos una ventana de oportunidad.

El rostro de Franklin se convirtió en una máscara de incredulidad.

—¿Cómo que tienen uniformes para elegir?

—Los oficiales nazis muertos no necesitan sus uniformes. Los he conservado por si, en algún momento, resultaban ser útiles, como ahora.

El comandante la miró fijamente durante un buen rato. Nicolas y Thatcher permanecieron en silencio.

—¿Cuántos uniformes tienen? —preguntó Franklin finalmente.

—Once. —Stasia cruzó los brazos.

—Once —repitió Franklin.

—Más de los que van a necesitar.

—¿Y cómo sabe cuántos vamos a necesitar? —preguntó el comandante.

—No van a asaltar el castillo con un ejército de partisanos, por muy leales y entusiastas que sean. No es la ocasión. Los alemanes tienen como ventajas la defensa, el número y el armamento, por lo

que un ataque contundente solo convertiría el castillo en una fortaleza. De por sí, ya están alerta con el desembarco de los Aliados. Si asaltan el castillo, perderán las únicas ventajas que ustedes tienen, es decir, la sorpresa y la infiltración. ¿De acuerdo?

—Sí —respondió Franklin a regañadientes.

Los hombres del campamento crearán la distracción de su elección en el lugar y momento que les indiquen. Les darán el tiempo suficiente para que su equipo entre y salga. Silencioso, rápido y… —Stasia se detuvo abruptamente y frunció el ceño—. ¿Dónde está Sascha?

El joven guía debía estar con el comandante.

Franklin parecía distraído.

—Se fue. Dijo que tenía algo que hacer mientras los alemanes estaban ocupados.

Stasia se puso de pie y un escalofrío le recorrió la espalda.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—Hace media hora, probablemente. Estaba esperando…

—¿A dónde fue? —preguntó Stasia.

La expresión de Franklin se ensombreció.

—¿Cómo demonios voy a saber? Va y viene como un espectro. Un minuto estaba aquí y, al siguiente, se había ido.

—¿Llevaba algo con él?

Franklin frunció aún más el ceño.

—¿Algún tipo de bolsa? ¿Herramientas?

Stasia intentó disimular el pánico en su voz.

—¿Por dónde se fue? —repitió en voz baja—. ¿Por dónde se fue desde aquí?

Franklin señaló hacia el norte.

—Por ahí.

Stasia se puso en marcha, abriéndose paso entre los árboles y la maleza lo más rápido que podía. Las ramas le azotaban la cara y se le enganchaban al suéter, pero no disminuyó la velocidad. Al norte, estaba el camino que atravesaba el bosque y conducía a la carretera principal de Ruan. Un camino bordeado de postes telefónicos con cables que jamás habían cortado porque estaban demasiado cerca de

Ruan. Demasiado cerca y demasiado expuestos al tráfico regular de los ocupantes nazis.

Era vagamente consciente de que unas botas corrían detrás de ella, pero no se detuvo a preguntarse por qué, quién o cómo, solo siguió corriendo hasta que vio que los árboles empezaban a espaciarse y percibió la luz brillante de la despejada carretera enfrente de ella. Disminuyó la velocidad cuando el refugio de los árboles cedió el paso a los arbustos que colmaban la inclinada pendiente hacia la carretera.

—El pequeño tonto lo hizo, ¿verdad? —dijo Thatcher al alcanzarla. Sonaba inusualmente angustiado—. Trató de demostrarnos su valor.

Stasia no pudo responderle mientras trepaba la pendiente. Nicolas también la había alcanzado, pero ella lo ignoró. Lo único que podía ver en su mente era la bolsa que el *Sturmbannführer* Diekmann había arrojado, furioso, a los pies de los dos hombres de la Gestapo en el castillo. Quizá su ira se debiera al descubrimiento de que alguien había cortado los cables y a que Sascha había escapado. Quizá el adolescente había tenido que huir sin sus herramientas…

Una mano la tomó del brazo y la jaló hacia atrás; de repente, estaba atrapada contra un musculoso pecho. Alguien la obligó a arrodillarse y la rodeó con sus brazos como una trampa de acero.

Ella se sacudió, incapaz de moverse.

—Suéltame…

—No —le susurró Nicolas al oído.

—Ay, Dios —oyó decir a Thatcher—. Que se vaya todo al infierno.

Stasia empujó a Nicolas.

—Suéltame —gruñó.

Él la soltó.

Habían colgado a Sascha de un poste telefónico. Lo ataron de pies y manos. Había una gruesa soga enrollada alrededor de los travesaños superiores del poste y luego alrededor de su cuello. Su pálida camisa tenía unas manchas oscuras y rojas donde las balas impactaron su delgado cuerpo, aunque era imposible saber si había muerto por un

disparo o ahorcado. Su cabeza estaba torcida en un ángulo extraño y el cabello castaño y despeinado ocultaba su rostro.

Del otro lado de la carretera, dos soldados alemanes estaban junto al cuerpo. Uno tenía una cámara y Stasia vio que el otro soldado levantaba del pelo la cabeza de Sascha para que el primero tomara una foto. Soltó el cabello de Sascha y ambos se rieron mientras su cabeza se balanceaba a un lado. El soldado recogió un letrero escrito con letras toscas y lo colgó de la cabeza del muchacho. Estaba escrito en francés y alemán. El fotógrafo retrocedió unos cuantos pasos y tomó otra fotografía: «Soy un partisano y ayudé a Rosa Silvestre».

Stasia se agachó y puso las manos sobre las rodillas. Le ardía el pecho, le ardían los ojos, le ardían las entrañas. Todo le ardía y se retorcía en su interior y, por un momento, pensó que iba a vomitar. Permaneció inmóvil hasta que pasó lo peor: sacó el cuchillo de su cinturón.

Nicolas puso una mano en su brazo.

—Tienen un hombre apostado a mis diez en punto, a un tercio del camino hacia arriba.

Stasia vio al soldado en un puesto improvisado al otro lado de la carretera, exactamente donde Nicolas le dijo. El soldado, vestido de gris, tenía un rifle frente a él. Estaba hablando con uno de los soldados de abajo y gesticulaba con la mano libre, mientras que los otros fotografiaban el cuerpo.

—La quieren provocar —subrayó Thatcher, abatido. Estaba agachado detrás de un espeso matorral—. Nos quieren provocar. A cualquiera de sus hombres.

Stasia respiró hondo por la nariz, tratando de calmar la impotente rabia que le recorría el cuerpo. Nicolas y Thatcher tenían razón, lo sabía. Era una trampa burda, pero efectiva.

—¿Habrá más de un francotirador? —Nicolas le preguntó al teniente.

—Quién sabe. No veo a otro apostado, pero eso no significa nada.

—No podemos… —Nicolas se interrumpió, claramente se sentía ofuscado.

—No podemos —coincidió Thatcher—. Por ahora, no. —Bajó la cabeza—. Maldita sea.

Los dos soldados habían terminado de tomar fotos y ahora solo estaban de pie al lado de la carretera. El sonido de un auto que se acercaba hizo que se volvieran; era el mismo vehículo negro que había llegado al castillo y ahora corría hacia ellos. El mismo conductor desafortunado se detuvo enfrente de ellos y Otto Diekmann salió del lado del pasajero para observar el trabajo del soldado. Se llevó una mano al parche que tenía en el costado de la cara y le dijo algo a uno de ellos. Los tres se subieron al coche y el motor volvió a arrancar. El vehículo levantó polvo al salir a toda velocidad por la carretera, de vuelta al castillo.

El francotirador que estaba entre los árboles se acomodó en su posición y se volvió difícil verlo.

—Lo siento —dijo Nicolas en voz baja—. Lo siento mucho.

—Pobre muchacho tonto. —Thatcher se pellizcaba el puente de la nariz, tenía el rostro pálido.

Stasia apenas los escuchaba. Intentaba no recordar el serio rostro de Sascha esa mañana. Estaba tratando de no pensar en lo que le diría a su hermano menor. Estaba tratando de encontrar el camino de vuelta al centro vacío y frío de su ser; ese lugar que la mantenía a salvo y ajena a ese mundo lleno de dolor. Fracasó.

Nicolas iba a tocarle el hombro, pero ella se apartó con brusquedad.

—No.

Si él la tocaba, si la tomaba entre sus brazos, si tan solo la miraba con lástima, compasión o simpatía, se haría pedazos. Nunca se había sentido tan frágil.

—No les digan nada a los hombres del campamento. Todavía no. Hasta mañana, ¿entendido? Después, se los diré yo.

Nicolas apretó las manos en puños.

—Sta… Rosa —comenzó a decir, pero ella lo interrumpió.

—Esta noche los ayudaré a destruir el castillo y a los nazis que hay adentro. —Se enderezó, aunque se mantuvo agachada detrás de los arbustos, fuera de la vista del francotirador que vigilaba el cuerpo de

Sascha—. Y luego volveré por Sascha. Su hermano tiene que decirle adiós.

Los dos hombres asintieron.

Stasia deslizó el cuchillo en la vaina que tenía en la cintura.

—Después, mataré a los demás.

22

Nicolas

Ruan, Francia
7 de junio de 1944

Se adentraron en el jardín abandonado del castillo dos horas antes del amanecer.

Era lo suficientemente tarde para que incluso el alemán más diligente se escapara para aprovechar unas horas de sueño, pero lo suficientemente temprano para que la oscuridad cubriera la retirada de los *jeds* de vuelta a la seguridad del bosque. Las nubes bajas y pesadas de los últimos días se disiparon lo suficiente para que la luz de la luna menguante se filtrara sobre los terrenos. El viento que había sacudido las hojas y los pastos todo el día se calmó, dejando una tranquila quietud a su paso.

Eran cuatro: los tres *jeds* y Stasia. Había sido decisión de Franklin que ella los acompañara, pues ya había estado en el castillo y eso significaba una ventaja, en la opinión del comandante, aunque solo hubiera sido una vez. Por supuesto, Franklin tomó la decisión después de que Stasia sacara casi una docena de uniformes nazis de una pesada caja de madera que tenía enterrada en un lugar cerca del campamento. Después de que se disculpara porque uno estaba demasiado manchado de sangre como para usarse y porque las armas que habían acompañado esos uniformes hacía mucho que se habían repartido entre los miembros de la Resistencia. Y, sobre todo, después de que les presentara lo que tenía planeado para los nazis que ocupaban el castillo de Montissaire. Era la primera vez que Nicolas veía a Franklin sin palabras, limitándose a asentir.

Luego de eso, Stasia habló muy poco de regreso al campamento. Permaneció en silencio mientras Franklin les daba sus asignaciones a

los maquis y solo escuchó cuando algunos expresaron sus preocupaciones o algunas ideas. Acompañó a Thatcher y Nicolas a recoger los materiales y organizar los preparativos, pero solo hablaba cuando se dirigían a ella. Stasia fingió ignorancia ante la comprensible preocupación de los maquis por Sascha, se preguntaban dónde estaba, pero, sobre todo, evitó a Renaud Dubois.

Y, si alguien del campamento notó su rostro más pálido, su expresión más dura, su comportamiento más hosco, nadie dijo nada.

Ahora estaba agachada junto a Nicolas, entre las enredaderas cercanas al muro occidental del jardín. Si sentía nervios o aprensión por lo que estaban a punto de hacer, no lo demostró. Él resistió el impulso de tocarla, aunque fuera brevemente, solo por un momento de tranquilidad. Un momento de conexión.

Desde ahí, él podía ver que las ventanas superiores del castillo estaban a oscuras. En el extremo occidental de la planta baja, donde estaba el salón de baile, brillaba una luz intensa que proyectaba largos rectángulos resplandecientes sobre el terreno cubierto de maleza entre el castillo y el jardín. Nicolas supuso que todavía había hombres apostados en los conmutadores. También, había luces en el extremo opuesto del castillo, es decir, en las ventanas de la cocina, aunque eran más tenues. Solo habían visto a dos soldados mientras se acercaban, uno en la puerta principal y otro vigilando la entrada de servicio cerca de la cocina. Al parecer, debido a la invasión tuvieron que reasignar a la abundante guardia de la que se hablaba en el informe de Londres. Los dos soldados alemanes estaban recargados contra la pared en sus puestos, perdiendo la batalla contra el sueño.

Stasia se levantó de donde estaba agachada y se deslizó rápidamente en la oscuridad, con la mano sobre la voluminosa bolsa de cuero que llevaba cruzada sobre su torso. El generador que esperaba del otro lado de la pared, más cerca del castillo, todavía zumbaba y vibraba, lo que cubría cualquier sonido que ella pudiera hacer. Nicolas la siguió hacia el jardín, manteniéndose cerca de ella, con su propia bolsa bien apretada contra su cadera. Se abrieron paso por los senderos cubiertos de maleza en el mayor silencio posible. Frente a ellos, la oscura figura del ángel se elevaba contra el cielo

nocturno; él rodeó la escultura, esforzándose por ignorar los recuerdos que surgieron. A la luz de la luna, pudo ver que las alas del ángel estaban despostilladas y rotas, así como cicatrices más nuevas en la piedra, indicios de que habían utilizado la escultura en prácticas de tiro. Apartó la mirada y siguió adelante.

Mientras que el ángel había sido maltratado, el antiguo cobertizo del jardín se veía exactamente igual que años atrás, como si el tiempo, la guerra y las circunstancias hubieran pasado frente a él sin advertirlo. La piedra descolorida todavía brillaba bajo la luz de la luna, rodeada por las sombras de los árboles. Frente a la puerta crecía hierba y maleza, lo que le sugirió a Nicolas que hacía tiempo que nadie había estado adentro. Nicolas escuchó con atención, pero no había ningún ruido de actividad aparte del zumbido distante del generador. Miró a Stasia, que lo estaba esperando entre las sombras bajo el techo del cobertizo. Ella solo asintió; era imposible ver sus ojos bajo el ala de la gorra que llevaba puesta.

Nicolas sacó el cuchillo militar que le habían dado en Escocia durante su entrenamiento. Si, por alguna razón, necesitaba usar un arma, la descarga de una pistola en ese momento y lugar terminaría con la misión antes de que comenzara siquiera. Stasia abrió la puerta del cobertizo con dificultad y las bisagras protestaron después de años de abandono. Nicolas se estremeció con el ruido, pero sabía que era poco probable que alguien lo escuchara en el castillo.

Stasia se deslizó adentro y Nicolas la siguió con la peculiar sensación de que estaba retrocediendo en el tiempo. En un instante, volvió a tener trece años y regresaba a su refugio con una mochila llena de piezas robadas, mientras que el hambre y el frío lo acosaban. Sin embargo, cuando la puerta del cobertizo se cerró detrás de él, se dio cuenta de que ya no tenía trece años, el cobertizo estaba lejos de ser seguro, el contenido de su bolsa no era robado y sudaba bajo el uniforme.

El cobertizo olía a humedad por los años de abandono; los rodeó el fuerte aroma a tierra, moho y polvo. Oyó un roce de tela y un chasquido; de repente, la linterna de Stasia iluminó el pequeño cobertizo. Ella atenuó la luz con la mano y miró alrededor. Había

trozos de cerámica rota esparcidos en el suelo y alguien había quitado las viejas herramientas de jardinería que alguna vez estuvieron apoyadas en una esquina. Extrañamente, en el lado opuesto, el catre en el que Nicolas dormía seguía pegado a la pared, intacto, aunque la lona harapienta ahora colgaba del marco oxidado.

Debajo, la puerta del túnel estaba íntegra, solo con una gruesa capa de polvo y escombros encima.

—No lo encontraron —dijo Nicolas en voz baja y luego desenvainó el cuchillo.

—No.

Nicolas levantó el catre, lo apartó del camino y abrió la trampilla, protegiéndose la cara de la nube de polvo que se levantó. Jaló la puerta hacia arriba contra la pared del cobertizo. Stasia pasó a su lado y su haz de luz iluminó las estrechas escaleras.

Nicolas la agarró del brazo antes de que pudiera empezar a bajar.

—Stasia.

Se detuvo.

Nicolas buscó su mano, la que no sostenía la linterna, y la tomó con suavidad entre las suyas. Ella no se apartó, ni siquiera cuando él volteó su palma. Muy lentamente, pasó los dedos sobre el anillo de acero que todavía rodeaba su dedo.

La oyó jadear.

Nicolas la sujetó un segundo más y luego la soltó.

—Yo iré primero —le dijo.

Bajó en silencio, deteniéndose cada pocos pasos para escuchar con atención. Bajo sus botas, la capa de polvo del piso que había estado intacta, ahora tenía las huellas de él a medida que avanzaba. Detrás de Nicolas, la luz de Stasia caía en el suelo y guiaba su camino. Les tomó solo unos instantes llegar a la entrada del castillo. Él se detuvo a escuchar junto a la puerta, pero solo oyó silencio. Este punto era la primera parte del plan que podía salir terriblemente mal. Por un lado, podría abrir la puerta y descubrir que los alemanes habían instalado una barricada inamovible contra la pared, estanterías o cajas pesadas. Por otro, que habían convertido la bodega en un cuartel

para una docena de soldados sin un rango lo suficientemente alto como para merecerse un cuarto arriba.

Nicolas puso la mano sobre el cerrojo y Stasia apagó la linterna.

—Abre —susurró ella.

Tan silenciosamente como pudo, Nicolas deslizó el cerrojo. Tomó la pesada manija de hierro de la puerta y la jaló, abriéndola solo lo justo para mirar hacia adentro, aunque no podía ver mucho en la oscuridad. El aire que silbaba a través de la abertura se sentía frío y húmedo, lo que apaciguó el temor de que fuera a abrir la puerta para enfrentarse a un grupo de hombres armados hasta los dientes. Sus ojos se ajustaron poco a poco hasta que pudo ver una tenue línea de luz del otro lado de la bodega, debajo de la puerta que los conduciría a las cocinas. El hecho de que la luz fuera visible significaba que los alemanes tampoco habían bloqueado la abertura.

Sintió alivio.

Con el cuerpo muy tenso, abrió un poco más la puerta, pero no se oyó ningún grito de alarma. No pasó nada. Estaban solos en la bodega.

Stasia volvió a encender la linterna, cuidando atenuar la luz y mantenerla apuntando al suelo. Fue suficiente para ver que la bodega estaba casi vacía, salvo por unas cajas de madera con papas y nabos; también había cajones más pesados llenos de botellas de vino. En silencio, Nicolas y Stasia salieron por la puerta secreta y la cerraron detrás de ellos. Cruzaron la bodega y subieron las escaleras que los conducirían a las cocinas. Bajo la puerta de la cocina, brillaba una fina línea de luz tenue. En este punto, no había marcha atrás, él lo sabía. Una vez que entraran al castillo no podrían retroceder.

—¿Lista? —preguntó.

—Sí. —Stasia se ajustó la gorra a la cabeza, se acomodó la mochila al hombro y revisó las armas que llevaba en la cintura. Lo miró con sus ojos color brandy, que ardían con una determinación inquebrantable.

Apagó la linterna una vez más y él abrió la puerta.

Las cocinas estaban desiertas. Habían dejado una luz encendida del otro lado de la pared, seguramente por si alguien entraba durante

la noche. Seguían ahí las ollas y los sartenes colgados sobre la tabla de carnicero que Nicolas recordaba, pero ahora las barras estaban cubiertas de platos, utensilios, latas y recipientes, lo que sugerían que las cocinas eran un sitio concurrido al amanecer. No tenía planes de seguir ahí cuando eso sucediera.

Stasia se dirigió de inmediato a las ventanas que daban al sur, hacia el jardín y el espeso bosque que se extendía más allá. Apagó y encendió la linterna tres veces. En cuestión de segundos, un parpadeo le respondió desde la oscuridad.

Metió la linterna a su mochila y regresó junto a él.

—Un minuto.

Se alejaron de la ventana y se dirigieron hacia la entrada que daba al vestíbulo. Stasia revisó el contenido de su bolsa. Nicolas revisó las armas que llevaba en la cintura. Ninguno habló. En un minuto, todo ocurriría muy, muy rápido.

Un estrépito los inmovilizó. Nicolas vio con terror que un centinela alemán entraba tambaleándose a la cocina, frotándose la cara y parpadeando para quitarse el sueño. El rifle que llevaba colgado al hombro se le deslizó y este lo atrapó con movimientos torpes justo antes de que golpeara el suelo. Cuando se levantó, vio a Nicolas y a Stasia, entonces se enderezó abruptamente. Nicolas maldijo para sus adentros. Dio un paso hacia adelante y vio al centinela con una mirada implacable.

El soldado abrió la boca para hablar, pero la cerró en cuanto vio el uniforme de Nicolas y las hojas de roble en las insignias de su cuello. Abrió los ojos desmesuradamente.

—Soy el *Standartenführer* Karl Graf —espetó Nicolas en alemán—. Estoy investigando amenazas al Reich; creemos que algunas son internas—. Su acento no era perfecto, lo sabía, pero había practicado con Thatcher hasta que el inglés quedó satisfecho.

Esperaba que le preguntara por qué estaba investigando a medianoche, pero, al parecer, el soldado estaba sumamente intimidado por el uniforme; como Stasia les había dicho que ocurriría.

—¿Por qué no está en su puesto? —preguntó Nicolas con brusquedad.

De nuevo, el centinela abrió la boca para hablar, pero estaba demasiado nervioso para responder.

—Regrese a su puesto de inmediato —le ordenó Nicolas—. En breve, haré los arrestos. Si interfiere, lo arrestaré a usted también, ¿entendido?

El soldado asintió frenéticamente.

—¡Sí, *Standartenführer*! —Salió corriendo de la cocina.

Nicolas miró por la ventana. Lo único que pudo ver fue su propio reflejo en el cristal contra la oscuridad que se extendía. En silencio, instó a Franklin y Thatcher a que se apresuraran.

—¿Les puedo ayudar? —Una nueva voz hizo que Nicolas volviera la cabeza bruscamente. Un oficial estaba en la entrada de la cocina mirando a Nicolas y Stasia y se veía mucho menos intimidado que el pobre centinela.

—*Standartenführer* Karl Graf —repitió Nicolas—. Estoy investigando amenazas al Reich; creemos que algunas son internas.

El hombre que estaba frente a él dio un paso hacia atrás pero no se fue. Tampoco respondió.

Nicolas miró su reloj. Había pasado un minuto. Se contuvo de mirar hacia las ventanas orientadas hacia el sur.

— En breve, haré los arrestos —dijo Nicolas de nuevo—. Si interfiere, lo arrestaré a usted también, ¿entendido?

El hombre miró el diamante del SD en la manga de Nicolas.

—Quizá debería llamar al *Sturmbannführer* Diekmann si cree que la amenaza es inminente —sugirió—. Está arriba ahora mismo. Quizá podría ayudar.

Sintió cómo el cuerpo de Stasia se tensaba a su lado.

—No. —Nicolas sintió que una fría gota de sudor le resbalaba por la espalda. Su alemán era competente gracias a su entrenamiento, pero no era lo suficientemente bueno como para engañar por mucho tiempo a un suspicaz oficial de comunicaciones. Le tronó los dedos a Stasia, que tenía la gorra gris con negro bien calada sobre la cara y el

uniforme planchado y cepillado de forma impecable, como corresponde a la ayudante de un *Standartenführer*. Ella abrió su cartera obedientemente y sacó un documento que Nicolas le arrebató y agitó frente a la cara del oficial. Era un documento antiguo, tomado del mismo oficial que alguna vez había usado el uniforme y el reloj que Nicolas llevaba en ese momento. Hasta donde ellos sabían, era una lista de presuntos enemigos políticos que estaban dispersos por Normandía y que la Gestapo había preparado en Ruan, pero era imposible ignorar el Reichsadler oficial impreso en la parte superior.

—¿Reconoce estos nombres? —preguntó.

El oficial tomó el documento y empezó a leerlo.

Nicolas se asomó por las ventanas del sur, ya sin poder evitarlo. ¿Habrá salido algo mal? No sabía cuánto tiempo más podría distraer al oficial con esa lista insulsa.

El oficial que estaba leyendo la lista levantó la mirada con una profunda arruga en el ceño.

—Este documento es de hace meses —señalo, luego dirigió su atención a Stasia.

Nicolas se interpuso enfrente de ella.

—¿Reconoce estos nombres? —preguntó de nuevo. «Dios mío, Franklin», maldijo en su mente. «¿Dónde diablos estás?» Se estaba quedando rápidamente sin opciones.

El oficial negó con la cabeza.

—¿No está al tanto de lo que sucedió? —preguntó—. Yo creo que ahora mismo su atención estaría mejor dirigida hacia los enemigos que acaban de desembarcar en las costas de Francia. Iré a buscar a Diekmann —señaló el oficial—. Y después…

Una explosión ensordecedora puso fin a sus palabras. Las ventanas que daban al sur estallaron, el edificio tembló y, alrededor de Nicolas, todo se oscureció.

Todo, excepto por el brillo infernal que destellaba a través de las ventanas sin cristales. Una bola de fuego roja y naranja se extendía hacia el cielo en la parte trasera del castillo, en algún lugar cercano a la pared del jardín.

Nicolas y Stasia aprovecharon para salir corriendo, pasaron junto al oficial aturdido y entraron al oscuro vestíbulo. Gracias al resplandor del fuego, que se filtraba por las ventanas, Nicolas pudo distinguir las figuras de los centinelas que corrían en todas direcciones, gritando en estallidos de pánico. Los dos simplemente se unieron a la multitud aterrada.

—¡Nos están atacando! —gritó Nicolas en alemán, tan fuerte como pudo—. ¡Salgan! ¡La Resistencia nos está atacando! —También había practicado eso—. ¡Salgan! ¡Síganlos! ¡Dispárenles!

Ambos corrieron por el vestíbulo hacia el ala oeste, dirigiéndose al salón de baile. Las dos puertas estaban entreabiertas; ingresaron lo más rápido que pudieron y se detuvieron justo después de entrar.

La última vez que Nicolas había estado en el salón de baile, lo había encontrado inquietantemente vacío, solo con los enormes candelabros que colgaban del techo cual gigantescas telarañas de hierro forjado, vigilantes del suelo polvoriento. En aquel momento, había intentado imaginarse cómo se habría visto con mil velas encendidas en esos candelabros, con el reflejo de la luz de las velas en los vidrios de las ventanas y en los largos espejos de cada extremo del salón. Cómo se vería el salón lleno de gente sonrojada por el calor, la bebida y la emoción; mujeres con vestidos de colores brillantes y hombres de frac negros con blanco en un contraste perfecto. Si había preguntado si las melodías de la orquesta habrían llenado el aire, tan alto como para ahogar el sonido de las risas y las conversaciones.

Lo que no podría haberse imaginado nunca era la manera como el salón de baile se veía en ese momento.

El fuego que ardía afuera proporcionaba la luz suficiente para ver que habían cubierto el patrón de las baldosas con largas y estrechas tiras de alfombra que recorrían toda la longitud del salón. Los candelabros todavía colgaban del techo, pero instalaron luces eléctricas entre ellos, por lo que, cuando se encendían, iluminaban el espacio con una dura luz artificial. Habían retirado los espejos ornamentales de la pared de enfrente y montado grandes pizarrones llenos de diagramas y esquemas trazados con lujo de detalle.

También, había un par de escritorios situados cerca de las puertas y, detrás de ellos, dos filas de mesas largas cubrían la longitud del salón, sobre la alfombra. Sillas idénticas de madera con marcos de metal esperaban delante de cada estación; la mayoría estaban cuidadosamente acomodadas debajo de las mesas, excepto por seis que estaban fuera de su lugar y dos que se habían volcado cuando los operadores salieron huyendo. Las torres de los conmutadores estaban aseguradas a las mesas; había filas y filas de enchufes en cada panel y, enfrente, cables, llaves y receptores montados que esperaban a sus operadores.

Mentalmente, Nicolas catalogó la cantidad de conmutadores mientras recorría con la mirada las estaciones que había hasta el rincón noroeste, cerca de la pared del fondo, donde se alzaban tres altas estanterías con un serpenteante mar de cables de colores entre cada terminal. Franklin había acertado. Las terminales estaban ahí junto con los conmutadores.

Había mucho terreno que cubrir. Tendrían que trabajar rápido.

Solo quedaban dos hombres en la habitación y ambos estaban insertando cables en los enchufes frenéticamente. Nicolas sabía que sus esfuerzos eran inútiles, porque la fuente que alimentaba el sistema acababa de explotar en una bola de fuego gracias a un estadounidense y un inglés.

—¡Nos están atacando! —gritó Nicolas de nuevo—. ¡Salgan! ¡Tomen sus armas! ¡La Resistencia nos está atacando, salgan a dispararles!

Los hombres dejaron lo que estaban haciendo y miraron a Nicolas un instante antes de abandonar sus puestos y salir a recibir órdenes.

Stasia ya se dirigía a las terminales. Nicolas la alcanzó y ella se agachó frente a la primera y abrió su bolsa. Sin decir una palabra, empezó a pasarle a Nicolas las delgadas tiras de explosivo plástico que habían preparado en el campamento. Él no perdió tiempo en moldear el explosivo alrededor de los marcos. El intenso olor acre a almendras del plástico verde se le impregnó en los dedos. Ya había

terminado con la primera terminal cuando llegó Thatcher, sin aliento y sudando bajo el uniforme de las SS.

—Te tomaste tu tiempo, teniente —comentó Nicolas de mal humor mientras aseguraba los detonadores y las cápsulas fulminantes.

—Es un caos allá afuera —jadeó Thatcher—. Alguien hizo estallar un generador con cien litros de gasolina almacenados a un lado. Dos docenas de nazis salieron corriendo del castillo con las armas cargadas, aterrados, en espera de que un oficial les dijera qué hacer.

—Sacudió la hombrera trenzada de su uniforme gris y le sonrió a Nicolas—. Lo hice con mucho gusto. Resulta que tres años de estudiar alemán en Oxford no fueron una pérdida de tiempo. —Examinó el progreso de Nicolas y extendió una mano hacia Stasia—. Mechas, mi señora.

Stasia le entregó las mechas recortadas.

Los tres trabajaron rápido y en silencio a lo largo de todo el salón; colocaron y prepararon los explosivos como lo habían practicado en el campamento. En el vestíbulo, seguía reinando el caos conforme más hombres se despertaban y bajaban ruidosamente las escaleras para unirse a la persecución de los maquis en la parte trasera del castillo. Afuera, se oían disparos, aunque más lejos, en el bosque detrás del jardín. Habían logrado controlar un poco el fuego, por lo que entraba menos luz; Stasia usó su linterna para ayudar a los hombres a terminar la última instalación.

Nicolas descargó su propia bolsa, la cual contenía las granadas de termita que habían llegado junto con los *jeds*. Las colocó con cuidado entre los marcos de las terminales junto a los explosivos. Una vez encendidas, arderían intensa y rápidamente.

—¿Crees que la explosión derribe las paredes? —preguntó Nicolas.

—No lo sé con certeza. —Thatcher terminó de enrollar unas mechas—. Las paredes son de piedra, viejas y gruesas. Podrían incendiarse, quizá se incendie todo el castillo. Sea como sea, no pienso quedarme a averiguarlo.

Estaban ocultos detrás de la larga fila de mesas, cerca de los pizarrones de la pared donde antes colgaban los espejos. No había ninguna razón para que alguien volviera al salón de baile porque ninguno de los equipos funcionaba sin energía, pero Nicolas no quería correr ningún riesgo. Si un alemán asomaba la cabeza al salón, no vería las mechas. Por lo menos, no las vería a tiempo para detener la explosión.

—Enciéndelas —ordenó Thatcher.

Stasia sacó un encendedor, lo abrió y saltó una llama. Se inclinó y encendió la mecha.

—Hora de irnos —dijo Nicolas. Tenían tres minutos para salir y alejarse.

Thatcher fue primero, atravesó el salón hasta las ventanas del noroeste. Abrió el pestillo y la ventana de golpe. Se volvió y apuró a Stasia para que saliera. Con un movimiento ágil, ella pasó las piernas por encima del alféizar y saltó, desapareciendo en la oscuridad. Thatcher subió al alféizar y miró hacia abajo…

El disparo llegó desde atrás de ellos y destrozó la ventana. Nicolas se lanzó instintivamente al suelo. Thatcher perdió el equilibrio y se tambaleó en el borde de la ventana antes de caer a salvo del otro lado.

Otro disparo, mucho más cerca esta vez, rebotó en el alféizar.

Nicolas oyó que se acercaban unas botas, sacó su arma y disparó a ciegas hacia la puerta. No sabía si le había dado a algo; quienquiera que hubiera entrado al salón de baile detrás de él no podía avanzar más sin que Nicolas se arriesgara a que descubriera la mecha encendida. Cerró los ojos y rogó en silencio que Stasia y Thatcher se alejaran de ese lugar.

—Ríndete y vivirás —mintió alguien en francés con un fuerte acento—. Solo deseo hablar.

Nicolas no viviría. Al menos, no por mucho tiempo más. Aun así, necesitaba vivir el tiempo suficiente para alejar de ahí a quien había entrado y dar tiempo a que los explosivos se detonaran.

Se agachó y salió corriendo lejos de las ventanas hacia las puertas del salón de baile. Disparó un tiro mientras corría.

La acción pareció sorprender al alemán. Nicolas escuchó un grito de alarma y dos disparos en respuesta, aunque impactaron por encima de su cabeza. Bien. No se molestó en ocultar el ruido que hacían sus botas mientras corría hacia las puertas. Oyó pisadas fuertes detrás de él y redobló sus esfuerzos.

«Sal del salón de baile», cantaba en silencio en su cabeza. «Sal de aquí, sal de aquí».

Atravesó las puertas, ileso, y llegó al vestíbulo. Hubo otro disparo detrás de él y la bala destrozó un espejo. Un soldado alemán que corría por el vestíbulo disminuyó la velocidad y miró a Nicolas. Dudó, confundido por la luz tenue y el uniforme familiar.

Detrás de él, escuchó una diatriba furiosa en alemán y, aunque no pudo entender las palabras, el tono era inconfundible. El soldado que estaba al final del pasillo comenzó a avanzar hacia él. Sin detenerse, Nicolas corrió hacia la biblioteca y cerró la puerta de golpe detrás de él. No había forma de asegurarla por dentro y la llave no estaba en la cerradura. Maldijo y se acercó a las ventanas.

La biblioteca estaba vacía, solo las esculturas de los grifos observaban su huida gracias al suave resplandor de un anticuado candelero cerca de la puerta; la luz de las velas danzaba y creaba sombras en la pared. Nicolas consideró sus opciones. Si saltaba por la ventana ahora, era posible que su perseguidor abandonara la persecución y regresara al salón de baile para averiguar qué había estado haciendo ahí. Eso era lo que Nicolas habría hecho. Intentó calcular cuánto tiempo les faltaba a las mechas. Supuso que había pasado menos de un minuto desde que Stasia las había encendido, aunque se sintió como una vida entera.

Necesitaba mantenerlos ocupados durante dos vidas más.

La puerta de la biblioteca se abrió de golpe.

Un oficial alemán estaba de pie en la entrada y el soldado del vestíbulo estaba detrás de él. Los dos tenían sus armas desenfundadas. Nicolas disparó hacia la puerta en rápida sucesión y el soldado que había llegado del vestíbulo cayó al suelo. El oficial levantó su arma y disparó. Nicolas se lanzó detrás del enorme escritorio de ébano que estaba en el centro de la habitación, aunque no antes de que un dolor

abrasador le desgarrara la pantorrilla derecha. Aterrizó torpemente sobre su hombro, pero se levantó enseguida ignorando el sufrimiento de la parte posterior de su pierna. Le habían disparado y podía sentir un calor pegajoso deslizándose por su pantorrilla hasta su bota; sin embargo, no había tiempo para examinar la herida.

Alzó su revólver. Le quedaban dos disparos.

—Solo quiero hablar —dijo el alemán de nuevo en un francés entrecortado—. Pero usted está haciendo muy difíciles las cosas, ¿no cree?

Nicolas miró su reloj. Era como si el tiempo se hubiera alentado; las manecillas apenas se movían.

—No es uno de nosotros. —El alemán se adentró más en la habitación—. Sin embargo, lleva nuestro uniforme. Deseo preguntarle sobre eso.

Nicolas resopló de dolor al intentar mover la pierna. Se preguntó si la bala habría llegado al hueso.

—Vine a Francia a buscar a una persona. —El alemán estaba hablando de nuevo, el sonido de sus tacones era sutil contra el suelo de piedra—. A una persona que conocí en los Países Bajos. Alguien que hacía desaparecer a nuestros camaradas. Creí por un tiempo que esta persona tal vez estuviera muerta, pero luego escuché noticias sobre Ruan, donde los leales al Reich estaban desapareciendo de nuevo.

Nicolas apoyó la cabeza contra el escritorio. Solo necesitaba hacer tiempo para que Thatcher y Stasia se alejaran. Tiempo para que Franklin y el resto de los maquis hicieran su trabajo.

—Creo que conoce a esta persona. —El oficial sonaba impaciente —. Esta persona que atrae a los hombres a los bosques. Siempre a los bosques. —Sus pasos se detuvieron—. Esta noche me despertó un… cómo se dice… fuerte incendio. Miro por la ventana y veo este fuego y a muchos soldados alemanes corriendo detrás de tan pocos partisanos. Pienso, ¿cómo salen los alemanes tan rápido? Estos alemanes gritan a los hombres que persigan y disparen a los maquis, pero nadie les dispara. —Su impaciencia estaba convirtiéndose en ira —. Y luego veo más alemanes, alemanes de verdad, saliendo del

castillo. Estos alemanes reales no saben que están cayendo en una trampa. No puedo detenerlos a tiempo. Corren hacia los bosques, siguiendo a hombres con uniformes robados. No van a volver. Lo sé porque conozco a Rosa Silvestre. Ella los espera en el bosque.

Nicolas levantó lentamente el revólver. Le ardía la pierna, tenía la bota llena de sangre y empezaba a sentirse un poco mareado. Se acercó al borde del escritorio, tratando de ver del otro lado sin exponerse.

—Hoy le pregunté a un chico por esta persona. Un chico estúpido, muy estúpido. No me dijo nada, ni siquiera después de quitarle las uñas y los dientes, así que murió.

Nicolas se estremeció; pasó ante sus ojos el recuerdo de Sascha colgando sin vida del poste telefónico. Una ola de furia corrió por sus venas.

El oficial resopló.

—Ahora lo encuentro. Escondido detrás de mi escritorio, ¿verdad? No tiene que morir. Solo dígame lo que quiero saber. ¿Dónde está Rosa Silvestre?

Nicolas se lanzó por un costado del escritorio y apretó el gatillo dos veces contra la figura que se movía en las sombras. Se retiró detrás de la seguridad de la madera y abrió el revólver para sacar los casquillos. Buscó rápido en su bolsillo la munición para recargar el arma, pero no fue lo suficientemente veloz.

—Deje el arma, ¿sí? —El oficial alemán estaba parado frente a él, apuntándole a la cabeza—. O le disparo ahora mismo.

Nicolas lo reconoció fácilmente de la tarde anterior. Una amplia mancha negra le cubría un ojo y, debajo, la piel tenía cicatrices y lucía tirante. El *Sturmbannführer* Diekmann. El nazi que había perseguido a Stasia por el continente. Con ironía, Nicolas comprendió que la obsesión de Diekmann con Stasia quizá fuera la única razón por la que seguía vivo. Era probable que no le disparara en ese mismo momento, pero lo haría en cuestión de minutos cuando él se negara a responder sus preguntas sobre la combatiente de la Resistencia

llamada Rosa Silvestre. Y, para entonces, ya no importaría. Pasara lo que pasara con él, había cumplido con lo que debía hacer.

—Levántese. —Sacudió el arma enfrente de su cara.

Con esfuerzo, Nicolas se puso de pie, apoyándose pesadamente en el escritorio.

—¿Quién es usted? —preguntó el alemán.

Nicolas no respondió.

—Se cree valiente al no responder. Noble, quizá. —Diekmann lo observaba con su único ojo. No llevaba gorra y su uniforme estaba arrugado. Tenía el pelo revuelto y las mejillas enrojecidas de ira.

Nicolas permaneció en silencio.

—Abra ese cajón. —El *Sturmbannführer* señaló con su arma el cajón superior del escritorio—. Vamos.

Nicolas hizo lo que le pedía.

—Ahora saque ese estuche y ábralo.

De nuevo, hizo lo que le ordenó, mirando discretamente su reloj. No faltaba mucho.

El estuche era aproximadamente del tamaño de una caja de zapatos. Adentro había una colección de fotos en blanco y negro y un montón de documentos de identidad o eso parecían.

—¿Sabe quiénes son esas personas? —preguntó el nazi—. Son otras personas que pensaron que también eran valientes, como usted, ¿verdad? —manifestó, sin esperar una respuesta—. Gente que luchó contra el Reich.

La mirada de Nicolas se fijó en la foto superior, todavía brillante por el reciente revelado: un muchacho colgado de un poste telefónico con un letrero escrito con letras toscas alrededor de cuello.

—Ah, sí, ¿le gusta esa? —Diekmann lo estaba observando—. El muchacho estúpido. Me pregunto a cuántos conoce. Todos están muertos, ¿verdad? Debido a su «valentía» —pronunció la última palabra con repugnancia—. Pero no tiene que morir usted, ¿verdad? Solo responda mis preguntas. ¿Dónde consiguió ese uniforme?

Nicolas apartó la mirada y sus ojos se posaron en los grifos. «Érase una vez», pensó para sí mismo, «un chico de Ruan que creía que

podía ayudar a ganar una guerra».

Quizá algún día Stasia escribiría una historia más. Su historia.

—Respóndame —exigió Diekmann.

Nicolas no dijo nada, sino que cerró el estuche con un movimiento deliberado y lo dejó caer de nuevo en el cajón abierto. Cerró el cajón con tanta fuerza que oyó que la madera crujió y se astilló.

Al parecer, eso hizo enfurecer al oficial. Puso el cañón de su arma sobre la frente de Nicolas.

—Dígame.

—Le diré algo. Sus hombres deberían saber que no es bueno correr hacia los bosques —declaró Nicolas—. Los bosques son peligrosos. Siempre cambiantes y misteriosos. Llenos de lobos. Lo dicen todos los cuentos infantiles.

Diekmann golpeó a Nicolas en la cabeza con la culata de su pistola, lo que hizo que se tambaleara, pero no se cayó. Se le nubló la vista. Después, el cañón de la pistola se clavó de nuevo en la piel de su sien, empujándole la cabeza a un lado.

—He escuchado esas historias. Olvida lo que le pasa al lobo al final. El cazador siempre mata al lobo. —Contrajo los labios en un gesto que podría haber sido una sonrisa—. Dígame dónde encontrar a Rosa Silvestre.

Un movimiento en la puerta llamó su atención. Ahí estaba parado otro oficial nazi, de cabello corto y oscuro que apenas se rizaba por debajo de la gorra. El oficial llevaba un arma colgada a su lado de forma holgada y avanzaba por la habitación con determinación, aunque Nicolas no estaba seguro de si era una ilusión o la realidad. Ante sus ojos todo estaba envuelto en una confusión de náuseas.

—Cambiaron la historia —logró decir Nicolas—. Para suavizar la verdad de que…

—¡Dígame dónde encontrar a Rosa Silvestre! —ladró el alemán.

—…el lobo se come a los incautos.

El *Sturmbannführer* bajó el cañón de su arma y le disparó a Nicolas en el muslo; se derrumbó aturdido por la sorpresa y el dolor.

—Morirá, pero puedo hacerlo más fácil que esto, ¿verdad? —dijo Diekmann con voz ronca, acercándose más a Nicolas—. Tengo muchas balas. Todo lo que tiene que hacer es decirme…

El agudo disparo de una Webley interrumpió sus palabras. El *Sturmbannführer* se desplomó sin ceremonias junto a Nicolas con el rostro flácido y el único ojo abierto… vacío. No hubo palabras ingeniosas ni una declaración de venganza, solo una abrupta ejecución de la justicia.

—Levántate, Navarre. —La voz parecía llegar de muy lejos.

Nicolas intentó alejarse del cuerpo, pero todo parecía demasiado difícil y sus músculos no funcionaban correctamente.

Unas manos lo alzaron por debajo de los brazos y lo arrastraron hacia las ventanas.

—No puedes estar aquí —murmuró Nicolas—. Tienes que irte.

Stasia lo ignoró.

Había explosivos a punto de detonar. Pronto. Ya.

—Stasia…

—Cállate —dijo con brusquedad.

—Sal de aquí —repitió él—. Vete.

—No. —Stasia lo levantó y lo puso contra la pared—. Ahora, ayúdame.

Casi inconsciente, Nicolas consiguió parar su pierna buena bajo su cuerpo y se apoyó débilmente contra la pared. Stasia abrió las ventanas de golpe y empujó a Nicolas hacia adelante para que quedara medio tendido sobre el alféizar, con la cabeza colgando por la ventana. Abajo estaba parado un hombre que se enfocaba y se desenfocaba y tenía un parecido extraordinario con Franklin.

Stasia lo tomó de las piernas y Nicolas se quedó sin aliento por el dolor. Sin dudarlo, ella lo arrojó hacia el otro lado del alféizar y este se precipitó hacia el suelo, aunque unos brazos fuertes amortiguaron la caída, acompañada por una sarta de maldiciones. Stasia se reunió con ellos, rodando cuando tocó el suelo. Nicolas se percató que estaba boca abajo sobre un ancho hombro. El estadounidense echó a

correr hacia el bosque que bordeaba el lado oeste del camino, buscando refugio entre los árboles.

Un instante después, los explosivos detonaron.

23

Stasia

Ruan, Francia
5 de julio de 1944

Stasia encontró a Renaud Dubois en el granero.

Una gata había tenido crías y el niño estaba sentado solo en una esquina con cuatro pequeños felinos temblorosos sobre su regazo. No alzó la mirada cuando ella se sentó en una caja rota frente a él. Siguió acariciando a la atigrada gata que se enroscaba a su alrededor mientras vigilaba a sus bebés.

—No deberías estar aquí —le dijo Stasia.

Renaud se encogió de hombros.

—Existen las mismas probabilidades de que el granero se caiga sobre tu cabeza como de que aguante un día más. —El ruinoso granero se había derrumbado por completo de un lado y, probablemente, no le quedaba mucho tiempo antes de que el clima completaran el trabajo.

—No importa. —Un gatito se cayó de su regazo y él lo recogió.

—Tu hermano creería que sí importa. —A Sascha se le habría roto el corazón al ver a su hermanito tan retraído y abatido.

—Mi hermano está muerto. —El niño se secó los ojos, sin mirarla —. Los dos.

—Sí. —La culpa que sentía por ese conocimiento todavía la dejaba sin aliento. Daba igual que los responsables también estuvieran muertos—. Pero no creo que ellos quisieran que tú también te murieras. Al menos, no todavía. Todavía tienes mucho por lo que vivir.

—¿Como qué? —Renaud hundió la cara en el pelo del gatito.

—¿Qué quieres hacer? —le preguntó Stasia.

Él la miró por fin, con el rostro bañado en lágrimas.

—No sé.

—Claro que sí. Dime una cosa que te haga feliz.

Él miró hacia las sombras del granero abandonado.

—Me gusta hacer sopa… con la señora de la casa.

Stasia inclinó la cabeza.

—Entonces deberías hacer eso. Quizá podrías aprender a cocinar más cosas de comer además de sopa.

—Es una tontería.

—No es una tontería. Todos necesitamos comer. La comida une a las personas.

—Lo extraño —dijo el niño de repente—. A Sascha.

—Lo sé. Lo siento. —Jamás podría expresarle cuánto lo sentía. Sacó un papel del bolsillo de sus pantalones—. Hice esto para ti. —Se acercó a él y le entregó el dibujo.

Renaud lo miró, limpiándose la nariz.

—Soy yo —dijo parpadeando.

—Sí. Para recordarte que sigues aquí y que eres valiente y fuerte como tus hermanos.

—Estoy montado un dragón.

—Un grifo —lo corrigió Stasia—. Un grifo es más poderoso y majestuoso, pues custodian los tesoros más valiosos de todos.

—Oh, me veo como un príncipe. —Pasó el dedo sucio sobre la espada que ella le había dibujado en la mano.

—Te ves como cualquier cosa que quieras ser —le aseguró Stasia —. Y tus hermanos siempre van a estar orgullosos de ti, aunque ya no estén aquí.

Escucharon que llamaron a Renaud desde el otro lado del patio y los dos voltearon.

—La señora te necesita —dijo Stasia—. Necesita que partas leña.

Renaud se puso de pie y los gatitos cayeron al suelo suavemente. Miró a Stasia con cautela.

—Gracias por el dibujo.

—De nada. —Se mantuvo rígida—. Ahora, ocúpate de tus tareas.

Renaud asintió y salió corriendo, pasó junto al viejo camión de granja que estaba en el patio y fue hacia la casa de piedra.

Stasia se levantó, bajó la cabeza y se frotó la cara; se sentía emocionalmente agotada.

—Eso fue muy amable de tu parte.

Ella saltó y se tropezó hacia atrás. Nicolas estaba parado bajo la brillante luz del sol de verano, apoyado en sus muletas, observándola. Se había afeitado desde la última vez que lo vio y alguien, probablemente la señora, le había cortado el pelo. Las líneas de fatiga y dolor alrededor de sus ojos habían disminuido.

Ella se alejó un paso de él.

—¿Me estabas espiando? —lo acusó.

—No soy tan buen espía estos días. —Levantó una muleta—. No soy tan bueno en nada estos días. Un niño de doce años está haciendo las tareas que yo debería hacer.

—Es bueno que Renaud se mantenga ocupado. —Hizo una pausa —. No deberías estar aquí. Alguien te podría ver.

—¿Quién? La única persona aquí, además de la señora, es Renaud. Además, tengo cuidado de que no me vea.

—Aun así, deberías tener aún más cuidado.

—Volviste. —La declaración fue abrupta—. No estaba seguro de que fueras a volver.

Stasia tampoco estaba segura.

—Pasaron semanas desde la última vez que estuviste aquí. — Nicolas la observaba.

—Era mejor para todos que me mantuviera alejada. Más seguro. — No podía mirarlo a los ojos.

—¿Dónde estuviste?

Stasia raspó la tierra con la punta de su bota.

—En Ruan o en lo que queda de Ruan. Los Aliados están bombardeando la ciudad hasta borrarla del mapa. A este paso, a los alemanes no les quedará nada que defender.

—¿Por qué?

—Porque quieren dañar las líneas de suministro y los puentes de los alemanes…

—No, no me refería a eso. ¿Por qué estabas ahí?

—Para que, cuando los Aliados tomaran la ciudad, tuvieran la información necesaria para evitar caer en una emboscada.

—¿Estás a salvo?

Stasia resopló.

—¿Alguien está a salvo?

—Los hombres que lideraste…

—Yo nunca lideré a ningunos hombres.

Nicolas apretó los labios.

—Los hombres a los que… les ayudaste, entonces. ¿Dónde están?

—Algunos siguen aquí. Vigilando y saboteando cuando se presenta la oportunidad en la ciudad y sus alrededores, aunque la mayoría se fue con Franklin y Thatcher a Caen. —Hizo una pausa—. Quizá debí ir con ellos.

—¿Por qué no te fuiste?

—No quería dejar a Renaud hasta asegurarme de que iba a estar bien.

—Ah. —Parecía que iba a decir algo más, pero por suerte guardó silencio.

—¿Cómo sientes la pierna? —preguntó Stasia, sin ganas de justificar lo que estaba haciendo o lo que no estaba haciendo.

—Mucho mejor, gracias. —Llevaba unos pantalones que había encontrado en alguna parte; estaban tan holgados que ocultaban las vendas que le envolvían la pantorrilla y el muslo.

Stasia se abrazó a sí misma.

—Deberías tener la pierna levantada y deberías estar descansando.

Nicolas hizo una mueca.

—Si me quedo viendo el techo del sótano un minuto más, me voy a volver loco.

—No me importa. Viendo el techo no vas a perder la pierna. —Apoyó las manos sobre su cadera—. Déjame ver.

Él se encogió de hombros y se acercó cojeando hasta los restos de una cerca de piedra que rodeaba el granero. Stasia se agachó y le subió el dobladillo de los pantalones por encima de ambas heridas.

Alguien las había envuelto de forma impecable con gasas limpias. Stasia hizo un sonido de aprobación.

—La señora es muy particular —comentó Nicolas—. Creo que te tiene un poco de miedo a ti y a tus instrucciones.

—Ella no le tiene miedo a nada ni a nadie. —La mujer de pelo blanco que había escondido a los *jeds* en su granja tenía nervios de acero. Stasia sabía que a lo largo de los años hizo mucho más para desafiar a los ocupantes nazis que solo esconder hombres y cuidar a un soldado aliado herido.

Stasia le desenrolló la gasa de la pantorrilla y examinó la herida. La bala no había alcanzado el hueso, pero el daño en el músculo era mayor que en el muslo; además, no estaba segura de que Nicolas fuera a volviera a caminar sin cojear incluso cuando se recuperara por completo. Por fortuna, no había ningún enrojecimiento o decoloración anormal, lo que era un alivio, sin duda. Durante las dos primeras semanas, mientras Nicolas yacía débil y exhausto, le había aterrado la posibilidad de haber pasado algo por alto al limpiarle las heridas; sin embargo, nunca presentó fiebre debilitante ni ninguna infección peligrosa. Le revisó la herida del muslo y quedó igualmente satisfecha de que estuviera sanando de adentro hacia afuera.

—Tuviste suerte. —Volvió a envolver la gasa.

—Es lo que se dicen todos los hombres con heridas de bala.

—Bueno, tuviste suerte de haberte curado tan bien. —Le bajó con cuidado la pernera del pantalón, consciente de lo cerca que estaba de él.

—Tuve un buen médico. —La tomó de la mano—. Un muy buen médico.

—Yo no soy médico.

—Todavía no.

Stasia se quedó inmóvil.

—¿Qué vas a hacer ahora, Stasia? —le preguntó en voz baja.

—Voy a ver cómo está la señora y le voy a pedir que informe por radio las posiciones de los alemanes, o lo que queda de ellos, a…

—No me refería a eso y lo sabes.

Stasia apartó la mirada.

—¿Qué quieres hacer?

Stasia retiró la mano de la de él.

—Es lo mismo que le preguntaste a Renaud —insistió Nicolas—. Y es una buena pregunta. Probablemente, sea la única pregunta que realmente importa.

—No lo sé.

—Sí sabes.

Stasia se rio con amargura.

—¿Te puedo decir que quiero hacer sopa?

—Si es lo que quieres. —Hubo un silencio entre ellos. En algún lugar cerca de la granja, se oía el sonido constante de alguien partiendo leña—. Yo creo que a mí me gustaría arreglar cosas.

—¿Cómo?

—Cuando termine la guerra, me gustaría abrir una tienda o un taller y arreglar cosas descompuestas. Pasar el resto de mi vida reconstruyendo cosas. —Nicolas hizo una mueca y se recargó sobre el muro de piedra; miró sus muletas.

—No sé si esta guerra se va a terminar alguna vez.

—Dicen que los británicos y los canadienses están a punto de tomar Caen y que los estadounidenses se están acercando a Saint-Lô. No va a pasar mucho tiempo antes de que los Aliados liberen Ruan y el resto de Francia. Se va a terminar, Stasia. Te lo prometo.

—No deberías prometer ese tipo de cosas.

—¿Todavía escribes historias? —preguntó Nicolas sin más—. ¿Cuentos de hadas?

—No.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —repitió ella con incredulidad—. Porque son inútiles. ¿Qué bien le puede hacer un cuento de hadas a alguien?

—Tú me dijiste que los cuentos de hadas se escribían para recordarnos nuestra humanidad, nuestros principios y nuestra moral.

Stasia respiró temblorosamente.

—No creo que me quede ninguna de esas cosas.

—No estoy tan seguro. —La jaló suavemente de la mano y ella se dejó caer con un golpe nada elegante en el muro de piedra, a su lado —. Acabo de ver que le regalaste un dibujo a un niñito asustado y triste para que se sintiera mejor.

—Para que yo me sintiera mejor.

—Ah, entonces, ¿eso fue lo que hiciste cuando me dibujaste a mí? ¿Cuando yo estaba golpeado, sangrando, asustado y triste? ¿Te querías hacer sentir mejor a ti misma?

—No era lo mismo.

—¿No?

Stasia miró fijamente sus dedos entrelazados.

—El día que llegaste al campamento, te dije que no era una princesa, sino un dragón —recordó Stasia—. Pero era mentira. Un dragón es un dragón desde pequeño, no finge ser otra cosa.

—Stasia…

—Hablas de principios y moral, pero yo no soy el dragón en esta historia, Nicolas. Tampoco soy Rosa Silvestre. Soy la reina que engañó a aquellos a quienes fingía amar. Fingió ser una cosa mientras ocultaba el hecho de que era una ogra. Una ogra capaz de hacer cosas terribles que hizo las paces con el hecho de que encontrará su destino en un pozo de víboras creado por ella misma.

—Ya entendí. —Nicolas inclinó la cara hacia el sol y cerró los ojos.

—No, la verdad no creo que entiendas…

—El día que hundieron el Bretagne —la interrumpió Nicolas— murieron mil compañeros, la mayoría en cuestión de minutos, pero algunos tardaron un poco más. —Abrió los ojos y la miró—. No hubo tiempo para hacer mucho más que sobrevivir. Intenté ayudar a los que pude, lo intenté, pero muchos murieron de todas maneras. Intentar ayudar no me hizo sentir mejor.

Stasia vio que una sombra de dolor atravesaba sus rasgos.

—Oscar murió ese día. El amigo sobre el que te escribí. ¿Te acuerdas?

—El cocinero al que le gustaban los periódicos y los Gitanes, que nunca hizo un trato que no pudiera cumplir ni hubo una comida que pudiera rechazar.

Los labios de Nicolas se contrajeron de tristeza.

—Sí. Él era Oscar. Estuve con él cuando murió. Fue lento y doloroso y no había nada que pudiera hacer salvo ver cómo sucedía.

—Lo siento —susurró Stasia.

—Al final, le conté una historia. Me dijo que tenía miedo, así que le conté el cuento de *La Bella Durmiente* porque fue la única que se me ocurrió para intentar calmarlo. —Extendió la mano y le acomodó un mechón de cabello detrás de la oreja—. ¿Sabes qué me dijo cuando terminé de contárselo? Dijo que tal vez el príncipe debió haber sido honesto con su madre desde el principio y que el único pecado de la ogra fue amar demasiado. —Hizo un sonido ahogado—. Bueno, eso y que nunca debió haber confiado en que otra cocinera preparara sus salsas.

Stasia resopló y, de repente, se le nubló la vista.

Nicolas frotó el anillo que Stasia tenía en la mano derecha.

—¿Por qué sigues usando esto?

Stasia no pudo responder, las emociones confundían y enturbiaban sus pensamientos.

—Si quieres huir, no te voy a perseguir. —La miró seriamente—. De hecho, no puedo perseguirte en este momento.

Ella tragó saliva y sentía la garganta tensa.

—Solo dime que ya no me amas.

—No puedo. —Las palabras se le escaparon.

—Nunca dejé de amarte, Stasia. A ti. A la persona que eras, a la persona que eres, a la persona en la que te convertirás. —Tenía la voz ronca.

—No creo que sepa cómo.

—¿Cómo qué?

—Cómo convertirme en esa persona que crees que seguirás amando.

—Solo… sé.

—¿Solo sé? —Se levantó de nuevo, sintiéndose ansiosa de repente, incapaz de quedarse quieta—. ¿Qué clase de respuesta es esa? ¿Es eso

lo que tú harás? ¿Solo *ser* ? ¿Vas a fingir que los últimos años no ocurrieron? ¿Vas a olvidarlo todo?

—No voy a olvidar nada. Todo volverá a suceder si nadie lo recuerda. —Nicolas se levantó con brusquedad, tambaleándose sin sus muletas—. No puedo cambiar el pasado. No puedo deshacer una guerra que nunca quise, no puedo dejar de ver a los que murieron mientras yo vivía.

Se tambaleó ligeramente y Stasia lo ayudó a recuperar el equilibrio; su cuerpo se sentía pesado y cálido contra el de ella. Nicolas deslizó las manos alrededor de Stasia y la atrajo hacia él como si se estuviera ahogando.

Tal vez ambos se estaban ahogando.

—¿Recuerdas lo que me contaste sobre tu abuela el día que te conocí? ¿Que ella creía que el alma de una persona era como una cubeta vacía y que podías elegir con qué llenarla? ¿Que la felicidad y la bondad eran ligeras, mientras que la ira y la tristeza eran pesadas?

—Sí, me acuerdo —respondió Stasia—. Me dijiste que era la cosa más estúpida que habías oído en tu vida.

—He aprendido algunas cosas desde entonces.

Stasia apoyó la cabeza sobre el hombro de Nicolas.

—Mi cubeta está tremendamente pesada ahora mismo, Stasia —susurró contra su oreja con la voz entrecortada—. Y creo que la tuya también. —Respiró con dificultad y su pecho se elevó contra su mejilla.

Ella lo abrazó, escuchando el golpeteo de su corazón bajo su oreja.

—No puedo cargarla yo solo.

Ella tampoco podía.

—Pienso que, tal vez, si yo cargo la tuya cuando lo necesites y tú cargas la mía cuando yo lo necesite, con el tiempo, si seguimos mirando hacia adelante y no hacia atrás, nuestras cubetas no permanezcan pesadas para siempre.

Stasia asintió contra su pecho, no confiaba en su voz.

Permanecieron así durante mucho tiempo. El sol caía sobre ellos y el único sonido a su alrededor era el de los pájaros cantores que discutían en las vigas del granero en ruinas.

—La señora me dijo que no se quemó —dijo Nicolas.

—¿Qué?

—El castillo. No se incendió.

—Lo sé.

—Parece que el salón de baile no podrá recibir bailarines pronto, pero el edificio sobrevivió. Ahora está vacío. Un lienzo en blanco para tu imaginación.

—Nicolas…

—Deberías escribir una nueva historia sobre el castillo o sobre el jardín. Imagínatelo de nuevo, no como lo vimos la última vez, sino como quieres que sea. Yo te podría ayudar.

—A lo mejor.

—A lo mejor descubrimos cómo dejar un mundo mejor que el que nos dejaron a nosotros.

—A lo mejor.

Nicolas la abrazó con más fuerza.

—¿Qué va a pasar ahora? —preguntó Stasia después de un rato.

—Vamos a terminar con esta guerra —respondió Nicolas—. Vamos a terminar con nuestra lucha.

—¿Y después?

—Oí que la Université de Paris tiene una buena facultad de medicina.

Stasia lo miró.

—¿Crees que siga en pie cuando esto termine?

—Podríamos averiguarlo.

—¿Y si no sigue en pie?

—Hay una granja no muy lejos de aquí que está esperando que la reconstruyan.

Stasia se aferró a él, no quería pronunciar una palabra; sus ideas se tambaleaban precariamente al borde del aterrador acantilado de la esperanza.

—A lo mejor podríamos hacer las dos cosas —propuso Nicolas—. Si tú quieres.

Stasia todavía no podía encontrar las palabras correctas.

—Yo solo… yo solo quiero que te quedes. Conmigo.

Stasia, por fin, encontró la palabra correcta.

—Sí —respondió.

—¿Sí? —Nicolas la miró de forma inquisitiva.

—Me quedaré —susurró Stasia.

El chico de Ruan extendió su mano y la chica de Róterdam la tomó.

24

Isabelle

Ruan, Francia
12 de septiembre de 2022

El jardín, a finales del verano, estaba tan salvaje y frondoso como la última vez que Isabelle había estado ahí. Estaba coloreado con una impresionante paleta de colores: suntuosos esmeraldas y jades intercalados con resplandecientes estallidos de amatista, rubí, citrino y perla. Los pájaros cantaban a su alrededor, las mariposas bailaban entre las flores y las abejas se dedicaban a sus asuntos con una determinación inquebrantable. Sin importar cuánto envejeciera Isabelle, para ella ese lugar siempre conservaría un aura de cuento de hadas encantado.

—La verdad sí sería una pena restaurar el jardín a su estado original.

Isabelle se volteó sorprendida por el comentario de Emilie. Su hermana había insistido tanto en darle a los jardines el estilo que tenían cuando se construyó el castillo que ese comentario le pareció una desviación abrupta.

—¿De verdad? ¿Renunciarías a tu visión del siglo XVIII de setos bien cortados, escasas flores y caminos austeros?

—Esa idea es un poco dramática. —Emilie giró despacio en círculo, moviendo la tableta que había estado usando para tomar notas y fotos—. En términos históricos, sería más preciso restaurar este espacio con un diseño como el de Versalles, aunque en una escala mucho menor. —Su hermana hizo una mueca—. Jardines con un ejército de jardineros de tiempo completo que lo mantengan cuidado y ordenado.

—Sin duda, necesitaría muchos cuidados —convino Isabelle—. Por los siglos de los siglos de los siglos de los…

—Ya entendí. —Emilie puso los ojos en blanco y luego hizo una pausa—. ¿Y si retomamos tu idea y dejamos los jardines así como están, pero un poco más ordenados? Limpiamos los caminos, recortamos algunas de las enredaderas y la maleza, reparamos las bancas de piedra y despejamos el seto alrededor del ángel y las tumbas. ¿Y si dejamos todo como aparece en los libros de la bisabuela?

Isabelle alzó la mirada hacia el ángel de piedra con sus alas maltratadas y su silueta despostillada. El ángel seguía siendo hermoso a pesar de los daños. Quizá incluso fuera más hermoso porque seguía en pie, imperfecto y defectuoso.

—Creo que se vería perfecto y sería muy romántico.

—¿No crees que a la gente le dé un poco de miedo? ¿Por las tumbas y todo eso?

—Para nada. Las tumbas y el ángel son parte de la historia de este lugar. Sería un hermoso espacio al que la gente podría venir para hacer un homenaje a la historia del castillo y a las hermanas que quisieron este jardín tanto como se querían entre sí. —Impulsivamente, Isabelle se dejó caer sobre la hierba y se sentó cruzando las piernas debajo del ángel, inclinando la cara hacia el sol e inhalando el delicioso perfume del entorno—. Honestamente, este jardín es justo el tipo de lugar donde cualquiera podría enamorarse. —Trató de no pensar en Luc al decirlo.

Todavía no había logrado admitir que estaba enamorada. Lo más vergonzoso era que ni siquiera había logrado decirle a Luc lo que sentía realmente. Trabajó con él todo el verano, tratando de reunir el valor que él parecía creer ella tenía, mientras que él había sido completamente cortés, maravilloso y educado, dándole todo el tiempo y el espacio que ella realmente no quería, pero aceptó de todos modos.

Emilie se sentó con su hermana en el pasto; sus hombros se tocaron.

—¿Tal vez también podríamos abrir la entrada secreta para que los visitantes la usen durante el día en el verano? Suma un poco al romanticismo, me parece.

—Me gusta la idea. —Isabelle observó a su hermana, agradecida por la distracción—. ¿Qué te hizo cambiar de opinión sobre la restauración de los jardines?

—Estaba leyendo otra vez las historias de la bisabuela. —Emilie sacó un delgado volumen de debajo de su tableta—. Y estaba pensando que la razón por la que amábamos tanto este lugar se debía a ella y a la forma como se lo imaginaba. —Se apartó un mechón de cabello oscuro de los ojos—. Creo que habría estado muy contenta con lo que hemos hecho con el castillo.

—Creo que le habría encantado —aseguró Isabelle—. Pero aún más el hecho de que lo hicimos juntas.

Emilie abrió el libro en la página que tenía la ilustración de las dos desafiantes princesas guerreras montadas en dos grifos idénticos.

—Siempre nos dibujaba así, ¿verdad? Juntas.

—Sí. —Isabelle arrancó una larga brizna de pasto—. Extrañaba tenerte en mi equipo.

—Yo también. —Emilie miró hacia el castillo; el techo apenas era visible sobre el muro del jardín—. Hicimos un gran trabajo, ¿verdad?

—Sí. —Isabelle volvió la cabeza. El trabajo en el castillo estaba casi terminado, los jardines y los terrenos exteriores eran el último gran proyecto que quedaba por abordar—. ¿Estás decepcionada porque no conseguimos justificar la *suite* de Rosa Silvestre?

—No, para nada. —Emilie alisó las páginas del libro de cuentos con la mano—. ¿Tú estás decepcionada porque no pudimos probar que la bisabuela fuera una leyenda de la Resistencia?

—No. —Isabelle jugueteó con el pasto entre sus dedos.

Pasó meses buscando más pruebas que vincularan a su bisabuela con la leyenda de Rosa Silvestre, pero no encontró nada. Incluso fue inútil la información que Lise les había proporcionado sobre los *jeds* que aterrizaron en Normandía. El oficial estadounidense y el británico tenían registros que indicaban que, posteriormente,

prestaron mayores servicios en las fuerzas armadas estadounidenses y británicas, respectivamente. Los dos veteranos habían fallecido sin dejar algún registro formal que hiciera referencia a Rosa Silvestre. El oficial francés, el capitán Thomas Phillipe, aparecía registrado como «herido en acción», pero su rastro desapareció después de eso.

Lo único que Isabelle tenía para vincular a su bisabuela con la feroz leyenda de la Resistencia, que quizá comenzó su lucha en los Países Bajos y la terminó en Normandía, era un dibujo de un guerrero mítico.

—Quienquiera que fuera Rosa Silvestre —dijo Isabelle lentamente —, ya sea que fuera la bisabuela o alguien más, fue su decisión, y solo suya, dejar su guerra en el olvido. Mirar hacia adelante y no hacia atrás. Espero que, quienquiera que fuera, haya podido encontrar la felicidad.

—Yo también lo espero.

—¿Te acuerdas lo que nos decían nuestros bisabuelos cuando éramos niñas cada vez que nos peleábamos?

—¿Lo de las almas y las cubetas? —Emilie se rio—. ¿Qué la felicidad y la bondad eran ligeras y la tristeza y la ira eran pesadas?

—Sí, y que teníamos suerte de tenernos la una a la otra. Que, si nuestras cubetas se volvían demasiado pesadas, teníamos que ayudarnos mutuamente a cargarlas.

Emilie recogió sus rodillas.

—Recuerdo que el bisabuelo me lo dijo. En su taller, cubierto de grasa, con la cabeza metida abajo del cofre de un viejo Renault. «Nadie puede cargar todo solo, Emilie». —Apoyó la barbilla sobre sus rodillas—. Me lo dijo unas cien veces.

—Parece un buen consejo. —Isabelle dejó caer el pasto al suelo.

—Creo que a él también le habría dado mucho gusto que arregláramos algo que estaba destruido, ¿sabes? Que lo recuperáramos de nuevo.

Isabelle asintió y se acostó a observar las nubes que flotaban en la extensión cerúlea del cielo.

—Deberíamos hacer esto más seguido —dijo.

—¿Sentarnos en el jardín? —Emilie sonó divertida.

—Trabajar juntas.

—De hecho, iba a hacerte una pregunta al respecto.

Isabelle miró a su hermana.

—¿Cuál?

—Desde que mis arquitectos más experimentados se hicieron mis socios, tengo más tiempo para concentrarme en la arquitectura de restauración. Me solicitaron una consulta para un proyecto potencial. Una casita de campo del siglo XVIII. Al cliente le gustaría preservarla y, al mismo tiempo, convertirla en un espacio habitable, como lo que hicimos aquí. Tomarán posesión a principios de la primavera.

—¿Una construcción más para tu catálogo?

Emilie torció los labios con ironía.

—Sí, de hecho. —Jugó con la esquina de una página del libro de cuentos—. El cliente también necesita un contratista con experiencia sustancial en ese tipo de restauraciones.

—¿Y me recomendaste a mí?

—En realidad, fue el cliente el que te sugirió. Mi contrato depende de que estés de acuerdo para que el proyecto se ponga en marcha.

Isabelle sintió que se le aflojaba la mandíbula.

—¿Estás hablando en serio?

—Eres más famosa de lo que crees.

—¿Dónde es?

—En Bruselas. Justo a las afueras de la ciudad, de hecho.

Isabelle se recargó y se dio un golpe.

—Oh.

—Vas a tener que viajar.

Surgieron a su mente una docena de razones por las que no podía.

—Yo…

—No digas que no. Solo piénsalo. —Emilie la estaba observando —. Luc aceptó ayudar a nuestros padres si lo necesitan mientras estemos fuera. También, parecía bastante interesado en la oportunidad de administrar el castillo sin que ninguna de nosotras se

entrometiera. Dijo algo de instalar chozas estilo tiki y un bar que sirviera cocteles con sombrillitas en la parte de atrás.

—¿Qué?

—Estaba bromeando.

—No, no me refiero a eso…

—Le pedí ayuda, Izz. Le dio gusto. —Emilie hizo una pausa—. Además, para que conste, él también piensa que deberías venir a Bruselas.

—¿Por qué tiene derecho a opinar sobre a dónde debo o no debo ir?

—Porque piensa que eres muy buena en lo que haces. Y, además, estoy casi segura de que está enamorado de ti.

—Yo sí. —Las palabras salieron de su boca antes de que pudiera reconsiderarlo.

Emilie parpadeó.

—¿Tú sí estás segura de que está enamorado de ti?

—No. Sí. —Isabelle respiró hondo—. Me lo confesó.

Su hermana se quedó boquiabierta.

—¿Qué? ¿Cuándo?

Isabelle agitó la mano con impaciencia.

—No importa…

—¡¿No importa?! —gritó Emilie con voz aguda—. ¿Estás loca?

—Pero no es eso lo que quería decirte. Lo que quería decirte es que estoy enamorada de Luc. —La confesión se derramó de sus labios y, con ella, una alegría efervescente hizo que se riera con un abandono vertiginoso—. Estoy enamorada de Luc Legassé —repitió.

Emilie cerró la boca, luego la abrió de nuevo y, finalmente, la volvió a cerrar. Sin previo aviso, abrazó a Isabelle.

—Me alegro tanto por ti, por los dos. —Le brillaban los ojos—. Dios mío, qué bueno es para guardar secretos. No dijo nada en todo el verano.

—Eh... —Isabelle se aclaró la garganta—. Es que, en realidad, no le he dicho que estoy enamorada de él. Eres la primera persona a la que se lo digo.

—Bueno, gracias por la confianza —manifestó—. ¿Pero qué demonios esperas?

—Creo que tengo que ir a empacar —dijo Isabelle lentamente.

—¿Qué?

—Me pidió que fuera con él a Bora Bora o a Bali.

—¡¿Qué?! —chilló Emilie—. ¿Y no le dijiste que sí? Otra vez, ¿estás loca?

Isabelle negó con la cabeza.

—No, creo que, por fin, encontré la cordura. Es que… me tardé un poco.

—Pues ya vete —Emilie sacudió su tableta hacia Isabelle—. Ve y díselo. ¿Qué haces todavía aquí en el jardín conmigo? —Sonrió—. Y deberías invitarlo a cenar, de inmediato. Vayan a la taberna La Rosa Silvestre. Los dos podrían hablar de historia y guerras y leyendas e impermeabilizantes toda la noche. Bueno, tal vez no toda la noche. En definitiva, les recomiendo que pasen por lo menos una hora o dos sin hablar…

—Para. —Isabelle podía sentir el calor en sus mejillas tan intensamente como sentía las mariposas en el estómago—. Se lo diré cuando termine de hablar contigo.

—¿Entonces tu respuesta es sí?

—¿A cuál parte? ¿A tu plan para mi carrera profesional o a tu plan para mi vida amorosa?

—A las dos.

Isabelle se rio, su cuerpo burbujeaba de felicidad.

—Sí a la primera parte —respondió—. Me encantaría trabajar en otro proyecto con mi hermana.

—Bien. —Emilie parecía complacida.

—Y sí a la segunda parte.

—Bien —enfatizó Emilie de nuevo—. Te mereces un «felices para siempre».

—Tú también.

—Creo que yo ya tuve mi oportunidad.

Isabelle tomó el libro del regazo de Emilie y lo puso en el suyo. Alisó con la mano el dibujo de las dos princesas guerreras en sus

grifos.

—Hay muchos «felices para siempre» —aclaró—. No todos tienen un príncipe apuesto. A veces, tienen una mejor amiga.

—¿Como una hermana?

—Como una hermana. —Isabelle alzó la mirada—. Además, en ninguna historia hay un «felices para siempre» sin algunas dificultades en el camino. —Cerró el libro—. Quizá podamos dedicarle el jardín a la bisabuela. Fue ella la que nos trajo aquí. Fueron sus historias las que hicieron que este lugar cobrara vida y reuniéramos de nuevo en un equipo. Fue ella quien nos hizo creer en los «felices para siempre».

—¿Crees que ella encontró el suyo? —Emilie empujó el borde del libro— ¿Incluso después de la guerra?

—Me gusta pensar que sí. Tenía una familia a la que adoraba. Tuvo una carrera extraordinaria; además, tenía su arte y sus cuentos. —Isabelle recorrió con los dedos el título en relieve en la portada, *El jardín de los secretos perdidos*, y luego el nombre de su bisabuela, «Doctora Stasia Navarre»—. Sobrevivió y, a pesar de lo que la guerra pudo haberle costado, nos dio un futuro.

Emilie se puso de pie y le ofreció la mano a Isabelle.

—¿Vamos a averiguar qué nos depara todavía? —preguntó.

Isabelle sonrió y tomó la mano de su hermana.

—Sí.

Agradecimientos

En primer lugar, me gustaría agradecer a todos los que han elegido leer uno de mis libros. Sin lectores, ninguna historia puede cobrar vida; por eso, les agradezco todo el apoyo y las oportunidades que me brindan.

Un sincero agradecimiento a mi familia, que siempre ha sido mi mayor admiradora.

Mi sincero agradecimiento también para mi editor, Alex Logan, quien, infaliblemente, encuentra las piezas faltantes en cada historia y hace que el proceso editorial sea una experiencia muy gratificante. Todo autor debería tener la misma fortuna. Asimismo, agradezco a todo el equipo de Forever, que trabaja sin descanso a mi favor. Cada libro es un esfuerzo en equipo, por lo que estoy muy agradecida por todo lo que hacen.

A mi agente, Stefanie Lieberman, que ha creído en mí desde el principio. Gracias por tus consejos continuos e invaluables, por tu honestidad y apoyo constantes.

Nota de la autora

Cuando me siento a escribir una historia ambientada en una guerra, una de las cosas más importantes en las que me enfoco es en encontrar e investigar historias reales de personas que vivieron durante esas épocas. Aquellos que enfrentaron la tragedia y las dificultades con valentía y resiliencia; quienes sobrevivieron y resurgieron al otro lado como héroes, ya fuera que desearan tal reconocimiento o no.

Es fundamental que las historias de estos héroes no se olviden, así como tampoco las indescriptibles crueldades e inimaginables brutalidades que jamás deberían repetirse. Como autora, a menudo resulta tentador disimular o suavizar el trauma y los detalles devastadores de sus experiencias, porque es difícil comprender el mal a tal escala y, sobre todo, escribir acerca de él. Sin embargo, leo las memorias y escucho las entrevistas de estos héroes y heroínas de la vida real, que tuvieron el valor de revivir y relatar sus terribles experiencias en un esfuerzo por preservar la historia, me doy cuenta de que, si fuera imprecisa como autora, les haría un enorme daño.

Los actos de crueldad inhumana cometidos contra bebés, niños, hombres y mujeres, ya fuera a manos de una unidad de *Einsatzgruppen* o de un solo soldado nazi, se han documentado con sumo cuidado. En esta novela, incluí algunos de ellos, basándome en los relatos de aquellas mujeres cuyas vidas inspiraron esta historia. El relato de Truus Oversteegen sobre el asesinato de un bebé es real y aparece en sus memorias. Esa tragedia tuvo un impacto profundo y permanente en ella, al igual que haber presenciado la ejecución de rehenes civiles en represalia por la muerte de un inspector nazi.

A George Santayana se le atribuye la frase: «Aquellos que no pueden recordar el pasado están condenados a repetirlo». Estas palabras han sido parafraseadas y reiteradas por muchos porque siguen siendo veraces y relevantes y, a medida que pasa el tiempo, quizá incluso más. Pienso que la historia no puede dividirse y clasificarse en agradable o desagradable para el consumo selectivo del público moderno, sino que debe presentarse como un todo. En esta novela, procuré representar esa totalidad.

Nota histórica

El jardín de los secretos perdidos es una obra de ficción, producto de mi imaginación; sin embargo, se basa y está inspirada en eventos y personas reales. Desarrollé la idea inicial de esta novela y del personaje de Stasia después de leer el texto biográfico de Sophie Poldermans sobre Jannetje Johanna (Hannie) Schaft y Truus y Freddie Oversteegen, quienes fueron luchadoras de la resistencia neerlandesa durante la ocupación de los Países Bajos.

El libro de Poldermans, titulado *Seducing and Killing Nazis*, detalla con precisión estas experiencias y los horribles eventos que moldearon la vida de estas mujeres, convirtiéndolas en letales luchadoras de la Resistencia. La lectura sobre las dificultades que enfrentaron y los sufrimientos que soportaron durante la ocupación fue edificante y me conmovió durante mucho tiempo, incluso después de haber leído la última página.

Muchos de los eventos ficticios que le ocurren a Stasia se inspiraron directamente en las impactantes, y demasiado reales, experiencias de Hannie Schaft y las hermanas Oversteegen. Sus historias, como las de tantas otras personas que lucharon con valentía durante la ocupación, me generaron varias preguntas: ¿cómo se reconstruye y continúa una vida cuando termina una guerra? ¿Cómo se superan la crueldad y las atrocidades? ¿Cómo se conserva la esperanza en el futuro? Estoy segura de que no hay una sola respuesta a estas preguntas.

La ocupación de los Países Bajos a menudo se relaciona con la conocida historia de Anne Frank, cuyo diario se publicó por primera vez en 1947. Anne y su familia huyeron de Alemania a Ámsterdam en 1934 con la esperanza de hallar seguridad. Desafortunadamente, el

trágico destino de Anne en Bergen-Belsen fue muy común: de las 140 000 personas judías que vivían en los Países Bajos antes de la Segunda Guerra Mundial, aproximadamente 107 000 fueron deportadas a los campos nazis del este. De ellas, 102 000 fueron asesinadas directamente o trabajaron hasta la muerte. Los Países Bajos tuvieron la tasa más alta de mortalidad entre las poblaciones judías de todos los países ocupados de Europa Occidental.

Entre los ciudadanos neerlandeses que resistieron a la ocupación nazi escondiendo a judíos se encontraba la familia Ten Boom: Caspar y sus dos hijas, Corrie y Betsie. Los Ten Boom dirigían una relojería (Corrie se convirtió en la primera mujer relojera con licencia en los Países Bajos) y vivían encima de su taller en Barteljorisstraat 19, cerca del Grote Markt en Haarlem. En 1941, la casa de la familia Ten Boom se integró a la red clandestina de refugio para los judíos que huían de la guerra. Para 1943, la familia albergaba en secreto a personas judías en su hogar, que adaptaron para instalar un escondite detrás de una falsa pared en el cuarto de Corrie, capaz de ocultar hasta seis personas. Fue en este espacio donde Stasia se oculta en mi historia. Ahí encuentra la bondad y ayuda en las que Corrie Ten Boom creía de todo corazón.

El 28 de febrero de 1944, la Gestapo arrestó a la familia Ten Boom. Caspar murió diez días después en prisión, y Corrie y Betsie fueron trasladadas a Ravensbrück. Betsie murió en el campo, pero Corrie sobrevivió y fue liberada. La casa de los Ten Boom y su historia se han conservado, junto con su escondite, y se pueden visitar hasta el día de hoy.

La caída de los Países Bajos frente a Alemania estuvo marcada por el bombardeo de Róterdam el 14 de mayo de 1940, conocido como el Blitz de Róterdam. Los registros iniciales estimaron 30 000 personas muertas; posteriormente, la cifra se revisó y cambió a casi 900, pero 85 000 personas quedaron sin hogar. En el momento del bombardeo, los comandantes neerlandeses y alemanes estaban negociando la rendición de la ciudad, por lo que se había ordenado a la Luftwaffe permanecer en espera de las nuevas disposiciones. Sin embargo, el

mensaje no se transmitió a los pilotos y dos grupos de bombarderos iniciaron el vuelo hacia la ciudad, uno desde el sur y otro desde el noreste. En la parte sur de la ciudad, ocupada por los alemanes, la Wehrmacht disparó bengalas rojas para que los aviones que venían del sur abortaran la misión. En el norte, donde la Wehrmacht no había conseguido afianzarse, no se dispararon bengalas. La Luftwaffe lanzó poco más de 1300 bombas. La zona residencial de Kralingen y casi todo el centro medieval de la ciudad de Róterdam quedaron destruidos. Los incendios ocasionados por las bombas se extendieron sin control durante los días siguientes y destruyeron 259 hectáreas del centro de la ciudad, casi 25 000 viviendas y más de 3 000 construcciones, incluyendo tiendas, escuelas, iglesias y almacenes. Posteriormente, los alemanes amenazaron con bombardear la ciudad de Utrecht y, sin medios significativos para combatir a las fuerzas nazis, el Gobierno neerlandés se rindió.

El ataque de la flota francesa a manos de la fuerza naval británica el 3 de julio de 1940, como parte de la operación Catapulta, en lo que era antes la Argelia francesa, es un episodio histórico que todavía se debate. Los británicos, temerosos de que la flota francesa que se encontraba en Mazalquivir cayera en manos del Eje, enviaron un ultimátum al almirante francés Gensoul con distintas opciones: navegara bajo el mando británico; navegar con tripulaciones reducidas a un puerto británico; navegar con una tripulación reducida a un puerto francés en las Indias Occidentales o a Estados Unidos, donde los barcos se desmantelarían. De lo contrario, se destruiría a la flota a la fuerza para evitar que los barcos cayeran en manos alemanas.

Se le ordenó al almirante británico James Somerville presentar el ultimátum al almirante Gensoul; sin embargo, fue el capitán británico Cedric Holland, que hablaba francés con fluidez, quien le entregó el mensaje al almirante francés. Gensoul se sintió insultado de que los términos de la negociación se los entregara un simple capitán, así que envió a su teniente a la negociación. Esto ocasionó una gran confusión y un enorme retraso, de modo que el ministro de Marina

francés, el almirante Darlan, nunca recibió el ultimátum en su totalidad, incluida la opción de trasladar la flota a las Indias Occidentales. Cuando quedó claro que las negociaciones no iban a ninguna parte, los británicos abrieron fuego.

El ataque provocó la muerte de 1297 militares franceses, 977 de ellos a bordo del Bretagne, que zozobró y se hundió. Los acorazados Provence y Dunkerque fueron dañados y encallaron, mientras que el Strasbourg escapó del puerto con cuatro destructores. Los acorazados Dunkerque y Strasbourg, que habían sido rescatados, fueron posteriormente hundidos por los propios franceses en noviembre de 1942, cuando los alemanes intentaron capturar lo que quedaba de la flota francesa en Tolón. Este hecho llevó a muchos historiadores a sostener que la destrucción de la flota por parte de los británicos en Argelia fue innecesaria. Otros, en cambio, opinan que el ataque demostró la férrea determinación de los británicos de luchar contra las fuerzas nazis por todos los medios, con el principal objetivo de convencer a los estadounidenses de que se involucraran en la guerra, ya que, a pesar de las súplicas de Churchill, hasta entonces se habían negado. Irónicamente, fue la destrucción de la flota estadounidense en Pearl Harbour lo que, al final, inclinó la balanza e impulsó la participación de Estados Unidos.

En mi historia, tras la destrucción de la flota francesa, Nicolas se unió a las fuerzas de la Francia Libre y permaneció en África, donde luchó bajo el mando del general de brigada real Marie-Pierre Koenig. Se trataba de una unión de tropas diversas, que incluía marinos franceses, la Legión Extranjera (junto con muchos refugiados de países europeos ocupados) y tropas de Senegal, Madagascar y lo que ahora es África Central. Estos hombres y mujeres defendieron la antigua fortaleza de Bir Hakeim contra las fuerzas italianas y alemanas conjuntas, comandadas por el general nazi Erwin Rommel.

Aunque la fortaleza finalmente cayó en manos de los alemanes, los Aliados lograron una victoria estratégica fundamental al retrasar el avance de las tropas alemanas. Cuando quedó claro que la caída del fuerte era inevitable, las fuerzas francesas se retiraron luchando

cuerpo a cuerpo. Increíblemente, la mayor parte de la guarnición sobreviviente llegó a un lugar seguro y el general Koenig salió de la fortaleza gracias a Susan Travers, una conductora de ambulancia inglesa. Los británicos, con el tiempo suficiente para preparar sus defensas, derrotarían más adelante a Rommel y cambiarían el curso de la guerra en África.

Los equipos Jedburgh de los que Nicolas forma parte también fueron reales. La operación Jedburgh conformó equipos de tres hombres, incluyendo oficiales de la SOE, la OSS y oficiales neerlandeses, belgas y franceses, para aterrizar en Francia, Bélgica y los Países Bajos. Cada equipo *jed* consistía, por lo general, en un jefe (o comandante), un oficial ejecutivo y un operador de radio. Todos ellos entrenados en tácticas de comando y evasión de élite.

La agente femenina que Nicolas conoce de forma inesperada en su habitación en Escocia está inspirada, en parte, en una experiencia real de William B. Dreux (OSS), quien relata un evento similar en su biografía militar *No Bridges Blown.*

Los objetivos principales de los *jeds* eran apoyar en las operaciones de las resistencias locales y llevar a cabo varias misiones militares específicas. Francia fue uno de los objetivos más importantes, con 93 equipos *jeds* desplegados en el país a partir de la noche del 5 al 6 de junio de 1944 y septiembre del mismo año.

El centro telefónico y de comunicaciones que describo en un castillo a las afueras de Ruan es completamente ficticio, aunque está basado en varios centros militares de comunicación reales. Tanto los ejércitos del Eje como los Aliados utilizaron diversos métodos de comunicación por cable e inalámbricos (radio) durante la guerra. La necesidad de mantener la comunicación entre los territorios y las distantes líneas del frente impulsó mejoras en los sistemas de comunicación de largo alcance. La investigación y el desarrollo tecnológico en comunicaciones aumentaron drásticamente, incluyendo el de las centrales telefónicas de alta capacidad, indispensables para coordinar los movimientos de unidades de campo altamente móviles.

Lecturas adicionales

Colbert, David, *Ten Days: Anne Frank*, Simon & Schuster, 2008.

Dreux, William, *No Bridges Blown: The OSS Jedburghs in Nazi-Occupied France*, University of Notre Dame Press, 1971.

Gies, Miep y Alison Leslie Gold, *Anne Frank Remembered: The Story of the Woman Who Helped Hide the Frank Family*, Simon & Schuster, 2009.

Irwin, Will, *The Jedburghs: The Secret History of the Allied Special Forces, France 1944*, Perseus Book Groups, 2005.

Jones, Benjamin, Eisenhower's Guerrillas: *The Jedburghs, the Maquis, and the Liberation of France*, Oxford University Press, 2016.

Lornier, Dominique, *Mers-el-Kebir, Juillet 1940*, Calmann-Levy Press, 2007.

Melton, George, *From Versailles to Mers-el-Kebir: The Promise of Anglo-French Naval Cooperation, 1919-1940*, Naval Institute Press, 2015.

Menger, Truus, *Not Then Not Now Not Ever*, Netherlaad Tolerantin, 1998.

Moore, Bob, *Victims & Survivors: The Nazi Persecution of the Jews in the Netherlands 1940-1945*, St. Martin's Press, Inc., 1997.

Poldermans, Sophie, *Seducing and Killing Nazis: Hannie, Truus, and Freddie: Dutch Resistance Heroines of WWII*, SWW Press, 2019.

Sommerville, Donald, *World War II*: Day by Day, Bison Books, 1989.

Wouters, Nico, *Mayoral Collaboration Under Nazi Occupation in Belgium, the Netherlands, and France*, Palgrave Macmillan, 2016.

Acerca de la autora

Kelly Bowen. La galardonada autora Kelly Bowen creció en Manitoba, Canadá, y asistió a la Universidad de Manitoba, obteniendo una licenciatura y una maestría en estudios veterinarios. Trabajó como investigadora científica antes de realizar su sueño de escribir ficción histórica.

Actualmente, Kelly vive con su familia en Winnipeg, Canadá.

Título original: *The Garden of the Lost Secrets*

Copyright © 2023 por Kelly Bowen
Esta edición se publica por acuerdo con Grand Central Publishing, una división de Hachette Book Group, Inc., EE. UU. Todos los derechos reservados.

Traducido por: Mariana Hernández Cruz
Arte de portada realizado a partir de imágenes de: © Getty Images
Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño / Estudio la fe ciega / Domingo Martínez

Derechos reservados

© 2026, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masaryk núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: enero de 2026
ISBN: 978-607-39-3825-9

Primera edición en formato epub: enero de 2026
ISBN: 978-607-39-3879-2

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright.*

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de Inteligencia Artificial (IA).

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal del Derecho de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal Federal).

Si necesita reproducir o imprimir algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, http://www.cempro.org.mx).

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros México, donde podrás:

- Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- Votar, calificar y comentar todos los libros.
- Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com

Planeta

EXPLORA DESCUBRE COMPARTE